

S.T. GIBSON

UNA
LECCIÓN
PERVERSA

minotauro

Índice

PORTADA	
SINOPSIS	
PORTADILLA	
DEDICATORIA	
NOTA DE LA AUTORA	
CAPÍTULO UNO. Laura	
CAPÍTULO DOS. Laura	
CAPÍTULO TRES. Carmilla	
CAPÍTULO CUATRO. Laura	
CAPÍTULO CINCO. Carmilla	
CAPÍTULO SEIS. Laura	
CAPÍTULO SIETE. Laura	
CAPÍTULO OCHO. Carmilla	
CAPÍTULO NUEVE. Laura	
CAPÍTULO DIEZ. Laura	
CAPÍTULO ONCE. Carmilla	
CAPÍTULO DOCE. Laura	
CAPÍTULO TRECE. Laura	
CAPÍTULO CATORCE. Carmilla	
CAPÍTULO QUINCE. Laura	
CAPÍTULO DIECISÉIS. Carmilla	
CAPÍTULO DIECISIETE. Laura	
CAPÍTULO DIECIOCHO. Carmilla	
CAPÍTULO DIECINUEVE. Laura	
CAPÍTULO VEINTE. Carmilla	
CAPÍTULO VEINTIUNO. Laura	
CAPÍTULO VEINTIDÓS. Laura	
CAPÍTULO VEINTITRÉS. Carmilla	
CAPÍTULO VEINTICUATRO. Laura	
CAPÍTULO VEINTICINCO. Carmilla	
CAPÍTULO VEINTISÉIS. Laura	

CAPÍTULO VEINTISIETE. Carmilla
CAPÍTULO VEINTIOCHO. Laura
CAPÍTULO VEINTINUEVE. Carmilla
CAPÍTULO TREINTA. Laura
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La Escuela Universitaria para Señoritas Santa Perpetua se encuentra en las profundidades de las remotas colinas de Massachusetts. Aislada y antiquísima, no es precisamente un lugar para chicas tímidas: en esta institución, los secretos están a la orden del día, la ambición es su alma y las recién llegadas son recibidas con extrañas ceremonias.

Desde el primer día de clase, Laura Sheridan se ve arrojada a una intensa rivalidad académica con la bella y enigmática Carmilla. Ambas gozan de la confianza de su exigente profesora de poesía, De Lafontaine, quien tiene su propia y oscura obsesión con Carmilla.

Pero, a medida que su rivalidad se transforma en algo mucho más delicioso, Laura se ve obligada a enfrentarse a sus propios y extraños deseos. Enredadas en un siniestro juego de política, rodeadas de profesoras sedientas de sangre y de magia, Laura y Carmilla deben decidir cuánto están dispuestas a sacrificar en su implacable búsqueda del conocimiento.

S.T. GIBSON

UNA
LECCIÓN
PERVERSA

minotauro

*Para aquellas que no salieron indemnes de la torre de marfil:
la dignidad siempre estará con vosotras.*

NOTA DE LA AUTORA



Esta obra de ficción explora temas oscuros, por lo que he decidido brindar la siguiente guía de contenido. Si decides continuar, lee, por favor, con una actitud de cuidado a tu bienestar.

Una lección perversa incluye contenido relacionado con:

- ~ Dinámicas de poder desiguales
- ~ Relaciones maestro-alumno inapropiadas
- ~ Entornos académicos tóxicos
- ~ Sangre, violencia y asesinatos
- ~ Contenido sexual consentido, incluyendo sexo en público
- ~ Perversión, tanto consensuada como espontánea
- ~ Alcohol y drogas
- ~ Tabaquismo

Contiene también breves referencias a:

- ~ Políticas racistas
- ~ Homofobia
- ~ Discriminación religiosa contra la mujer

CAPÍTULO UNO

Laura



7 de septiembre de 1968

Massachussets me recibió con un motín de colores de otoño. Dorados, ocre y rojizos formaron mi comité de bienvenida cuando bajé del avión y cargué mis dos maletas en el coche que me llevaría hacia las profundidades del estado y hacia los siguientes cuatro años de mi vida. Mississippi era como un estudio de los distintos matices del verde, un lugar cubierto de musgo y adornado con frondosos magnolios, pero nunca fui consciente de la infinidad de colores que es posible hallar en la naturaleza hasta aquel primer otoño en Nueva Inglaterra.

Por bello que fuera Massachusetts, el recuerdo de Mississippi seguía asentado en mi interior como una piedra. Echaba de menos el zumbido eléctrico de las cigarras, sus bochornosos crepúsculos, el saludo relajado y fácil entre desconocidos cuando andabas por la calle. Echaba de menos el rechinar de la mecedora cuando me sentaba por las mañanas en el porche y leía las partes que más me interesaban del periódico mientras me tomaba un café. Echaba de menos la soledad de mi habitación en la buhardilla de nuestra granja, la forma en que las tormentas fustigaban el cristal de mi ventana en verano. Incluso echaba de menos a mi vieja y aburrida profesora y sus ejercicios de francés y latín, así como la camaradería

silenciosa entre las chicas del colegio cuando sudaban ríos de tinta para sacar adelante las traducciones.

Pero lo que más echaba de menos era a mi padre, su risa estruendosa, su tremenda agilidad mental y sus abrazos, tan fuertes, que cuando me apretujaba me vaciaba los pulmones de aire.

Mi padre siempre había fomentado mi interés por la escritura, que ardía intensamente dentro de mí desde que nací y a veces rayaba casi en lo obsesivo. Me sentía feliz cuando me encerraba en mi habitación horas y horas seguidas, y me ponía a leer mi W. H. Auden y mi Gertrude Stein y a escribir tonterías en mis cuadernos. Jamás pensé que mi trabajo fuera lo bastante potente como para compartirlo con nadie, pero ante la insistencia de mi padre, a veces le dejaba leer pequeños fragmentos. Tenía un gran talento, me decía, y aquel talento había que cultivarlo en algún lugar donde hubiera profesores capaces de ayudarme a exprimirlo al máximo.

En algún lugar, había decidido mi padre, como Santa Perpetua.

Conocida cariñosamente como la hermana pequeña olvidada de las *Seven Sisters*, las famosas y elitistas instituciones universitarias femeninas del nordeste de los Estados Unidos, la Escuela Universitaria para Señoritas Santa Perpetua estaba escondida en un rincón remoto del estado. Lo bastante alejado de Boston para que las escapadas de fin de semana a la ciudad fueran irrealizables. Era una escuela concertada religiosa, lo que ya me iba bien. Las oraciones repetitivas de las liturgias solían apaciguar mi temperamento nervioso, por mucho que en casa me hubiera ganado cierta reputación por andar cuestionando al sacerdote en cada momento. Había pasado gran parte del año anterior leyendo, escribiendo, yendo a la iglesia y dando largos paseos por el bosque de detrás de casa, pero, como mi padre me había recordado amablemente, mis divagaciones intelectuales no podían durar eternamente. Necesitaba la estructura que proporcionaba la educación superior para refinar mis ideas y necesitaba también la compañía de otras chicas de mi edad para no acabar convirtiéndome en una excéntrica.

En mi cabeza, había superado mil veces cualquier contingencia, buena o mala, que pudiera encontrarme a mi llegada a Santa Perpetua. Me había imaginado un fracaso estrepitoso, un éxito vertiginoso y cualquier otra posibilidad intermedia. Pero nada podía haberme preparado para lo que me encontré cuando enfilé el camino de acceso flanqueado por árboles y accedí al campus.

Lo primero que vi fue la capilla, que se elevaba orgullosa desde la colina más alta para perforar el cielo encapotado con su aguja. A continuación, los edificios académicos, construidos con piedra gris siguiendo el estilo gótico de Princeton, con puertas de madera tallada que se abrían a un patio interior cubierto de hierba. El césped estaba repleto de chicas, muchas de ellas calzadas con merceditas y vestidas con faldas de *tweed* a la altura de la pantorrilla, pero otras lucían pantalones tobilleros ceñidos y boina, o incluso minúsculas minifaldas con medias de colores chillones. Las había que paseaban en compactos grupitos de tres o cuatro, otras que estaban tumbadas bocabajo comiendo el almuerzo contenido en bolsas de papel marrón mientras leían sus libros de texto, y otras que reían y hacían girar el *hula-hoop* en su cintura. Hasta el momento, siempre había estudiado en una escuela minúscula y jamás en la vida había visto tanta gente joven congregada en un mismo lugar, y mucho menos tantas chicas de mi edad. El efecto fue embriagador e inmediato. La emoción y la inquietud empezaron a bailar el claqué en mi estómago.

El coche que me había recogido en el aeropuerto rodeó el patio cuadrangular y se detuvo delante de un majestuoso edificio de cuatro plantas con gárgolas que parecían observarme lascivamente desde los parapetos. Después de darle las gracias y pagar al chófer, me encontré a los pies de la escalera de acceso a la residencia estudiantil con una maleta en cada mano y la fresca brisa de septiembre ondulando el tejido de cuadros de mi falda.

—¡Cuidado con la cabeza! —gritó alguien a mi espalda.

Me giré justo a tiempo de esquivar un *frisbee*, que rebotó contra la pared lateral del edificio. Una chica blanca, guapa y de

constitución fuerte, enfundada en una sudadera del equipo de la universidad, se acercó corriendo; sus rizos castaños saltaban alegremente.

—Buenos reflejos —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba los labios pintados con un brillo de color cereza y tenía la piel salpicada con abundantes pecas—. ¿No serás Laura Sheridan, por casualidad?

—Pues sí, soy yo —repuse, soltando por un momento una de las maletas para poder estrecharle la mano. La chica me dio un apretón con el entusiasmo y la fuerza de toda una atleta.

—Maisy Cohen. Estaba esperando tu llegada lanzando ese viejo *frisbee* con algunas de las chicas del equipo de remo. Soy tu hermana mayor.

Santa Perpetua, con la esperanza de fomentar el espíritu de tutoría, asignaba una alumna de último curso a todas las estudiantes de primero. Meses atrás, había rellenado un cuestionario cuyo objetivo era emparejarme con la que sería mi tutora perfecta, y a pesar de que recelaba bastante de la idea de tener que entablar una amistad forzada con otra chica, el recibimiento informal y cariñoso de Maisy me tranquilizó enseguida.

—Encantada de conocerte —dije, cambiando el peso del cuerpo al otro pie.

No era nada buena en lo que a las presentaciones se refiere y, en consecuencia, opté por un gesto de cortesía casi frío para disimular las mariposas que me revoloteaban en el estómago ante la perspectiva de conocer gente nueva. A Maisy no pareció importarle.

—Pues muy bien, vayamos a instalarte. ¿Traes solo esto?

Miré con impotencia mi par de maletas. Mis gustos tendían a lo espartano y había decidido viajar ligera de equipaje.

—Sí, solo esto.

—Me parece estupendo —dijo Maisy, cogiendo una de mis maletas, llena hasta los topes, como si no pesara nada—. Menos cosas que cargar. Vamos. Estás en la 412. Con unas vistas formidables, por cierto. Has tenido mucha suerte.

Cruzamos las puertas de entrada y la seguí escaleras arriba hasta la cuarta planta. Los pasillos estaban llenos de muebles y cajas de cartón, y había chicas entrando y saliendo de las habitaciones, llamándose unas a otras a voces y apuntalando con libros las puertas para que permanecieran abiertas. Alguien había puesto la Motown a todo volumen en una habitación y un fuerte olor a incienso *nag champa* emanaba de otra.

Después de dirigirme una sonrisa, Maisy abrió con un golpe de hombro la puerta del que sería a partir de entonces mi nuevo hogar.

Mi padre me había procurado una habitación individual, y me sentía agradecida por ello. Por la ventana, entre las ramas de un olmo, se veía el patio de entrada, lo que me permitiría una visión perfecta de las idas y venidas de mis compañeras. Maisy dejó la maleta sobre la cama y, con las manos en las caderas, me estudió de arriba abajo.

—Así que vienes de Mississippi, ¿no?

—Eso es.

—Pues Massachusetts te da la bienvenida. Yo soy de Boston. ¿Tienes ya todas las clases organizadas? Si aún no las tienes, puedo ayudarte. Soy amiga de la secretaria que se encarga del tema.

—No será necesario —dije, uniendo las manos por delante de mí porque no tenía ni idea de qué hacer con ellas—. Estoy matriculada en todas las asignaturas obligatorias y también en el curso introductorio del programa de escritura.

—Ah —dijo Maisy—. Entonces eres una de las de De Lafontaine.

—Sí, creo que la profesora se llama así, sí —dije, sin entender muy bien qué había querido decir con aquello. Lo cual tampoco era raro en mí, puesto que a menudo me siento al margen de las conversaciones en las que participo.

—No has oído los rumores que corren sobre ella, ¿verdad?

Negué con la cabeza. No había hecho ningún tipo de investigación sobre la especialización que había elegido; simplemente sabía que el programa de escritura de Santa Perpetua

estaba muy bien considerado y que escribir era lo único que me imaginaba haciendo durante los cuatro años siguientes.

—Vale. Pues es exigente, aunque absolutamente eléctrica en el aula. Ya lo verás. Vas a venir a la hoguera de esta noche, imagino.

—La verdad es que estaba pensando en acostarme temprano.

—Oh, venga —dijo Maisy, dándome una palmada en la espalda como si ya fuéramos colegas—. ¡No puedes perderte la hoguera! Es nuestra manera de festejar el nuevo curso escolar. Estarán todas y querrán conocerte. Ya sabes cómo son esas cosas, todo el mundo tiene que echarle el ojo a todo el mundo antes de que comiencen las clases el lunes. Créeme, las camarillas se forman rápidamente.

Aquel ritual de mala muerte me parecía horroroso, pero, casi sin darme cuenta, me encontré asintiendo, principalmente porque Maisy no parecía de ese tipo de personas que aceptan un no por respuesta.

—Perfecto. Pasaré a recogerte por aquí a las ocho en punto y te haré de escolta, al menos hasta que empieces a orientarte un poco por aquí. Y no te preocupes —añadió, guiñándome el ojo—, no te arrojaré a los leones de inmediato.

—Gracias —repliqué con un hilo de voz.

Antes de que me diera tiempo a protestar, apareció en la puerta una chica negra y delgada. Tenía un aspecto demoledoramente chic con sus pantalones pitillo y una camiseta con rayas marineras, y llevaba el pelo recogido en un moño hueco, al estilo Brigitte Bardot.

—¡Maisy! He estado buscándote por todos lados. Las del equipo me han dicho que estabas con una novata. ¡Hola, chica nueva! —dijo con escaso interés y dirigió de nuevo su atención a Maisy—. Oye, dicen por ahí que la compañera de habitación de Siobhan ha conseguido el nuevo álbum de Jimi Hendrix, ya sabes que su padre está metido en eso de la música, y si no lo escucho ahora mismo creo que me dará un patatús.

—Elenore, Laura; Laura, Elenore —dijo Maisy, a modo de presentación—. Elenore está también en el grupo de escritura, por lo que supongo que la verás mucho.

—Maisy, es una cuestión de vida o muerte —dijo muy en serio Elenore. Tenía ese aire ligeramente altivo de alguien que disfruta del cine francés, lo cual me resultaba encantador aun sin quererlo—. Ya sabes cómo se pone esa chica; si hay demasiada gente rondando por allí, acaba sin querer compartir nada. ¿Vienes o qué?

—Te dejo que te instales —dijo Maisy, saliendo ya del cuarto—. Encantada de tenerte en Santa Perpetua, Laura.

Y se marchó. La conversación entre Elenore y ella se perdió por el pasillo. Y me quedé a solas con mis nervios y unos hilillos de esperanza ante lo que podría depararme la noche.



La Noche de la Hoguera era toda una institución en Santa Perpetua, una tradición sobre la que había leído en el folleto informativo que mi padre me había proporcionado. Era en parte una tradición de la alma mater y, en parte, un encuentro social. Las chicas de último año se encargaban de recibir a las novatas con una hoguera, coronas de laurel y tazas de ponche cargado. Era el lugar donde hacer el debut en la escena de Santa Perpetua, donde establecer con tu atuendo, tu peinado y tu forma de expresarte el tipo de grupo en el que podrías encajar.

Mientras oscurecía en el exterior, me pasé una hora decidiendo qué ponerme, dándole vueltas a media docena de conjuntos hasta que me decanté por una falda de ante, un jersey de cachemira de color *beige* y unos prácticos mocasines marrones. Era un conjunto pulcro pero invisible, y confiaba no levantar ningún tipo de suspicacia con él.

Tal y como me había prometido, Maisy se presentó en mi habitación a las ocho en punto, seguida por Elenore. Estaban de lo más animadas, seguramente por la petaca de *whisky* que se estaban pasando entre ellas. Decliné su invitación a beber, pero permití que me enlazaran por los brazos, una a cada lado, y, orgullosas, me condujeran hasta la fiesta.

Cuando llegamos, el patio estaba repleto de chicas y rápidamente me vi arrastrada hacia allí. Maisy hizo el numerito presentándome a bombo y platillo a chicas cuyos nombres me desaparecieron de la cabeza al instante, incluyendo a la mitad de las integrantes del equipo de remo. La hoguera ardía con fuerza y, aun siendo una noche fresquita, pronto empecé a sudar dentro de mi jersey de lana. Acepté un vaso de plástico con ponche, más por desesperación que por otra cosa, y engullí tragos suficientes para poder aguantar con éxito la noche. No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas, silenciosa y seria como si fuese la carabina de Maisy y su amiga, hasta que noté que Maisy me presionaba el codo y desaparecía para hacer circular la petaca entre su grupillo. Y justo en el momento en que me disponía a despedirme a la francesa, llegaron las anfitrionas principales.

Las chicas gritaron alborozadas y, sin darme ni cuenta, me encontré aplaudiendo con torpeza y estirando la cabeza para intentar ver algo por encima de los hombros de las asistentes a la fiesta. Llevábamos cerca de una hora esperando junto a la hoguera y la impaciencia impregnaba el ambiente. A través de aquel mar de cuerpos, vislumbré un destello de blanco, luego otro y, con cautela, me fui abriendo paso hasta llegar delante de todo.

Veinticinco chicas con vestidos largos de color blanco avanzaban en procesión hacia nosotras, con los brazos cargados de coronas vegetales y los pies descalzos. A medida que se acercaban, vi que sus vestidos eran en realidad túnicas ceñidas en la parte delantera con un fajín. Formaban una figura solemne entre nosotras y me recordaron las vírgenes vestales desfilando hacia el fuego sagrado. Hasta entonces tenía la sospecha de que las tradiciones universitarias eran sandeces en su mayor parte, pero en aquel momento comprendí el extraño poder del ritual. Al instante me sentí transportada a una época más salvaje.

Una de las chicas alzó la voz para empezar a entonar la canción de Santa Perpetua y todas las presentes se le sumaron rápidamente. Era un canto curiosamente melancólico, más un himno que una

melodía alegre, y a pesar de que no me sabía la letra, se me puso la piel de gallina.

Las jóvenes de blanco empezaron a circular y a separar del grupo a las chicas nuevas para coronarlas con laurel. Éramos un pequeño conjunto de recién llegadas, menos de un centenar, pero me dejó impresionada que las chicas del último curso conocieran a todo el mundo tan bien como para identificar con facilidad las caras desconocidas. Nunca me había gustado ser el foco de atención y por un momento me planteé la posibilidad de retirarme disimuladamente y escapar de allí, pero antes de que me diera tiempo a dar un solo paso, noté que alguien me tocaba la muñeca.

Era una chica de pelo oscuro, largo, tan largo que incluso resultaba anticuado, y le caía sobre los hombros en ondas. Sus labios esbozaron una sonrisa cuando, sin decir nada, me observó con sus cálidos ojos de color caramelo y pensé, por un luminoso instante, que me estaba viendo tal y como yo la veía a ella:

Absolutamente perfecta.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la chica, con una voz profunda y grave, como la de una artista de cine.

—Laura.

—Hola, Laura —dijo, levantando el laurel por encima de mi cabeza, como si fuese una coronación—. Santa Perpetua te da la bienvenida.

Depositó la corona sobre mis rizos rubios y se apartó un poco para admirar su trabajo. Su mirada me recorrió el cuerpo, una única vez, con tanta rapidez que pensé que tal vez fueran imaginaciones mías, pero me ruboricé igualmente.

Me sentí al rojo vivo por un instante, durante el cual, un instinto oscuro de vencer y dominar, de besar y golpear, me cobró vida en el estómago. Me imaginé enterrando los dedos entre aquel cabello negro y tirando de él hasta que su boca se cerniese sobre la mía. Me imaginé los tenues sonidos de sorpresa que emitiría, la dulzura de su aliento dejando un rastro sobre mis labios.

Y entonces se fue, desapareció entre la muchedumbre para regalar su atención exclusiva a otra chica. Me balanceé de un lado al otro, no sé si por efecto del ponche o como resultado de aquel encuentro eléctrico.

Me acerqué el dorso frío de la mano a la mejilla encarnada, cerré los ojos con fuerza e inspiré hondo para tranquilizar a la bestia inquieta que se revolvía dentro de mí.

—Ah —dijo Maisy, apareciendo de repente a mi lado con una sonrisa de comprensión—. Ya veo que has conocido a Carmilla.

CAPÍTULO DOS

Laura



El primer día de clase empezó a las ocho en punto de la mañana, con un curso obligatorio de Historia de la Iglesia impartido por un profesor que probablemente había vivido en tiempos del reinado de Carlomagno. Siempre había sido muy precoz en temas de religión y conocía bien todos los detalles de los primeros cristianos y los eremitas que vivían en el desierto sobre los que estaba hablando, así que desconecté prácticamente por completo. En vez de tomar notas, me dediqué a dar sorbitos al té con miel que llevaba en mi termo y a hacer garabatos en la agenda. Los comienzos de cualquier cosa siempre me ponían nerviosa, pero mi agenda me ayudó. En ella tenía expuesta mi nueva vida en bloques temporales perfectamente delimitados, con todas las tareas enumeradas en el lateral, listas para ser tachadas en cuanto estuvieran completas. Terminada la clase de Historia de la Iglesia había Mecnografía, también obligatoria, después una pausa para comer, y luego Astronomía, que me había parecido la ciencia menos ofensiva que elegir para satisfacer los requisitos del primer curso. Y al atardecer, mi vida académica empezaría de verdad.

De siete a nueve tenía Escritura Poética con la señorita De Lafontaine, una clase a la que había sido invitada personalmente después de presentar algunas muestras de mis escritos junto con los trabajos exigidos para la matrícula. En teoría no era una materia a la

que pudieran acceder las chicas de primer año, pero había defendido mi caso, citando el año sabático que me había tomado, mis publicaciones en algunas revistas de poca monta del sur y mi servil devoción a la palabra escrita, con todo lo cual, la profesora había decidido hacer una excepción conmigo. Estaba tan excitada con la perspectiva de asistir a aquella clase que apenas pude cenar.

El aula donde la señorita De Lafontaine impartía sus lecciones era un oratorio situado en la tercera planta del edificio principal, Seward Hall. Llegué con diez minutos de antelación, una costumbre que tenía su origen en mi ansiedad, y me fijé enseguida en que las sillas estaban dispuestas en un estrecho círculo en el centro de la estancia. Había una docena de chicas matriculadas en aquella asignatura, todas ellas estudiantes de cursos superiores que estaban concentradas escribiendo en sus cuadernos, mirándose en el espejito de la polvera para repasarse el lápiz de labios o ignorándose claramente. Por suerte, reconocí a una de ellas.

—Hola —dije, dejando mi mochila al lado de Elenore.

Levantó la vista, me miró con unos ojos cuidadosamente delineados en negro y me sonrió cariñosamente.

—Hola, chica nueva —dijo, tirando de una silla para que me sentara. Tomé asiento con cautela y descansé la agenda sobre el regazo—. Bonito vestido.

Alisé mi pichi de pana y le devolví la sonrisa, agradeciéndole aquella rama de olivo que acababa de tenderme en forma de ritual femenino de intercambio de cumplidos.

—Gracias. Me encanta cómo llevas maquillados los ojos.

—De nada —replicó, agitando unas pestañas cargadas de máscara. Cerró el cuaderno con tapa de cuero en el que estaba escribiendo, se inclinó hacia mí y me dijo, en tono conspiratorio—: ¿Cómo lo llevaste después de lo de la hoguera? Yo me pasé el día siguiente con dolor de cabeza. No pienso mezclar nunca más bebidas alcohólicas potentes con ponche, te lo aseguro.

—Estuve bien. No suelo beber mucho.

—Eres muy afortunada. ¿Sabías que muy pocas chicas consiguen tener audiencia con De Lafontaine y mucho menos un sitio en su clase? ¿A quién mataste para poder llegar aquí?

—A nadie. Simplemente le envié alguno de mis poemas y me dijo que podía matricularme.

—Debes de tener algo especial, de ser así. Yo tuve que presentar la solicitud tres veces antes de que me aceptara y, no es que quiera echarme flores, pero soy buena. Aunque si quieres que te diga lo que pienso, creo que tiene ciertos prejuicios por lo que respecta a la escritura de no ficción. Adoro el periodismo de investigación y algún día acabaré trabajando para el *New Yorker*. Pero De Lafontaine exige que todas las alumnas de su grupo de escritura estudien poesía; dice que es la base del lenguaje. La verdad es que sabe sacar lo mejor de todas nosotras. Ya me dirás qué opinas de ella después de la primera clase.

Elenore dio unos golpecitos a su moño hueco.

—Dime, ¿has preparado la lectura? Yo solo me la he mirado por encima.

—¿Lectura? —repetí, aterrada de repente. No había visto nada sobre una lectura en el programa.

Elenore rio con disimulo y me dio un empujón con el hombro.

—Era una broma. Tía, te has quedado blanca como el papel. Relájate un poco, ¿vale? De Lafontaine huele el miedo a distancia.

—¿Dónde está, por cierto? —pregunté, estirando el cuello para observar el espacio en penumbra del oratorio. La estancia estaba iluminada con lámparas de pie, no de techo, y el resplandor resultante era cálido y tenue.

—Oh, siempre llega un poco tarde. No te preocupes.

Antes de que me diera tiempo a preguntar algo más, se abrió la puerta e hizo su entrada una mujer blanca, alta y brutalmente hermosa. Llevaba un pantalón fino de seda de color verde que hacía conjunto con el pañuelo que llevaba atado a modo de diadema alrededor de su media melena castaña, una blusa blanca holgada y unos zapatos de tacón grueso que incrementaban su ya considerable

altura. Calculé que tendría unos cuarenta y cinco años. Su majestuosa nariz aguileña destacaba la delicadeza del resto de sus facciones.

—Hola, clase —dijo, con una voz ronca que pareció ir directa a la boca de mi estómago. Se situó, erguida como un junco, en medio del círculo de sillas y nos miró una a una mientras fumaba con desgana un Virginia Slim manchado de carmín—. Tenéis un aspecto penoso, la verdad. ¿Demasiada juerga la noche de la hoguera?

—Sí, señorita De Lafontaine —respondió riendo una de las chicas más veteranas.

—Confío en que lo celebraseis con tanta pasión como para acabar invocando la presencia de los viejos dioses, bacantes mías —dijo la profesora, con una sonrisa maliciosa. El corazón me dio un vuelco cuando sus ojos verdes se posaron en mí, inmovilizándome—. Y parece que tenemos algunas nuevas incorporaciones a nuestro pequeño *cultus*. Maravilloso.

Tragué saliva e hice un gesto de asentimiento. ¿Qué podía decir?

Nos contó, una a una, sirviéndose de sus finos dedos.

—Veo que solo sois once. ¿Dónde está Carmilla?

—Seguramente estará aún de fiesta —murmuró Elenore para que la profesora no la oyera.

—No empezaré sin ella —dijo la señorita De Lafontaine, dando golpecitos nerviosos al suelo con el pie.

Y como si acabaran de darle la entrada, la chica que había visto en la hoguera irrumpió en el aula. Aquella primera noche había presionado a Maisy para que me diera más detalles sobre ella, pero lo único que mi tutora me había dicho sobre Carmilla es que era «un genio» y «un poco arpía». Naturalmente, me había pasado los dos días siguientes buscando su cara por el patio o en la fila de la comida, impulsada por algo que se había convertido en una especie de fijación por ella.

No estaba obsesionada, me repetía. Era simple curiosidad.

Carmilla iba vestida de forma muy curiosa, con unos pantalones bombachos cortos sobre medias oscuras y un chaleco masculino encima de una blusa blanca con mangas abullonadas. Era como si se estuviese preparando para subir a escena como Romeo; lo único que le faltaba era una espada y, tal vez, un sombrero para cubrir su larga melena. Llevaba el flequillo corto, con unos ricitos que me hacían pensar en un personaje de Jane Austen.

—Ya tenemos aquí a nuestra hija pródiga —dijo la señorita De Lafontaine.

—Hola, señorita D. —replicó Carmilla, y se plantó delante de ella con un cigarrillo apagado entre los dedos—. ¿Me da fuego?

Observé, boquiabierta, como la señorita De Lafontaine se inclinaba para que Carmilla pudiera encender su cigarrillo con el de ella. Era como ver a alguien acurrucándose al lado de un puma.

—Me siento feliz al ver que has decidido honrarnos con tu presencia —dijo De Lafontaine en tono jocosos, aunque la sonrisa que esbozaban sus labios era cariñosa.

Extendió la mano y colocó bien el cuello de la blusa de Carmilla, como haría una madre.

—Jamás me salto un seminario, lo sabe —replicó Carmilla.

Se dejó caer en la única silla que quedaba libre en la sala, que casualmente estaba en el lado opuesto del círculo, justo delante de mí. Tuve que hacer esfuerzos para mantener los ojos clavados en el cuaderno que tenía sobre la falda.

—Pues ya podemos empezar —dijo De Lafontaine, echando con delicadeza la ceniza del cigarrillo en un cenicero de cristal que había junto a la pizarra—. ¿Comenzamos con un recitado? Carmilla, ya que has llegado tarde, te toca pagar el pato.

Carmilla ni se inmutó. Se levantó, hizo una especie de reverencia, se llevó la mano al pecho y empezó a hablar:

*La naturaleza, con sus aires de grandeza, cuida de sus favoritas;
pinta con un rubor rosado sus mejillas,
y llena sus pulmones con el dulce aliento de la vida.
La juventud, en todo su esplendor, brilla sobre la piel de las chicas*

*que desfilan en procesión, haciendo caso omiso a la muerte,
hacia la consumación de la belleza.*

Terminó con una sonrisa de suficiencia y la señorita De Lafontaine aplaudió.

—Inspirada, como siempre —dijo.

—Acabo de escribirlo esta mañana —comentó con orgullo Carmilla.

—¿Alguien más que quiera compartir aquello en lo que ha estado trabajando?

Hubo un murmullo en la sala, pero ninguna chica se presentó voluntaria. Carmilla había dejado el listón muy alto y De Lafontaine era, por lo visto, una clienta muy difícil de complacer.

Y entonces, sorprendiéndome por completo, la profesora dirigió su atención hacia mí.

—Laura —dijo, casi ronroneando mi nombre—. Tenías muchas ganas de apuntarte a este curso. ¿Por qué no le muestras a la clase algo en lo que hayas estado trabajando?

Tragué saliva y abrí mi agenda, la hojeé en busca de algo breve, algo brillante, algo que convenciera a la clase de que me merecía estar allí. Con dedos temblorosos, seleccioné la página donde estaba escrito uno de los versos que había presentado para acompañar mi solicitud.

Incapaz de establecer cualquier tipo de contacto visual con la señorita De Lafontaine, empecé a leer con la voz más potente que fui capaz de articular:

*El amor transforma a algunos en pájaros o en mendigos,
pero tú me has convertido en arquitectura,
en un santuario de espacios cálidos y sagrados
concebidos para capturar el sonido de tu voz.
Estos ojos: rosetones que te bañan de luz.
Estos brazos: hornacinas abiertas en un umbroso abrazo.
Este corazón: una oscuridad confesional suficiente para albergar tus
pecados.*

*Esta boca: una campana que ahuyenta los demonios
y te llama para que vuelvas a casa.*

Durante un momento, frágil y terrible, solo hubo silencio. Mantuve la mirada fija en la agenda, deseando tan solo que aquel momento pasara. Al final, levanté la vista y descubrí que De Lafontaine, con los brazos cruzados sobre el pecho, me miraba fijamente. Sus ojos tenían un fuego extraño.

—Glorioso —dijo por fin y, de pronto, pude respirar de nuevo—. Absolutamente glorioso. La tierna sobriedad del lenguaje, la rica sensualidad de la metáfora religiosa. Tu estilo es moderno y sin complejos, aunque totalmente accesible. Bien hecho, Laura.

Aplaudió y todas las chicas la imitaron al instante. Me encontré inmersa en el sonido de los aplausos y mis mejillas se ruborizaron de inmediato. Elenore me dio un puntapié amistoso por debajo de la mesa, como queriéndome recordar que levantara la barbilla y no desviara la mirada ante tantos elogios. Me vi recompensada con la sonrisa orgullosa y felina de la profesora. Solo Carmilla frunció el entrecejo y aplaudió con una rotundidad casi violenta.

—Bien —dijo De Lafontaine, recorriendo de nuevo el círculo de chicas con la mirada—. Parece que incorporar un poco de sangre nueva será bueno para todo el mundo. Y ahora, pongámonos a trabajar. Hablemos sobre Voltaire.

La hora siguiente pasó volando, como un sueño. De Lafontaine me recordaba a una rapsoda. Cuando hablaba, el aula entera contenía la respiración. Se sabía de memoria largas parrafadas de Voltaire, así como de muchos otros poetas. Conocía los clásicos, conocía a los integrantes de la generación *beat* y conocía todo lo que se había escrito entre unos y otros. Parecía casi imposible que el cerebro de una mujer fuera capaz de contener tanta belleza. Le gustaba que leyéramos en clase los textos que nos iba asignando y tendía emboscadas a las chicas pidiéndoles que compusieran versos en el acto, razón por la cual todo el mundo estaba obligado a mantenerse siempre alerta. La clase fue participativa, visceral, y

cuando terminó, me sentí casi extenuada físicamente. Mientras recogía mis cosas, con la cabeza transformada en una marea de sonetos y la mano dolorida de tanto tomar notas, sentí una presencia detrás de mí.

Me volví y vi que era Carmilla, encantadora y oscura. Me observaba con un gesto de arrogancia.

—Eres muy buena —dijo directamente—. ¿De dónde eres?

—De Mississippi —respondí, sorprendida de tenerla tan cerca. Su boca tenía el color de un capullo de rosa y estaba inflamada, como si se la hubiese estado mordiendo—. De un lugar del que ni debes de haber oído hablar.

—Interesante —replicó, sorbiendo por la nariz.

—¿Y tú de dónde eres? —pregunté, porque me parecía la forma más educada de continuar la conversación.

—De Austria —dijo, como si la respuesta le aburriese. Me quedé maravillada al instante; yo no había salido nunca del país. Cuando abrí la boca para pedirle más información, me interrumpió—. ¿Has estado enamorada alguna vez?

Parpadeé repetidamente, perpleja. A decir verdad, no, nunca había estado enamorada. Me había gustado alguna compañera de clase, había tenido algún encaprichamiento, siempre condenado al fracaso, con mujeres tan mayores que podrían haber sido mi madre, pero nada de todo aquello había sido correspondido. Aunque tampoco podía decirse que hubiera dado muchas oportunidades a las otras partes. Si siempre había mantenido mis sentimientos tan ocultos que eran casi invisibles para mí, era imposible que los demás hubieran podido intuir alguna cosa. Por lo tanto, no, nunca había experimentado esa sensación universal de caer rendida de amor ante algo mucho más grande que yo, ese dolor exquisito sobre el que escribían todos los poetas.

Pero en aquel momento, mirando a Carmilla, con sus cejas perfectas casi unidas en el entrecejo, me pregunté si aquello no sería el principio de algo claramente relacionado con el amor. ¿Por

qué estaría preguntándomelo, entonces, si no era porque sentía lo mismo?

—No —respondí sinceramente—. Pero me gustaría estarlo algún día.

Sonrió enseñándome todos los dientes. Era, me di cuenta con retraso, una sonrisa poco amistosa.

—Me lo imaginaba. Tu trabajo tiene algo que no parece auténtico. Si quieres mi consejo, te sugiero que escribas sobre la vida, no sobre el amor.

Se me heló la sangre. No estábamos solas en el aula. Quedaban aún chicas dando vueltas por allí y Elenore, que estaba a escasa distancia de nosotras, arqueó exageradamente las cejas, sorprendida. Carmilla emitió un leve sonido de satisfacción que me dio a entender que había estado intentando hacerme daño y se alegraba de haberlo conseguido.

Me arrepentí de inmediato de haberme pasado el fin de semana buscándola con la mirada entre la gente, de haber estado preguntando por ella. Tontamente, había proyectado todos mis deseos reprimidos hacia una cara bonita y ahora me daba cuenta de que debajo de aquella máscara se escondía una serpiente. Creía haber hecho una amiga, quizás haber encendido la chispa de alguna cosa más, pero acababa de darme cuenta de que lo único que había conseguido era crearme una enemiga.

—¿Es eso lo que haces tú? —dije, sin alterarme.

—Por supuesto. Todos mis poemas hablan sobre la vida. Hablan de la realidad.

—¿Y los míos no? —repliqué, calentándome un poco. Era terriblemente defensiva con todo lo relacionado con mis escritos—. Apenas conoces mi trabajo, ¿cómo puedes saberlo?

—Tengo mucho ojo para estas cosas —dijo Carmilla, como si estuviera valorando una pieza de joyería, no hablando sobre otro ser humano.

—Los celos te provocan arrugas, Carmilla —intervino Eleanor, saliendo en mi defensa. Me rozó la muñeca, seguramente esperando

alejarme de un posible altercado, pero la crueldad de Carmilla me había dejado traspuesta.

Carmilla se echó a reír, un sonido musical que no tenía ningún derecho de ser tan bonito.

—No tengo celos de una novata. Simplemente estoy dándole unos consejos. Si no quiere aceptarlos, no es mi problema.

Carmilla se recogió el pelo con una cinta azul claro, casi del mismo color que las venas que se le transparentaban a través de la delicada piel de las muñecas. Me perdí por un instante en la imagen de atarle las manos con aquella misma cinta, de obligarla a inmovilizarlas sobre una colcha. Inexplicablemente, el odio que había estallado entre nosotras agudizaba mi atracción hacia ella.

—Gracias por tus consejos, pero creo que no los necesito. O, al menos, eso es lo que parece pensar De Lafontaine —dije, afilando el cuchillo.

Vi una chispa en los ojos de Carmilla y comprendí que le había tocado la fibra sensible. Una maliciosa sensación de triunfo me recorrió por entero.

Muy bien. Si lo que quería era una enemiga, una enemiga tendría.

—Vámonos, Laura —dijo Elenore, levantando imperiosamente la barbilla en dirección a Carmilla.

La seguí para abandonar el aula sin pronunciar palabra. Pero no pude resistir la tentación de lanzar una mirada por encima del hombro: Carmilla Karnstein estaba mirándome y sus ojos echaban chispas.

CAPÍTULO TRES

Carmilla



Abrí de un puntapié la puerta de atrás de Seward Hall y, furiosa, me recosté contra la pared exterior cubierta de hiedra sujetando entre los labios un cigarrillo de clavo de olor apagado.

Jamás, en todos mis días y noches de vida, alguien me había tratado de aquella manera en clase, y mucho menos una palurda pueblerina con ojos de vaca y aficionada a la prosa moderna. ¿Quién demonios se pensaba que era esa tal Laura, irrumpiendo en un seminario para cursos avanzados al que no tenía ningún derecho a asistir y arrojándose de aquel modo en brazos de De Lafontaine? Decidí al instante que la odiaba, que odiaba sus ricitos estúpidos y su suave acento sureño y aquel cuadernillo de color rojo en el que no paraba de escribir, como la mascota de un pastor que toma ávidamente notas durante el sermón. Aquella imbécil no tenía ni idea de cuál era su lugar, ni de la delicada jerarquía sobre la que estaba construida Santa Perpetua.

Sin duda alguna, mi madre la habría tachado de contumaz escaladora social, si acaso mi madre hubiera seguido aquí el tiempo suficiente como para verme acceder a la universidad.

Cuando la conocí en la hoguera, pensé que era mona, aunque con un estilo sencillo e inofensivo, pero su presencia me irritaba ahora la piel como si acabara de rozarme con hiedra venenosa.

Sacudí la cabeza con rabia, saqué del bolsillo mi preciado encendedor dorado, el que me había regalado De Lafontaine con motivo de mi veintiún cumpleaños, y encendí el pitillo. Aspiré hondo para que el humo me entrara en los pulmones y murmuré unas líneas de *El paraíso perdido* para calmarme. La poesía era mi único antídoto contra la rabia.

*¡Ay de mí, miserable! ¿Por dónde huiré
de la cólera infinita y de la infinita desesperación?
Todos los caminos me llevan al Infierno, pero el Infierno soy yo;
Por profundo que sea su abismo, más lo es el que existe dentro de mí,
que amenaza a todas horas con devorarme.
Comparado con él, el Infierno en que sufro me parece el Cielo.*

Instantes después, se abrió la puerta y apareció De Lafontaine, tan serena y majestuosa como siempre. Era tan alta que tuvo que agacharse para evitar las ramas de roble que se le cernían por encima de la cabeza, las que escondían el jardín trasero de Seward Hall de ojos curiosos. Por eso nos veíamos a menudo aquí; por la privacidad y la facilidad de acceso.

—Vaya rabieta has tenido —observó, mirándome con entusiasmo. Cuando me miraba así, me resultaba imposible mentirle.

—No me gustan las creídas —dije, encogiéndome de hombros como si no estuviera profundamente molesta por lo que acababa de suceder en el aula.

De Lafontaine me cogió el cigarrillo y le dio una calada; su lápiz de labios y el mío se mezclaron en el filtro. Me lo devolvió, con un gesto de preocupación.

—Reconoce que odias tener que compartir ser el foco de atención.

—No entiendo por qué tengo que compartirlo con una nueva —murmuré.

Cada vez que nos veíamos, me decía a mí misma que me comportaría con madurez y experiencia, para demostrarle a mi profesora que era mucho más inteligente de lo que me correspondía

por edad, como ella me decía, pero siempre acababa sintiéndome como una niña tonta incapaz de controlar sus emociones.

—No tienes a nadie que te desafíe. Te estás durmiendo en los laureles. Si Laura consigue mantenerte el ritmo, seré la primera en agradecer que haya un poco de competitividad en clase.

—Competitividad. —Escupí la palabra como si fuese un taco—. Seguro que la tiene por muy inteligente. Inteligente y encantadora.

—No te pongas celosa —dijo De Lafontaine, con una voz suave como la seda, pero firme como el hierro.

Conocía bien aquel tono; el que me decía que, si seguía andando por el camino que había tomado, habría consecuencias. En cualquier otro momento, sintiéndome más segura de mí misma, me habría arriesgado a ser el blanco de su ira. Pero aquel día, claudiqué.

—Lo siento, señorita D. —dije, dándole un puntapié a la tierra.

De Lafontaine tocó mi mercedita con la punta de su mocasín y paralizó mi movimiento.

—¿Por qué me has dicho que querías verme? —preguntó, yendo tan al grano como siempre.

Noté que la garganta se me había quedado algo seca. ¿Qué decir para no sonar desesperada? Conocía bien los términos de nuestro acuerdo; ella guiaba y yo la seguía. Ella pedía y yo respondía. Jamás al revés. Cualquier intento de ejercer la autoridad en esta situación estaba, con toda probabilidad, condenado al fracaso, pero tenía que intentarlo igualmente.

—Lleva semanas sin invitarme —dije, esforzándome por hablar como si no le diera gran importancia—. Me preocupaba que estuviera enferma o algo.

De Lafontaine esbozó una leve sonrisa que ni siquiera le llegó a los ojos, como si estuviera hablando con una niña pequeña.

—Es el semestre de verano, Carmilla. ¿Por qué tendría que invitarte si no tenemos clases?

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—¿Y qué ha estado haciendo?

—Investigación. Eso es todo.

—Si me aceptara como su secretaria, si me lo contara todo sobre sus investigaciones, podría ayudarla. La carga adicional de trabajo no me importa, de verdad.

—No será necesario.

—Es solo que... Mire, si hay alguien más, simplemente me gustaría saberlo. Puede decírmelo. No me enfadaré.

—Cuidado con lo que dices en público —dijo De Lafontaine, mirando por encima del hombro. Su humor estaba virando rápidamente hacia la irritabilidad—. Podría oírnos alguien.

—Si le preocupa que nos pillen, tal vez debería invitarme a su casa. Para vernos en privado.

Estaba siendo muy atrevida, lo sabía, pero estaba desesperada. Sin los frecuentes encuentros clandestinos a los que me había acostumbrado, estaba ansiosa y a punto de estallar, como un melocotón demasiado maduro. Me preocupaba haber caído en el olvido. Me preocupaba haber sido sustituida.

Y lo peor de todo, me preocupaba que De Lafontaine se estuviera aburriendo de mí.

—Carmilla —dijo De Lafontaine con un suspiro, pronunciando mi nombre como si fuera a regañarme.

Bajé la vista, negándome a mirarla a los ojos. Y era ahora cuando me decía que estaba siendo demasiado empalagosa, cuando me sugería que nos tomáramos un descanso, que exploráramos otras opciones. Cuando yo me derrumbaba y lágrimas ardientes de rabia me escocían en los ojos.

Pero entonces, sorprendiéndome, De Lafontaine empezó a acariciarme el cabello.

—Estoy tomando demasiado de ti —murmuró.

Levanté la vista y observé su precioso rostro, aquella piel marmórea, aquella boca que parecía una herida de arma blanca.

—No toma nada que yo no esté dispuesta a dar. No le tengo miedo. Quiero seguir.

De Lafontaine aspiró hondo por la nariz y luego suspiró, y algo cedió detrás de su mirada.

—Eres demasiado buena conmigo —dijo, cogiéndome la mano y deslizando los labios por la piel sensible del dorso de mi muñeca.

Me estremecí. Mi pulso se aceleró y golpeó contra los dientes que me raspaban la carne. Aunque sabía lo que sucedería a continuación, seguía resultándome un poco aterrador.

—Algún día... —dijo De Lafontaine, con la voz enronquecida por el deseo. Así era como más me gustaba, durante aquellos preciosos y pasajeros momentos de vulnerabilidad—. Algún día te cansarás de todo esto. Te darás cuenta de lo que soy en realidad y partirás para disfrutar de tus propias aventuras. Te olvidarás por completo de mí.

—Jamás podría olvidarla —dije con firmeza—. Y no voy a irme a ningún lado.

La mirada penetrante de De Lafontaine se cruzó con la mía, robándome el aire de los pulmones y, entonces, sin remordimiento ni dudas, mordió.

CAPÍTULO CUATRO

Laura



De Lafontaine creía en el aprendizaje práctico y mantenía a sus alumnas en un bucle constante de lectura y escritura. Nos atiborrábamos de poesía cada semana y producíamos todo lo que podíamos a modo de respuesta, experimentando con distintos formatos, versos, métricas y estilos. Resultaba casi imposible mantener el ritmo de lecturas y era fácil detectar a cualquier alumna de De Lafontaine porque estaban siempre hojeando libros de poesía durante las comidas y debajo del pupitre durante clases en las que no correspondía concentrarse en aquello. Todas deseábamos desesperadamente complacerla, demostrarle que éramos parte de su clase y, por ello, nadie se quejaba por la carga de trabajo. De Lafontaine no tenía paciencia para las que se retrasaban durante el curso y su programa destacaba con claridad la política de expulsión para todas aquellas que no entregaran sus trabajos a tiempo.

Me veía obligada a visitar semanalmente la biblioteca para conseguir todos los libros que nos recomendaba. Mi padre me enviaba cada mes por correo algo de dinero para mis gastos, pero no era suficiente para comprar todos los clásicos y contemporáneos que De Lafontaine exigía. Por ese motivo, acabé entablando amistad con las chicas que trabajaban en el mostrador de préstamos. Y acabé trabando también íntimo conocimiento con las laberínticas estanterías.

Podía pasarme horas recorriendo mis secciones favoritas, acariciando los lomos de los libros de poesía, ficción, teología y poesía. La esperanza de mi padre era que me graduara de la universidad y me convirtiera en una poetisa famosa, aunque yo sospechaba que estaba mejor preparada para vivir una vida tranquila ejerciendo el sacerdocio en una pequeña ciudad. La iglesia episcopal había aprobado un movimiento para ordenar a mujeres hacía un año y estaba entusiasmada ante la oportunidad que aquello ofrecía a mentes estudiosas como la mía. En cierto modo, me consideraba adecuada para el sacerdocio. Era una escritora con talento, conocía los textos sagrados casi tan bien como conocía a Shakespeare, sabía escuchar, tenía paciencia y no revelaba a nadie los secretos de los demás. Sin embargo, en otros aspectos, era una candidata nefasta para el sacerdocio. Me aterraba hablar en público, siempre acababa discutiendo con las figuras de autoridad masculinas y, claro está, tenía mis vicios, a los que no estaba dispuesta a renunciar.

A veces, cuando la biblioteca estaba especialmente tranquila, me permitía uno de mis pecados favoritos y me obsequiaba con algún ejemplar de la reducida pero interesante colección de novela erótica *vintage* de Santa Perpetua. Estaba casi segura de que aquellos libros estaban allí para las alumnas innovadoras que hacían investigación sobre sexología, psicología o el movimiento de liberación de la mujer, no para su lectura recreativa, pero en el inicio de mi adolescencia había desarrollado una afición por la lectura erótica cuando una pariente lejana cargada de buenas intenciones me había regalado un ejemplar de *Delta de Venus* pensando que era una de las obras autobiográficas de Anaïs Nin.

Así pues, como pequeño regalo después de recorrer la sección de clásicos y localizar las lecturas de Hesíodo y Esquilo que teníamos para esta semana, me recompensé hojeando un folleto de pornografía victoriana. Las ilustraciones a tinta china de feroces mujeres con corsé y ligero fustigando a hombres en actitud sumisa me hizo sonreír por su carácter imaginativo, aunque encendieron

también ese fuego oscuro que me ardía eternamente en el pecho. La literatura erótica era uno de los únicos lugares donde era capaz de encontrar discusiones francas sobre mis inclinaciones, expresadas en una prosa fantasiosa que excitaba mi cuerpo y deleitaba mi mente. Leer aquellos libros era como ponerme una máscara de carnaval, entregarme al torbellino de un baile de disfraces hedonista y sumergirme en un mundo donde me sentía al mismo tiempo como en casa y como una extranjera en tierra extraña.

—Aquí estás —dijo alguien detrás de mí.

Casi me muero del susto. Cerré rápidamente el folleto y lo metí a toda prisa entre las páginas del libro de poesía clásica que formaba parte del montón de ejemplares que había seleccionado y estaba cargando. Carmilla estaba al final del pasillo, aparentemente furiosa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Daba golpecitos con el pie en el suelo, un gesto para indicar malhumor que pensaba que solo practicaban los actores en las obras de teatro.

—Las chicas del mostrador de préstamos me han dicho que te has quedado con el último ejemplar de Esquilo que quedaba en la biblioteca. Tengo una mala suerte increíble. He pensado que tal vez te encontraría en la sección de clásicos. ¿Qué haces escondida ahí atrás?

—Na-nada —dije, tartamudeando y deseando que me tragara la tierra.

Carmilla avanzó unos pasos hacia mí, arrastrando los pies como una niña ofendida. Llevaba un jersey marrón y una minifalda minúscula que dejaba al descubierto gran parte de sus muslos, y me esforcé por apartar la mirada de sus rodillas rosadas.

—Dámelo —dijo, extendiendo la mano y quedándose a la espera.

—¿Qué? No, no pienso darte mi libro. Acabo de cogerlo en préstamo. ¿Verdad que has dicho que era el último ejemplar que quedaba en la biblioteca? Cómpratelo, si tanto lo quieres.

Estaba segura de que Carmilla, que veraneaba en los Alpes y, al parecer, nunca llevaba el mismo modelito dos veces, podía

permitirse sin ningún problema un par de libros. Resopló de un modo muy poco elegante y la brisa resultante le alborotó el flequillo.

—Mira, no me gusta esperar. Y si pido un ejemplar, es imposible que me llegue a tiempo. Así que te lo compro, si quieres, me da igual; necesito el libro, eso es todo.

—Este ejemplar es mío —dije, enunciándolo con claridad porque quería que mi negativa le entrara bien en la cabeza, aunque quizás también porque deseaba prolongar la conversación, saborear su proximidad unos instantes más—. Lo he encontrado yo y yo también lo necesito y, por lo tanto, no voy a dártelo. Tendrás que pedirselo prestado a alguna de tus amigas del seminario. Porque tienes amigas, ¿no?

Arrugó la nariz, fastidiada.

—Déjame mirar al menos los poemas que nos han asignado. Serán solo unos minutos. Y seguro que tienes tiempo de sobra. Dudo que tu agenda social esté llena.

Sin ni siquiera pedirme permiso, cogió el libro de entre el montón que estaba cargando y rompió con ello el delicado equilibrio que había conseguido crear. El libro de Hesíodo casi se cayó al suelo, aunque lo que sí acabó cayendo fue el folleto victoriano. Me apresuré a recogerlo, pero Carmilla fue más rápida que yo y lo capturó casi al vuelo.

—¿Qué es esto? —preguntó y, entonces, espeluznantemente, empezó a leer el título en voz alta—. *Guía de Lady Danube al éxtasis y la agonía*.

Presa del pánico, dejé caer los libros al suelo y le llevé la mano a la boca.

No la había tocado hasta entonces y, de repente, quedó capturada entre mis brazos, con sus labios presionados contra la palma de mi mano, el hueso de su cadera clavándose en mi muslo. Los ojos de Carmilla ardieron al mirarme con indignación, pero no intentó liberarse. De pronto, me vi envuelta en el calor de su cuerpo, en el delicado aroma a jabón y agua de rosas que seguía adherido a su piel.

Por un instante, el placer me inundó la cabeza, pero recuperé rápidamente el sentido y la solté.

—Lo siento, lo siento —balbuceé, agachándome para recoger mis lecturas. La cara me quemaba como un horno—. No sé por qué he hecho esto. Por favor... sé discreta.

Carmilla se limpió con el dedo meñique el lápiz de labios que se le había corrido por una comisura y, acto seguido, levantó una ceja en gesto arrogante. Una mueca de desdén le cruzó el rostro.

—¿Así que a la niña buena de la iglesia le gustan los libros marranos? Oh, qué maravilla.

—Espera un momento, ¿cómo sabes tú que voy a la iglesia? —dije, porque no había visto nunca a Carmilla en las misas que se celebraban en la capilla de la universidad y tampoco en los horarios de confesión ni en las plegarias vespertinas.

Me lanzó una mirada extraña por encima del borde del folleto, sus ojos medio ocultos por unas pestañas tiznadas de negro.

—A lo mejor es porque he estado preguntando por ti. ¿Y a ti qué te importa?

—Me importa mucho, si a partir de esto empiezas a difundir chismes maliciosos.

—Tengo cosas mucho mejores que hacer que quedarme sentada pensando en ti —replicó secamente.

—Devuélvemelo, por favor —dije, abriendo la mano para que depositara el folleto en ella.

Pero Carmilla se apoyó tranquilamente en la estantería, abrió el folleto y empezó a leerlo con entusiasmo.

—No, creo que no voy a devolvértelo. Las ilustraciones son de lo más imaginativo, ¿no te parece?

—Carmilla —dije, prácticamente suplicándole.

—Un buen batiburrillo de actos sexuales. Aquí hay de todo: *fellatio*, *bondage*, dominio y sumisión... Parece *Historia de O*. ¿Te gustan los aspectos más duros del amor? Todo un atrevimiento, eso de andar a plena luz del día con este tipo de literatura. A ver si resulta que eres un poco exhibicionista.

Me encontré incapaz de mirarla a la cara. Cerré los ojos, inspiré hondo por la nariz y me planteé la posibilidad de tirarme por la primera ventana que encontrara. Aquello era peor que una humillación. Cuando abrí los ojos de nuevo descubrí, para mi horror, que tenía que pestañear para evitar que se me cayeran las lágrimas.

—Oh, vamos —dijo Carmilla, con un tono de voz mínimamente más amable—. No es nada de lo que avergonzarse. Ni siquiera es una novedad, hoy en día. Necesitas relajarte, estás demasiado tensa. ¿Eres virgen? Apuesto diez dólares a que todavía lo eres.

—Quédate con el Esquilo. Ya me da igual todo. Pero deja de reírte de mí.

—Venga —dijo Carmilla con un suspiro—, si estuviera riéndome de ti, lo sabrías. Todo lo contrario, debería estar dándote las gracias. Ni siquiera sabía que en Santa Perpetua tenían este tipo de libros. ¡Es como haber encontrado un tesoro! Ven aquí, estás montando una escena entre las estanterías. ¿Quieres que venga una bibliotecaria a ver qué pasa o qué?

Me vi obligada a reconocer que eso no era precisamente lo que quería. De hecho, era el único resultado peor que lo que estaba viviendo en aquellos momentos.

De mala gana, cedí a la propuesta de Carmilla y me acerqué a ella, que seguía hojeando el folleto, devorando las ilustraciones con ojos muy abiertos y ávidos. Me maravillé ante su ausencia de vergüenza y me pregunté qué debería de sentirse andando por la vida con la seguridad de la que Carmilla hacía gala. Era como una princesa moderna, con un rostro esculpido por generaciones de matrimonios entre personas de sangre azul y una boca dibujada para dar órdenes.

Estaba desesperada por saber cómo se vería de rodillas delante de mí.

—Esta resulta bastante acrobática —dijo, colocando el folleto bocabajo para estudiar mejor la imagen de una mujer colgada del techo mediante un intrincado entramado de cuerdas.

—Pues a mí no me parece muy cómodo —reconocí, y mi voz resonó como un leve susurro en la silenciosa biblioteca.

Carmilla pasó la página y aparecieron dos mujeres con ropa interior de encaje y pelucas estilo *madame* de Pompadour revolcándose sobre una cama.

—Esto sí que se ve cómodo.

La poca sangre que me quedaba en el cuerpo y que no estaba ocupada encendiéndome las mejillas, descendió a toda velocidad a ese punto entre las piernas y me estremecí. No era una sensación que estuviera acostumbrada a experimentar excepto en mis momentos más privados en la cama, y tampoco estaba acostumbrada a que me la incitara otra persona de carne y hueso. Y mucho menos una chica guapa y malvada a la que tendría que estar viendo en clase durante muchas horas seguidas.

El delirio de la excitación me impulsó a ponerme en acción y, en consecuencia, extendí el brazo para retirar un libro de la estantería que quedaba detrás de Carmilla. Era uno de mis favoritos, aunque nunca había tenido el valor suficiente como para cogerlo a la vista de todo el mundo y presentárselo a las chicas del mostrador de préstamos.

—Lee este —dije, cogiéndole el folleto y reemplazándolo en sus manos por el fino libro con cubiertas de tela.

Carmilla abrió el libro para leer la dedicatoria.

—«A las mujeres que anhelan el dulce jugo de la fruta conocida.»

—Es un libro de poemas traducidos —dije—. Aunque dudo que sean el tipo de poemas que De Lafontaine nos pondría como lectura. Son para leer en la cama a media luz, si tienes tiempo para ello.

—Buscaré el tiempo para hacerlo —murmuró Carmilla, hojeando el librito.

Levantó la vista y me quedé una vez más sorprendida por la tonalidad variante de sus ojos, a veces dorados, a veces marrón intenso. Ahora eran oscuros y redondos, con las pupilas muy dilatadas.

No deseaba nada más que convertirme en un fantasma voyerista cuando Carmilla leyera aquellos poemas por las noches en su cama.

Abrí la boca con la intención de decir algo valiente, algo atrevido, algo que pudiera decir alguna de las heroínas de mis novelas eróticas, pero no encontré las palabras. Me sucedía a menudo cuando no las escribía y las reescribía hasta dar con el resultado perfecto. Moví la cabeza en dirección al ejemplar de Esquilo que Carmilla tenía en las manos.

—Puedes quedártelo —dije—. Me apañaré con el de Elenore.

Carmilla miró el libro y me miró a mí; volvió a mirar el libro y a mirarme. Y entonces, cerró con brusquedad el libro de poesía sáfica y levantó la barbilla, como si se dispusiera a pronunciar un decreto monárquico.

—No, creo que al final me lo compraré. Ya he encontrado lo que andaba buscando. Nos vemos en clase, Sheridan.

Y con eso, dio media vuelta y me dejó a solas, tambaleándome entre las estanterías oscuras de la biblioteca de la universidad.

CAPÍTULO CINCO

Carmilla



Mi agenda estaba tan vacía como la de cualquier estudiante precoz de último año que ya había completado todos sus requisitos de graduación; el seminario de poesía con De Lafontaine era la pieza central, realizada con dos créditos de coral, tres créditos de una serie de lecturas que De Lafontaine impartía sobre los *beats* y cuatro créditos de estudio independiente con De Lafontaine, todo lo cual implicaba leer en su despacho, presentarle mis poemas para recibir en privado su crítica o exponerle mi cuello para que pudiera saciar su apetito en su apartamento. No necesitaba ningún profesor más, no cuando el resplandor de su genialidad brillaba lo bastante como para iluminar mi vida entera.

Tenía veinte años y nueve días cuando conocí a la profesora De Lafontaine. Recién liberada de un arduo semestre de invierno en un colegio suizo y recién aterrizada en los Estados Unidos, llevaba todavía la boina roja y el uniforme de mi anterior escuela. Había cursado mi baja de aquel colegio de élite en el mismo instante en que mi veinte cumpleaños me había concedido el derecho de acceso a mi fondo fiduciario, había metido rápidamente en una maleta mis libros favoritos de poesía y había puesto rumbo a América.

Llamé a la puerta del despacho de De Lafontaine antes de permitir que cualquier miembro del comité de bienvenida de la escuela se enterase de que la chica que había pagado la matrícula

completa del semestre, en francos suizos nada menos, ya había llegado. Consideré que no tenía ningún sentido instalarme hasta haberme presentado a la única persona del campus que realmente me importaba. De Lafontaine había abierto la puerta de cristal esmerilado y me había encontrado frente a frente con una criatura de aspecto mítico, con sus zapatos de plataforma y una blusa almidonada, que me había mirado de arriba abajo con una evidente combinación de cansancio y curiosidad. Era tan bella como sugería aquel dibujo que había visto de ella en *Paris Review*, aunque quizás algo más mayor, con unas elegantes patas de gallo adornándole las comisuras de los ojos.

—Me temo que el horario de tutoría ya ha acabado —me había dicho—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Soy Carmilla Karnstein —había replicado yo, porque llevaba meses elaborando mentalmente el guion de aquel encuentro y no pensaba desviarme ni un ápice de mis líneas—. Su más ardiente admiradora. He viajado desde Europa para poder estudiar con usted. Confío en que haya recibido mis cartas.

—Oh, sí —dijo ella, arqueando una ceja oscura—. La chica austriaca. Pues te comunico que no acepto alumnas nuevas en mitad de curso, señorita Karnstein, y aun en el caso de que lo hiciera, no hay vacantes en la clase y...

Supuestamente, el diálogo no tenía que desarrollarse de aquel modo. Pero negándome a caer presa del pánico, deposité la maleta delante de la puerta, me saqué los guantes tirando de ellos con los dientes y planté los pies en el suelo tal y como mi instructora siempre me había dicho. Sin pedir permiso, me lancé a recitar mi último poema, una quintilla modificada sobre la aplastante melancolía que había experimentado en Suiza. Mi padre, cansado de mis desastrosos coqueteos con los chicos y las chicas del pueblo, y de mi tendencia a dejar plantados a mis tutores para ir a montar a caballo o acumular facturas en su tarjeta de crédito en los bares de la ciudad, me había despachado en cuanto había podido. Suiza me había resultado indescriptiblemente aburrida y había hecho lo

posible por catear todas las asignaturas antes de que la directora me informara de que, si no me aplicaba como era debido, me cargaría con tareas en la cocina y restringiría mis horas libres, en vez de enviarme de vuelta a Austria, como yo esperaba.

Me había aprendido el poema entero de memoria y lo recité sin apenas respirar.

Cuando hube terminado, De Lafontaine se quedó mirándome un buen rato, tamborileando con los dedos en el marco de la puerta. Entonces, se inclinó un poco hacia mí y bajó la voz para que no pudiera oírla ningún profesor desde los otros despachos. Se me paró el corazón. Siempre me había encantado que me amenazaran, sobre todo gente tan guapa como ella. Era, en el fondo, una mocosa que adoraba la guía de una mano firme. Tal vez fuera porque mis padres habían estado muy ausentes durante mi infancia o simplemente porque era una aberración deliciosa de mi alma. Pero cuando me miró de aquella manera, no pude evitar sentirme pequeña, atrapada y emocionada.

—¿Sentía de verdad todo lo que escribió? ¿En esas cartas? —me preguntó.

—¿Las ha leído?

Suspiré aliviada, embelesada por su simple presencia. Le había escrito cuatro cartas, pero no me había respondido.

—Por supuesto que las he leído. Hablaba con elocuencia de mi poesía; es como si la conociera mejor que yo misma.

En sus ojos había un brillo extraño y vulnerable, un brillo que luego pasaría interminables días persiguiendo.

—Siento todas y cada una de las palabras que escribí.

De Lafontaine sonrió. Sus dientes, me fijé, eran muy puntiagudos.

—En ese caso, adelante, Carmilla —dijo, haciéndose a un lado para darme la bienvenida a su despacho—. Cuéntame, ¿qué has estado leyendo últimamente?



Todo lo que me pidió después, todas las pequeñas agonías y ofrendas que me exigió para seguir disfrutando de su favor, las entregué sin el menor ápice de duda o arrepentimiento.



Si juntas traspasamos límites o nos sumergimos en las oscuras aguas de algún tabú, nunca me percaté, pues estaba loca por ella. Durante todo el semestre de primavera de mi primer año fui su dulce despertar, la niña de sus ojos, su capricho. Me entregué por completo a una vida literaria bajo su tutela y exprimí hasta mi última gota de emoción para volcarla en mis poemas. Y, oh, cómo me elogiaba. Tanto delante de toda la clase, como susurrándome palabras de aliento en privado; siempre era su pequeña estrella. Éramos almas gemelas, me decía, unidas por el arte y la sangre en una cadena que ni la desaprobación del hombre ni el juicio de Dios podrían romper.

Y entonces llegó la tal Sheridan. De un plumazo, mi puesto de favorita se volvió precario. En clase conseguía mantener la frialdad, pero en privado, su existencia me torturaba. Por las noches, acostada en la cama, con la cara colorada de rabia, me imaginaba pillándole los dedos en la puerta del despacho de De Lafontaine o haciéndola tropezar por los pasillos. Ser mejor que ella no era suficiente, la quería fuera de allí. El curso acababa de empezar hacía solo un mes y ya se había congraciado con De Lafontaine. Laura no tenía ni idea de qué estaba haciendo, de con quién estaba tratando. Si supiera la verdad sobre De Lafontaine, saldría corriendo. Solo yo era lo bastante valiente como para enfrentarme a aquella oscuridad y aceptarla con los brazos abiertos. Por eso había sido elegida: por mi valentía y mi talento, ambas, virtudes innegables para alguien como De Lafontaine, que de verdad sabía apreciar esas cosas.

De Lafontaine, que tan fría se mostraba conmigo últimamente y que se había negado a compartir los detalles de su misteriosa investigación, por mucho que se lo hubiera preguntado.

Una noche fría, retiré la colcha de mi cama, me calcé los mocasines y me puse un abrigo sobre el pijama. Me estaba entrenando para seguir los horarios de De Lafontaine, por si acaso me llamaba, y ya me había convertido en un ser seminoturno. Contuve un bostezo, encendí mi pequeña linterna y discretamente salí al pasillo, bajé por la escalera y emergí al silencioso exterior de las dos de la madrugada. La hierba estaba cubierta de rocío, junto con las primeras hojas que acabarían tapizando el patio en cuanto muriera octubre, y caminé pisándolas a paso ligero en dirección a la biblioteca. En el escondite de mi bolsillo ardía una hoja de papel. La había arrancado de entre las páginas de la agenda de De Lafontaine durante uno de nuestros últimos encuentros, aprovechando un momento en el que no miraba.

Si De Lafontaine no estaba dispuesta a compartir sus secretos conmigo, tendría que descubrirlos por mí misma.

De una chica de otro curso, que solía colarse en la biblioteca a altas horas de la noche para pegarse clandestinamente el lote con su novio entre el cobijo de las estanterías, aprendí que la cerradura de la puerta lateral estaba rota y podía abrirse sin problemas con una horquilla. Llegué hasta allí, me agaché, sujeté la linterna entre los dientes y manipulé la cerradura hasta que cedió.

De noche, la biblioteca era un lugar espeluznante. La moqueta bermellón se extendía ante mí como el mar de color vino de Homero y las estanterías proyectaban sombras misteriosas por encima de mis manos y mi cara. Ignoré mi inquietud, avancé en línea recta hasta el mostrador de préstamos y empecé a hojear las interminables fichas del catálogo, comparando los números de devolución de las fichas con los números pulcramente escritos a mano del papel de De Lafontaine. Había ocho títulos en total, cogí las fichas correspondientes y me dirigí a la sección de la biblioteca donde sabía que encontraría esos libros.

Los acumulé entre mis brazos en un precario montón y me instalé en una silla junto a una mesa de la sala de lectura principal, procurando que la luz de mi linterna no se viera a través de la

ventana. Con la concentración de un erudito apasionado, me puse a revisar los títulos: «Estudio sucinto sobre las universidades femeninas en los Estados Unidos»; «Una guía para la mujer joven hacia la educación superior, tercera edición»; «Historia de la Escuela Universitaria para Señoritas Santa Perpetua, desde 1841 hasta la actualidad».

Había también folletos, colecciones de conferencias destacadas impartidas por el profesorado de Santa Perpetua y un libro con los planos originales de la escuela, fruto de la mente de un misterioso arquitecto que había fallecido antes de que la universidad abriera sus puertas.

Por lo visto, De Lafontaine estaba interesada en la institución de Santa Perpetua y, muy especialmente, en sus orígenes.

Abrí el libro sobre la historia de la universidad por una página muy sobada y se me cortó la respiración al ver las minúsculas notas escritas en los márgenes. Reconocería aquella letra en cualquier parte: era la pulcra y curvilínea caligrafía de De Lafontaine. Tenía la costumbre de hacer anotaciones en todos sus libros y, a menudo, había acariciado con las yemas de los dedos las notas que había dejado en los volúmenes de poesía de su colección privada que me había prestado.

Justo al lado de un párrafo subrayado, había escrito simplemente: «La respuesta está debajo».

De pronto, la puerta de la biblioteca se abrió estrepitosamente y un rayo de luz invasor barrió la totalidad de la sala.

Contuve un grito, salté de la silla y me escondí debajo de la mesa. Fui lo bastante prevenida como para coger el libro de historia y guardarlo a toda prisa en la mochila. Procurando silenciar mi respiración, permanecí acucillada entre las sombras mientras el guardia de seguridad hacía una ronda rutinaria por las instalaciones. Por suerte, no se percató de mi presencia.

Esperé a que doblara una esquina, agarré la mochila y corrí como una loca hacia la salida. Salí por la puerta principal y crucé el patio corriendo hasta que me ardieron los pulmones. A cada paso

esperaba oír una ronca voz masculina gritándome para que me detuviera, ordenándome que soltara la mochila, pero conseguí llegar a mi habitación sin ser detectada. Cerré con llave la puerta y me derrumbé en la cama, sudorosa y jadeante.

Después de unos segundos para recuperar el ritmo de la respiración, saqué el libro robado de la mochila y empecé a leer bajo la luz de la lámpara que tenía instalada encima de una pila de novelas, en la mesita de noche. Cogí una libreta y, frenéticamente, me puse a copiar las notas de De Lafontaine. No paré hasta que la dura luz de la mañana se filtró a través de la ventana y me devolvió a la realidad.

Llegaría hasta el fondo de lo que fuera que De Lafontaine estaba investigando, fuera lo que fuese. Y una vez le hubiera presentado mis hallazgos, no le quedaría otro remedio que obsequiarme de nuevo con su confianza.

Tendría que hacerlo.

Porque no sabía que sería de mí si no lo hacía.

CAPÍTULO SEIS

Laura

Los poemas de Carmilla hablaban sobre *Juventud*, *Eternidad* o cualquiera de esos inefables ideales de los que solo parecía apropiado hablar si lo hacías en mayúsculas. De Lafontaine se mostraba inefablemente eufórica con el trabajo de Carmilla y las dos mujeres compartían una confianza extraña que resultaba difícil de ubicar. Carmilla corría detrás de la profesora con el entusiasmo de un cachorrillo y De Lafontaine repartía elogios a intervalos aleatorios, como si le diera chuches para adiestrarla. No eran amigas —De Lafontaine era tan infranqueable como el Dios calvinista y se negaba a brindar a sus alumnas la ilusión de que era su coetánea—, pero a menudo las había visto fumando juntas debajo del toldo del edificio académico justo antes de entrar en clase, hablando con la cabeza pegada la una a la otra. De vez en cuando, De Lafontaine llegaba al seminario con media hora de retraso o acababa la clase antes de tiempo, quejándose de que tenía dolor de cabeza, aunque las chicas comentaban a hurtadillas que la habían visto paseando sola por el patio a altas horas de la noche. Carmilla, a pesar de que nunca se rebajaba a participar en los chismorreos sobre la profesora, sonreía a veces de un modo que daba a entender que sabía más que ninguna sobre las actividades nocturnas de De Lafontaine.

Me preguntaba por su extraña intimidad, por cómo Carmilla había sido claramente elegida dentro del grupo como su favorita. Me

preguntaba qué sería lo que la hacía tan especial y si De Lafontaine llegaría a aburrirse de sus alegorías y símiles con el paso del tiempo.

Me preguntaba si sería posible usurpar el puesto de Carmilla.

Me consagré a mis estudios. Siempre había sido de mentalidad académica, pero el ambiente competitivo de las clases de De Lafontaine había transformado mi predilección en una obsesión. Maisy y Eleonore, que sospechaba que habían conspirado entre ellas para adoptarme, estaban siempre intentando convencerme para que saliera con ellas, para que las acompañara a las excursiones que Maisy tanto adoraba o a los clubes de jazz que a Eleonore le gustaba frecuentar cuando salía con su novio. Pero a mí no me interesaban ni los hombres ni los paisajes naturales, sobre todo cuando De Lafontaine seguía puntuando mi poesía con notas como «presiónate para salir de tu zona de confort» o «puedes hacer cosas mejores que esto». Me preguntaba si Carmilla recibiría comentarios similares sobre su trabajo o si De Lafontaine sería en privado tan efusiva sobre el trabajo de Carmilla como lo era delante de toda la clase.

Carmilla, por su parte, parecía obcecada y determinada a humillarme constantemente. Me miraba con desdén cuando me levantaba en clase para leer mi último trabajo o seguía escribiendo exageradamente en su cuaderno para hacer gala de que me ignoraba por completo. Rara vez la veía fuera del aula, puesto que vivía en la zona de las alumnas de último curso y pasaba su tiempo libre haciendo Dios sabe qué con su pequeña camarilla, pero en las excepcionales ocasiones en las que nuestros caminos se cruzaban, Carmilla desviaba la vista. No entendía qué había hecho yo para ganarme su ira. Siempre me había considerado una persona discreta y sosa, sobre la que no merecía la pena hacer comentarios y, mucho menos, sentirse ofendida. Pero, claro, mis escritos eran lo más interesante de mí, y eran mis escritos los que exacerbaban a Carmilla.

¿Puedo confesar que me encantaba?

Me encantaba fastidiarla, me encantaba saber que, si me esforzaba lo suficiente, mis palabras podían perforar la armadura de

su popularidad y el personaje que se había construido y revolver algo en su interior. Me daba cuenta de que tenía un efecto sobre ella, por mucho que ella intentara ocultarlo. Se hacía evidente en la arruga de su entrecejo y en la tensión de su boca cada vez que yo me levantaba en clase para leer.

Si tocarla era imposible, me conformaría con hacer que se retorciese de rabia.

Devoré la lista de lecturas de De Lafontaine y utilicé la inspiración de aquella literatura para alimentar mi poesía. Empecé a escribir sobre cualquier cosa, sobre el centelleante escarlata de las hojas del exterior, sobre mi dolorosa añoranza de Mississippi, pero, sobre todo, empecé a escribir sobre «ella». Nunca fui tan atrevida como para llamarla por su nombre, por supuesto; la llamaba Persefone, o Puck o con el nombre de cualquiera de las otras figuras literarias que parecía conjurar con sus vestidos y su postura. Empecé a escribir sobre su cabellera negra, sobre sus brazos finos y oscuros, sobre sus delicados tobillos con huesos de pajarito. Era como si hubiese enfebrecido por ella; pasaba horas en mi habitación encorvada sobre la máquina de escribir, hasta que el té se quedaba gélido en la mesita de noche. A veces, mis poemas la veneraban como a una santa, otras la presentaban como el mismísimo diablo, pero Carmilla siempre tenía el papel protagonista.

Jamás la poseería, estaba claro. Jamás llegaría a saborear su piel o a escuchar la dulzura de un gemido entre sus labios. Pero si no podía tener a la Carmilla de verdad, me conformaría con una ilusión concebida por mí.

Si lo que quería era escribir sobre la vida, escribir sobre la vida obtendría.

Yo era, lo sabía perfectamente bien, una criatura con deseos extraños. Siempre habían vivido conmigo, aquellos apetitos. De pequeña, era el villano en los juegos de capturar a la princesa y ataba a mis hermosas compañeras de juego con cuerdas de saltar a la comba y me las llevaba a mi falso castillo del patio del colegio. En arrebatos de emoción, derribaba a mis compañeras hasta tumbarlas

en el suelo o remataba mis besos en las mejillas con un mordisco. Tampoco ayudaba que no sintiera el más mínimo interés por buscar la compañía de chicos con las mismas ganas con las que buscaba la de las chicas, sin importar las muchas primeras y sosas citas que hubiera tenido. El amor y el dolor habían crecido hasta convertirse en un bosque espinoso que habitaba en mi interior y me resultaba imposible separar una cosa de la otra. Y con los años, me había recluido en mí misma y me había vuelto más contenida con mis amistades. Había aprendido a mantener las manos quietas, a sentarme sobre ellas hasta que se me quedaban entumecidas o a clavarme las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar. Había aprendido a proteger mi corazón contra la sensación arrolladora y embriagadora del enamoramiento. Había aprendido a sobrevivir en el feroz mundo de la niñez, donde cualquier rareza era arrancada sin piedad, como las malas hierbas de un jardín.

Había domesticado mi yo salvaje, había matado de hambre mis extraños apetitos. Me había reconvertido en Laura la santa, Laura la que nunca causa problemas, Laura la que es de fiar, aunque siempre un poco aburrida. Era virgen, sí, aunque no inocente. Había leído a Sade. Sabía que había palabras para definir mis tendencias y que las compartía con mucha gente. Que me gustase lo que me gustaba no me producía ninguna vergüenza, sobre todo porque no tenía la más mínima intención de ejercer mi diabólica voluntad sobre nadie, excepto sobre quien la aceptara con agrado. Mis gustos eran mi secreto, mi intimidad, y solo los alimentaba en raras ocasiones, cuando estaba segura de que nadie me sorprendería haciéndolo. A menudo me sentía como un lobo con piel de chica, manteniéndome en equilibrio sobre dos piernas y con la esperanza de que nadie se percatara de nada.

Pero aquella chica, Carmilla... había echado por tierra toda mi domesticación. Una sonrisa suya y anhelaba soltarme el pelo y perseguirla descalza por el bosque. Deseaba derribarla y perforarla como una mariposa, deseaba hincar los dientes en su turgente labio inferior, deseaba... Deseaba.



Una lluviosa tarde de martes, De Lafontaine me paró fuera de clase. Yo estaba cruzando el patio y ella aceleró el paso para pillarme. Me llamó para atraer mi atención. Llevaba un paraguas negro, que caballerosamente colocó sobre mi cabeza cuando me alcanzó.

—¿Podemos hablar un momento, Laura? —preguntó.

—Por supuesto —respondí, ralentizando el paso para poder caminar la una junto a la otra y compartir la protección del paraguas.

—Has hecho grandes avances en tus estudios —dijo, caminando con una mano hundida en el bolsillo de su pantalón amplio de lana. El pantalón hacía juego con un chaleco abotonado sobre una camisa blanca almidonada, un conjunto que le otorgaba un aspecto gallardo y andrógino—. Quiero que sepas que me he dado cuenta de lo duro que estás trabajando para mejorar y que he notado un progreso notable.

—Gracias —dije, animada por sus elogios.

No estaba acostumbrada a que nadie, excepto mi padre, valorara tanto mi obra.

—Confiaba en que estuvieras disponible para este viernes por la noche —continuó, casi hablando con nerviosismo. Casi como si un solo hueso de mi cuerpo tuviera el poder de rechazarla—. Organizo un seminario privado de poesía en mi apartamento, algo muy discreto, muy selectivo. Nos reunimos semanalmente para estudiar los temas con mayor profundidad y para emitir opiniones críticas sobre el trabajo de las presentes. Hierro con hierro se aguza, dicen, ¿no es eso?

—Me parece que sí —repliqué, sorprendida.

¿Estaría entendiéndola bien? ¿De verdad le había causado una impresión tan positiva?

—Estupendo —dijo De Lafontaine, presionándome el hombro con una fuerza inesperada. Me sonrió, mostrándome su blanca dentadura—. ¿A las nueve en mi apartamento?

Sacó una pluma del bolsillo y se paró para cogerme la mano. Mi corazón, traicionero como siempre y débil en presencia de mujeres hermosas, titubeó. Retiró el capuchón de la pluma y me escribió la dirección en la palma, puntuando las íes con pequeñas florituras que percibí como pinchazos.

—Me apetece mucho. ¿Cuántas alumnas más asisten a este seminario? —pregunté, superada por la curiosidad.

De Lafontaine acercó un dedo a sus labios encarnados, tal vez reflexionando.

—¿Contándote a ti? Dos en total.

CAPÍTULO SIETE

Laura



Llegó el viernes y, con las palmas de las manos sudorosas, me planté delante de casa de De Lafontaine. Vivía en el tercer piso de un viejo complejo de apartamentos contruidos en ladrillo, en el otro extremo del campus, que albergaba principalmente miembros del profesorado junto con algunos residentes de edad avanzada que habían conservado allí su vivienda por gentileza del anterior propietario. La hiedra, que empezaba a descolorirse como consecuencia del frío de las primeras noches de otoño, se encaramaba por las paredes del edificio.

Tragué saliva para sosegar mis nervios. Dar buena impresión a la primera (o a la segunda, o a la tercera) no era precisamente lo mío, pero estaba decidida a sacar lo mejor de mí.

Acceder por vez primera al espacio donde vive una persona conlleva siempre algo abrumadoramente íntimo, y no estaba segura de estar preparada para ver a mi profesora desde un nuevo punto de vista. Pero me recordé que había sido invitada. Que había sido escogida. Que había sido elegida en un entorno de fervientes admiradoras, seleccionada entre ellas para recibir un privilegio especial.

A lo mejor, al fin y al cabo, me merecía de verdad estar allí.

Animada por aquel pensamiento, llamé al timbre del interfono correspondiente al apartamento de De Lafontaine. Instantes

después, ella en persona me abrió la puerta. Tenía la elegancia de un cisne: pantalón de lino ancho, blusa cruzada escotada y un pasador de fantasía adornando su pelo corto.

La artista en casa, relajada. La diosa cobrando vulnerabilidad gracias a la cara lavada y los pies enfundados en calcetines.

—Laura —dijo, con tanta calidez que me ruboricé como una tonta. Me pasó el brazo por los hombros y me introdujo hacia la fría penumbra del edificio de apartamentos—. Cuánto me alegro de que hayas venido. Llegas muy puntual. Ni siquiera he servido aún las bebidas.

La seguí en silencio por la escalera de caracol hasta el tercer piso, donde abrió la puerta de su casa empujándola con el hombro. En el interior, olía intensamente a ropa de cama arrugada y a jazmín, y percibí también un débil aroma a algo verde y turboso, que sospeché que sería ilegal.

En una esquina de la pequeña sala de estar había un sofá bajo de terciopelo anaranjado y, en el suelo, un trío de cojines grandes alrededor de una mesita de centro. Estanterías precariamente abarrotadas ocupaban las esquinas de la estancia, exhibiendo volúmenes de poesía, prosa y no ficción. Al doblar la esquina, vi de refilón una pequeña cocina, con delicadas tacitas de porcelana colgadas encima del fregadero mediante pequeños ganchos. El resto del espacio de la sala estaba prácticamente ocupado por un sillón de chocante color grosella.

Y allí estaba sentada Carmilla, acurrucada con un libro de poemas de John Donne abierto sobre el regazo. Cuando levantó la vista para mirarme, la calidez de sus facciones me resultó llamativa, igual que la vulnerabilidad de su sorpresa. Pero, al instante, la mirada cambió y el odio le regresó a los ojos.

—Pues vaya —dijo.

Cerró el libro de golpe, con más fuerza de la necesaria. Sus finas cejas se arquearon en dirección a la línea de crecimiento del pelo cuando miró a De Lafontaine en busca de una explicación.

—Laura nos acompañará esta noche —dijo la profesora, con ese tono amable pero firme que utilizaba en el aula, el que indicaba que no toleraba discusión alguna.

—Muy bien —replicó Carmilla, restándole importancia. Volteó las piernas por encima del brazo del sillón y las descansó con solidez en el suelo—. ¿Bebidas para tres, entonces?

—Bebes, ¿verdad? —preguntó De Lafontaine, llevándome tranquilamente a un lado y esbozando una sonrisa.

Imposible llevarle la contraria.

—Por supuesto —respondí, fanfarroneando.

—Bien, bien —dijo.

Me dio una palmadita en la espalda para guiarme hacia el sofá. El contacto me resultó tan embriagador como debía de ser lo que quisiera que estaba preparando Carmilla en la cocina. De Lafontaine no me parecía una mujer efusiva, pero allí estaba, tocándome cada dos por tres. No sabía qué pensar, pero lo que sí sabía era que no quería que parara.

Tomé asiento en el borde del sofá mientras Carmilla trajinaba en la cocina. De Lafontaine se sentó a mi lado, con el tobillo cruzado sobre la rodilla como un auténtico caballero, y me sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué te parece Donne? —preguntó—. Carmilla y yo estábamos hablando de su obra justo ahora.

—Su devoción religiosa me resulta conmovedora —empecé a decir, decidida a compartir mis ideas con respecto aquel hombre. En general, Donne me gustaba, aunque a veces tenía la sensación de que podía acabar perdiéndose en la metáfora.

En la cocina, Carmilla resopló sonoramente.

—¿Sí, Carmilla? —dijo De Lafontaine en tono jocoso.

—Es solo que... —dijo Carmilla, saliendo de la cocina cargada con un artilugio raro. Era de vidrio y metal, con dos delicados grifos que sobresalían de un recipiente que contenía agua fría—. La devoción religiosa de Donne es una pantalla de humo para ocultar

sus deseos carnales. «Golpea mi corazón, Dios de las tres personas». Lo habrás leído, supongo.

—Por supuesto —repliqué, irritada ante la insinuación de que no había cumplido con mis lecturas.

Carmilla me sonrió con suficiencia y se dejó caer en uno de los cojines dispuestos alrededor de la mesita de centro. Fue justo en aquel momento cuando De Lafontaine decidió desaparecer hacia la cocina y dejarme a solas con mi rival.

—Pues tiene que ver con el sexo, Laura.

No estaba segura de haberle oído pronunciar mi nombre hasta aquel momento y oírsele decir en la misma frase que la palabra *sexo*, me resultó vergonzosamente electrizante.

—¿En qué sentido? —repliqué.

—«Tómame, encarcélame, pues yo, salvo que me esclavices, nunca seré libre, ni nunca casto, salvo que me fuerces» —citó, rematándolo con un chasquido de dedos—. Todo ese rollo de tomarme y forzarme, ¿no crees que está pensando en una pareja fornicando?

—¡Carmilla, no seas así! —gritó nuestra profesora desde la cocina, aunque riendo, era evidente. Reapareció momentos después con tres vasitos con borde dorado y abrió la mano, donde escondía un trío de terrones de azúcar perfectamente cuadrados—. ¿Vamos?

Me acerqué al artilugio que, por los accesorios y por la limitada lectura que había realizado sobre el tema, era probablemente una fuente de absenta. No es que me gustara especialmente el alcohol y jamás en la vida había probado la absenta, pero no estaba dispuesta a permitir que cualquiera de las dos se enterara de ello.

De Lafontaine vertió en los vasos dos o tres centímetros de un líquido de color verde chillón de una botella etiquetada en francés y, a continuación, colocó una especie de coladores pequeños con filigrana sobre la boca de los vasos. Depositó los terrones de azúcar en las cucharillas y, después, posicionó dos de los vasos debajo de los grifos plateados, los abrió y el agua helada empezó a caer sobre

el azúcar. Los cristales blancos se disolvieron lentamente, goteando sobre la absenta y otorgándole un lechoso color pistacho.

—Es un pequeño ritual que me encanta —comentó De Lafontaine con una voz ronca que hacía que todo lo que decía pareciera conspiratorio, como si estuviera hablándome solo a mí.

A mí y a Carmilla, claro.

De Lafontaine, la anfitriona perfecta, me pasó un vaso a mí y el otro a Carmilla, para prepararse a continuación el suyo. Una vez listo, lo levantó para brindar y Carmilla y yo hicimos chocar nuestros vasitos contra el de ella.

—Por la búsqueda del conocimiento eterno —proclamó De Lafontaine, con una sonrisa que dejó al descubierto su dentadura perfecta.

—¡Qué así sea! —dijo Carmilla y apuró de un trago el contenido del vaso.

—Le cogí el gusto a la absenta en París —explicó De Lafontaine—. Pasaba veladas interminables en los cafés, en compañía de otros poetas, hablando de filosofía desde el atardecer hasta el amanecer.

—Me encanta París —susurró Carmilla—. El Sena bajo la luz de la luna es impresionante.

Le di un traguito tentativo a la bebida. Un sabor áspero a alcohol y regaliz me estalló en la lengua, junto con una dulzura similar a la de la sacarina y una sensación floral sorprendentemente delicada. No podía afirmar con seguridad si el sabor me gustaba, pero sí la experiencia de estar sentada tan cerca de De Lafontaine y participar en un ritual social que evidentemente ella adoraba. Me sentí como si aquello fuera el rito de iniciación de algún tipo de sociedad secreta, una clase social especial integrada por chicas que viajaban por el mundo y su intrépida guía.

Con el pequeño detalle, claro, de que yo no había viajado por el mundo. Donde estaba ahora era la distancia que más me había alejado de casa. Me pregunté si De Lafontaine seguiría queriéndome en su grupo si se enteraba de que yo no era más que una norteamericana aburrida sin ni siquiera pasaporte.

Evité con cautela el tema de los viajes internacionales e intenté participar en la conversación de otra manera.

—Me ha gustado mucho recibir esta invitación —dije, recuperando mis modales sureños—. Es usted una anfitriona excelente.

—Me tomo la hospitalidad muy en serio —replicó De Lafontaine, con un brillo en los ojos—. Me crie en una época gloriosa, una época en la que abrir con elegancia la puerta de tu hogar era la máxima señal de sofisticación y estatus. Intento conservar la tradición, aunque en un entorno de lo más modesto.

Me pregunté distraídamente cuántos años tendría realmente De Lafontaine. Su rostro estaba prácticamente desprovisto de arrugas, pero carecía de la turgencia de la juventud. Seguía siendo preciosa, seguía siendo impresionante y fuerte. Era el tipo de mujer en la que me habría gustado convertirme: segura de sí misma, equilibrada y estéticamente coherente.

Carmilla, me di cuenta entonces, estaba observándome por encima del borde de su vaso y sus labios pintados de rojo esbozaban un mohín. En su expresión había algo medio salvaje que yo había intentado capturar sin éxito en forma de poesía al menos una docena de veces en el transcurso de las últimas semanas. Era como si estuviera a punto de salir corriendo o de morder.

Le devolví la mirada y engullí mi bebida como si no me estuviera quemando el gaznate. Al final, fue ella la que interrumpió el contacto visual y apartó los ojos de mí para fijarlos en los de De Lafontaine.

—¿Haremos alguna lectura? —gorjeó, recuperando su dulzura y alegría.

Carmilla se levantó, se alisó la minifalda, caminó balanceándose hasta una de las estanterías y recorrió con un dedo los lomos de los libros. Se me puso la piel de gallina al verla hacer eso, como si fuera a mí a quien estuviera tocando y no a aquellas viejas cubiertas de cuero y de tela. Me enfurecí de nuevo al notar lo que me provocaba. ¿Cómo era posible que una chica me atara con tantos nudos sin ni siquiera intentarlo?

—Se acabó Donne —anunció Carmilla—. Estoy cansada de su ambigüedad. ¿Por qué no un poco de Marlowe? Sus palabras siempre llegan a lo más hondo.

—Una idea brillante —dijo De Lafontaine—. Carmilla, deberías leer *Fausto*. No me imagino un Mefistófeles más inspirado.

—¿Y hará usted el papel de Fausto, señorita D? —preguntó Carmilla, con los ojos brillantes de júbilo.

No me imaginaba ser tan valiente como para invitar a De Lafontaine a leer en clase, pero, por lo visto, en el entorno privado del apartamento de De Lafontaine, Carmilla se volvía más atrevida.

¿Qué más habrían hecho juntas en aquel apartamento, cuando nadie las estaba mirando?, me pregunté.

—Oh, no —respondió De Lafontaine, alejando la sugerencia con su vaso de absenta—. Representar ese papel solo serviría para recordarme la edad que tengo. Laura, tú deberías leer el papel de Fausto.

¿Qué decir? Llevarle la contraria a aquella mujer era imposible, por incómodo que me resultara leer en público, de modo que me levanté obedientemente sobre mis piernas temblorosas y crucé la sala hasta donde estaba Carmilla. Ni siquiera me miró con ojo crítico cuando llegué a su lado y estudié el libro por encima de su hombro. Yo era más alta, me di entonces cuenta, sorprendida. Carmilla tenía tanta presencia que siempre había asumido que me sacaba varios centímetros.

Carmilla cambió el libro de mano para que yo pudiera leer mejor y nuestros hombros se rozaron. El calor estalló en el punto de contacto y descendió por mis brazos con esa sensación de pinchazos y calambres que notas cuando te has quedado dormida en una postura rara. Carmilla me lanzó una mirada recelosa y se la sostuve, sin encogerme ni un ápice a pesar de su intensidad.

—Cuando estéis listas —dijo De Lafontaine, con cierta impaciencia.

La mirada de Carmilla descansó de nuevo en el texto y adoptó una postura relajada, con la mano libre colgándole en el costado y

las piernas separadas. Tenía formación teatral, pues. Lo cual no me sorprendía. Todo lo que había observado en Carmilla sugería que venía de ese tipo de familias capaces de permitirse lecciones particulares y visitas al conservatorio. Mi padre trabajaba como asistente jurídico y ganaba lo suficiente como para mantener una situación acomodada, aunque el dinero nunca nos había sobrado.

Carmilla se acercó el dedo a la lengua para humedecerlo y se puso a hojear el libro hasta encontrar una sección que resultó de su agrado. Y entonces empezó a leer la escena en la que Mefistófeles convence a Fausto para que firme la entrega de su alma al diablo, en sangre, nada menos. Leyó las líneas con fervor y brío, y su recitación despertó algo en lo más profundo de mi ser, superior incluso a mi intento de sobreponerme al debilitante miedo escénico antes de empezar a leer las líneas que me correspondían a mí.

Y seguimos intercambiando diálogos de Marlow, mirándonos fijamente, hasta alcanzar el clímax de la escena.

—«Ea, Mefistófeles —leí. Conocía tan bien esta parte que pude levantar los ojos de la página y fijarlos en la fría y encantadora expresión de Carmilla—. Por tu amor me apuñalaré el brazo, y con mi propia sangre garantizaré que mi alma es del gran Lucifer, gran señor y regente de la noche perpetua».

Me imaginé la escena. Me imaginé cortándome el brazo en la sala de estar de casa de De Lafontaine, sangrando por amor, y me pregunté qué se sentiría al degradarse hasta tal extremo por el deseo de alguien.

De Lafontaine aplaudió con entusiasmo y en su cara se dibujó una sonrisa de satisfacción. Su vaso, vi, estaba vacío.

—Maravillosas, las dos. Os diría que intentarais apuntaros al grupo de teatro del campus, pero no quiero que nada os distraiga de vuestros estudios. La poesía es la vida, ya lo veis. Y debéis consagraros con todo vuestro corazón al estudio y la creación.

—Sí, señorita De Lafontaine —dijimos al unísono Carmilla y yo.

—Y ahora —dijo la profesora, rellenando su vaso—, tenéis que enseñarme lo que habéis estado escribiendo. Mostradme solo lo

mejor, chicas.

Carmilla y yo removimos obedientemente nuestras respectivas bolsas, la mía una práctica mochila de lana de *tweed*, regalo de cumpleaños de mi padre, y la de Carmilla un bolso de color camel, hasta que localizamos los cuadernos.

—Voy primera —dijo Carmilla, tumbándose con elegancia en el sofá. Todo lo que hacía era elegante. Y me daba muchísima rabia.

Su poema era una oda a la belleza de la muerte, siguiendo la tradición de Keats o Shelley. Me pregunté si en su vida habría experimentado ya alguna muerte o si era aún demasiado joven como para conocer su punzada. Mi abuela había muerto cuando yo tenía nueve años, dos años después de que mi madre falleciera, de modo que estaba bien familiarizada con la tragedia.

Cuando De Lafontaine me miró, empecé a leer mis hojas escritas a máquina esforzándome en todo momento para que no se notara que me temblaban las manos.

Elegí algo seguro, algo conservador, tanto en estilo como en contenido.

Cuando hube terminado, De Lafontaine me taladró con una mirada gélida.

—No me digas que ya has alcanzado tu máximo cuando no llevamos ni tres semanas de semestre.

El calor me ascendió a la cara en una vertiginosa oleada de vergüenza. Carmilla fingió un bostezo para disimular su risilla.

—No, señorita De Lafontaine —musité.

—Porque eres capaz de mucho más, Laura —dijo, suavizando un poco el tono. En un abrir y cerrar de ojos, sus maneras podían pasar de imperiosas a cariñosas. Su temperamento volátil era difícil de llevar—. He visto grandeza en tus trabajos. Simplemente tienes que averiguar cómo explorar ese manantial y dejar que tu genio fluya solo.

—Gracias —dije, sentándome en el sofá para evitar que mis rodillas cedieran bajo mi peso.

—¿Otra ronda? —dijo animada De Lafontaine, preparando ya los azucarillos y los coladores.

Debí de pasar tres horas en el apartamento de De Lafontaine, en total, hasta mucho más tarde de la hora en que solía acostarme. Hablamos de todo lo que habíamos estado leyendo (Carmilla alardeó hablando sobre poesía francesa en el idioma original, que dominaba con fluidez) y de la vida del artista.

Cuando De Lafontaine nos dejó marcharnos, mi cabeza daba vueltas entre la absenta y todo el nuevo vocabulario que había aprendido. Carmilla y yo recogimos los abrigo y emergimos a la oscuridad. De forma desconcertante, me abrió la puerta exterior para dejarme pasar. Pensé que me la cerraría en la cara, pero crucé el umbral sin problemas y pisé la hierba del exterior.

—Eres muy buena, Laura, lo sabes —dijo Carmilla, arrastrando las vocales como consecuencia del alcohol.

Observé, embelesada, cómo sus labios articulaban mi nombre.

—¿Tú crees? —repliqué con frialdad.

—Sí —respondió. Sus ojos brillaron en la oscuridad—. Y lo odio.

No sabía muy bien cómo responder a su evidente franqueza. Se quedó allí plantada, con sus zapatos destalonados y su minifalda de pana, mirándome con una expresión que formaba una leve arruga entre sus cejas perfectas, una arruga que me habría gustado poder borrar con el dedo.

—Pues encantada de que me odies —le solté, una verdad que brotó de mí como el agua helada de la fuente de absenta.

—¿Y por qué te hace eso feliz?

—Porque resulta interesante —dije, dolorosamente consciente de lo cerca que estábamos la una de la otra en plena oscuridad. No había estrellas y nuestra conversación estaba solo iluminada por el resplandor dorado que reflejaban las ventanas del edificio de apartamentos—. Porque es lo más interesante que me ha pasado en toda mi vida.

Carmilla se quedó mirándome un largo momento, con una expresión que quedaba medio oculta entre las sombras. Y entonces,

echó la cabeza hacia atrás y rio, exponiendo la palidez de su cuello al débil fragmento de luna del cielo. Rio hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas y descansó la mano en mi hombro, como si eso le ayudase a mantener el equilibrio.

Me quedé helada, convertida en piedra por el peso de su contacto.

—Buenas noches, Laura —dijo, retrocediendo un paso para apartarse de mí, luego otro paso. Y su exasperante sonrisa volvió a clavarse en mi cara—. Nos vemos en clase.

CAPÍTULO OCHO

Carmilla



Octubre llegó silenciosamente, caminando de puntillas en calcetines. Me consagré con diligencia a la escritura e hice todo lo que estaba en mi poder para crear un trabajo que consiguiera llegar al corazón mundano y endurecido de la señorita D. No conseguía acostumbrarme a la presencia de Laura en mi vida académica, pero le hice espacio, dándole un margen amplio y manteniendo la concentración en mi trabajo. Intenté interiorizar lo que De Lafontaine había dicho sobre que necesitaba un contrapunto, un contendiente. Me imaginaba a Laura y a mí como las dos participantes de una justa, galopando a lomos de sementales sudorosos y haciendo chocar nuestras lanzas hasta que una de las dos acababa en el suelo.

Y estaba decidida a no ser yo la que cayera del caballo, por muchos ataques que me lanzara Laura.

A pesar de esta promesa que me había hecho a mí misma, el estómago se me revolvió durante la reunión de aquel viernes, cuando llegué y me encontré a Laura recatadamente sentada en el sofá de De Lafontaine. Laura, con su aspecto de santita, con sus rizos dorados envolviéndole el rostro con un estilo trasnochado; Laura, que era el demonio en mi juego pasional. Laura, que me recibió con una sonrisilla esperanzada cuando éramos enemigas

encarnizadas. Laura, que se había entrometido en mi espacio sagrado, donde ahora parecía sentirse como en casa.

—Laura —dije con tensión, dejando la mochila en un rincón; de repente, me sentí harta de ella.

—Llegas tarde —dijo De Lafontaine, asomando la cabeza por la cocina.

—Perdón —repliqué y entré en la cocina tras ella.

Me sujeté a la encimera con fuerza, hasta que los nudillos se me quedaron blancos, y le ofrecí mi mirada más imploradora.

—Señorita D., ¿de verdad tiene que estar aquí?!

Ni siquiera me miró, ocupada como estaba vertiendo té negro en unas tacitas de porcelana.

—Está aprendiendo, Carmilla, igual que tú.

—Pero... —balbuceé, consciente de que estaba empezando a caer presa del pánico—. Pero es que estas sesiones son *privadas*.

—Y Laura sabrá guardar silencio al respecto, estoy segura. ¿Has leído sus trabajos? Tiene un talento muy superior a lo que correspondería por su edad. Resulta extraño encontrar una persona joven con una perspectiva tan madura de la vida y del amor.

El pecho me ardió solo de oírla elogiar a alguien que no era yo.

—Pero, señorita D. —gimoteé, y escuché en mi voz aquel tono exasperante, infantil.

De Lafontaine me miró con seriedad y se lamió el pulgar para limpiarlo de una gota de té que había derramado.

—Nada de peros, Carmilla. Te comportarás sin excepción. Cualquier queja que tengas la resolverás conmigo después de la clase. Y ahora, dejemos ya de ignorar a nuestra invitada.

Y con eso, salió a la sala de estar con la bandeja del té completa y preparada, dejándome rabiosa en la cocina. Pensé en quedarme allí toda la noche, en acampar en protesta de aquella violación de mis derechos como estudiante, como la favorita. Pero la cocina era pequeña y oscura, y sabía que en la nevera vacía no habría nada de comer. Si cogía una rabieta, De Lafontaine podía acabar haciendo lo impensable y echarme fuera de su casa.

De modo que me tragué el orgullo y volví a regañadientes a la sala. Me instalé en un mullido cojín del suelo y acepté un minúsculo sándwich de pepinillo y queso para untar que De Lafontaine acababa de cortar en dos triángulos. Laura y yo comimos con delicadeza con los dedos, haciendo circular la bandeja mientras De Lafontaine incorporaba *whisky* caliente al té. Laura bebió el suyo con el recato de una puritana. Y yo engullí dos tazas de la mezcla en rápida sucesión, con la intención de que el licor acabara con mi rabia e indignación. Las mejillas me ardieron al instante. Me recliné entonces en el sofá como un narciso adormilado bajo el calor del verano, ocupando el máximo espacio posible para que Laura no pudiera sentarse.

—Ahora, vamos a conocernos todas mejor con la ayuda de un pequeño experimento —anunció De Lafontaine, terminado el tentempié y apurado el *whisky*—. ¿Por qué escribimos poesía, alumnas?

—Para vivir eternamente —respondí al instante. Nunca había habido otra respuesta y nunca la habría—. El arte nos sobrevive a todos. Nos hace inmortales.

De Lafontaine volcó su cortante mirada verde sobre mi rival.

—¿Laura?

Laura reflexionó sobre la pregunta mucho rato, tanto que empecé a preguntarme si sería cortita además de fastidiosa.

—Por conexión, supongo —respondió por fin.

—Explícate un poco más —le instó De Lafontaine.

—Siempre que intento hablar sobre cómo me siento —continuó Laura, llevándose la mano al corazón—, acabo trastabillándome. Pero cuando lo escribo, de repente todo es claridad. La vida no merece la pena sin poder sintetizar mis experiencias en arte, sin la catarsis de poder plasmarlo todo sobre papel. Solo así soy capaz de conseguir que la gente entienda cómo me siento.

De Lafontaine murmuró algo, valorando con interés sus palabras, y bebió un poco más de su cóctel. Podría decir que vivía por escuchar aquel sonido grave que emitía en las profundidades de

su garganta, un sonido que indicaba su aprobación tácita. Pero oírlo dirigido a Laura, me mató.

—Respuestas muy inteligentes, por parte de las dos.

—¿Y usted? —preguntó tímidamente Laura.

—¿Yo? —replicó De Lafontaine.

—¿Por qué escribe poesía?

En los ojos de nuestra maestra centelleó una mirada extraña. Sorprendida, me di cuenta de que la chica sureña había pillado por sorpresa a la gran De Lafontaine.

—Por una cuestión de memoria —respondió por fin—. Escribo para recordar las exultaciones y las miserias de mi vida. Para capturar determinados momentos, determinadas personas... para capturarlas en ámbar para que el recuerdo no desaparezca, no se desvanezca nunca. Cuando eres tan mayor como yo, a veces, tu única compañía son los recuerdos. Cuando todos los demás ya no están, los recuerdos siguen allí. —Carraspeó levemente—. Pues bien, Carmilla. Ahora, una recitación.

Eso estaba mejor. Me levanté, balanceándome solo un poco, y saqué del bolsillo un papel escrito a máquina. Sorprendí a Laura observando mis manos, aunque apartó la vista en el instante en que nuestras miradas se cruzaron. Y cuando empezó a retorcer el borde de la falda entre los dedos, me fijé en que llevabas las uñas con una manicura perfecta, con una media luna encantadora y la punta pintada de blanco resplandeciente. Durante unos mareantes segundos me perdí pensando si se las habría pintado ella misma o si otra chica se habría arrodillado a sus pies, para aplicarle el color a las uñas con un pincelito.

Alejé la imagen de mis pensamientos, carraspeé para aclararme la garganta y empecé a leer.

Tres líneas más tarde, De Lafontaine, con expresión seria, levantó la mano. Interrumpí la lectura con la boca aún abierta y el labio inferior me tembló. Laura contuvo la respiración, preparándose para la crítica.

—Ya hay suficiente de eso, creo —dijo De Lafontaine, bebiendo un sorbito con mirada contemplativa. Las galletas y los sándwiches seguían sin tocar delante de ella.

—Suficiente... ¿de qué? —pregunté, casi tartamudeando.

Después de recorrer la estancia frenéticamente con la mirada, mis ojos se encontraron por un instante con los de Laura y, para mi horror, encontré compasión en ellos.

—Suficiente de lo mismo —respondió sucintamente nuestra maestra—. Contigo, Carmilla, siempre hay arquetipos, nunca especificidad. Y la especificidad es el alma de la poesía.

—Nunca antes le habían parecido mal mis arquetipos —repliqué, poniéndome a la defensiva.

—Antes era una novedad, pero ahora resulta cansino. ¿Quieres pasar toda tu carrera repitiendo una y otra vez los mismos temas, sirviéndote de un truco venido a menos? Tienes toda la vida por delante: innova.

—Haré lo que pueda, señorita De Lafontaine —dije, arrugando el papel para guardarlo de mala manera en el bolsillo del pantalón. Aunque arrugarlo no me parecía bastante. Deseaba hacerlo pedazos y luego echarlo al fuego.

—Lo que puedas no —continuó De Lafontaine, echando chispas por los ojos—. Lo que puedas no es suficiente, Carmilla, al menos en el mundo del arte. Debes sobresalir por encima de los demás, superarte al máximo, sino desaparecerás en la oscuridad.

—Lo entiendo —dije.

Y de pronto, noté mis ojos llenos de ardientes y vergonzosas lágrimas. Pero no estaba dispuesta a llorar, *no* lloraría.

El semblante de De Lafontaine se suavizó y, por un momento, pensé que la descarga había acabado. Laura abrió la boca para empezar a hablar, pero De Lafontaine la interrumpió.

—¿Por qué esta obsesión con la juventud, Carmilla? ¿Es por tu madre? A lo mejor estás intentando recapturar tu infancia, cuando ella estaba presente y disponible en tu vida. La herida de la madre

es una herida profunda e infectará todo lo que escribas si se lo permites.

Fue como si acabara de darme un bofetón. Me llevé una mano temblorosa al estómago revuelto y, por un momento, pensé que iba a vomitar. De Lafontaine se limitó a quedarse mirándome, con una expresión de desaprobación escrita en todos los ángulos de la cara.

—Señorita D. —empecé a decir en voz baja, como si así pudiera ser capaz de devolverle parte de aquella antigua dulzura a mi mentora.

Pero De Lafontaine ni siquiera me dejó terminar.

—Tu madre te abandonó porque no te quería, Carmilla, y debes aceptarlo. No puedes esconderte eternamente en la infancia; al final, algún día tendrás que plantar cara a los hechos de la vida y hacerte adulta. Me temo que estás encogiéndote hasta quedarte estancada en una infancia perpetua. Debería llamarte Petra Pan.

Abrí la boca para defenderme, para contratacar, para decir algo, lo que fuera, pero no me salieron las palabras. Parpadeé y una única lágrima me resbaló por la mejilla.

No podía respirar, no podía pensar.

Tenía que salir de allí.

—Necesito un poco de aire —dije, con una voz que apenas llegaba al susurro.

Cogí la mochila y pasé zumbando por el lado de Laura, que inexplicablemente extendió la mano hacia mí. Sus dedos rozaron mi muñeca y el contacto me quemó. Cuando me encogí, vi que su cara reflejaba dolor de verdad.

—Carmilla —dijo De Lafontaine, suspirando, como si solo estuviera mínimamente molesta por mi reacción—. No te marches así corriendo.

Si me lo hubiese pedido hacía tan solo unas horas, no creo que hubiera sido capaz de negarle absolutamente nada a De Lafontaine. Si me hubiese pedido que cazara uno de esos conejos que correteaban por los terrenos de la escuela y se lo llevara con un lazo atado al cuello, habría salido a buscar cualquier madriguera que

hubiera encontrado entre la hierba. Si me hubiera pedido que me pinchara el dedo y le escribiera un haiku con sangre, habría cogido un papel con una mano y una aguja con la otra. Pero verme tan tremendamente humillada y encima delante de Laura, había alterado por completo lo que pensaba de ella.

Sin decir nada más, crucé la puerta y cerré de un portazo. Oí voces amortiguadas en el interior, a Laura diciendo algo bajito con ese tono tímido tan característico de ella, y luego a De Lafontaine riendo, como si yo fuera un juguete que acababa de romper porque se había cansado de sus gracias.

—Al infierno las dos —dije entre dientes y salí corriendo a la oscuridad.

CAPÍTULO NUEVE

Laura



Alcancé a Carmilla a medio camino del edificio de ciencias, que muy acertadamente llevaba el nombre de Marie Curie. Caminaba a grandes zancadas, con la cabeza baja para protegerse del frío y sonándose la nariz de vez en cuando con la manga de la blusa. Se había olvidado el abrigo en el apartamento y las puntas de las orejas, que le asomaban entre el pelo oscuro, se habían enrojecido con el frescor de la noche. Su silueta era poco elegante, lo que me hizo compadecerla más si cabe. En aquel momento, no era una sirena salida de un sueño, sino simplemente una chica que acababa de ser profundamente humillada por la que probablemente era su persona favorita en todo el mundo.

—Carmilla —dije sin aliento, corriendo un poco para poder seguir su vertiginoso paso. Me parecía ilícito, casi, pronunciar su nombre en voz alta después de haber pasado tanto tiempo dándole vueltas en silencio en mi cabeza—. Espera, Carmilla.

—¿Por qué? —me espetó, acelerando aún más el paso hasta abrir la puerta del edificio Curie. A aquellas horas de la noche, no había nadie por allí—. ¿Quieres meterte conmigo tú también?

Preguntándome solo por un momento si aquello contaría como una violación de la propiedad privada, la seguí hacia el interior del edificio.

—¿Podrías correr un poco menos, por favor? —le pedí—. No es mi intención burlarme de ti. Solo estoy... —«Peligrosamente preocupada por ti. Desprovista por completo de cualquier sentimiento de orgullo que pudiera alejarme de ti»—. Preocupada.

—¡Ja! —soltó Carmilla, serpenteando por los oscuros pasillos—. Nadie te ha pedido que estés preocupada, *Laura*.

Pronunció mi nombre como si estuviera presionando el gatillo de una pistola, como si las sílabas fueran un disparo de advertencia. Me negué a hacerle caso.

Aceleré el ritmo y me puse a su altura. Tenía la nariz congestionada y las mejillas manchadas de lágrimas que empezaban a secarse.

—¿Dónde vas? Sabes perfectamente bien que De Lafontaine preguntará por ti. Tendrás que verla la semana que viene en clase, no te quedará otra.

Carmilla echó la cabellera hacia atrás como un caballo que se resiste a ser domado.

—Pues hasta entonces, pretendo negarle mi presencia. Me da igual si se mata a base de *whisky* y tabaco.

Se detuvo por fin y se volvió hacia mí. Me di cuenta entonces de que estábamos en la sala de conferencias, aquel espacio de forma cóncava que ocupaba la zona central del edificio. El suelo estaba cubierto con moqueta azul y estábamos a metro y medio de distancia la una de la otra, flanqueadas por un atril en un lado y filas de asientos en el otro. Una antigua maqueta de un esqueleto humano controlaba nuestra conversación.

—Carmilla —repetí.

Di un paso adelante y me detuve. No me fiaba de mí, no me fiaba de acercarme un centímetro más y no tocarla, y no me fiaba de tocarla sin ceder a un arrebató de ternura espantoso y fuera de lugar. No tenía ni idea de cómo hablarle a aquel enigma que se había erigido en mi rival en el transcurso del último mes de clases. ¿Quién era ella, sino un producto de mi febril imaginación? ¿Qué era

Carmilla cuando no estaba atrapada detrás de los barrotes de alguno de mis poemas?

En aquel momento comprendí que no la conocía en absoluto.

—Estamos las dos un poco borrachas —dije, mintiendo, sabiendo perfectamente bien que yo solo había tomado pequeños sorbos de mi cóctel, simplemente por ser educada—. Y es tarde. ¿Me dejas que te acompañe hasta tu edificio?

Se quedó mirándome con las manos cerradas en puños a ambos costados y por un momento pensé que iba a darme un puñetazo. Levanté los brazos para demostrarle que no quería hacerle ningún daño.

—Solo quiero asegurarme de que estés bien —dije.

—También se meterá contigo —dijo Carmilla, comportándose como si no hubiese oído mi sugerencia—. Primero es dulce y luego te aterroriza. Forma parte de su pedagogía. Las más duras, por lo visto, acaban armándose con una coraza. Pero yo estoy aún en fase de crecimiento, por lo visto.

—Pues no me parece la forma adecuada de gestionar un aula —dije.

Carmilla rio con amargura.

—¿Qué piensas hacer? ¿Borrarte de sus clases? No, no creo. Ya te ha clavado las garras. Lo sé.

Me enfurecí al oírle decir aquello. No me gustaba que alguien que para mí era opaca como un cristal esmerilado me viera con tanta claridad.

—Eso no es justo.

—De Lafontaine no es justa, y cuánto antes lo entiendas, más lejos llegarás en su clase.

—¿Y no piensas que eso está mal? ¿Lo que les hace a sus alumnas?

—El mal y el bien no existen, Laura. Son cuentos de hadas inventados por los curas y los padres. Lo único que existe es el arte y la fealdad, y estoy dispuesta a sufrir cualquier indignidad por el bien del arte. Incluso en manos de la señorita D.

Se cernió sobre ambas un silencio incómodo. Cambié torpemente el peso de un pie a otro mientras Carmilla me miraba con los brazos cruzados sobre el pecho. Las lágrimas se le habían evaporado y empezaba a parecerse más a la chica que veía en clase, guapa e inquebrantable.

Pensé en dejarla allí. Pensé en dar media vuelta y emerger a la oscuridad para volver a mi habitación, pensé en cepillarme los dientes y en desnudarme y meterme en la cama para borrar con el sueño toda aquella conversación.

Pero al final, me quedé. Tenía dentro de mí la horrible y profunda sensación de que, por ella, siempre me quedaría. Me sentía como si estuviera en el borde de un abismo, contemplando la oscuridad aterciopelada de abajo y sintiéndome sostenida por aquella negrura.

Di otro paso tentativo al frente y Carmilla dio un paso atrás.

Entrecerró los ojos y pensé que iba a decirme que me fuera y la dejara en paz. Pero lo que hizo fue acercarse al atril y sujetarse a él, sin dejar de mirarme.

—¿Por qué has venido hasta aquí? Dime —preguntó, ladeando la cabeza—. Podrías haberte quedado en el sur, con esos editores de revistas que te consideraban lo mejor de lo mejor y labrarte allí una pulcra carrera como escritorcilla. No tenías ninguna necesidad de venirte al frío y la humedad de Nueva Inglaterra y plantar tu bandera en mi clase.

«Mi clase». Estuve a punto de echarme a reír. Camila no era propietaria ni de un centímetro de aquella clase. Era el dominio de la señorita De Lafontaine en su totalidad, y si se pensaba que tenía algún poder, se engañaba a sí misma.

—Vine aquí porque quería reinventarme y ser una escritora más potente —le espeté—. ¿Por qué no te quedaste tú en Austria? Estoy segura de que, tal y como te comportas, allí debían de tratarte como una princesa.

Fue una declaración incisiva, lindando la crueldad, pero Carmilla ni se inmutó. Simplemente agitó la melena como si la hubiera leído

correctamente.

—Me fui de allí porque mi madre me abandonó y mi padre se encerró en su despacho a emborracharse hasta caer enfermo, y porque todos mis tutores me aburrían miserablemente. Vine a Santa Perpetua *por* De Lafontaine, Laura. Había leído sobre su obra en una revista internacional de poesía, vi su foto y supe que quería ser su alumna. Maestras como la señorita D. solo se encuentran una vez en la vida. Movería montañas para estar cerca de ella.

La adoración pura y dura que se le reflejaba en la voz me incomodó; era como si estuviera viéndola desnudándose lentamente bajo los focos potentes de un escenario. Aquella conversación de *burlesque* no estaba yendo como esperaba que fuera. Había pensado que me enseñaría los dientes, que maldeciría, me escupiría y me diría que nunca más volviera a dirigirle la palabra, pero las pupilas le brillaban en la penumbra, redondas como resultado del culto a su heroína y el *whisky*.

—¿De verdad es tan maravillosa? —dije, retándola—. ¿La mujer que te ha hecho llorar hace menos de diez minutos?

Carmilla soltó una carcajada de exasperación.

—¿Me lo vas a contar tú, Laura? ¿Tú que sigues aquí, matriculada aún? Intentas alejarte de ella y luego vuelves y me echas un sermón sobre lo fácil que es.

Habría querido decirle muchas cosas, pero, al final, me mordí la lengua. Carmilla me miró a través de su cortina de pelo negro, imperiosa como un predicador que habla del fuego del infierno, y de repente, su expresión se suavizó.

—Nunca lo harás —continuó, con un hilo de voz, como si estuviese hablando para sus adentros—. No la abandonarás. No puedes. Nadie puede.

Tuve la inconfundible sensación de que Carmilla sabía más sobre la señorita D. de lo que insinuaba y también la clara intuición de que ese no era ni el lugar ni el momento para preguntarle al respecto.

—¿Quieres un consejo, novata? —dijo entonces, saltando del estrado y viniendo directa hacia mí hasta quedarse a escasos centímetros de distancia. Su aliento me rozó el collar de la camisa y el vello de la cara—. Agárrate fuerte porque te espera un semestre largo y duro. Porque yo no pienso ponértelo fácil, y tampoco De Lafontaine.

De pronto, deseé desesperadamente agarrarla por el cuello de la blusa y atraerla hacia mí, pero resistí el impulso y me limité a quedarme quieta, dejando que me mirara. No sé por qué, pero tuve la sensación de que Carmilla estaba mirándome por primera vez.

—Porque supongo que no estarás pensando dar marcha atrás, ¿verdad? —preguntó, pestañeando.

Negué con la cabeza con solemnidad.

—Así me gusta. —Carmilla sorbió por la nariz, adoptando de nuevo su pose desdeñosa—. Dejemos que sea la señorita D. la que decida quién de las dos es mejor poetisa. Y que la ganadora se quede con todo el botín.

Extendió la mano hacia mí y tardé unos instantes en caer en la cuenta de que estaba ofreciéndomela para que se la estrechara. Le estreché la mano y presioné sin piedad, obligándola a soltar un taco. Carmilla sonrió débilmente.

—Antes de que llegaras era todo muy aburrido. Casi me siento feliz de que estés aquí, Laura.

Y entonces hizo algo inexplicable: se acercó nuestras manos unidas a la boca y me besó en la muñeca, como si estuviéramos sellando un pacto.

Entreabrí los labios, sorprendida.

Permanecimos inmóviles en la penumbra durante un prolongado momento, simplemente mirándonos. Los ojos de Carmilla brillaban con un fervor sobrenatural.

Necesité de todas mis fuerzas para no capturar su rostro entre mis manos y besarla hasta que se me inflamaran los labios.

—Deberías dormir un poco —dijo Carmilla por fin, alejándose unos pasos de mí—. Mañana llegará antes de lo que te esperas.

Y con eso, dio media vuelta como si yo no estuviera allí y se puso a examinar la maqueta del esqueleto con la concentración de una entendida. Tuve la sensación de que estaba siendo despedida y por eso no dije nada, sino que simplemente salí del edificio de ciencias y emergí a la noche. Llegué a la conclusión de que ya había pasado demasiado rato como para volver a casa de De Lafontaine, y encima sola, de modo que crucé el campus en dirección a mi residencia.

En mi habitación, permanecí despierta en la oscuridad, con la sensación de que la piel me ardía y estaba tensa.

Y cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era el rostro manchado de lágrimas de Carmilla.

CAPÍTULO DIEZ

Laura



—¿Qué pasa entre Carmilla Karstein y tú? —me preguntó Elenore una noche, durante una de nuestras maratónicas sesiones de estudio.

Era más de medianoche y estábamos recostadas sobre cojines en el suelo de la habitación de Maisy, compartiendo una cafetera y una caja grande de Sugar Babies. Notaba el caramelo pegado a las muelas y la cabeza me iba a mil por el exceso de cafeína. Maisy me había cogido bajo su protección, lo cual significaba pasar mucho tiempo con Elenore, que se había convertido en algo parecido a una amiga en el grupo aislado y elitista del seminario.

Se me erizó el vello al oír mencionar el nombre de Carmilla. Era una reacción fisiológica, incontrolable e innegable.

—¿A qué te refieres? —pregunté, porque no le había comentado a nadie mi extraña fijación con la problemática chica. Nunca me había gustado enseñar mis cartas y revelar a los demás mis secretos, sobre todo en todo lo referente a mis erráticos y devastadores enamoramientos.

—Os pasáis la clase lanzándoos dardos mutuamente —continuó Elenore—. ¿Es tu némesis o algo por el estilo?

—No tengo ninguna némesis —repliqué.

—Todo el mundo tiene una némesis —intervino Maisy—. La mía es Sasha Hoffman. Me ganó en el concurso de deletrear palabras

cuando estábamos en cuarto y jamás se lo he perdonado. Cada vez que voy a mi pueblo y me cruzo con ella, es como si siguiéramos jugando a ver quién de las dos es mejor.

—Pues yo no aguanto a Lucy Rourke, en el seminario de De Lafontaine —dijo Elenore—. Su padre es senador y votó contra las políticas de integración. Y sé que ella está de acuerdo, lo noto.

—Qué malvada —dijo Maisy, arrugando la nariz—. Como lo mencione algún día, le lleno la cama de chinchetas.

—Tampoco es que le desee una cama llena de chinchetas, la verdad —replicó Elenore, esbozando una sonrisa—. Pero ahora en serio, Laura, ¿qué problema tienes con Carmilla? Aparte de que es una pija estirada, claro.

—Pues yo no creo que sea una pija estirada —dijo Maisy, ahorrándome la réplica—. Pienso que simplemente está sola.

Elenore resopló y se llevó otro *sugar baby* a la boca.

—No me digas que vas a sumarte al culto a Carmilla. Como una más de su media docena de parásitos.

—Sí, pero ¿la has visto alguna vez con cualquiera de esas chicas a la hora de comer, o practicando deporte o paseando por el patio? Siempre está sola. Creo que sabe que es rara y no está dispuesta a que la gente se le acerque demasiado por si acaso no les gusta lo que descubren.

Reflexioné en silencio sobre aquellas palabras mientras mordisqueaba el extremo del lápiz. Las ecuaciones astronómicas de mi cuaderno habían empezado a desdibujarse ante mis ojos hacía un buen rato y ya no les estaba prestando ninguna atención, sino que estaba catalogando con cuidado todo lo que mis nuevas amigas iban diciendo, sopesándolo con las cosas que yo sabía sobre Carmilla. Me sentía como un detective que encaja pistas sobre un sospechoso escurridizo.

¿Habría en Carmilla algo más que su deslumbrante talento, que sus comentarios cortantes? ¿Estaría buscando en el lugar equivocado al intentar descifrarla a través de sus escritos?

—No sé por qué no me gusta —respondí finalmente, mintiendo y encogiéndome de hombros de forma pusilánime—. La verdad es que no lo sé.

—Pues vale —dijo Elenore, lanzándome una mirada que me dio a entender que no me creía en absoluto.



A mediados de octubre, hubo un día inesperadamente caluroso y Elenore me convenció para que organizáramos entre las dos un pícnic y comiéramos juntas en el césped. Me resistí de entrada, insistiéndole con que tenía que seguir pegada a la máquina de escribir, pero ante su insistencia, acabé cediendo.

Elenore se recostó en su manta de color rosa para comer fresas mientras tomaba el sol en los hombros que dejaba al descubierto un vestido de color blanco con un alegre bordado. Yo estaba tumbada bocabajo, absorbiendo el calor como un lagarto tropical. Tal vez, animada por los cumplidos con los que Elenore me había obsequiado en la habitación mientras preparábamos el pícnic, me había decidido por ponerme mi pantalón corto más corto, ese que dejaba al descubierto los hoyuelos de mis muslos. Las lecturas para el seminario de De Lafontaine seguían abiertas y olvidadas entre nosotras; un fino volumen de sonetos que me estaban resultando empalagosos y algo aburridos.

—No soporto los inviernos de Nueva Inglaterra —comentó Elenore, ladeando la cara hacia el sol.

Llevaba unas gafas de sol en forma de corazón y su imagen me recordó un póster que había visto de la película *Lolita*, de Kubrick. Elenore y yo estábamos unidas por nuestro amor por aquella novela y nos daba lástima que la fantasiosa película hubiera pasado por alto los horrores de la niñez, la siniestra ubicuidad de la obsesión de la sociedad por la juventud, las agobiantes demandas del capitalismo norteamericano. Sospechaba que Elenore se consideraba socialista, pero, por educación, no me atrevía a preguntárselo directamente.

—Aún no estamos en invierno —le recordé.

—Ya, pero me gustaría que el tiempo siguiera así eternamente.

—¿De dónde eres, por cierto? —pregunté—. ¿De algún lugar soleado?

Elenore sonrió de oreja a oreja, mostrándome su dentadura ligeramente desigual.

—De San Francisco. No es que pueda calificarse de lugar soleado, pero es una de las ciudades más maravillosas del mundo. ¿Has estado?

—No —murmuré.

Elenore debería de haber sabido que no era necesario preguntarme eso. Siempre se reía en broma de mí por ser tan hogareña y no querer salir nunca de mi habitación.

—Te encantaría —dijo—. Es una ciudad llena de vida. No para de llegar gente joven de todo el país, con su música y su arte. Es la ciudad perfecta para una escritora.

—Me gustaría ir algún día —dije sin pensar, metiéndome una fresa en la boca.

—¿Piensas tomarte unos días de vacaciones para Acción de Gracias? Podríamos coger un avión y aprovechar para ir. Mis padres trabajan y tendríamos el apartamento solo para nosotras. Y podría presentarte a mis amistades e ir a Haight-Ashbury para algún recital de poesía.

—¿Hablas en serio? —dije, levantando la cabeza de la manta.

Si aquello era una tomadura de pelo, me costaría sobrevivir a ella. Pero entonces, Elenore me miró por encima de las gafas de sol y asintió, encogiéndose de hombros.

—Pues claro. En vacaciones esto es de lo más aburrido. Así me harías compañía. Y estoy segura de que a mis padres no les importará tener una invitada para la cena de Acción de Gracias. Les encanta recibir gente.

Justo cuando me disponía a decirle lo fenomenal que me resultaba la idea, lo agradecida que me sentía y que me comportaría extremadamente bien en presencia de sus padres, una sombra me

cubrió el rostro. Cuando me volví, vi que Carmilla Karstein estaba de pie junto a la manta, tapándonos el sol. A pesar del calor, llevaba un vestido de manga larga con cuello blanco almidonado.

—Hola —dijo Elenore, un poco sorprendida. Por lo que yo sabía, entre Elenore y Carmilla no existía animosidad, pero tampoco podía decirse que fueran amigas.

—Hola a las dos —replicó Carmilla. Se agachó para coger una fresa del cuenco y llevársela a la boca. Me quedé mirando cómo masticaba mientras mi cerebro hiperactivo de poetisa, viendo el efecto que tenía sobre mí, empezó a elucubrar sobre la metáfora de que podría ser perfectamente mi corazón lo que Carmilla tenía entre los dientes—. ¿Habéis acabado ya con la lectura?

—Estamos en ello —dije.

—Son sonetos muy predecibles —observó Elenore.

—A la señorita D. tampoco le gustan, pero se ve que el decano insistió en que formaran parte de la asignatura. Dudo que nos interrogue muy duramente sobre ellos.

Me pregunté una vez más por la extraña intimidad de Carmilla con la profesora, con quien no había vuelto a hablar desde el accidente de nuestra última reunión. De Lafontaine se hacía de rogar durante el día y tenía todas sus clases en horario de tarde, por lo que imaginaba que debía de tener algún tipo de pluriempleo durante las mañanas. Aunque, la verdad era que, después de haber salido huyendo de la reunión, tampoco es que me apeteciera especialmente volver a verla. ¿Estaría enfadada conmigo? ¿Habrían quedado revocados mis privilegios de alumna especial?

Carmilla dio un puntapié a la hierba con una de sus bailarinas y hundió las manos en los bolsillos de su vestido. Parecía casi incómoda.

—Pues, de hecho, me envía De Lafontaine. Quería saber qué tal seguías, Laura.

Me pareció extraño. ¿Por qué enviar a Laura a ver qué tal seguía yo cuando había sido ella a la que había hecho llorar con unas pocas frases bien dichas?

—Pues estaré encantada de decirle yo misma que sigo perfectamente bien —repliqué, mirando de reojo y con cautela a Elenore.

Vi que estaba hojeando el libro de sonetos, fingiendo que no prestaba atención. Elenore me gustaba muchísimo y en teoría confiaba en ella, pero en la práctica, no sabía muy bien si podía compartir con ella detalles sobre mis encuentros nocturnos con De Lafontaine y Carmilla, nada menos.

—Se lo diré. No te preocupes.

—¿Dónde está, por cierto? —pregunté, estirando el cuello para estudiar el patio.

Era como si media universidad hubiera salido a disfrutar del buen tiempo. Vi a una docena de profesores bebiendo refrescos mientras trabajaban calificando exámenes en los bancos repartidos por delante de los edificios académicos o sentados y comentando temas con sus alumnas bajo los árboles.

Carmilla se encogió de hombros en un gesto que pretendía ser de apatía pero que le salió excesivamente teatral. Era, me di cuenta, muy mala mentirosa. Por alguna razón, estaba encubriendo a De Lafontaine.

—No sé dónde está. Pero cuando vuelva a verla le diré que sigues bien.

Me pregunté si De Lafontaine estaría practicando algún tipo de juego mental, si enviar a Carmilla para ver cómo estaba no sería una forma más de humillarla. ¿Tan espantoso era tener que hablarme? Pensando que no me gustaba nada la idea de convertirme en un castigo, noté que mi boca esbozaba un mohín.

—Perfecto. Nos vemos en clase, supongo.

La mirada de Carmilla cambió y me observó con el odio que cabía esperar de ella. De pronto me sentí en territorio conocido, más cómoda que con el interés que momentos antes había mostrado por mi bienestar.

—Nos vemos allí, Sheridan —replicó, haciéndolo sonar como una amenaza.

Dio media vuelta y echó a andar hacia las multitudes que llenaban el patio. Y me di cuenta entonces de que caminaba en dirección al apartamento de De Lafontaine. La observé hasta que su silueta desapareció por detrás de un grupo de árboles.

—No sé qué le ves a esa chica —murmuró Elenore, dejando que el viento agitara las hojas de su libro.

—¿Qué se supone que quieres decir con esto? —le espeté, poniéndome a la defensiva y notando que se me subían los colores a la cara.

—Mmm-mmm... —murmuró Elenore, como si sus sospechas acabaran de quedar confirmadas y, esbozando una sonrisilla, volvió a volcar la atención en su libro.

—Venga, ¿qué se supone que has querido decir?

—Que eres más transparente que un vaso de agua. Y que eso que dicen es cierto: que, en cuestiones del corazón, hay gustos para todo.

Debí de quedarme blanca como el papel, porque Elenore se echó a reír y cerró el libro.

—Oh, vamos, Laura, ahora no me vengas fingiendo que no estás un poco enamorada. No te preocupes, no se lo diré a nadie. Mi prima Vivienne también tiene una novia. Sé cómo funcionan estas cosas. Personalmente, no me entra en la cabeza cómo se puede vivir sin hombres, pero yo no soy nadie para juzgar a los demás.

Mi mundo se tambaleó sobre su eje. La sensación de perder de repente mi seguridad me recorrió el cuerpo entero, combinada curiosamente con la profunda tranquilidad de saber que no le provocaba repulsión a Elenore.

—Dios mío, ¿y lo sabe todo el mundo?

Elenore se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Aunque Maisy sí que lo sabe.

—¿Qué Maisy lo sabe?

Elenore me dio unos golpecitos tranquilizadores en la rodilla.

—Maisy es la lesbiana más discreta que he conocido en mi vida, Laura, y si no te diste cuenta de entrada de ello, es que no hay

esperanzas para ti.

«Lesbiana». Acababa de pronunciar esa palabra tan tranquilamente, allí en medio, donde cualquiera podría haberla oído. Pero parecía importarle un comino, como si fuese algo de lo más normal, no una auténtica bomba. Yo ni siquiera la utilizaba para describirme en mi diario íntimo; me parecía excesivamente condenatoria.

Pero si a Elenore no le daba vergüenza, tampoco debería dármela a mí.

—Pero... —empecé a decir, tartamudeando, atónita por estar manteniendo aquella conversación—, me acabas de invitar a tu casa para Acción de Gracias. ¿No te da miedo que pueda... no sé... propasarme contigo o lo que sea?

Elenore resopló, como si acabara de sugerirle que viajáramos juntas a la luna.

—Venga, Laura, no eres de esas. Y somos amigas, ¿verdad? Las amigas nunca hacen supuestos desagradables sobre sus amigas.

Y, para mi bochorno, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Oh no, no. —Elenore estalló en una risilla nerviosa, sacó de algún rincón de su persona un pañuelo de seda y me lo acercó a las mejillas. Sus manos eran calientes y reconfortantes, y agradecí los mimos, por mucho que me violentara un poco que se ocupara de aquella manera de mí—. Come una fresa. Te sentirás mejor.

Solté una carcajada de alivio y obedecí. Lamí el zumo dulce que me resbaló entre los dedos. Y eso fue todo. Ninguna de los dos siguió machacando con el tema o ni siquiera volvió a sacarlo a relucir durante nuestra sesión de estudio, superadas como estábamos con la poesía que teníamos entre manos.

CAPÍTULO ONCE

Carmilla

De Lafontaine esperó a que pasara una semana del incidente antes de volver a llamarme. Probablemente pensó que estaba dándome tiempo para enfriarme, pero su abandono solo sirvió para ponerme más furiosa. Nunca, ni siquiera cuando tuve anginas, me había perdido alguno de los seminarios de De Lafontaine, pero esta vez me salté dos seguidos solo para demostrarle que yo también sabía jugar a hacer el vacío. A decir verdad, tampoco es que me apeteciera sentarme delante de Laura en el círculo socrático. Laura, que me devoraba con aquellos ojos azules y tristes cada vez que la sorprendía mirándome; Laura, que se había enterrado tan profundamente en mi piel que a buen seguro no podría sacarla de allí ni con un cuchillo. La odiaba, de eso no me cabía la menor duda, pero había algo en ella que hacía que se me encogiera el estómago cada vez que entraba en el lugar donde yo estaba, algo que hacía que me entraran ganas de empujarla solo para ver qué pasaba cuando se rompiera, y todo eso me perturbaba.

De modo que decidí evitar la situación por completo y pasar el tiempo que normalmente pasaría en clase de De Lafontaine leyendo cómics en el patio. Justo delante de la ventana de la sala de conferencias de Seward Hall, naturalmente, por si acaso a De Lafontaine le daba por mirar hacia fuera.

Cuando por fin recibí su nota en mi casillero, era un escrito que iba directo al grano.

C.

Se te espera.

Jueves noche, a las diez.

Donde siempre.

D.

Arrugué la nota. Pero el jueves por la noche, a las diez menos cuarto, estaba plantada en la puerta de su edificio, temblando tanto por el frío otoñal como por la impaciencia.

Cuando llegué la encontré medio muerta de hambre, con los ojos inexpresivos y brillantes como los de un tiburón. Iba vestida con un pijama fino de algodón negro y una bata de seda anudada a la cintura. Por milésima vez me fijé en la extrema longitud de sus dedos, en lo pronunciada que era su clavícula, en lo marcados que eran los tendones de su cuello. Parecía un depredador disfrazado con la piel tensa de una mujer y supongo que eso es lo que era.

—Has venido —dijo, claramente aliviada.

—Siempre vengo cuando me lo pide —repuse.

De pronto, todo empezó a ir al contrario de lo que me había propuesto. Me había prometido a mí misma pavonearme como una reina y exigirle una disculpa formal antes de entregarle ni que fuera una gota de mí misma, pero allí estaba, reconociendo mi pura necesidad de ella.

—Toma asiento —dijo la señorita D, invitándome al sofá.

Dejé que me quitara el abrigo y los guantes, como había hecho tantas veces, y me senté sobre el terciopelo a la espera de que empezara. Adiviné que esa noche no tendría paciencia para ningún comentario amable, ni fuerza para esperar antes de empezar a beber.

Y efectivamente, se sentó a mi lado y me retiró el pelo para dejarme el cuello a la vista. Levanté la barbilla para que pudiera

acceder mejor y adopté la posición que tan bien conocía.

—Recita para mí —dijo, y noté el calor de su aliento sobre la piel.

Cerré los ojos y dejé que las líneas de poesía brotaran de entre mis labios mientras De Lafontaine me clavaba los dientes en el cuello.

Siempre había dolor al principio, una punzada aguda, y después una especie de calor y cosquilleo que se extendió desde la herida del cuello hacia mi pecho. No era exactamente placer, sino más bien un dolor dulce. Esbocé una mueca cuando me mordió y me concentré en la poesía para distraerme del malestar, pero al poco me acostumbré a la sensación del pinchazo y me relajé entre sus brazos. Las manos de De Lafontaine se deslizaron con delicadeza hasta mis hombros para sujetarme por si acaso me mareaba. Había perdido la conciencia algunas veces, al principio, pero a medida que habían ido avanzando nuestras poco ortodoxas lecciones, me había vuelto más fuerte.

Aquella noche, en especial, agradecí el dolor. Hacía mucho tiempo que no había bebido de mí, dos semanas terribles, y me preocupaba que nuestras sesiones privadas de poesía y dolor hubieran tocado a su fin. Pero me necesitaba, igual que yo la necesitaba a ella, y no podía mantenerse alejada de mí eternamente.

Seguí recitando hasta que empecé a marearme un poco, pero De Lafontaine no me soltó, sino que me sujetó con más fuerza, presionando nuestros cuerpos sin parar de beber, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Mi cuerpo respondió a su proximidad, entrando en calor y tornándose dócil. El deseo me retumbó entre las piernas, latiendo al ritmo de las pulsaciones del cuello.

Ladeé la cara hacia ella, intentando capturar sus labios.

—Carmilla —me alertó De Lafontaine, presionándome dos dedos contra la boca para mantenerme en mi lugar.

Tenía los labios manchados de sangre y se la habría limpiado a besos si me hubiera dejado. Habría hecho muchas cosas, si me

hubiese dejado.

—Un beso —le supliqué, delirando tanto por la pérdida de sangre como por tenerla tan cerca—. No tiene sentido negarnos un beso.

—Es una línea que no pienso cruzar —dijo con voz gélida a pesar del crudo deseo que le brillaba en los ojos. Deseo de mi sangre o deseo de mi cuerpo, imposible saberlo. Tampoco creo que importara—. Eres mi alumna. Y tengo el deber sagrado de protegerte.

—No necesito protección.

De Lafontaine se limpió la boca con un pañuelo. El color empezaba a retornarle a la cara. Me pregunté cuánto tiempo debía de poder aguantar sin alimentarse. Desde que nos conocimos, nunca habían pasado más de dos semanas sin que bebiera de mí. Durante el trimestre de verano, cuando había menos control de los demás miembros del profesorado, bebía su ración de mí después de todas nuestras sesiones independientes de estudio. Algunos de mis mejores recuerdos consistían en estar tumbada con De Lafontaine sobre las violetas azules que cubrían las orillas del río que corría justo por detrás del campus, dormitando al sol mientras ella me clavaba los dientes en la muñeca.

—Eres muy dulce —dijo—. Pero también muy joven. No tienes sentido de las consecuencias, de cómo un momento de indulgencia puede condenarte para toda la vida.

—Esto no es justo —repliqué, cogiéndole el pañuelo y presionándolo con firmeza contra mi cuello para detener la hemorragia. Cuando habíamos emprendido aquel camino, me mareaba solo de ver mi sangre, pero ahora ya estaba acostumbrada.

—La justicia no me interesa —dijo frívolamente, reclinándose a mi lado en el sofá—. Lo que me interesa es tener razón. Y tengo razón, Carmilla. Con el tiempo lo entenderás.

Me tendió la mano, invitándome a recostarme contra su pecho como había hecho tantas veces, pero me aparté.

—¿Sigues enfadada por haberte puesto en apuros? —preguntó.

Crucé los brazos sobre el pecho y me presioné las rodillas contra el cuerpo.

—Eso es decirlo muy suavemente. Me humilló.

De Lafontaine suspiró con exageración, como si yo fuese una niña que pide un caramelo en una tienda y no una mujer adulta que expresa un enfado justificado.

—Si quieres alcanzar el éxito como artista, tendrás que endurecerte. Aquello fue una crítica profesional, no un ataque personal.

Rabí en silencio, pues conocía perfectamente bien lo que era un ataque personal. Nunca se había mostrado tan insensible conmigo, tan cruel sin tener una causa.

Los dedos de De Lafontaine me enlazaron por la muñeca y me atrajo con delicadeza. Cerré la boca con fuerza mientras me acomodaba en ella.

—¿Qué puedo hacer para convencerte de que no soy tu enemiga, Carmilla?

—Podría empezar, por ejemplo, compartiendo conmigo más cosas sobre sus circunstancias, sobre su historia —murmuré, con la mirada fija en el suelo—. Últimamente apenas me cuenta nada.

—¿Por dónde empiezo, pues?

—¿Siempre fue profesora? —pregunté con cautela, consciente de que estaba pisando una capa muy fina de hielo que casi oí crujir y quebrarse cuando De Lafontaine se quedó en silencio. Deliberando cuánto estaba dispuesta a compartir conmigo.

—Siempre fui maestra. Incluso antes del cambio, cuando trabajaba como institutriz. Me gustaba la estimulación mental que conllevaba, la libertad para viajar, la liberación de la obligación de casarse. Nunca me gustaron los hombres, ni el matrimonio.

—¿Cómo sucedió?, el cambio.

De Lafontaine me estampó un beso en la coronilla y la sensación me recorrió la columna como una descarga eléctrica. Tragué saliva y ordené a mi corazón acelerado que se calmase.

—Conocí a una dama de alta cuna en París, en una cena de recaudación de fondos para una institución benéfica. Era 1818. Había acudido al acto con los niños que tenía a mi cargo, dos pequeños que iban aún en pantalón corto, pero en cuanto la vi, me olvidé por completo de ellos. Había viajado desde Londres para estudiar francés y de inmediato le ofrecí mis servicios. Después de aquello, nos volvimos inseparables. Viajé con ella, me gané su confianza y la ayudé a conquistar a las jóvenes que deseaba. Nadie sospechaba que fuéramos asesinas o amantes.

Me recorrió un escalofrío al oírle mencionar con tanta despreocupación la violencia y el sexo. Contuve la respiración, confiando en que continuara, en que no volviera a excluirme.

—Fuimos felices durante una temporada larga. Pero el amor se pudre y se estropea, se desintegra con el tiempo, igual que una rosa en un jarrón, y pronto entre nosotras no quedó más que animosidad, peleas y el rencor de estar obligadas a tener que confiar la una en la otra. Una noche me desperté y encontré su lado de la cama vacío. Sus vestidos habían desaparecido del armario, sus zapatillas de seda y sus pendientes de rubí tampoco estaban en el baúl. No he recibido ni una sola carta o telegrama de ella desde entonces, ni una sola llamada en todos estos años.

—Su señora la abandonó —dije en voz baja.

No me imaginaba nada más terrible que ser rechazada por quien te ha prometido una vida eterna.

De Lafontaine se levantó y se envolvió con el batín mientras se acercaba a la ventana. Miró en dirección a Seward Hall, con una arruga pensativa dibujándose entre sus cejas.

—El amor que se ha vuelto amargo sigue siendo amor, y todavía pienso en ella a diario, desde el momento en que abro los ojos y descubro que la almohada a mi lado está vacía. Pero el pasado no puede volver a escribirse, Carmilla, excepto en circunstancias excepcionales.

—¿Circunstancias cómo cuáles? —pregunté, cautivada por el relato y pensando lo fácil que era quedarse atrapada en la red de

resplandecientes palabras de De Lafontaine.

Se volvió hacia mí y el rostro se le dulcificó con una sonrisa.

—Ya ves tú, aquí escuchándome divagar sobre viejas antorchas extintas hace mucho tiempo. Debo de estar aburriéndote, querida.

—No, lo encuentro fascinante.

Bostecé a pesar de mí misma. El pulso me retumbaba en la cabeza. Me sentía un poco débil y de pronto me di cuenta de que tenía un hambre voraz. De Lafontaine debía de haberme quitado más de lo que tenía por dar. Sentía las puntas de los dedos de manos y pies entumecidos, a pesar del hecho de que estaba bien cubierta para protegerme del frío de octubre, y notaba la boca seca.

Mi profesora me acercó la palma de la mano a la frente y puso mala cara.

—Tienes frío. Me temo que he bebido demasiado. Deberías tumbarte, Carmilla.

No siendo típico de mí llevarle la contraria a De Lafontaine, me descalcé y me tumbé en el sofá. Me cubrió con una esponjosa manta de lana tejida a mano, tapándome hasta los hombros, y durante un instante prometedor y secreto, me permití imaginar.

Que éramos amigas, o amantes o familia.

Que me quería tan profundamente como yo la quería a ella.

—Duerme un poco —dijo De Lafontaine, bajando la intensidad de las lámparas del salón—. Estaré despierta toda la noche si me necesitas. Buenas noches, Carmilla.

—Buenas noches, señorita D. —murmuré y dejé que el sueño se apoderara de mí.



Me despertó un susurro de tela y un tintineo de llaves. Una fugaz mirada hacia la ventana me dio a entender que faltaban todavía horas para que amaneciera. Me desperecé lánguidamente bajo la manta y me acerqué dos dedos al cuello para comprobar las

pulsaciones. Eran más fuertes que antes, había entrado en calor y me sentía revitalizada.

—¿Va a salir? —pregunté.

En la penumbra del apartamento, vislumbré la silueta de De Lafontaine junto a la puerta. Encendió una de las lámparas (para mí, no para ella, puesto que veía perfectamente bien en la oscuridad) y me sonrió. Llevaba un pantalón vaquero con manchas de pintura y un par de guantes de jardinería le sobresalían en el bolsillo de la chaqueta de tela de algodón.

—Voy solo al invernadero. ¿Quieres venir conmigo? Las flores están preciosas a estas horas de la noche.

—Voy —dije, incorporándome con entusiasmo.

El jardín de flores nocturnas era el oasis privado de De Lafontaine y rara vez me invitaba a disfrutarlo con ella. Si se sentía lo bastante magnánima como para querer compartir sus flores conmigo, no pensaba desperdiciar la oportunidad.

Procurando no hacer mucho ruido al bajar la escalera, seguí a De Lafontaine. Salimos del edificio y caminé obedientemente detrás de ella hasta el final del campus y más allá. Las colinas que se alzaban justo detrás de los céspedes perfectos de Santa Perpetua estaban en estado silvestre, pero kilómetros y kilómetros de terreno seguían siendo propiedad de la institución. De Lafontaine había solicitado una pequeña parcela de terreno, a menos de un kilómetro de su apartamento, y allí había plantado sus semillas de magia.

Abrimos las puertas de cristal del pequeño invernadero y avanzamos entre enredaderas, macetas y arbustos verdes. De Lafontaine había importado y cultivado con extremo cuidado nicotiana, onagra, datura y muchas otras bellezas de floración nocturna, y durante los cinco años que llevaba impartiendo sus clases en Santa Perpetua, nunca había dejado de ocuparse de ellas. Pero aquella noche, estábamos a la caza de la *pièce de resistance*, la flor más rara de todas.

—Aquí está —anunció De Lafontaine con una sonrisa.

Aparte de la poesía y de fumar, la jardinería era su otra pasión, y me encantaba verla concentrada con tanto fervor.

Me arrodillé a su lado, delante de una planta de grandes hojas con un par de flores blancas como la luna. Los pétalos estaban delicadamente curvados y acentuados por un halo de frondas puntiagudas. Era una de las cosas más bellas que había visto en mi vida, una belleza subrayada más si cabe por el hecho de que De Lafontaine quisiera compartirla conmigo.

—La reina de la noche —dijo pensativa, acariciando uno de los pétalos—. Florece tan solo una vez al año y siempre de noche. Normalmente no crece en estas condiciones, pero he tenido la suerte de encontrar la atmósfera de invernadero perfecta.

Se inclinó para oler la flor y me indicó con un gesto que la imitara. Mi nariz se inundó de un aroma fuerte y dulce, muy parecido al del jazmín.

—Debe de estar muy orgullosa de haber conseguido que florezca —dije, hablando bajito, con la sensación de que debía mostrarme reverencial en presencia de aquel milagro de planta.

—El arte del cultivo me aporta un placer especial —dijo, acunando la flor en su mano. Movié la cabeza hacia uno y otro lado para inspeccionarla, en busca de imperfecciones—. Ayudar a que las cosas crezcan. Me encanta saber que yo he sido la fuerza que ha impulsado esta belleza y que, al fin y al cabo, sin mí no habría existido.

Con un movimiento fluido, De Lafontaine cogió una hoz de plata que había en el suelo y cortó el tallo de la flor. Grité.

—¡Pero ahora morirá!

—Morirá de todas formas —sentenció De Lafontaine, con un tono de voz reconfortante. Me engarzó la flor en el cabello, asegurándola detrás de mi oreja—. Prefiero que la disfrutes tú durante el resto de su corta vida a que muera en mi invernadero sin que nadie la contemple.

Toqué con delicadeza los sedosos pétalos.

—Gracias —murmuré.

A veces, me resultaba fácil convencerme de que De Lafontaine era totalmente egoísta, que me tenía solamente para alimentar su ego y disponer de un suministro regular de sangre. Pero después, otras veces, se mostraba tan tierna conmigo, tan generosa y amable, que me parecía innegable que eso no fuera una prueba de su amor.

Y era casi peor así.

CAPÍTULO DOCE

Laura



Una tarde nublada, cometí el error de quedarme dormida y cuando me desperté, grogui y desorientada, el sol se estaba poniendo por detrás de las montañas de Massachusetts. Cuando vi de reojo el reloj, que me indicaba que faltaban pocos minutos para que empezara el seminario de poesía, contuve un grito. La lluvia aporreaba el tejado, pero estaba tan apurada, cogiendo un cepillo para pasármelo rápidamente por el pelo y poniéndome un jersey, que ni pensé en coger un paraguas. Lo cual fue desastroso, pues durante el cruce del patio hasta el edificio donde De Lafontaine impartía su seminario, me quedé empapada. Temiendo que la lluvia calara en la mochila y estropeará mis cuadernos si permanecía un instante más en el exterior, di un brusco giro a la izquierda y busqué refugio en una glorieta que había entre los arbustos.

Al instante, sin embargo, comprendí que debía cambiar de planes.

Debajo del techo de la glorieta había alguien agazapado, su rostro iluminado tan solo por la colilla encendida de un cigarrillo.

Carmilla.

Me detuve antes de llegar, ardiendo de turbación a pesar de estar empapada por la lluvia. Cuando Carmilla se volvió, vi que su cabello estaba aplastado por la lluvia y que los hombros de su chaqueta habían quedado oscurecidos por la humedad.

—Lárgate —dijo, ahuyentándome con el cigarrillo—. Esta es mi glorieta.

—Creo, estrictamente hablando, que pertenece a la universidad —repuse, poniendo un pie en el primer peldaño de la glorieta.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Si me quedaba mucho más rato bajo la lluvia, acabaría resfriándome.

Carmilla me miró de arriba abajo, percatándose de mi lastimoso estado.

—De acuerdo —dijo, indicándome con un gesto que subiera—. Pero solo porque estás casi ahogándote.

Subí corriendo y me coloqué en el lado opuesto de la estructura para no transgredir el espacio de Carmilla. Me observó con aquellos ojos oscuros, como si estuviera retándome a decir algo.

—Un tiempo asqueroso —intenté débilmente.

Carmilla resopló en tono burlón.

—¿De verdad que pretendes iniciar una conversación sobre el tiempo? ¿Conmigo?

—Me parece mejor que permanecer aquí callada —murmuré, pisando con fuerza el suelo con un pie y después con el otro para tratar de recuperar un poco la sensibilidad de los dedos.

Estaba descubriendo que los otoños de Massachusetts eran impredecibles; había días templados mientras que otros, como el de hoy, eran terriblemente fríos.

Carmilla se limitó a sorber por la nariz y a darle una calada al cigarrillo que se le consumía entre los dedos. Olía fuertemente a clavo.

—Supongo que tienes razón —dijo, tirando el cigarrillo al suelo y aplastándolo con la bota.

A pesar del tiempo, iba vestida con unas botas altas de montar y minifalda. Carmilla siempre insistía en llevar las faldas más cortas imaginables, incluso durante los gélidos diluvios otoñales de Nueva Inglaterra y, por lo visto, tampoco era muy aficionada a los paraguas. O bien echaban a perder su estética o bien era tan despistada que se olvidaba de coger uno los días encapotados. A

menudo me quedaba extasiada viendo las gotas heladas que se le deslizaban por los muslos cuando se sacudía el agua del pelo al entrar en el aula.

—¿Has trabajado las lecturas?

—Por supuesto que he trabajado las lecturas —repliqué—. ¿Y tú? ¿Has escrito el poema de la semana?

—Por supuesto que lo he escrito —respondió.

Nos quedamos un momento sumidas en el silencio, simplemente contemplando la lluvia desde nuestros respectivos lados de la glorieta. Entonces, Carmilla bajó la vista hacia su ostentoso reloj. Era un milagro que aquello siguiera funcionando después de su paseo bajo la lluvia.

—Mierda —dijo entre dientes—. A este paso vamos a llegar tarde al seminario.

—No si corremos —dije irreflexivamente, sin tener un porqué.

Carmilla levantó una ceja y su mirada se volvió pícara. Entendí al instante su significado.

—Carmilla —dije, en tono de advertencia.

Pero ya era demasiado tarde. Ya se estaba atando el pelo con una cinta azul y la boca se le había cerrado en una línea de determinación. Contra mi voluntad, todos los músculos del cuerpo se me tensaron y cobraron vida de repente.

—La que pierda tendrá que dar explicaciones a la señorita D. —dijo Carmilla y, sin mediar una palabra más, abandonó corriendo la glorieta.

¿Qué otra cosa podía hacer yo?

Me quité los zapatos y eché a correr tras ella.

La lluvia me azotaba la cara mientras corría a toda velocidad por la hierba resbaladiza y estuve a punto de patinar no una vez sino dos. Carmilla había salido antes y era más rápida, estaba cruzando el patio con una precisión despiadada, pero yo tenía las piernas más largas y mis pulmones eran sanos y fuertes gracias a los largos veranos que había pasado nadando en el lago de detrás de casa de mi padre. La adelanté pronto y tomé la cabeza justo cuando

doblábamos la esquina del edificio donde se impartía el seminario. Carmilla, la típica deportista con mal perder, intentó hacerme tropezar cuando la adelanté, pero le arreé un golpe con uno de mis zapatos y conseguí seguir adelante.

Rodeé la última esquina e irrumpí en Seward Hall. Subí corriendo las escaleras. Oía los pasos pesados de Carmilla detrás de mí, acercándose cada vez más. Cuando llegué al descansillo de la tercera planta, pensé que el corazón me iba a estallar.

Jadeando, crucé de golpe las puertas de la sala del seminario. La señorita D. estaba sentada sobre un extremo de la mesa, concentrada en su conferencia sobre Allen Ginsberg.

Cuando me quedé plantada en el umbral de la puerta, jadeante y chorreando, los ojos de De Lafontaine, dos fragmentos idénticos de cristal verde, se clavaron en mí. Carmilla irrumpió segundos más tarde, estampándose contra mí, y a punto estuvimos las dos de caer al suelo. Ambas estallamos en un aluvión de carcajadas cargadas de endorfina y nos abrazamos la una a la otra como si nos conociéramos de toda la vida. La piel de Carmilla, que me agarraba con fuerza, estaba fría por la lluvia y resbaladiza al contacto.

—Laura. —La voz de De Lafontaine sonó imperturbable—. Carmilla. Tomad asiento, por favor.

Me quedé paralizada en el umbral por un instante, mirando a la profesora como un cervatillo ante los focos de un coche. Era evidente que alguna cosa sobre nuestro aspecto desastrado o quizás sobre nuestra proximidad la una a la otra le molestaba terriblemente. Me invadió una fuerte sensación de dolor y confusión. ¿No debería alegrarse de que por fin nos lleváramos bien, de que algo parecido al compañerismo universitario empezara a asomar la cabeza en el pedregoso terreno de nuestra relación? ¿Por qué no le alegraba que por fin empezáramos a agradarnos?

A menos que su objetivo fuera mantenernos hambrientas de su aprobación, tenernos peleando como cachorrillos abandonados por hacernos con migajas de su amor.

Carmilla pasó por delante de mí en dirección a su asiento habitual en el centro del círculo de sillas formado alrededor de la señorita D, pero la profesora levantó la mano y Carmilla se quedó inmóvil.

—Ahí no.

Me ardían las mejillas. Los únicos asientos libres que quedaban en la habitación eran los de las tribunas de la propia sala. Carmilla tropezó con una silla, tumbándola, y se dejó caer en un asiento. La seguí, aunque con menos brío.

Permanecimos sentadas hombro con hombro durante toda la clase, mi estómago tenso por el frío y la proximidad de Carmilla. De Lafontaine apenas nos miró en todo el rato e ignoró a Carmilla cada vez que levantó la mano. Nos estaba castigando a ambas, estaba claro.

Al salir de clase, Carmilla esperó con los brazos cruzados a que se marcharan todas las chicas. De Lafontaine continuó comportándose como si no estuviéramos allí y se concentró en recoger sus notas y hojear papeles.

Yo seguí sentada en mi sitio, con las rodillas juntas y sintiéndome incómoda, preguntándome si debería quedarme para recibir un sermón o largarme de allí lo antes posible.

Carmilla se puso en pie en el instante en que se cerró la puerta detrás de la última alumna.

—¿De qué va esto? —preguntó.

Adiviné que la intención era parecer despreocupada, pero su voz sonaba tensa. De Lafontaine ni siquiera levantó la vista del cuaderno en el que estaba escribiendo.

—Si piensas comportarte como una niña, te trataré como una niña.

—Me parece muy gracioso que nunca me haya considerado como una niña —repuso Carmilla.

De Lafontaine se quedó mirándola, colocándola en su lugar con esa mirada suya tan despiadada.

—Vigila lo que dices, Carmilla.

—Si me disculpan... —dije, cogiendo a toda prisa la mochila y dirigiéndome hacia la puerta.

—No tan rápido —dijo la señorita D.

Su voz me detuvo en seco. Me volví hacia ella y tragué saliva. La decepción de sus ojos me destripó como un pez.

—A las rabinas de Carmilla ya me he acostumbrado —dijo De Lafontaine—. ¿Pero de ti, Sheridan? Pensé que eras más madura.

Nunca se dirigía a mí por mi apellido. Siempre era Laura. Laura cuando me preguntaba en clase, Laura cuando me rellenaba la copa en su apartamento, Laura cuando me pasaba un cigarrillo encendido y húmedo aún de su boca. Hacía que algo tan simple como dos sílabas sonara como miel calentada por el sol, deliciosa e intensa, pero ahora, mi apellido sonó gélido en sus labios.

—Lo siento —dije en voz baja, deseando que me tragara la tierra.

—Esperaba algo mejor de vosotras dos —continuó, recogiendo sus pertenencias y colgándose el bolso en el hombro. Las llaves de la sala de conferencias le tintinearón en la mano, el anuncio de que la conversación estaba a punto de tocar a su fin—. Para compensar vuestra mala educación, espero dos poemas adicionales de cada una, listos para recitar antes del fin de semana. Y tened claro que veré sin problemas si los habéis hecho sin ganas, así que esforzaos, chicas.

—Sí, señorita De Lafontaine.

—Y en cuanto a ti —prosiguió la profesora, dirigiéndose ahora solo a Carmilla—, creo que tenemos que hablar sobre estas rabinas.

Di un paso al frente, abriendo la boca para empezar a explicarme, para cargar con la culpa, para decir cualquier cosa que suavizara las grietas que se habían abierto entre la señorita De Lafontaine y yo. Pero, agraviada, se limitó a enarcar una de sus elegantes cejas, retándome a no pronunciar ni una palabra más. En aquel momento, sentí como si no me conociera, como si no fuera mejor que cualquier otra novata ansiosa por captar su atención.

Cerré la boca, parpadeé para no derramar ni una lágrima y fui directa hacia la salida.

Emití un sollozo amortiguado cuando la pesada puerta se cerró a mis espaldas y me tapé la cara con las manos. Aquello tenía que ser culpa mía, seguro; yo era la que había interrumpido a Carmilla cuando estaba fumando tranquilamente en la glorieta y yo era la que había sugerido que echáramos a correr bajo la lluvia. Pero por debajo de mi vergüenza y mi inquietud, había rabia de verdad. ¿Cómo podía De Lafontaine hablarnos con aquella dureza por una infracción tan mínima como llegar un poco tarde? Era como si lo que habíamos hecho le hubiera dolido a nivel personal. Como si vernos a Carmilla y a mí riendo juntas, estando en contacto en su aula, hubiera sido una ofensa.

A lo mejor le gustaba más que nos pasáramos el día intentando arrancarnos los ojos. A lo mejor, con su infinita sabiduría, sabía que la animosidad haría de nosotras mejores poetisas.

Mi lado racional me decía que debería volver a mi habitación y ponerme enseguida a componer los poemas, pero la rabia y la curiosidad formaban un cóctel más apetitoso que la razón. Quizás, por obra de la providencia o por algún tipo de tentación diabólica, la puerta, con su maltrecha cerradura, seguía aún entreabierta. Y a través de ella se filtraban las voces del aula, subiendo en volumen e intensidad.

—¡Le encanta ponerme de ejemplo delante de todo el mundo!

Era Carmilla, que hablaba en un tono cargado de rabia.

—No seas tan dramática —replicó De Lafontaine, su voz, tan templada e inalterable como siempre—. Sabes cómo aborrezco que te pongas histérica.

—No estoy histérica. La histeria es una herramienta de opresión patriarcal, ¿lo sabía?

—Mírala qué lista. ¿Te pones tú a impartir la clase mientras yo me siento en el lado de las alumnas?

—¿Por qué es tan cruel conmigo? ¿Le he hecho algo de lo que no sea consciente? ¿Le he negado alguna cosa?

Oí pasos agitados en el interior de la sala de conferencias y cuando miré a través de la rendija, vi que Carmilla deambulaba nerviosa de un lado a otro, hundiendo los largos dedos en su cabello todavía húmedo. Era como si se dispusiera a tirar de él y arrancárselo. De Lafontaine la observaba cruzada de brazos.

—Eres excepcionalmente brillante, Carmilla, eso nadie lo pone en duda. Pero estás dilapidando tu potencial con distracciones. Como la chica Sheridan.

—No estoy distraída.

—¿No? Te pasas el rato mirándola en clase y te desvía de tu trabajo durante nuestras reuniones de los viernes. Pensé que tener a alguien del mismo nivel que tú te presionaría para que mejoraras, pero te estás perdiendo en una relación pasajera que no durará ni este semestre.

Parpadeé, algo sorprendida por las palabras de De Lafontaine. Estaba tan embelesada escuchándolas que las lágrimas se me secaron en las mejillas y mi tristeza cayó en el olvido. Estaba entrometiéndome en algo muy privado, eso lo sabía, pero me resultaba imposible marcharme de allí.

—Laura y yo no tenemos ninguna relación. Somos compañeras de clase, eso es todo. Cualquier interés que sienta por ella es meramente académico.

—¿Ahora resulta que nos mentimos? Pensé que no tenía que haber secretos entre nosotras, Carmilla.

—Y no los hay —dijo Carmilla, con una voz que sonó casi como un gemido. Durante todo aquel rato de justa indignación, había hablado como una diosa iracunda, pero ahora sonaba como una chica de su edad o, más bien, como una niña en busca de la aprobación de su mentora—. Jamás le mentiría, señorita D. Sus secretos están a salvo conmigo. Todos.

La señorita D. emitió aquel murmullo desde el fondo de la garganta, aquel sonido que, igual que el pulgar del César, podía indicar su aprobación o desaprobación definitiva. En aquel momento, indicó insatisfacción.

—De eso ya no estoy tan segura, querida.

Se me cortó la respiración al oír aquel calificativo cariñoso. Me pareció ardientemente íntimo. Inapropiado, incluso. Una palabra que nunca se me habría ocurrido pensando en la conducta de De Lafontaine, pero que ascendió rápidamente a la superficie de mi mente. La situación parecía de pronto cargada con una electricidad a la que no podía poner nombre, y tampoco me atrevía a hacerlo.

Los ojos de Carmilla se llenaron de lágrimas que le empezaron a rodar libremente por las mejillas. Era casi amedrentador verla tan destrozada. Con las manos temblorosas en los costados, avanzó unos pasos hacia De Lafontaine.

—Le prometo que mejoraré. Que haré todo lo que quiera que haga, señorita D. Pero no me deje de lado.

—Oh, mi dulce niña.

De Lafontaine suspiró, se acercó a Carmilla y abarcó su cara entre las manos. El pulso me empezó a bombear con fuerza en la yugular. Estaba segura de que debería apartar la vista y dejarlas en paz, pero no podía dejar de mirar.

De Lafontaine acarició las mejillas de Carmilla con sus uñas pintadas y murmuró alguna cosa indescifrable.

Y entonces, mi profesora separó los labios, pintados y sin duda calientes, e hizo descender la boca hacia el cuello de Carmilla. El beso se volvió violento en un instante. De Lafontaine doblegó hacia atrás el cuerpo de Carmilla y le clavó en el cuello los dientes, repentinamente afilados. Carmilla emitió un pequeño grito, abrazó a De Lafontaine y la garganta de De Lafontaine se movió como si estuviera tragando.

El corazón se me aceleró en el pecho, la adrenalina me abrasó las venas, pero seguía sin poder apartar la vista. Ni siquiera cuando las piernas de Carmilla cedieron bajo su peso y De Lafontaine se agachó sobre ella, como un león rasgando la carne de una gacela, y la cogió entre sus brazos.

De pronto, la mirada de la profesora cruzó la sala y localizó la rendija en la puerta. Establecimos contacto visual durante un terrible

segundo.

Me sobresalté como si me hubiese dado físicamente un golpe y me alejé rápidamente de la puerta. Las náuseas me revolvieron el estómago y el latido del corazón me retumbó en la cabeza. Acababa de ser testigo de algo inexplicable, de algo inconcebible. Era imposible que hubiera visto lo que creía que acababa de ver, ¿verdad? Debía de estar alucinando; de lo contrario, tenía que enfrentarme al hecho innegable de que entre profesora y alumna existía algún tipo de retorcida intimidación que jamás podría haberme imaginado.

Me pregunté cuánto tiempo hacía que duraba aquello. Me pregunté si no debería haberme dado cuenta de ello. Si habría habido algún tipo de indicio que se me había pasado por alto.

Di media vuelta para irme, pero en aquel mismo momento, la puerta de la sala de conferencias se abrió y De Lafontaine apareció furibunda en el umbral. Carmilla me miró por encima de su hombro, conmocionada.

—A mi despacho —ordenó De Lafontaine—. Las dos. Ahora mismo.

CAPÍTULO TRECE

Laura



—Parece que habéis estado escondiéndome secretos —dijo De Lafontaine, dejándose caer en la silla de cuero negro de detrás de su impresionante mesa de caoba.

Carmilla y yo estábamos sentadas, la una junto a la otra, en un banco del despacho, un espacio asfixiantemente caliente como consecuencia del calor que desprendían nuestros cuerpos y las acusaciones que flotaban en el ambiente. De Lafontaine unió las manos por las puntas de los dedos y nos miró fijamente con aquella mirada verde y abrasadora.

La mirada de una serpiente hipnotizando a su presa.

La mirada de un depredador.

—No me gusta vivir en la ignorancia —dijo—. Y os sugiero que aprovechéis esta oportunidad para sinceraros. ¿Quién de las dos quiere confesar primero?

Permanecimos sentadas en avergonzado silencio, mirando hacia cualquier parte excepto a De Lafontaine. Intenté mantenerme callada, pero la verdad acabó emergiendo de mi interior.

—Siento mucho haber espiado —tartamudeé.

—¿Y qué es, exactamente, lo que crees que has visto?

—He visto... —Las palabras se me secaron en la garganta. ¿Cómo expresar con palabras lo imposible?—. Una... indiscreción.

De Lafontaine echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada; de hecho, se rio de mí.

—Aprenderás muy rápido que aborrezco la falsa modestia. Me has visto morder a tu compañera de clase, alimentarme de su sangre. ¿No es eso, Laura?

Me moví con incomodidad en el asiento. En el transcurso de apenas unos minutos, mi percepción de la realidad se había hecho añicos y estaba aún intentando recoger las piezas.

—No sé qué es lo que he visto —repliqué con voz ronca.

—Cómo tú quieras —dijo De Lafontaine, y entonces se volvió hacia Carmilla—. Y, por otro lado, alguien ha estado haciendo cosas a mis espaldas, robando libros de la biblioteca.

Carmilla se mordió el interior de la boca y enlazó las manos en su regazo.

—Solo quería ver qué era eso tan importante que no quería compartir conmigo —murmuró.

A diferencia de mí, Carmilla no cantaba como un canario cuando estaba bajo presión. Intentaba mantener su postura, insistir en que había hecho lo correcto. Su testarudez, a pesar de la situación, me pareció encantadora.

—Si decido no compartir algo contigo, tendré mis razones, ¿lo entiendes?

—Sí, señorita D.

—No lo capto —dije.

Me pregunté si todo aquello sería una especie de sueño febril. ¿Habría echado Maisy alguna cosa al té que me había tomado por la mañana, como parte de otra novatada? ¿Estaría sucumbiendo a algún tipo de delirio mental precoz exacerbado por el estrés?

—De Lafontaine es un vampiro —dijo Carmilla, como si fuera algo tan aparente como el color del cielo.

De pronto, me vinieron a la cabeza mil preguntas, pero solo una consiguió salirme de la boca.

—Disculpe —dije, llevándome la mano al pecho, como si con aquel gesto pudiera sosegar mi corazón acelerado—. ¿Un vampiro?

—Ese es el término contemporáneo, sí —respondió De Lafontaine, aburrída por mi incredulidad—. Imagino que te suena. La literatura no siempre nos representa correctamente, pero no es un mal lugar por donde empezar. Tal vez has leído a Polidori. E imagino que te habrás cruzado alguna vez con Stoker.

—No me lo creo —dije, con una carcajada y levantándome de mi asiento—. Me están tomando el pelo. Una broma para la chica de provincias, ¿no es eso? Pues no me gusta en absoluto, la verdad.

—¿Te parece esto una broma? —preguntó Carmilla, retirándose el cuello de la camisa para mostrarme las dos marcas rojas que le brillaban en el cuello—. Siéntate, Laura.

—Carmilla —le supliqué—. Vamos, dime que se trata de una broma.

—No es ninguna broma, Laura —dijo Carmilla, casi queriendo disculparse.

Parpadeé para evitar las lágrimas. Aquello era demasiado.

—¿Así que es usted una criatura antigua, es eso lo que pretende que me crea? —le pregunté a De Lafontaine.

—Antigua es decir mucho —dijo De Lafontaine—. Apenas llego a los doscientos. Los jóvenes podemos pasar por humanos mejor que los viejos. A medida que cumplimos años... cambiamos.

—No me lo creo —dije, negándome a sentarme y aceptar todo aquello—. Si de verdad es usted un vampiro, demuéstremelo.

—¿Cómo pretendes que te lo demuestre? —dijo Carmilla con una risa desagradable—. ¿Mordiéndote?

—Supongo que eso funcionaría —dijo De Lafontaine, pensativa—. Pero no es necesario llegar a ese extremo, porque ya has visto todo lo que necesitabas ver. Piensa, Laura; utiliza esa mente tan brillante que tienes. Sabes perfectamente bien lo que has visto. No te mientas ahora.

Bullía por dentro. Había visto *algo*, esa parte era cierta. Y, visto desde el exterior, me había parecido un mordisco.

Creía en cosas como los ángeles, las profecías y las revelaciones divinas, me dije, intentando racionalizar la situación. Incluso podía

llegar a convencerme de que existían fantasmas. Quizás el vampirismo no quedara tan lejos de esos límites.

O quizás me estaba volviendo loca.

—¿Tiene siempre esas cosas en la boca? —pregunté.

—Se retraen —respondió De Lafontaine.

—¿Y qué más puede hacer? ¿Invocar bandadas de murciélagos, hipnotizar a víctimas incautas?

—No irás a creerte todo lo que lees en los libros —murmuró Carmilla.

—Aquí nadie te está mintiendo —dijo De Lafontaine, encarrilando de nuevo la conversación—. Esto es real, Sheridan. Y cuanto antes ajustes en consecuencia tu visión del mundo, mejor.

Casi sin aliento, miré a De Lafontaine y a mi compañera de clase. Deseaba, probablemente por primera vez en mi vida, una copa de algo bien fuerte.

—De acuerdo —dije, forzando la voz para que sonara firme—. De acuerdo. Pero tengo preguntas. Y no pienso ir a ningún lado hasta obtener las respuestas.

De Lafontaine miró con mala cara su reloj, pero no me acalló.

—¿Por qué Santa Perpetua? —pregunté—. Si es usted lo que dice que es, podría ir a cualquier parte del mundo, ser quien le apeteciera ser. ¿Por qué enseñar poesía en una universidad? Y, ya puestos, ¿por qué beber de una alumna?

—Estoy aquí por asuntos académicos —respondió De Lafontaine, en un tono que me dio a entender que eso era todo lo que conseguiría sacar de ella—. Carmilla es la compañera que he elegido. Me sustenta.

—De modo que me mentiste —le dije a Carmilla en tono gélido, sintiéndome todavía herida por todo lo sucedido—. Sobre ella y tú. Fingiste que era tu profesora y nada más.

—No lo hice por nada personal —repuso Carmilla—. Le miento a todo el mundo.

De Lafontaine se recostó en su asiento, observándonos a las dos.

—Somos una banda pequeña y miserable. Unidas por la sangre y el secretismo, sin otros recursos que nosotras mismas. En circunstancias más ventajosas, sería casi romántico.

—No le diré nada a nadie, señorita D. —se apresuró a decir Carmilla.

—Lo sé, Carmilla. No eres tú la que me preocupa. —Se volvió hacia mí, examinándome como si estuviera calculando cuántos litros de sangre corrían por mis venas—. Ahora eres cómplice de nuestro secreto, te guste o no. La única pregunta que tengo es: ¿puedo confiar en ti para que no lo reveles?

—Me parece que no tengo otra elección —dije.

—No —dijo De Lafontaine, casi con tristeza—. No la tienes. Confiaba en poder introducirte en mi mundo lentamente, para que no te asustases, pero de esta manera funcionará también, supongo.

—¿Pensaba contármelo?

—Por supuesto —dijo, dulcificando la mirada—. Te elegí a ti, Laura. Y volvería a elegirte, independientemente de cuáles fueran las consecuencias.

Se me formó un nudo en la garganta. Jamás me habían elegido para nada en toda mi vida, ni para ser amiga, ni para el elogio académico, ni para el amor, y lo que De Lafontaine me estaba ofreciendo era un poco como esas tres cosas entrelazadas. Para De Lafontaine era un talento de esos que solo se descubren una vez en la vida y para Carmilla era una oponente de mucha valía. Nunca había sido ninguna de esas cosas para nadie.

—No tiene por qué cambiar nada —prosiguió De Lafontaine—. Las tres podemos continuar juntas con nuestros estudios y podemos protegernos mutuamente. Podemos incluso profundizar más, ascender hasta nuevas alturas. Hay tanto que me gustaría mostraros, tanto que deseo compartir. ¿Te gustaría eso, Laura?

Era mi última oportunidad, la última posibilidad de regresar a mi pequeña rutina mundana y olvidarme de todo lo que había visto y oído.

Una chica sensata se marcharía corriendo de allí.

Una buena chica lo haría a buen seguro.

Pero estaba harta de ser sensata y estaba harta de ser buena. No podía rechazar lo que se me estaba ofreciendo: la oportunidad de vivir una vida excepcional.

—Sí —respondí, con una voz que era casi un susurro—. Sí, por favor.

En los labios de color coral de De Lafontaine se dibujó una leve sonrisa de aprobación. Buscaría aquella aprobación hasta el fin de mis días, iría hasta el infierno y volvería si era necesario.

—Confiaba en que respondieras eso. —Abrió una carpeta con documentos sobre su mesa de despacho y preparó un bolígrafo rojo—. Esto es todo por hoy, creo.

—¿No... no irá a expulsarme del grupo? —pregunté, levantándome.

—Por el momento, tu lugar está a salvo. Nunca rechazo a las alumnas con talento. Pero, a partir de ahora, no espero otra cosa de ti que no sea excelencia. Y se acabó escabullirse, Carmilla.

—Sí, profesora.

—Podéis marcharos.

Nos pusimos la chaqueta y salimos del despacho inmersas en un conmovido silencio. Bajamos la escalera y emergimos a la noche. Seguía lloviznando, y nos quedamos un momento en el umbral del arco de piedra que daba acceso a Seward Hall viendo como las gotas plateadas caían del cielo.

Carmilla sacó su cajita de cigarrillos aromáticos y me la ofreció. No era fumadora, pero acepté igualmente un pitillo. Sacó a continuación un sofisticado encendedor dorado y nos inclinamos las dos hacia la llama, uniendo nuestras cabezas.

—Creo —dije, después de dar unas caladas—, que todo esto sería inmensamente más fácil si fuéramos amigas.

—Antes conseguirás sacar sangre de una piedra —replicó en tono burlón Carmilla.

—No creo que seas tan malvada como aparentas. —Nunca había sido una persona atrevida, pero aquel intercambio con De

Lafontaine me había hecho más valiente—. Creo que lo que te pasa es que estás muy sola.

Carmilla no dijo nada para rebatirlo. Sino que siguió inmóvil, con la espada apoyada en la puerta, fumando y contemplando el cielo con expresión seria.

Estaba, comprendí pasado un momento, pensando.

—Supongo que podríamos intentarlo —dijo, tirando el cigarrillo a un charco—. Pero no te prometo nada.

—No me digas que debajo de todo ese hielo hay un corazón.

Carmilla me fulminó con la mirada, pero sus labios esbozaron un mohín para disimular una sonrisa.

—No nos dejemos arrastrar por el momento. Nos vemos el viernes.

Se subió el cuello de la chaqueta y emprendió el largo camino hacia su residencia.

CAPÍTULO CATORCE

Carmilla



Octubre pasó rápidamente, ondulándose en el tiempo como las páginas de un libro agitadas por el viento. Las noches se volvieron más oscuras y frías, y el patio quedó pronto alfombrado por crujientes hojas marrones. Halloween llamó a mi puerta, exigiéndome que preparara mi disfraz y pusiera en orden mis asuntos antes de la fiesta más importante del año en Santa Perpetua.

Mis sesiones de los viernes con Laura y De Lafontaine siguieron con renovado vigor, con la profesora guiándonos de la mano para introducirnos en maravillas literarias cada vez más arcanas. Iniciamos una especie de competición curiosamente amigable, intentando superarnos la una a la otra cada semana con nuevos formatos poéticos, nuevas metáforas, nuevos giros de frase. Laura ardía como una baliza que encendía cada página con su pasión y energía.

Lentamente, y en contra de mi voluntad, Laura empezó a agradarme. Laura, que me había provocado agitación desde el primer día en que la escuché recitar, había acabado convirtiéndose en una presencia familiar en mi vida. Posiblemente la veía más que a cualquiera de mis otras amigas, aunque no es que tuviera muchas. Y no estaba tan mal, sobre todo cuando no me miraba fijamente. Cuando establecíamos contacto visual, siempre me ponía ansiosa e

irritable, siempre me ponía a cien. Me decía a mí misma que era porque Laura era el nuevo proyecto favorito de De Lafontaine, porque era mi competidora directa en busca de su tiempo y atención.

En Halloween, las chicas de último curso celebraban la fiesta más grande de todas las fiestas en el edificio de cuatro plantas de su residencia. Aquel año, el tema era el *Infierno* de Dante. La planta superior estaba decorada como el Paraíso, la tercera planta como el Limbo, la segunda como un terrible Infierno y la primera como el gélido círculo interior del Infierno. La residente supervisora de mi planta me había liado con lo de la decoración y me había pasado gran parte de la semana trabajando para la fiesta, decorando las vigas del techo del último piso con hojas de higuera de papel y tela fina de color blanco.

La noche de la fiesta, me enfundé un vestido de cintura baja que había afanado del departamento de teatro y me depilé las cejas con pinzas hasta dejarlas finísimas. Me pinté los labios de rojo y me recogí el pelo en un moño alto, rematando el disfraz con una tela de seda envolviéndome los hombros y la cabeza. Bebí un chupito y medio del vodka que tenía guardado en el armario y me miré en el espejo durante un largo momento. Intenté silenciar la voz de mi madre en mi cabeza, la voz que me decía que me estaba esforzando demasiado y que estaba destinada a hacer el ridículo.

Estaba estupenda, me aseguré. Mucho mejor que estupenda.

Cuando salí de mi habitación, el pasillo ya estaba lleno de chicas. Julietas, Juanas de Arco y Twiggys pasaron por mi lado, armadas con vasos de plástico con *champagne* y ponche. Avancé entre la muchedumbre en busca de alguna cara familiar.

Laura llevaba un vestido blanco sujeto a la cintura con un fajín dorado, se había maquillado las mejillas con purpurina y un halo de alambres blancos le decoraba el pelo. Parecía salida de una función navideña de pueblo y se me encogió el corazón al verla.

—¿Un ángel? —pregunté, sirviéndome una ración doble de ponche. Sabía a vino barato, agua carbonatada y zumo de

arándonos—. ¿No es quizás demasiado evidente?

—¿Y tú qué se supone que eres, Carmilla? —preguntó Laura, en un tono que quizás ella consideraba amigable pero que yo capté como ofensivo.

—¿No lo ves? —respondí—. Soy Anaïs Nin, la diarista más grande de la era moderna.

—¿Verdad que tenía dos maridos al mismo tiempo?

—Bueno, nadie es perfecto.

—Estás magnífica —dijo Laura, empleando ese tono rígido y excesivamente cortés tan típico de ella. Estaba claro que estaba en modo extender la ramita de olivo, a pesar de nuestra eterna rivalidad.

—Gracias —repliqué, recelosa de tanta buena voluntad. Con Laura no podía bajar la guardia, me recordé. Por muy amigable que se mostrara, nunca podríamos ser amigas de verdad. Siempre habría una por encima de la otra y eso lo echaría todo a perder, de modo que era mejor, por el momento, dejar lo emocional a cierta distancia—. ¿Descendemos juntas al fuego del infierno?

Cogí una manzana roja y brillante de un recipiente colocado junto al ascensor. Una chica de último curso disfrazada de san Pedro, con barba y todos los demás ornamentos, custodiaba las puertas metálicas. Las chicas de Santa Perpetua sentían verdadera afición por lo dramático y todas las asistentes a la fiesta debían tomar la fruta prohibida antes de tener permiso para acceder a las otras plantas del edificio.

Le di un mordisco a la manzana. Su zumo dulce me estalló en la boca.

—Ahora te toca a ti, Laura.

Cuando le pasé la manzana, nuestros dedos se rozaron. Laura se quedó mirando la manzana un instante y le dio un mordisco grande, contumaz.

—Descended, pecadoras —entonó san Pedro.

Pulsó el botón del ascensor y nos invitó a entrar. Nos presionamos contra un grupillo de chicas risueñas disfrazadas de

gatos negros y me vi empujada hacia una esquina, pegada a Laura.

—Perdón —murmuré, incapaz de mirarla a la cara.

—No pasa nada —respondió, cruzando los brazos delante de ella.

Descendimos en el asfixiante ascensor hasta la tercera planta y todo el mundo salió en cuanto se abrieron las puertas.

La planta del Purgatorio era en parte una fiesta de terror en un cementerio y en parte los Campos Elíseos, con el suelo cubierto con hierba y paja y tupidas telarañas colgando del techo. Asistentes maquilladas como cadáveres repartían una burbujeante bebida negra entre las participantes. El cóctel sabía a arándanos y hielo seco, pero entraba bien.

Esperé pacientemente a que Laura fuese al baño. Tal vez no fuera muy de mi agrado, pero tenía las reglas de la juventud grabadas a fuego: cuando asistías a una fiesta con alguien, tenías que permanecer a su lado toda la noche.

Justo cuando empezaba a ponerme ansiosa, Laura reapareció. Estaba muy pálida.

—No habrás echado toda la comida ahí dentro, ¿verdad? —le pregunté—. No quiero tener que hacer de niñera de una mala bebedora.

—Estoy bien —respondió Laura, recolocándose el halo que llevaba en la cabeza—. Lo que pasa es que no me gustan mucho las multitudes.

—Y, aun así, has decidido asistir a la fiesta.

—Porque había gente que quería ver —murmuró, mirando su vaso.

No entendí si se refería a mí o a otra persona. Seguramente sería a otra persona. ¿Por qué querría verme a mí?

Cogimos el ascensor para descender al Infierno y nos apretujamos de nuevo en el abarrotado espacio. El pelo de Laura me rozó la cara, inundándome las fosas nasales de un aroma a polvos de maquillaje y vainilla, un olor que me fastidió inexplicablemente.

Cuando salimos a la segunda planta, una sonrisa plateada le iluminó la cara.

Del techo colgaba papel cebolla y a nuestros pies habían desplegado una alfombra roja. El suelo estaba decorado con sórdidas tonalidades naranjas y rojas, y las chicas que servían las copas llevaban vestidos cortos y escotados con faldas que emulaban las llamas.

—Oh, esto sí que es divertido, ¿verdad? —dijo Laura, con esa honestidad que no acababa de entender. No creo que en mi vida hubiese conocido a alguien tan franco como Laura Sheridan, y no sabía muy bien cómo responderle. Me había criado con un tipo de gente que hablaba básicamente con dobles sentidos y cumplidos mordaces. En un entorno donde la honestidad estaba pasada de moda—. Mis amigos en Mississippi... bueno, no es que tuviera muchos, pero no es que fueran muy juerguistas.

—¿Es tu primera fiesta? —le pregunté con incredulidad.

—Imagino que las fiestas de cumpleaños de cuando era pequeña no cuentan, ¿verdad?

—No, Sheridan —dije, riendo—, no cuentan. Dios mío, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Lo que tú quieras —murmuró, tan bajito que el sonido de la fiesta casi se lleva sus palabras.

La responsable de la fiesta de la planta del Infierno vino directa hacia nosotras, sujetando tres vasitos de líquido rojo en precario equilibrio. Su piel dorada estaba cubierta con purpurina roja y se había peinado el cabello negro azabache con un voluminoso cardado.

—Tenéis que beberlo de un trago —dijo, pasándonos los chupitos—. Lo llamamos *bola de fuego*. Y os juro que queman de verdad.

Brindamos y bebimos de un trago aquel dulce y empalagoso combinado con canela. Fue como si la garganta se me llenara de fuego y tosí un poco.

—Laura no había estado nunca en una fiesta —dije, para distraerme del poco elegante espectáculo de haberme atragantado con aquel alcohol.

—¡Bromeas! —dijo alegremente la responsable—. ¡Pues feliz Halloween, pichoncita! Seguro que esta noche os lo pasáis de muerte las dos.

De haber sido inteligente, aquel habría sido el momento ideal para fingir dolor de cabeza, disculparme y marcharme de allí, dejando a Laura con la otra chica. Pero el alcohol había empezado a hacer mella en mí y me sentía temeraria. No tenía otra cosa mejor que hacer que emborracharme en compañía de la única persona en toda la universidad en la que podía confiar para guardar mis secretos, en caso de necesidad.

—Por supuesto que sí —dije, enlazando el brazo con el de Laura como si fuéramos viejas amigas. Noté que se ponía rígida, pero no se apartó—. Primero, una pausa para un cigarrillo. Después, bailar. No puede considerarse una fiesta si no bailamos.

Laura me sonrió tímidamente y, sorprendiéndome a mí misma, también le sonreí.

Abrimos una ventana y salimos a la escalera de incendios, buscando refugio en el aire fresco de la noche y huir un poco del calor sofocante de la fiesta. Solo me quedaba un pitillo, de modo que lo compartimos por turnos, pasándonoslo como si fuese un porro y riéndonos de nuestros intentos de sacar el humo por la nariz. Un agradable zumbido se me instaló en el cerebro, en parte por el licor, en parte por la nicotina y, en parte, también, por la compañía que tenía al lado.

Cuando volvimos a la fiesta, Laura me cogió de la mano para mantener mejor el equilibrio. Fue como si me electrocutase y el estómago me dio un vuelco extraño como respuesta a la sensación.

La pista de baile estaba en la primera planta de la residencia estudiantil, en la zona común, decorada con luces azules halógenas del departamento de teatro y ventiladores gigantes que mantenían la sala gélida como el noveno círculo del Infierno. Había

un grupo tocando en directo en un rincón, interpretando temas de rock and roll y algún tema conocido de la Motown. Laura no bailó, pero sí lo observó todo encantada, con los ojos abiertos de par en par y un vaso de *curaçao* helado y azul en la mano. Saludó a Maisy, que movía el esqueleto cerca de donde estaba el grupo en compañía de algunas de las chicas del equipo de remo, y a Elenore, que estaba abrazada a su novio de fuera del campus y que había llegado para disfrutar de una noche de alcohol y baile.

Alguien tiró de repente de mi mano y, antes de que me diera tiempo a protestar, descubrí que un chico estaba arrastrándome hacia la pista. Era guapo, con facciones angulosas, e iba disfrazado de demonio, con cuernos rojos adornando su pelo rubio y rizado y una pajarita roja brillante en el cuello. El grupo musical había hecho la transición a los lentos interpretando *House of the Rising Sun*, y el chico, que sin duda alguna estaba allí porque saldría con alguna de las chicas, sonrió de oreja a oreja.

—Esta canción me encanta, ¿a ti no?

—Vete a buscar otra pareja —repliqué, pero la risa se me coló en la voz.

—No te hagas ahora la estrecha. Seguro que tus padres te pagarían más de una clase de baile.

—Quizás unas cuantas.

—Enséñame, pues, lo que sabes hacer.

Me puse en posición y extendí los brazos, expectante, hacia mi diablo. El chico me respondió con una sonrisa casi infantil, pero saltó a la pista admirablemente y me acomodó las manos en la cintura y la mano.

Bailamos bajo el resplandor gélido de los focos, sin poder parar de reír, mientras otras parejas danzaban a nuestro alrededor. Mantuve la espalda arqueada, el cuello estirado, en absoluto dispuesta a olvidar mis clases de baile a pesar de lo borrachos que íbamos los dos. El chico se movía con seguridad aun siendo yo la que llevaba la voz cantante. Me sujeté a él con fuerza para sustentarme en su cuerpo, sólido y caliente.

—No lo haces nada mal —dijo el chico, sonriéndome.

—Lo mismo digo.

—Oh —dijo, estrechándome más de lo que el baile exigía—. Acabas de llegarme al alma.

Descansé una mano en su pecho y las puntas de mis dedos se deslizaron por debajo de su camisa abierta.

Supongo que lo más inteligente habría sido bajarse de la atracción de feria en aquel momento, reír altivamente y deshacerme de su abrazo, pero el ambiente hedonista de la feria se me había subido hacía rato a la cabeza. Aquel contacto era tan agradable. Me pegué más a él, quebrantando el formato recatado y correcto del vals para unirle las manos por detrás del cuello, una posición más desenfadada y, sobre todo, más íntima.

—¿Te me estás insinuando, señor cómo quiera que te llames?

—Puedes llamarme como te apetezca —replicó el chico, sonriendo con una suficiencia perversa.

—¿Qué tal si te llamo *playboy* libertino de la peor variedad?

—En este caso, al menos no estarás mintiendo. Vamos, deja que te dé un beso.

Sus palabras sonaron a medio camino entre una orden y una súplica, y el estómago se me inundó de calor. Tiempo atrás, había aceptado a regañadientes ser la iniciadora de prácticamente todas mis relaciones; me sabía el papel de memoria, como si fuera un monólogo de alguna de mis obras favoritas. Por mucho que me gustara que me fueran detrás, la gente se iba tantísimo por las ramas que siempre acababa impacientándome y pasaba a ser la que iba detrás de los demás. Hacía años que nadie me deseaba así, de un modo tan directo y desvergonzado. Había olvidado la sensación de sentirme totalmente deseada, sin escrúpulos de por medio.

Me deshice entre sus brazos.

El chico me enlazó por la cintura y me atrajo hacia él para darme un beso profundo y exploratorio. Separé los labios por instinto y saboreé en su boca el ardor del alcohol y el pintalabios de otra mujer. La idea de compartirlo con una tercera parte anónima

encendió más si cabe el fuego de mi deseo. Enredé los dedos entre su pelo.

Seguimos besándonos sin vergüenza alguna durante un rato, hasta que él se separó y miró a algo o alguien por encima de mi hombro.

—Me parece que alguien se está sintiendo un poco ignorada —dijo el chico, y soltó una carcajada desagradable.

Cuando me volví, descubrí a Laura mirándonos desde el exterior de la pista, presionando el vaso que tenía en la mano con tanta fuerza que los nudillos se le habían quedado blancos.

—Laura —dije, dando un paso hacia ella.

La palabra pareció romper el hechizo furibundo bajo el que se encontraba y Laura bajó rápidamente la vista. Pero antes de que me diera tiempo a decir algo más, se abrió paso entre la muchedumbre, cruzó la puerta y desapareció.

—Creo que deberías ir a arreglar las cosas —dijo el chico, fijando ya su objetivo en otra chica de la sala que llevaba un iris de tela prendido en su pelo negro rizado—. Ya procuraré entretenerme hasta que vuelvas, corazón.

De haber sido de otra manera, me habría sentido ofendida por la capacidad de aquel tipo para saltar a tanta velocidad de flor en flor. Pero no estaba en el mercado en busca de algo permanente o comprometido, de modo que me quedé igual.

Pasé entre interminables parejas de baile hasta llegar al pasillo, que solo estaba algo más fresco que la sauna en que se había convertido la sala común. Vislumbré un destello de blanco saliendo por la puerta, Laura, y seguí hacia allí con paso decidido.

La odiaba por montar una escena en medio de una noche perfectamente agradable. Y la odiaba por hacerme correr tras ella.

—Laura —dije con voz sufrida mientras empujaba la puerta—. Esto es ridículo. Vamos, entra.

Estaba apoyada en la pared del edificio, justo debajo del resplandor de una farola. Se estaba secando los ojos con un pañuelo

de encaje que no tenía ni idea de dónde había salido. Sus modales sureños seguían intactos a pesar de su consternación.

—Vete, Carmilla —dijo, y su voz, que normalmente me recordaba el melodioso trino de un pajarillo por la mañana, sonó ronca por la emoción.

—No vale la pena que llores por ese chico —dije, apoyándome en la pared a su lado, aunque protegida por la oscuridad. Vi que tenía el rímel corrido por la mejilla y me sentí tentada de lamerme el pulgar para limpiarle la cara—. Si le pidieras que te besara también a ti, te apuesto lo que quieras a que lo haría. Tenemos un nombre para ese tipo de tíos en alemán, pero no es muy correcto pronunciarlo en voz alta.

Me miró con odio, sus ojos azules tempestuosos. Una mirada tan salvaje que casi me corta la respiración.

—Para ser una persona tan inteligente, te has comportado como una estúpida, la verdad —dijo.

La rabia cobró vida dentro de mí. Intuí, por vez primera, que estaba a punto de ver a la criatura salvaje que se ocultaba debajo de su buena educación y sus exquisitos modales. Me moría de ganas de verla.

—¿Qué se supone que quieres decir con esto? —pregunté, acercándome para poder estudiarle mejor la cara.

Esperaba que se apartara, pero se limitó a quedarse mirándome.

—¿Necesitas que te lo deletree? —replicó.

—Ponlo en forma de poema, ¿por qué no haces eso? A lo mejor así te sentirás mejor.

Moviéndose a una velocidad asombrosa, Laura plantó ambas manos a cada lado de mi cuerpo para inmovilizarme contra la pared de ladrillo del edificio. La tenía tan cerca que podía percibir el calor que irradiaba su cuerpo y el olor de su piel debajo del aroma del perfume que llevaba.

Me quedé paralizada y el estómago se me encogió instintivamente. Laura me había acorralado y me sentía como una

presa capturada entre las manos fuertes de un cazador. En parte deseaba plantarle cara y escabullirme, pero otra parte de mí, más profunda, anhelaba capitular y rendirme a lo que me tuviera reservado.

Siempre había sentido una extraña tendencia hacia el placer de ser sometida. Una tendencia que solía asomar la cabeza en los momentos más inoportunos.

Lo cual no significaba que quisiese que Laura lo supiera.

—Como me pongas encima ni aunque sea un solo dedo, te juro que te machacaré esa cara tan bonita que tienes —gruñí, sintiendo que el corazón me aporreaba el pecho como un tambor de guerra.

Pero eso solo sirvió para que Laura se me acercara todavía más, hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron. Su respiración era irregular, como si estuviera luchando contra un ataque de nervios, pero estaba allí conmigo, era real, contundente, innegable. Estaba muy cerca de quedar atrapada, a punto de ser empujada contra el ladrillo de la pared. Por un vertiginoso instante, me pregunté si el ladrillo acabaría atravesando la tela del vestido y raspándome la piel, cómo se sentiría mi piel desnuda si alguien me levantara la falda.

—Entra, pues —dijo, en tono desafiante y hablándome con voz un poco temblorosa—. Entra y finge que todo esto no ha pasado.

—No pienso darte este placer.

Abrió la boca para replicar, pero la cerró, avergonzada. Una sensación de triunfo me recorrió las venas. Comprendí que estaba ganando aquel pequeño *tête à tête*, y supongo que podría haberme liberado de ella justo en aquel momento. Pero me sentía poseída por la necesidad de saber qué tenía pensado para mí.

—Adelante —dije—. Dilo. Di lo que quiera que estés pensando.

—Es tu última oportunidad para irte.

—¿O harás qué? —repliqué. Mi pecho empezó a agitarse al ritmo de una respiración rápida y superficial. Estaba embelesada con su agresividad y su cercanía, y no tenía la más mínima intención de marcharme a ningún lado. No podía apartar los ojos del arco de

Cupido perfecto de su boca—. Apuesto lo que quieras a que nunca has estado con una chica. A que solo lo has leído en libros.

—Te sorprendería lo que se puede llegar a aprender con los libros —dijo, deslizando la rodilla entre mis piernas.

Contuve un grito y mis manos ascendieron como por voluntad propia hasta aferrarse a sus hombros. Estábamos envueltas por la oscuridad y enredadas en la falda de mi vestido, pero sentí su presión contra el calor que me palpitaba entre los muslos.

—Joder —gemí.

Hubo algo en aquella sencilla respuesta que la descolocó y Laura se abalanzó para pegar su boca a la mía.

Me besó con la desesperación agónica de un mártir, como si yo fuese la única espada sobre la que deseaba precipitarse. Le devolví el beso como el filo de esa espada, intentando causarle el máximo daño posible.

Quería que solo fuese capaz de pensar en aquel beso cuando por las noches se acostara sola en la cama. Quería que sintiese cuánto la denostaba y la deseaba, hasta qué extremo enloquecedor me había llevado.

Quería que me deseara tantísimo que le doliera.

Laura me atrajo aún más hacia ella y siguió moviendo el muslo contra mí. Era un ángulo torpe e inexperto, pero igualmente me provocó una oleada de placer en todo el cuerpo. Gemí en su boca, sin importarme que pudiera oírme.

—Sigo odiándote —dije, mordisqueándole el labio inferior, y ladeé las caderas hacia su rodilla, en busca de más fricción.

—Y yo te encuentro insoportable —dijo ella, articulando la palabra pegada a mi boca. La pronunció de tal modo que sonó obscena, y un escalofrío me recorrió la espalda.

En aquel momento, habría dejado que me devorara en dos bocados.

—¿Interrumpo alguna cosa? —dijo una voz fría a nuestras espaldas.

Laura me soltó como si yo fuese un horno encendido. Se limpió la mancha de pintalabios de la boca con dedos temblorosos. El efecto de dominio se evaporó al instante, dando paso a la chica ansiosa que estaba acostumbrada a ver en clase.

Me volví para encararme con la intrusa, lista para decirle a quien quiera que fuese que se largase inmediatamente de allí y se metiera en sus asuntos, pero las palabras se me secaron en los labios.

De Lafontaine estaba bajo la luz de la farola, justo al lado de las sombras anónimas donde nos habíamos cobijado Laura y yo. Bajo la tenue luz amarilla, su piel parecía pergamino, sus ojos opacos y brillantes a la vez; parecía que tuviese cien años. Su boca esbozaba un mohín, como si acabara de comer algo amargo, y el gesto acentuaba las líneas de expresión que le envolvían los labios. Por un momento la vi tal y como era en realidad: una refugiada de tiempos muy antiguos que solo mantenía un mínimo facsímil de juventud y modernidad, e incluso así, no era más que una cortina de humo para atraer a sus presas.

De repente, me dio un poco de miedo.

—Señorita D. —dije, estúpidamente—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Hago de carabina —respondió, pronunciando las sílabas como fragmentos de hielo cortante—. Llevo todo este tiempo preocupándome por las chicas con novio, pero ahora veo que mis sospechas estaban desubicadas.

Las mejillas de Laura se cubrieron de rubor mientras se tocaba el pelo para devolverlo a su lugar. A buen seguro deseaba tener los mínimos testigos posibles de su indiscreción.

Hacía apenas unos minutos, la idea de que Laura pudiera cometer una indiscreción me habría hecho reír, pero ahora comprendía que en realidad era como una botella de *champagne* zarandeada, lista para explotar en cualquier momento. Si era capaz de la mitad de las cosas que había leído en aquel libro de poesía que había visto en la biblioteca... Se me cerró el estómago solo de pensarlo.

—Venid conmigo las dos —dijo De Lafontaine, echando a andar en la oscuridad.

—¿Dónde vamos? —pregunté, correteando tras ella.

Laura avanzó trabajosamente detrás de mí, manteniendo una clara distancia de seguridad.

—Siempre me has preguntado sobre mis circunstancias —dijo De Lafontaine, hablando en un tono magnánimo, indulgente—. Creo que ha llegado el momento de que lo comparta con vosotras.

El corazón se me subió a la garganta. Lo que más había deseado durante todo aquel tiempo era ser digna de la confianza de De Lafontaine y ahora parecía dispuesta a ofrecerme las respuestas a todas mis preguntas. Era un milagro de Halloween.

—¿Ahora? —inquirió Laura, un poco descolocada.

Me pregunté si preferiría seguir a solas conmigo por encima de todo y la idea me provocó un escalofrío de placer que me recorrió el cuerpo entero.

—Sí, Laura, ahora.

CAPÍTULO QUINCE

Laura



Caminamos por la hierba cubierta de rocío detrás de De Lafontaine, sin atrevernos a hablar para no romper el hechizo. Carmilla iba delante de mí, a escasos pasos de De Lafontaine, dándome la espalda a pesar de la intimidad que acabábamos de compartir hacía unos momentos. De Lafontaine había aparecido y Carmilla lo había dejado todo para seguirla, aunque suponía que no debía sorprenderme ante tal comportamiento. Carmilla era la mascota de la profesora, unida a ella en cuerpo y alma por algún tipo de ritual oscuro y antiguo que no alcanzaba a comprender. Tampoco entendía qué tenía que ofrecerle yo a ella que pudiera competir con una cosa así.

Bajo la brisa de la madrugada, noté un hormigueo en los dedos, impregnados aún del sabor a Carmilla. A clavo, a agua de rosa, a alcohol barato. Me sentía embriagada y me pregunté si volvería a tener algún día la oportunidad de saborearla de nuevo o si aquel habría sido el único momento robado que compartiríamos en nuestras vidas. Al fin y al cabo, Carmilla todavía me odiaba, así me lo había manifestado.

Cruzamos el campus hasta llegar a Seward Hall, que se cernía sobre nosotras entre las sombras que proyectaba la luz de la luna. De Lafontaine utilizó las llaves que tenía como profesora para acceder al edificio a través de una puerta lateral y pensé que quizás

pensaba llevarnos a la sala de conferencias de la tercera planta para impartirnos una lección improvisada. Pero, sorprendentemente, nos condujo hacia unas escaleras que bajaban al sótano, un espacio oscuro y húmedo que se utilizaba básicamente como almacén y, solo muy de vez en cuando, para albergar alguna clase cuando todas las aulas del edificio estaban ocupadas. Pasamos junto a pupitres cubiertos de telarañas y cajas grandes llenas, supuse, de material escolar. Estaba tan oscuro, que Carmilla y yo nos dimos más de un golpe en las rodillas contra objetos de mobiliario que apenas éramos capaces de vislumbrar.

—¿Va todo bien por ahí atrás? —preguntó De Lafontaine.

—No vemos nada porque está muy oscuro —repliqué, como si no fuera bastante evidente.

Carmilla resopló, fastidiada porque seguro que ella habría respondido que todo iba perfectamente, gracias, aunque justo en aquel momento estuvo a punto de dar un traspié. Mis brazos se dispararon hacia ella por voluntad propia y consiguieron estabilizarla al sujetarla por los hombros. Imaginé que querría soltarse de inmediato, pero murmuró, en cambio:

—Gracias.

Cuando mis ojos se adaptaron por fin a la penumbra, vi que nos dirigíamos hacia los recovecos del sótano. Y al llegar a lo que parecía un callejón sin salida, De Lafontaine se agachó para apartar una caja que cubría una trampilla tan sutil que casi era imposible detectarla. Presionó la puerta y se abrió, desprendiendo una nube de polvo.

—Abandonad la esperanza, todos los que entráis aquí —murmuró Carmilla para sus adentros. Y entonces, subiendo un poco la voz—: ¿Qué es esto, señorita D?

—¿No confías en mí, Carmilla? —repuso nuestra profesora.

Empezó a descender por una escalera estrecha que conducía a las entrañas del edificio. ¿Cómo llevarle la contraria? Era nuestra líder intrépida, nuestra estrella del norte. Nunca antes nos había llevado por mal camino.

Carmilla la siguió, luego lo hice yo. Accedimos a una cámara gélida con el suelo de tierra y las paredes talladas con la misma piedra que se había utilizado para construir las estructuras más antiguas del campus. El agua de la lluvia se filtraba desde el techo y me goteaba de vez en cuando sobre la cabeza.

—¿Por qué ahora? —preguntó Carmilla, acercándose a De Lafontaine—. ¿Por qué esta noche, después de haberme dicho que no tantas veces?

Otra pregunta quedó flotando en el ambiente. «¿Por qué con Laura, que no se merece conocer todos sus secretos?»

—Porque quizás me siento magnánima —respondió De Lafontaine.

Pero su voz no transmitía eso. Sonaba amargada, y quebradiza, además. Por egocéntrico que pareciera, solo podía llegar a la conclusión de que habernos descubierto a Carmilla y a mí en flagrante delito solo había servido para consolidar su decisión. Que si nos estaba adentrando en su mundo no era por la bondad de su corazón, sino a modo de castigo.

Pensar aquello me produjo un escalofrío.

—He pasado cinco años buscando este lugar —dijo De Lafontaine—. Todos los datos al respecto ofuscaban deliberadamente su localización. Pero ha estado justo debajo de mis narices todo este tiempo. Id con cuidado, no tropecéis.

La seguimos hacia las entrañas de la universidad, avanzando a tientas por un pasadizo estrecho. Según mis cálculos, ya no estábamos debajo de Seward Hall, sino en el subsuelo de otro lugar del campus, y me pregunté hasta dónde se extendería aquel laberinto de túneles. Estaba segura de que, sin una guía, me habría perdido sin remedio allí dentro.

—¿Es algún tipo de escondite? —pregunté, presionando la mano contra las resbaladizas paredes del pasadizo. De pronto, el suelo empezó a inclinarse ligeramente bajo nuestros pies. Estábamos descendiendo todavía más. El ambiente olía a líquen y podredumbre, dificultándome la respiración—. ¿Una especie de refugio antiaéreo?

—No —respondió De Lafontaine, sacando una cerilla del bolsillo y encendiéndola—. Es una cripta.

Vi entonces que estábamos en una sala octogonal y que en el centro de la misma había un ataúd de piedra, desprovisto de toda decoración excepto las rosas con espinas esculpidas en la tapa. El aire abandonó por completo mis pulmones y oí que Carmilla, a mi lado, sofocaba un grito.

—¿En serio? —dije.

De Lafontaine se limitó a mirarme de reojo. Pensé entonces que no la había oído bromear nunca en todo el tiempo que hacía que la conocía.

—¿A quién pertenece el ataúd? —preguntó Carmilla, jadeando.

Carmilla dio un tentativo paso al frente y se detuvo, como si no estuviese segura de tener permiso para avanzar más.

—Adelante —dijo De Lafontaine, con un brillo de lo más extraño en los ojos.

El corazón se me subió a la garganta cuando vi que Carmilla se acercaba al ataúd. La idea de la muerte me provocaba un malestar terrible, pero Carmilla parecía impulsada por una curiosidad morbosa. Con la boca ligeramente entreabierta, recorrió con la punta de los dedos el ataúd abierto y miró el interior. De Lafontaine la observaba desde el otro lado del ataúd, tan cómoda ante la presencia de aquel cadáver como la directora de una funeraria.

—Es lo que estaba investigando, ¿verdad? —preguntó Carmilla, con voz ronca y reverencial—. ¿Quién es?

—Mi señora —respondió De Lafontaine.

Las palabras le cayeron de la boca como una piedra. Carmilla y ella intercambiaron una mirada e intuí que aquella conversación incluía muchas más cosas de las que se estaban diciendo en voz alta.

—¿Su señora? —repetí, avanzando un pasito.

—¿Está muerta? —preguntó Carmilla.

—No está muerta —respondió De Lafontaine—. Simplemente duerme. A la espera de que llegue el momento adecuado para ser

despertada. Bajo a veces aquí solo para verla, solo para soñar cómo sería poder abrazarla una vez más. Ven aquí, Laura. Quiero que la veas.

Tragué saliva y, con piernas de gelatina, avancé un paso, luego otro. Me detuve al llegar al lado de Carmilla y acerqué los dedos a la tapa del ataúd, como ella. Nuestros meñiques se rozaron; su piel era el único punto de calor en la frialdad de la cámara subterránea.

Me pregunté si todo aquello no sería una novatada, si en cualquier momento Elenore y las demás chicas del seminario surgirían de entre las sombras para darme un susto, si se partirían de la risa cuando me dijeran que el cadáver no era más que un maniquí, una pequeña broma de Halloween. Pero aquel laberinto de pasadizos debajo de la universidad no tenía explicación. El olor a podrido que impregnaba el ambiente no era falso, un olor dulce y putrefacto, como el del fregadero de una cocina lleno de platos sucios.

Inspiré hondo para armarme de valor y me obligué a mirar el interior del ataúd.

A pesar de la humedad, el cuerpo estaba casi momificado. Una piel arrugada y fina como el papel cubría unos pómulos hundidos y los labios, esbozando una mueca, dejaban entrever unos dientes amarillentos aferrados con valentía a unas encías corroídas. Quedaba aún pelo suficiente como para intuir que en su día había habido allí una melena larga y oscura. El cuerpo marchito estaba vestido de negro de la cabeza a los pies.

Las náuseas se apoderaron de mí sin poder evitarlo y me aparté del ataúd para vomitar una bilis espumosa. Carmilla, quizás motivada por la lástima o por la sensación que le había dejado los besos que habíamos intercambiado, me masajéo la espalda en círculos para consolarme.

—Pero —dije con voz ronca, limpiándome la boca con el dorso de la mano— ¿qué demonios está pasando aquí?

Normalmente no soltaba tacos, sobre todo delante del profesorado, pero aquellas eran las circunstancias más atenuantes

que podía haber.

De Lafontaine parecía algo molesta.

—He confiado en las dos para mostraros este lugar. Pensaba que seríais lo suficientemente valientes como para enfrentaros a la muerte y no amedrentaros. No me digáis ahora que os he juzgado mal.

Sus palabras me escocieron como agujas. Podía ser tímida, podía ser ingenua, pero no era una cobarde. Si Carmilla era capaz de mantener el sentido común ante aquel horror espeluznante, también podía yo.

Me enderecé. El estómago se me removió como protesta, pero conseguí mantener su contenido en su debido lugar.

—No, señorita De Lafontaine.

—¿Qué hace aquí abajo? —preguntó Carmilla.

Parecía en trance por lo horripilante de la experiencia, embelesada por lo macabro. Deseaba con todo mi corazón agarrarla por la muñeca, echar a correr con ella por el pasadizo y no parar hasta llegar al aire libre.

De Lafontaine introdujo la mano en el ataúd y apartó con ternura un mechón de pelo lacio que caía sobre la cara del cadáver.

—Se cansó del mundo, de sus habitantes. De modo que engatusó a un arquitecto brillante y lo convenció para que le construyera una cámara para poder descansar justo debajo de uno de los mayores logros de aquel hombre, esta universidad. La estuve buscando a lo largo de los siglos, descifrando el rompecabezas de su paradero a partir de cartas y rumores, hasta encontrarla por fin. — La voz de De Lafontaine se redujo a un murmullo y no entendí muy bien si seguía hablando ya con nosotras o lo hacía para sus adentros. Era como si ni siquiera estuviéramos presentes—. Deteriorada. Consumiéndose en la oscuridad, sola.

—¿Señorita De Lafontaine? —dijo con incomodidad Carmilla.

Los ojos de De Lafontaine se clavaron de repente en ella, iluminados por un fervor que no había visto nunca. Sus ojos ardían como fuego verde, brillantes y transparentes como absenta sin diluir.

—Ven aquí, Carmilla —dijo, extendiendo la mano hacia mi rival y objeto de todo mi amor.

Carmilla obedeció, arrastrada por una especie de embrujo. El corazón me empezó a marcar un ritmo de batalla en el pecho, pregonando una señal de alarma.

Mal. Algo iba mal.

—¿Qué harías, si te lo pidiera? —preguntó De Lafontaine.

—Lo que fuera —respondió Carmilla. Su mirada pasó de De Lafontaine al cadáver y luego del cadáver a De Lafontaine—. Ya lo sabe.

—En este caso, sangra para mí, una vez más.

Carmilla obedeció y se retiró el pelo que le cubría el cuello. De Lafontaine negó con la cabeza y sacó del bolsillo de su pantalón una navaja de plata.

—La sangre no es para mí, Carmilla. Es para Isis.

Sin decir nada más, De Lafontaine cogió a Carmilla por la muñeca, le acercó la navaja a la palma de la mano y le hizo un corte profundo. Carmilla gritó entre dientes, pero ni se movió.

«Qué valiente», pensé.

Con el pulso retumbándome en los oídos, me acerqué un poco. El ambiente se llenó con un curioso aroma férreo. De Lafontaine me miró a los ojos cuando vio que me acercaba al ataúd y me situaba delante de Carmilla y ella.

—Observa —me ordenó, como si me estuviera dando una clase.

Y en aquel momento lo entendí. No estaba allí como participante, sino como testigo. Y no para entender lo que pasaba, sino porque la escena solo servía para recordarme mi propia humanidad, mi mortalidad, mi pequeñez. Solo servía para demostrarme que Carmilla y yo éramos distintas y, lo más importante de todo, para demostrarme que De Lafontaine la había hecho suya hacía ya mucho tiempo.

Sin decir nada más, la profesora movió la muñeca de Carmilla para que la sangre se vertiera sobre los labios abiertos y momificados de su señora.

En la cripta solo se oía el sonido de nuestra respiración y el goteo firme de la sangre sobre los labios agrietados del cadáver. La sangre empezó a deslizarse por su barbilla, hacia el cuello del vestido. Me sentía mal por aquella profanación de la muerte.

Y entonces sucedió lo imposible: el cadáver emitió un potente suspiro.

Contuve un grito y, tambaleante, me aparté, incapaz de creer lo que veían mis ojos. Carmilla se quedó blanca como el papel, pero no echó a correr, no podía. De Lafontaine seguía sujetándola por la muñeca con una fuerza depravada. El sonido procedente del cadáver era horripilante, un asqueroso gimoteo sibilante.

Horrorizada, vi cómo el cadáver empezaba a sacudirse, transformándose en algo que ni estaba del todo muerto ni del todo vivo. Los párpados del cadáver se abrieron muy poco a poco, dejando entrever unos ojos legañosos.

El cuerpo de De Lafontaine estaba tenso. Se sujetó con fuerza en el ataúd, con la boca entreabierta, dejando asomar los extremos puntiagudos de sus dientes.

—Isis —musitó, inclinándose sobre el ataúd y acercando la cara al cadáver, casi a punto de estampar un beso en sus labios resecos.

Todo lo que sucedió a continuación se desarrolló muy rápidamente. Lo único que sé es que el cadáver estaba recostado en su ataúd, sin apenas respirar, y, de pronto, se incorporó y emitió un chillido ensordecedor. Eché a correr de inmediato. De Lafontaine se apartó del ataúd, agarrando la muñeca de Carmilla para llevársela, pero Carmilla no se movió con la rapidez necesaria. Se quedó justo en la línea de fuego y cuando la criatura extendió una mano que parecía una garra, atrapó sin remedio el cuello inmaculado de Carmilla.

El sonido que salió de mí fue escandaloso.

—No —dijo De Lafontaine, con un tono de voz que subió en agudeza e intensidad, lindando la ira—. ¡No, no!

Carmilla emitió un horrible sonido incoherente y levantó una mano temblorosa para presionarse el cuello e impedir que brotara la

sangre. La criatura salió de su ataúd, arrastrando tras ella sus ropajes andrajosos, y se agachó sobre el charco de sangre que se había formado en el suelo, como los perros que devoraron a Jezabel. Empezó a lamer la sangre con una lengua hinchada y grisácea.

Las rodillas de Carmilla cedieron bajo su peso y De Lafontaine la cogió en brazos. A aquellas alturas, ya había conseguido sacudirme de encima parte de mi asombro y mi terror y me arrastré gateando en dirección a mi rival caída.

—Ayúdame, Laura —me suplicó De Lafontaine.

Rápidamente, se deshizo del pañuelo que llevaba al cuello e intentó utilizarlo para detener la hemorragia de Carmilla, pero el tejido se empapó casi al instante.

Era un corte profundo y cruel. Carmilla estaba perdiendo una cantidad de sangre mareante, y a toda velocidad.

La criatura se acercó a cuatro patas, siguiendo el rastro de olor de la sangre. Se cernió sobre el cuerpo con convulsiones de Carmilla y, de pronto, mi rabia se volvió más fuerte que mi miedo.

—¡Vete! —vociferé, sacudiendo los brazos como si intentara ahuyentar un oso—. ¡Apártate de ella, mala bestia!

La criatura que De Lafontaine llamaba Isis retrocedió unos pasos, dio media vuelta y desapareció por el pasillo, dejándonos a De Lafontaine y a mí a solas con una moribunda Carmilla.

—Dios mío —dije, respirando con dificultad.

Nunca en la vida había visto tanta sangre junta. Me arrodillé junto a Carmilla y la sangre empapó el tejido de mi vestido, tiñendo de rojo la tela blanca.

En un instante, todas las palabras crueles y las miradas cortantes que había intercambiado con Carmilla pasaron como una película ante mis ojos. Todo me parecía ahora una tontería intrascendente. Porque verla allí, tumbada en el suelo, luchando por respirar como el pez que ha mordido un anzuelo, resultaba desgarrador. Me sentía como si me estuviese desangrando con ella, como si algo en mi interior fuera a expirar para siempre si tenía que verla morir.

De Lafontaine sujetó con ambas manos la cara sin color de Carmilla y le acarició la mejilla con un pulgar manchado de sangre.

—No, no, no —gimió—. Carmilla, querida mía, no me hagas esto. No pienso aceptarlo. Laura, ábrele la boca.

¿Qué podía hacer yo que no fuera lo que De Lafontaine me pedía? Con delicadeza, entreabrí los labios de Carmilla.

—Ahora, mantén el pañuelo presionándole el cuello, todo lo fuerte que puedas.

Presioné el improvisado vendaje contra el cuello de Carmilla y mis dedos se mancharon de sangre casi al momento. Con el ambiente húmedo de las catacumbas, la sangre se enfriaba enseguida, pasando al instante de estar caliente y llena de vida a transformarse en una sustancia pegajosa.

De Lafontaine se desabrochó el puño de la camisa, se subió la manga y se mordió en la muñeca. Dos burbujas de sangre emergieron a la superficie en cuanto retiró los dientes. Levantó el brazo y lo acercó a la boca de Carmilla para que la sangre goteara en su interior. Me recordó una escena de mi niñez, cuando estuve alimentando a cucharaditas un gatito muy enfermo con la esperanza de que sobreviviera. El gatito murió, pero ahora recé para que Carmilla, de un modo u otro, sobreviviera a todo esto.

No entendí muy bien qué estaba pasando, pero había leído más de una novela gótica. Si la leyenda era cierta, lo único que podía transformar a un ser humano vivo en un muerto viviente era la sangre de un vampiro.

—Vamos —dijo De Lafontaine entre dientes.

Presioné con más fuerza el pañuelo, confiando ciegamente en que la herida dejara de sangrar.

De Lafontaine zarandeó a Carmilla cogiéndola por los hombros.

—¡Vive, maldita sea! ¡Vuelve a mí!

Durante cuatro largos segundos, no pasó nada.

—Vuelve a mí, Carmilla —murmuró De Lafontaine. Presionó la frente contra la de Carmilla, suspirando—. Vuelve, querida mía.

Una tos ascendió por la garganta de Carmilla y sus ojos se agitaron detrás de unos párpados recorridos por venas azules.

—Carmilla —musité; la esperanza hinchó mi pecho hasta casi reventarlo.

Carmilla abrió los ojos, de un color ámbar tan oscuro que parecía negro en la penumbra de la cripta. Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca, apretándome hasta tal extremo que me dolió. ¿Siempre había tenido tanta fuerza?

—¿Qué ha pasado? —preguntó, gimoteando.

—Te has muerto —respondí con un hilo de voz. Y algo en aquel entorno de piedra de la catacumba, en un ambiente tan similar al de una capilla, me obligó a confesar—. Lo he visto.

De Lafontaine levantó la barbilla de Carmilla con dos dedos y la miró.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

Carmilla tragó saliva y se pasó la lengua por los labios resecaos.

—Me siento hambrienta —respondió con voz ronca.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Carmilla

La sed me atropelló como un tren de carga. Me sentía saciada, pero, al instante, volvía a estar embargada por una sensación de vacío feroz que se abría en mi interior como un sumidero. Jamás en la vida había experimentado una necesidad como aquella; iba mucho más allá del deseo lujurioso, de la envidia, incluso del hambre, aunque era todas esas emociones a la vez, entrelazadas como un nudo gordiano.

Deseo puro, destilado hasta convertirse en un mareante elixir.

Y así sería, comprendí, con una sensación apabullante de miedo, durante el resto de mi vida.

Eso sin tener en cuenta la fiebre, el dolor. El sudor me brotaba de la línea de crecimiento del pelo y se me acumulaba en la nuca y entre los pechos, y el corazón me latía a tal velocidad que pensé que acabaría dándome un infarto. Mi piel estaba tremendamente sensible al tacto y gritaba cada vez que se sometía al delicado contacto de las manos de De Lafontaine o de Laura; tenía los huesos de todo el cuerpo magullados. Las encías me ardían como si me las hubiera frotado con acetona. Sentía una presión terrible detrás de los colmillos, un dolor que acababa siendo agónico.

—Dios —maldije, incorporándome un poco.

Tosí unas cuantas veces y luego vomité bilis en el suelo de tierra.

Vacía. Estaba absolutamente vacía.

Laura encontró un pañuelo en algún lugar de su vestido manchado y me limpió la bilis, un gesto que encontré casi demencialmente educado. Estaba presa del pánico, lo sabía. Lo veía en sus mejillas encendidas, en cómo le latía el pulso en la yugular. Podía incluso saborearlo en el ambiente, su miedo y su vergüenza.

Dios. Y podía *olerla*. Un olor a sudor nervioso, a polvos de maquillaje, la fragancia de la piel por debajo, todo ello perfumado con un embriagador aroma a hierro que emanaba de su persona.

Sangre. Podía oler su sangre.

De Lafontaine estaba dándome un masaje circular entre los omoplatos. Olía a jazmín y a almizcle y, por debajo de eso, olía igual que huele la nieve recién caída, o el metal limpio o el agua transparente. Lo que era lo mismo que decir que no olía absolutamente a nada.

Me pregunté si todos los vampiros olerían así o si en De Lafontaine había alguna deficiencia de carácter que la hacía no apetecible para mí.

—¿Qué me está pasando? —pregunté, gimiendo.

—Estás cambiando —respondió De Lafontaine, con una enorme delicadeza en la voz. Era como me habría gustado que me hablara siempre, con aquella encantadora amabilidad. En su voz no había ni rastro de censura ni reprobación—. Necesitas alimentarte. Necesitas tu fuerza. ¿Lo notas? —Me presionó la mano sobre el vientre, que se revolvió al contacto—. ¿El hambre?

—Tengo un hambre que me muero —dije y, por una vez, no exageraba en busca del dramatismo. Me preocupaba de verdad dejar de existir si no llenaba aquel enorme vacío que sentía dentro de mí.

—Bebe —dijo De Lafontaine, ofreciéndome su muñeca.

Abrí la boca, dispuesta a morder, maldiciendo el dolor que me provocaban mis dientes, pero me aparté en el último momento. Me resultaba imposible superar su olor repelente y temía que se enfadase si la mordía.

—Tienes razón —murmuró De Lafontaine, bajándose de nuevo la manga—. No puedo ofrecerte sustento. Mi sangre se ha aguada con la edad y con nuestra condición acaba volviéndose débil. Necesitas sangre auténtica, de un ser humano de carne y hueso.

Su mirada recayó sobre Laura, que seguía fregando el suelo con manos temblorosas. Laura levantó la vista y sus ojos me parecieron más azules que nunca. ¿Habían tenido siempre aquel sorprendente azul aciano o era simplemente que ahora me daba cuenta de ello? Un deseo inenarrable se me enroscó en el estómago como una serpiente y deseé con desesperación que me empujara sobre el ataúd y terminara lo que había empezado en la pared de la residencia.

—¿Mía? —preguntó Laura, sin aliento.

—Jamás podría ser de otra persona —dijo De Lafontaine.

Naturalmente, me rebelé contra aquel fatalismo.

—Ahí fuera hay un campus entero lleno de chicas. No necesito que Sheridan...

—Si no te alimentas, no conseguirás salir de este túnel, Carmilla —dijo mi profesora—. Estás demasiado débil para cazar por ti sola y no confío en poder camelar a alguna alumna para que llegue a tiempo hasta aquí. Es obligatorio alimentarse lo antes posible o tu cuerpo empezará a claudicar. No hay otra opción.

—Laura —dije, preparándome para exponer todas las razones por las que aquello no funcionaría, por las que no podía ser ella. Pero mi cuerpo me traicionó y su nombre salió de mis labios como una súplica.

Me miró, comprensiblemente turbada.

—Podría matarme.

—No se lo permitiré —juró De Lafontaine—. Estoy aquí para facilitar las cosas. Solo beberá la cantidad necesaria para sobrevivir hasta que vuelva a ponerse el sol y entonces le enseñaré a alimentarse debidamente.

—Laura —volví a decir, más fuerte esta vez—. Siento terriblemente todo lo que está pasando. Pero necesito que estés de

acuerdo. Si no lo estás, saldré de este túnel, gateando si es necesario, y encontraré otra chica. No quiero hacer nada que tú no quieras.

Me resultó extraño mostrarme de repente tan protectora del derecho a negarse de una chica a la que me moría de ganas de hincarle el diente, una chica a la que seguramente le encantaría verme arrastrándome, suplicándole y sufriendo. Pero en aquel momento decidí que, si iba a convertirme en un monstruo, sería en un monstruo elegante, como mi amada De Lafontaine. No tenía sentido rebajarme a un frenesí animal sin el pleno acuerdo de mi donante de sangre; no tendría arte, no tendría belleza. Y moriría antes de sacrificar el arte y la belleza. La vida no merecía ser vivida si no era bajo esos principios.

—¿Me harás solo un mordisco pequeño? —dijo Laura, abandonando su pañuelo y acercándose a mí.

—Solo lo suficiente para sobrevivir —le juré, aunque no sabía qué cantidad significaba eso o cómo demonios iba a parar en cuanto empezara, porque la boca ya se me estaba haciendo agua.

—Adelante —dijo De Lafontaine, retirando el cabello de Laura como había hecho conmigo tantísimas veces.

Laura se acercó un poco más y se arrodilló a mi lado. Sus rizos parecían latón bruñido bajo la luz parpadeante de la cerilla que sujetaba De Lafontaine y sus mejillas se iluminaron con el resplandor. Parecía, me di cuenta, un icono sagrado repujado en oro.

Deseé caer a sus pies y adorarla. Deseé profanarla de todas las formas obscenas que era capaz de imaginarme. La deseaba entera, en todos los sentidos, todo a la vez.

—Dios, Sheridan —dije, con voz entrecortada.

—No, no intentes hablar —replicó Laura, acercándose un dedo a los labios.

Deseaba hacerle daño. Deseaba saborearla. Deseaba que se retorciera y provocarla para que me castigase a cambio.

—Permítemelo —le supliqué, recostándome sobre los codos. Abandoné todo mi orgullo, me daba igual estar montando una

escena en el suelo—. ¿Me lo permites, por favor?

Como respuesta, Laura se recogió el pelo en un moño suelto y se inclinó para acercarse a mí, tan cerca se colocó que su aliento me rozó la clavícula.

—Toma lo que necesites —dijo, con tanta generosidad que mis ojos se inundaron de lágrimas traicioneras.

No quería llorar por Laura Sheridan, pero no rechazaría el regalo que me estaba ofreciendo. Bebería hasta quedarme satisfecha, sin remordimiento ni perdón.

—Ven aquí —dije, con la voz enronquecida por el deseo.

Enredé los dedos en su cabello y la atraje hacia mí, coloqué la boca sobre el dulce pulso de su garganta y el sabor de su piel me provocó un hormigueo en el paladar.

—Dios mío —gemí.

Y mordí.

Algo debía de haberme pasado en el breve tiempo transcurrido entre el ataque de Isis y mi vuelta a la vida, porque mis dientes perforaron la piel delicada de Laura sin tener que desgarrar nada. Su sangre, caliente y placentera, me inundó la boca como la fuente de la juventud. Me cubrió la lengua con un dulzor empalagoso y me descendió por la garganta. Se me pusieron los ojos en blanco y todos los músculos del cuerpo se me crisparon, para relajarse acto seguido con la sensación.

Esto. *Esto* era vivir. Convencer a otra persona para que muera, conducirla hasta el borde y luego negarte a empujarla al abismo.

Hundí los dedos en la carne dúctil de la cintura de Laura, en sus muslos, atrayéndola hacia mí. Podría perderme durante toda la eternidad saboreándola, sintiéndola descender por mi garganta. Pero entonces, De Lafontaine me agarró por el hombro con su mano de hierro y me apartó.

—Eso es todo lo que puedes tomar —dijo con firmeza—. Suéltala, Carmilla.

Al final, De Lafontaine tuvo que arrancarme de una lloriqueante Laura, que se llevó una mano temblorosa al cuello en cuanto separé

los dientes. Cuando su sangre fluyó por mi organismo, la cabeza me empezó a dar vueltas en un delirio delicioso.

Aspiré una bocanada de aire. El corazón me retumbó en el pecho, bombeando vitalidad con renovado vigor.

—¿Estás bien? —le preguntó De Lafontaine a Laura, tocándole la herida.

La había dejado hecha un desastre y su piel de melocotón estaba toda manchada de sangre. Mi cuello, que ardía de dolor hacía tan solo unos minutos, estaba ahora perfectamente indemne.

—Creo... creo que sí —tartamudeó Laura, mirándome con una expresión extraña, como si estuviese viendo un cura levantando el paño que cubre la copa del vino, como si yo rebosara los secretos más oscuros de la creación.

—Bien. Pues entonces, deberíamos irnos.

De Lafontaine me cogió por las axilas y me ayudó a incorporarme. El mundo se ladeó sobre su eje, amenazando con desvanecerse a mi alrededor. El dolor de mi transformación había quedado amortiguado con la embriaguez que me había provocado la sangre de Laura, pero estaba aún muy sensible al tacto. Me balanceé un poco y tuve que apoyarme en De Lafontaine para no caer. Era reconfortante tener una excusa para agarrarme a ella.

—Ayúdame, Laura —dijo nuestra profesora.

Y Laura se pasó por los hombros uno de mis brazos. Empezó a caminar a mi lado, ayudándome con su cuerpo caliente y sólido.

Entre las dos, me ayudaron a recorrer los túneles hasta emerger al patio. Cada paso que daba era como pisar cristales y tuve que morderme el labio todo el rato para no gritar. Quería ser valiente por De Lafontaine y no quería que Laura me viese llorar. Resultaba extraño, pensé, que de repente me importara tanto lo que mi rival pensase de mí, pero Laura me había visto en un estado tan vulnerable, tan al desnudo por mi deseo, que imaginé que quería conservar la poca dignidad que aún me quedara.

El apartamento de De Lafontaine no quedaba lejos, y conseguimos realizar la caminata por el césped y los caminos de

gravilla sin incidencias. Cuando llegamos a la puerta, me sentía tan mareada que ni siquiera podía fijar la vista.

—Eso es todo, Laura —dijo De Lafontaine, abriendo la puerta y manteniendo una mano firme en mi brazo—. A partir de aquí, puedo apañármelas sola.

Laura se quedó en el umbral, mirando a De Lafontaine con expresión atónita. Sabía qué debía de estar pensando. Después de todo lo que hemos compartido, después de todo lo que había visto, después de todo en lo que había participado, ¿no debería De Lafontaine invitarla a pasar?

—Señorita D. —empecé a decir, intentando abogar por Laura.

Tal vez fuera porque al haberme alimentado de ella se había establecido entre nosotras una conexión animal, pero quería tener a Laura cerca, al menos un rato más. Mi lápiz de labios corrido se mezclaba con la sangre seca de su cuello. Noté que crecía dentro de mí una urgencia irreprimible de lamérmela, pero conseguí contenerme.

—Silencio, Carmilla —dijo De Lafontaine, empujándome hacia la escalera—. Tu transformación se está forjando y necesitas alguien con experiencia que cuide de ti.

—Pero Laura...

—Laura puede volver sola a su residencia y, cuando llegue allí, irá directa a la cama y no le contará ni a un alma lo que ha pasado. ¿No es así, Laura?

—Esa criatura, Isis, sigue seguro por aquí —replicó Laura—. ¿No deberíamos llamar a alguien? ¿No deberíamos hacer algo? ¿No deberíamos...?

—Esto ha sido *todo*, Laura.

La ira se apoderó del rostro de Laura, como una montaña de nubes cuando bloquea el sol, y por un instante se transformó en la encarnación de Atenea. Esa era la criatura feroz que me había encontrado entre las sombras al salir de la fiesta, la diosa que habitaba en el interior de aquella chica. Esa era la mujer capaz de atormentar sin remilgos a su amante por el mero hecho de obtener

placer, la mujer que no exigiría otra cosa que la sumisión más absoluta.

Pero el momento pasó y Laura tragó saliva y retrocedió un par de pasos.

—Sí, señorita De Lafontaine —murmuró.

—Bien. Nos vemos en nuestra reunión privada del viernes. Hasta entonces, no nos busques. Carmilla necesitará intimidad y descansar.

Y cerró la puerta con suavidad. La cara de Laura desapareció y el espacio se sumió en la oscuridad.

—Subamos a casa —dijo De Lafontaine y su voz sonó grave y cálida en mis oídos.

Una vez arriba, De Lafontaine me invitó a pasar a un lugar que hasta entonces me había estado vetado: su dormitorio. Las sábanas arrugadas eran suaves al tacto, resultado del uso y los lavados, y olían débilmente a jabón de lavanda. Me hizo sentar a los pies de la cama y se arrodilló delante de mí para desatarme las botas.

—No, déjelo —dije con un hilo de voz—. Puedo...

—Calla —dijo.

Me descalzó de una bota, luego de la otra. Ver a mi ídolo arrodillada delante de mí, sirviéndome de un modo tan mundano, resultaba casi profano. De Lafontaine no estaba hecha para servir a nadie, yo lo creía firmemente. Estaba hecha para viajar por el mundo, para crear arte e inspirar mentes juveniles, no para desnudar a una chica escuálida con aspiraciones demasiado grandes para ella.

Naturalmente, no es que nunca me hubiera imaginado ser desnudada por De Lafontaine. Pero en sus manos no había pasión, no había la curiosidad de una amante. Era un contacto profesional, clínico, incluso, como si fuese un médico evaluando mi estado.

—Quítate las medias —me dijo.

Obedecí y deslicé las medias por debajo del vestido para dejarlas en el suelo. De Lafontaine desapareció un momento, dejándome desprovista de cualquier guía y con la ansiedad

aporreándome las costillas. Reapareció entonces con un vaso de agua.

—Bebe —dijo—. Al final no tolerarás nada que no sea la sangre fresca, pero me han dicho que el agua ayuda, al principio.

Engullí el agua obedientemente, un líquido que me pareció inofensivo, y me pregunté quién habría enseñado a De Lafontaine a cuidar de alguien durante su proceso de transformación. ¿Habría sido su señora? ¿Habría sido en su día aquella criatura marchita enterrada bajo la universidad una mujer lo bastante bella y culta como para atraer la atención de De Lafontaine?

—Tumbate —murmuró entonces De Lafontaine.

Me resultaba muy fácil hacer todo lo que me decía, rendirme a sus amables órdenes. Tiró del vestido para pasármelo por la cabeza y dejó al descubierto la camisola de encaje transparente que llevaba debajo. Con los brazos al aire y con las piernas al aire, me tumbé bajo la manta, sintiéndome ya adormilada.

De Lafontaine se quitó los mocasines y el reloj de oro y se tumbó también en la cama, a mi lado, envolviéndome con su cuerpo igual que la hiedra envolvía el edificio de apartamentos. Me acurruqué entre sus brazos, dejando que me abrazara igual que una tumba debía de abrazar un cadáver. Siempre había leído que los vampiros dormían dentro de un ataúd, que imitaban a los muertos, pero la realidad era mucho menos dramática.

De Lafontaine suspiró y, por vez primera, me pasó por la cabeza que toda aquella experiencia debía de ser tan emocional para ella como estaba siéndolo para mí.

—¿Señorita D? —dije en voz baja, sin atreverme a volver la cara para mirarla, pensando que hacerlo sería demasiado íntimo, demasiado similar al abrazo carnal entre iguales.

—Te lo he robado todo —dijo, después de una prolongada pausa—. Simplemente porque no soportaba estar sola.

—Eso no es verdad. Me ha hecho un regalo. Me ha dado el mundo entero.

De Lafontaine soltó una carcajada amarga y me estrechó con más fuerza. Me sentía como un ratoncillo atrapado con delicadeza entre las mandíbulas de una serpiente. Tenía la sensación de que algo podía romperse en cualquier momento y que, de hacerlo, habría daños colaterales.

—Con el tiempo lo entenderás. Entenderás cómo sufrimos. Cómo la vida inmortal nos arranca todo lo que teníamos de bello y de bueno, cómo nos secuestra en una existencia solitaria de miles de noches de insomnio.

Incluso exhausta y tambaleándose al borde de un abismo emocional incomprensible para mí, De Lafontaine seguía siendo una poetisa. Le respondí con palabras hermosas, relajándome un poco ante la familiaridad del intercambio.

—Me enfrentaré con valentía a la muerte, y la recibiré con los brazos abiertos, como si fuera un amante. De todos modos, nunca me agradó mucho el sol.

Otra carcajada, más genuina esta vez.

—Nunca me cansaré del optimismo de la juventud. Quizás fue por eso por lo que elegí mi profesión. Para permanecer cerca de los jóvenes y de todo lo que prometen. Jamás te abandonaré, Carmilla —me juró De Lafontaine—. Ni en un centenar de años.

Sentí que los lazos que nos unían se tensaban, como un hilo de un bordado que enlazara sus costillas con las mías. Durante mucho tiempo lo único que había querido era ser poseída por ella, involucrarme por completo en su mundo hasta no tener recuerdo de la fea vulgaridad de la infancia. Pero ahora, empezó a abrirse en mi interior un pequeño pozo de miedo. De pronto, me estaba costando respirar, como si la habitación se hubiera quedado sin aire. Deseaba con desesperación abrir la ventana y dejar que entrara la brisa de la noche, pero De Lafontaine me estrechó contra ella y me robó el poco aire que me quedaba en los pulmones.

—Di que te quedarás —me susurró—. Di que me permitirás que te lo enseñe todo.

—Por supuesto, señorita D. —murmuré.

—Dilo, Carmilla.

—Me quedaré con usted —dije, cambiando de posición para poder verle la cara. Cuando volví a hablar, lo hice en tono suave y suplicante—. ¿Va a besarme ahora?

De Lafontaine se limitó a sonreír.

—No, no voy a besarte. Todos tus apetitos están agudizados por el cambio. No piensas correctamente.

—¿Se me pasará? —pregunté, fastidiada por la sensación de sed que me secaba la lengua, por el deseo de mi estómago vacío, por el latido persistente que sentía entre las piernas.

De Lafontaine me soltó, se levantó para acercarse a la ventana y cerró del todo las cortinas.

—¿Quieres que te cuente la verdad o prefieres una mentira piadosa? —preguntó, y su voz sonó cálida en la oscuridad.

—La verdad. Siempre.

—Pues entonces la respuesta es no. No se te pasará. Pero aprenderás a vivir con ello.

Volvió a tumbarse en la cama a mi lado.

—¿Y Laura? —pregunté sin pensar.

Noté que De Lafontaine se ponía rígida.

Mal. Había dicho algo que no tocaba.

—¿Qué pasa con Laura?

—Que lo ha visto todo.

—Exactamente. Ha visto todo lo que yo quería que viese, y si es lista, se dará cuenta de que tú y yo estamos a leguas de distancia por encima de ella, y que tú tienes más recursos conmigo que con ella.

—Pero estuvo allí. Me... me alimentó.

—No puedes establecer vínculos de unión con todas las personas de las que te alimentes, Carmilla. No es sostenible.

—No tengo ningún vínculo de unión con ella —me apresuré a decir, aunque una parte de mí sabía lo preocupada que estaba por la rubia sureña. El corazón se me aceleró al recordar las manos de Laura sobre mi cuerpo.

—Aprenderás a cazar y te olvidarás de ella —dijo De Lafontaine. Me pregunté si estaba intentando convencerme a mí o convencerse a sí misma—. Es un enamoramiento pasajero y lo que sientas por ella se desvanecerá con el tiempo. Es una mortal, querida, incapaz de mantener tu interés vivo por mucho tiempo. Y ahora, a callar. Pronto saldrá el sol y necesitas descansar.

Tenía muchas cosas más que decirle, muchas cosas más que preguntar, pero me estaba adormilando con rapidez, acunada por el ritmo de la respiración de De Lafontaine. Era como si todos los sucesos de aquella noche hubieran podido conmigo por fin y mi cuerpo acabara de darse cuenta de lo mucho que había sufrido.

En pocos instantes, me quedé inconsciente.

CAPÍTULO DIECISIETE

Laura



Después de aquello, no vi a Carmilla durante tres días. De no haber sido por la herida de las dos pequeñas punzadas que tenía en el cuello, pensaría que lo había soñado todo, las catacumbas, la sangre y el mordisco de Carmilla. El monstruo que se había escabullido de las entrañas de la universidad.

Esperé todo el tiempo que fui capaz de soportarlo, deambulando de un lado a otro de la minúscula jaula de mi habitación como un tigre encerrado, hasta que, finalmente, la tercera noche ya no pude más. Me enfundé un jersey de color blanco y recorrí el gélido trayecto que me separaba del apartamento de De Lafontaine donde, estaba segura, Carmilla seguía escondida. Si De Lafontaine la hubiese soltado, habría venido a verme, ¿verdad? Habíamos vivido algo importante juntas, algo que nos unía, aunque estaba segura de que solo se me había permitido ser testigo de todo aquello porque, de un modo u otro, a De Lafontaine le convenía. Intentaría ser atrevida, ser valiente y llamar a la puerta de casa de mi profesora para preguntar por mí... ¿mi qué? ¿Mi rival? ¿Mi amiga? Ningún término me parecía lo bastante amplio como para abarcar todo lo que Carmilla significaba para mí.

Cuando llegué al edificio, me entró miedo de repente y no me vi capaz de acceder por la puerta principal. De modo que cogí un pequeño guijarro del suelo y lo lancé contra la ventana del

apartamento de De Lafontaine. Tres piedrecitas y un minuto después, Carmilla apareció en la ventana.

Me quedé sin respiración cuando vi que abría y asomaba la cabeza. La luz de las estrellas caía en forma de riachuelos de plata sobre su pelo oscuro, alborotado de forma muy graciosa por no haberse ni peinado, y sus ojos ambarinos brillaron como antorchas de alegría pura y desenfrenada.

De alegría por verme.

Se sentía feliz de verme.

—Sheridan —dijo en un susurro—. ¿Qué haces aquí?

—Rescatarte de tu convalecencia —respondí, hablando también en voz baja y ahuecándome las manos alrededor de la boca para que el sonido pudiera llegar hasta ella. La piel me picaba por los nervios y por la sensación de que iba a pasar algo que me resultaba imposible identificar. Una fechoría, quizás. Una aventura—. ¿Está De Lafontaine en casa?

—No, ha salido.

—Entonces, baja —dije, tendiéndole una mano.

—Se enfadará —repuso Carmilla, pero vi que ya empezaba a ponerse un abrigo y que en su cara se dibujaba una sonrisa incontenible.

En pocos segundos, bajó la escalera, cruzó la puerta y se plantó a escasos centímetros de mí. Olía a sueño y al perfume de De Lafontaine.

Los celos estallaron en mi interior como un veneno, pero se aplacaron cuando Carmilla me estrechó la mano.

—De Lafontaine te dijo que no le contaras absolutamente a nadie lo que me ha pasado —dijo, con tono de admiración—. ¿Has guardado mi secreto?

—Por supuesto. —Mis palabras salieron precipitadas—. Siempre guardo tus secretos. —Me di cuenta enseguida de lo desesperadas que habían sonado mis palabras y quise comérmelas de inmediato, de modo que decidí cambiar de tema—. ¿Te sientes mal? ¿Tienes hambre?

—Podría comer —respondió, tratando de fingir indiferencia, pero vi la desesperación en sus ojos. Mi yugular palpitó debajo del punto donde Carmilla me había mordido y me pregunté si volvería a morderme. Si tendría que ofrecermelo yo o si ella me lo pediría. Me ruborice con la idea—. Llevo días enjaulada y estoy tan harta que podría explotar. Lo único que me apetece es estar al aire libre.

—Pues adelante, tú guías —dije.

Carmilla me sonrió al pasar por mi lado y se adentró en la noche.

Sus colmillos, vi, estaban algo más puntiagudos.



Caminamos la una junto a la otra como una pareja de soldados. Llegamos a los límites del campus y luego continuamos en fila india por un sendero que se adentraba en el bosque. Después de unos veinte minutos de caminata a tientas en la oscuridad (aunque imaginé que Carmilla dominaba ahora el tema más que yo), llegamos a un claro, iluminado tan solo por la luna y las estrellas. Y allí en medio había un lago o, mejor dicho, un estanque, rodeado de espadañas. Había escasos signos de civilización, excepto un embarcadero destartado que no mostraba indicios de soportar el peso de una de nosotras y mucho menos de las dos.

Y en el momento en que Carmilla se quitó la chaqueta, supe lo que tenía pensado.

—Oh, no —dije, levantando las manos—. Está demasiado fría.

—Es tonificante —dijo Carmilla, corrigiéndome—. El agua fría va bien para despejar las ideas y acelera la sangre. Es medicinal.

Me abracé el cuerpo, incómoda de repente conmigo misma, con mi reticencia. Me habría gustado ser de ese tipo de chicas que se quita el vestido sin pensárselo dos veces, que lanza las medias por encima de los hombros y se introduce en el agua como una Afrodita moderna. Pero yo no era Venus, sino una niñata blancuzca, tan

tímida que era incluso incapaz de cambiarse delante de otras chicas. De repente, hasta me dio vergüenza existir.

—No pienso meterme en el agua —dije, clavando los pies en la hierba, tanto figurativamente como en el sentido más literal—. Me quedaré... montando guardia.

—Pues muy mal —replicó Carmilla, liberándose el pelo de su cinta azul claro para dejar caer una cascada de azabache—. Solía venir aquí con De Lafontaine.

Y ahí me picó. Algo dentro de mí se encendió con la mención del nombre de nuestra profesora y el fuego resultante fue suficiente para mantenerme en calor mientras me deshacía del jersey y me agachaba para quitarme mis merceditas. Estaba tan oscuro que era poco probable que me viera alguien, razoné, aunque noté que me temblaban un poco los dedos cuando me desaté los cordones. La noche escondería mis muchas imperfecciones.

Me esforcé para no mirar a Carmilla, que dejó caer su vestido hasta los tobillos y se quitó las medias tirando de ellas. En el vientre tenía dos manchitas oscuras, dos marcas de nacimiento justo por encima del ombligo. Llevaba un lujoso conjunto de ropa interior de seda de color crema, lo cual me pareció lo más normal en ella. Era de ese tipo de chica que, antes de salir de casa, se asegura siempre de que el sujetador y las bragas sean del mismo color.

Me entraron deseos de morir. Un poco.

Me quité la ropa interior por debajo de la combinación. Aceptaría meterme en el agua, pero de ningún modo despojarme de la combinación.

Carmilla, enfurruñada, se estaba peleando con el sujetador. Resopló de fastidio mientras manipulaba los corchetes. Di un paso tentativo al frente.

—Me parece que se te ha quedado enganchado con el encaje —dije—. ¿Quieres que...?

—Vale.

No me pareció muy entusiasmada, pero sí una respuesta lo bastante afirmativa como para actuar.

Me situé detrás de ella y deslicé los dedos entre la banda de seda y su piel fría. Tuve que manipularlo un poco, pero al final conseguí liberar el corchete sin romper el delicado encaje. De pronto, el sujetador se abrió y su espalda inmaculada quedó delante de mí, desnuda e invitadora.

Le deslicé mínimamente los dedos por la espalda al retirar la mano.

—Mejor —dije en un susurro.

Carmilla sostuvo el sujetador contra su pecho cuando se volvió hacia mí. Me miró arqueando una ceja.

—¿Te sientes aún lo bastante valiente como para zambullirte conmigo, Sheridan? —preguntó—. No me gustaría que echaras a perder tus rizos.

Se me quedó la boca seca de repente. No sabía dónde mirar.

—He cambiado de idea.

—Bien —dijo simplemente.

Dejó caer el sujetador en el suelo. Y con un hábil movimiento, sus bragas siguieron el mismo camino. Durante un instante glorioso y agónico, Carmilla se quedó desnuda delante de mí. Completamente libre, adornada solamente por la luz de las estrellas y la hierba que le cubría los dedos de los pies.

—Echarás a perder esa combinación —dijo, con ojos brillantes y llenos de curiosidad—. Es de seda de verdad, ¿no?

—La compré de segunda mano —murmuré.

—Aun así —dijo en voz baja—. Las cosas bonitas hay que tratarlas con cuidado.

Rápidamente, se agachó y acercó las manos al bajo de mi combinación para subírmela por encima de los muslos.

—Déjame a mí —dijo.

Podría haberlo enunciado como una orden, sobre todo viniendo de su boca autoritaria, pero algo en su mirada, en la suavidad de su voz, transformó la frase en una petición. Como si estuviera ofreciéndome un servicio.

—Adelante —dije, intentando que mi voz sonara como si tuviera el control total de mis actos.

Retiró la prenda de seda de mi cuerpo hasta que me quedé tan desnuda como ella. El aire nocturno me enfrió la piel y me erizó el vello de los brazos. Los ojos de Carmilla recorrieron mi cuerpo una sola vez, asimilando mis pezones tensos, la curva de mi cintura, el grosor de mis muslos, y entonces dio media vuelta, tan rápidamente que me resultó imposible ver si se había ruborizado. Dobló con delicadeza mi combinación, la depositó en el suelo y sumergió un pie en el agua.

¿Se quedaría solo en esto? ¿Arremetiendo la una contra la otra en un momento e intercambiando calor furtivo en el siguiente? La cabeza me daba vueltas ante tal confusión de señales, pero seguí igualmente a Carmilla para meterme en el agua.

El lago estaba increíblemente frío, tanto, que se me cortó la respiración. Mis dientes castañetearon cuando el agua me alcanzó las rodillas, luego la cintura. Ya no había marcha atrás. Lo único que podía hacer era rezar para que la temperatura de mi cuerpo se adaptara rápidamente al agua.

Carmilla aspiró con valentía una bocanada de aire y sumergió la cabeza en el lago, permaneciendo bajo el agua unos segundos antes de emerger resplandeciente y con las mejillas encendidas.

—No se aceptan medias tintas —dijo—. Tendrás que zambullirte.

No estaba dispuesta a que fuera mejor que yo y, en consecuencia, me hundí en el agua hasta los hombros, noté el cieno chapoteando entre los dedos de los pies, y me metí al fin por completo.

Mis pulmones lucharon para combatir el gélido peso y el corazón me titubeó en el pecho. Dejé que el agua me acariciara hasta que me empezaron a arder los pulmones. Pensé en que hacía tan solo unas semanas era una persona completamente distinta, una violeta mustia que jamás se acostaba fuera de horas o levantaba la voz en

clase. Pero estaba transformándome en una persona nueva, igual que Carmilla, aunque con mucha menos sangre de por medio.

Una mano me atrapó la muñeca y me devolvió a la superficie del agua. Emergí con un grito y vi que Carmilla me sujetaba con fuerza. Tenía el pelo hacia atrás, apartado de la cara, y el agua lamía su clavícula como el escote de un vestido de alta costura.

—Has estado ahí abajo un minuto como mínimo —dijo—. Pensé que te habías ahogado.

—Lo cual te facilitaría las cosas —dije, soltándome—. Así ya no tendrías a nadie que compitiera contigo por la atención de De Lafontaine.

No quería decirlo, pero ahora que había salido de mí, comprendí lo molesta que me sentía. El rostro de Carmilla se cubrió con una expresión sombría.

—No sabes lo que dices. Simplemente estaba intentando ser amable contigo.

—Tú solo eres amable conmigo cuando te olvidas de que soy una amenaza —dije, nadando en un lento círculo alrededor de Carmilla.

—¿De verdad piensas que eres una amenaza para mí?

—Pienso que sabes que soy tu competencia. ¿Cómo pretendes que confiemos la una en la otra cuando De Lafontaine nos enfrenta a cada momento?

—¿Es eso en lo único que eres capaz de pensar, en De Lafontaine?

—A mí me parece que la que solo piensa en De Lafontaine eres tú.

Carmilla emitió un sonido gutural de desaprobación, pero no dijo nada.

Mis venas se llenaron de envidia y me sumergí más en el agua, como una rana enfurruñada. Jamás tendría ese aplomo de De Lafontaine, esa confianza sexual en sí misma. Aquel beso fugaz el día de la fiesta era lo máximo a lo que había llegado con una chica y

mis manos habían estado temblando todo el rato. ¿Por qué tendría que pensar Carmilla en mí teniendo a su lado a De Lafontaine?

—Venga, no te enfades, Sheridan —dijo, extendiendo las manos hacia mí por debajo del agua.

Me rozó la cadera y el hombro con la punta de los dedos. Y con una velocidad bochornosa, mi cuerpo floreció como el azafrán en primavera con aquel simple contacto.

—Y a ti qué te importa —dije, sin apartarme de su lado, pensando que quizás me estaba volviendo más como ella cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más cruel, más irascible.

Carmilla presionó la mano sobre mi cadera y me atrajo hacia ella. Contuve un grito y el rubor se apoderó de mi piel, desafiando la frialdad del agua.

—¿Es que no entiendes aún que me importa todo lo que haces? —preguntó, deslizando la mirada hacia mis labios, mojados aún por el agua del lago—. Si me exasperas o no da igual. Estás siempre presente en mis pensamientos, Laura, tu imagen se repite en mi cabeza una y otra vez, como un disco rayado.

Levanté la mano y la descansé sobre su hombro mojado. Colocadas así y flotando en el agua, era casi como si estuviéramos bailando.

—Reconozco que tú también ocupas con frecuencia mis pensamientos —dije en voz baja, buscando en su rostro algún indicio de ironía, alguna señal de que aquello era una broma pesada. Pero, aterrorizada, descubrí que allí no había otra cosa que deseo puro y duro.

—Deja que te saboree otra vez —dijo Carmilla. Su aliento caliente rozó mi clavícula al acercarse—. Solo un mordisquito.

De modo que el juego era ese. Carmilla estaba desesperada por beber sangre y yo era la víctima elegida aquella noche. ¿Por qué, si no, me habría llevado a aquel lugar tan aislado y me había embaucado para que me desnudara con ella? No sabía si sentirme adulada o insultada. No conocía lo suficiente sobre vampiros como

para saber si su interés era puramente culinario o hablaba de algún tipo de fijación más profunda.

—Si te digo que no —dije, apartándome un poco, pero sin dejar de mirarla a los ojos—, ¿me arrastrarás debajo del agua y tomarás todo lo que quieras de mí? ¿Me inmovilizarás y me clavarás los dientes en el cuello?

—Si quisiera salirme con la mía, serías tú la que me inmovilizarías y no al contrario —replicó.

Su sed la llevó a ser sincera. Me atrajo con más fuerza aún y sus dedos se hundieron en mi cadera hasta casi hacerme daño. Comprendí que era más fuerte de lo que se imaginaba.

—Con delicadeza, con delicadeza —dije, devolviéndole la presión. Si ese era el tira y afloja que quería, se lo daría. Especialmente ahora que sabía que compartíamos una tendencia al juego complementaria—. No te entusiasmes tanto o me negaré.

—Dime entonces qué tengo que hacer. Lo que sea, Laura. Tú solo dímelo.

—Pronuncia de nuevo mi nombre —dije, en parte porque fue lo primero que me vino a la cabeza y en parte porque oírlo en su boca me embriagaba. Dar órdenes era una novedad para mí, pero siempre había sido de aprendizaje rápido.

—Laura —dijo Carmilla, suspirando, dejando caer la frente hasta pegarla a la mía—. Laura, Laura, Laura.

Habló como si ya estuviera tocándola, como si estuviera conduciéndola hacia las cumbres del placer. Mi piel se tensó ante aquel sonido.

—Dime que todo esto es real —dije, con voz ronca—. Aunque sea mentira, quiero oír cómo lo dices.

—No sé qué es todo esto. Pero es real. O, al menos, se siente como si fuese real. Quiero que sea real.

—En este caso, toma todo lo que necesites.

Cuando se inclinó sobre mí y recorrió con los labios la curva de mi cuello, se me cortó la respiración. Intenté no ponerme tensa, consciente de que con ello solo conseguiría que me doliese más.

Curiosamente, no recordaba si el mordisco que me había dado en las catacumbas me había dolido. Recordaba, eso sí, que había sido una sensación distinta a cualquier cosa que hubiera experimentado hasta entonces, incandescente y abrumadora, pero calificarlo de dolor no era del todo correcto. Tal vez hubiera sido una combinación de adrenalina y terror.

Carmilla se aproximó un poco más, hasta quedarse tan cerca que, cuando su brazo me rodeó por los hombros, sus pechos se presionaron contra los míos. Me pasó la lengua por el cuello, solo una vez, pero fue suficiente para encender todas mis terminaciones nerviosas.

—Carmilla —suspiré.

Y mordió.

Esta vez hubo dolor, una punzada intensa que rápidamente se confundió con una sensación caliente y embriagadora que se extendió por todo mi cuerpo. El dolor apagado que sentía en el punto donde me estaba lamiendo y chupando resultaba más que tolerable. Me aferré a Carmilla con fuerza por debajo del agua y, entonces, deslizó la rodilla entre mis muslos, imitando lo que yo le había hecho a ella la noche de la fiesta.

Inspiré hondo, estremeciéndome, y cerré los ojos.

De pronto, el silencio cristalino de la noche oscura quedó interrumpido por un grito estremecedor. Un grito de chica, agudo y cargado de terror.

Carmilla se retiró rápidamente y vi que tenía la boca manchada de sangre.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Ni idea —respondí, separándome de su cuerpo debajo del agua—. Pero deberíamos irnos.

Carmilla asintió y las dos nadamos hacia la orilla. A pesar de la intimidad que habíamos compartido hacía solo unos instantes, se vistió dándome la espalda. ¿Le habría entrado la timidez de repente?, me pregunté, ¿o acaso sería que ahora que ya tenía la barriga llena de sangre había perdido su interés por mí?

El grito se repitió, espantando a un ruiseñor posado en las ramas que se extendían por encima de mi cabeza. Un miedo terrible se apoderó de mi cuerpo.

Algo iba muy mal.

Me puse la combinación y la ropa a toda velocidad y seguí a Carmilla en silencio por el estrecho sendero que iba desde el lago al campus.

No sabía muy bien dónde íbamos, pero estaba segura de que ambas estábamos poseídas por una curiosidad morbosa que no quedaría satisfecha hasta que localizáramos a la persona que había gritado.

Y entonces encontramos el cuerpo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Carmilla

Era una de las chicas de último curso, una estudiante de intercambio francesa que había intentado entablar amistad conmigo durante mi primera semana en Santa Perpetua con el argumento de que las dos éramos extranjeras. La había ignorado por completo, embelesada como estaba con De Lafontaine, y la chica nunca me lo había perdonado del todo. Yvette, creo que se llamaba, o Yvonne.

Yacía en el suelo del patio en un ángulo poco natural, bañada por el mareante resplandor amarillo de una de las farolas. Su impresionante cabello pelirrojo se extendía alrededor de sua cabeza como un halo, pero cuando me acerqué me di cuenta de que todo aquel rojo era en realidad una corona de sangre que se estaba coagulando rápidamente. Desde un lado, su expresión era de serenidad, una muñeca de porcelana con los ojos abiertos. Pero desde el otro, vi que le habían golpeado el cráneo y desgarrado el cuello.

—Jesús, María y José —dijo Laura, santiguándose.

El viento cambió de dirección de repente y el aroma dulce y acre de la sangre se impulsó hacia mí. Mi cuerpo respondió de inmediato, se me hizo la boca agua y mis nuevos colmillos se desplegaron en las sensibles encías. Mentalmente, me visualicé cerniéndome como un buitre sobre el cadáver de la pobre chica.

Busqué un pañuelo para cubrirme la nariz y la boca e intentar mantener la bestia a raya.

—¿Estás bien? —preguntó Laura.

Asentí enseguida y di un paso al frente más decidida, luego otro. No quería tener miedo. Tenía que recibir a la muerte como una amiga, tal y como le había dicho a De Lafontaine que haría.

Me acerqué al cadáver todo lo que me atreví y me agaché para estudiar la carnicería. Comprobar si tenía pulso no tenía sentido, pero Laura lo hizo de todos modos.

—Muerta —sentenció con un hilo de voz.

Calculé que disponíamos de muy pocos minutos antes de que el campus entero invadiera la escena.

—La herida no es limpia —dije, mirando muy seria a Laura—. Algo le ha rasgado la piel.

—Algo parecido a unos dientes —dijo Laura.

—Isis. ¿Crees que...?

—Tiene que haber sido ella. De Lafontaine jamás haría esto. Y tú has estado conmigo todo este rato.

Habíamos evitado hablar sobre la excursión por los túneles del subsuelo de Santa Perpetua, en parte porque estábamos tan atónitas que no le encontrábamos sentido a nada y, en parte, porque la experiencia había sido traumática para ambas. Morir no era hazaña fácil, por mucho que dijeran los poetas, y Laura había visto cómo la vida se apagaba en mis ojos. Estaba segura de que a las dos nos gustaría olvidar por completo lo sucedido, pero teníamos ante nosotras la horripilante prueba de todo lo que habíamos presenciado juntas.

Antes de que me diera tiempo a decir algo más, vi que se encendía la luz en una de las habitaciones de la residencia, luego en otra, y en otra. El aire de la noche transportó las conversaciones entre las chicas hacia nosotras.

—Deberíamos irnos —dijo Laura, envolviéndose con su chaqueta. Estaba más pálida incluso de lo habitual.

—Tienes razón —dije, incorporándome y sacudiéndome las rodillas.

—Carmilla —dijo de repente alguien a mis espaldas.

Me volví rápidamente y vi que De Lafontaine avanzaba a grandes zancadas por el césped hacia nosotras. Llegó al instante a nuestro lado y me agarró por el cuello del vestido, como una madre gata que coge a su gatito por el pescuezo.

—¡Me hace daño! —exclamé cuando me arrastró lejos del resplandor de la farola y me dejó bajo la sombra protectora de un árbol. Mis pies resbalaron en la hierba húmeda, intentando desesperadamente encontrar un lugar donde agarrarse.

—¡Espere! ¡Puedo explicarlo! —gritó Laura, uniendo las manos.

—Silencio las dos —dijo De Lafontaine, con toda la ferocidad que pudo impregnarle a su voz sin subir el volumen—. Apártate de la luz, Laura.

Laura corrió hacia donde estábamos nosotras, a tanta velocidad que tropezó y se rascó las rodillas antes de cobijarse bajo las ramas del árbol. De Lafontaine me presionó contra el tronco, sujetándome despiadadamente por el cuello del vestido.

—¡Te dije que te quedaras dentro! ¡Te dije que no fueras a ningún lado sin supervisión, que evitaras exactamente este escenario! ¿No podías esperar una noche más a que fuera yo quien te llevara de caza? No, tenías que atiborrarte con la primera chica bonita que se cruzara en tu camino.

—Señorita D. —dije, tomándole ambas manos—. ¡Yo no he hecho esto! ¡No he sido yo!

—*Apestas* a sangre.

—¡Suéltela! —gritó Laura, intentando interponerse entre De Lafontaine y yo. Me quedé sorprendida ante su valentía; yo nunca me habría enfrentado de aquel modo a nuestra profesora—. ¡Carmilla no ha matado a esa chica!

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó De Lafontaine.

—Porque ha bebido de mí. Me lo pidió y se lo he permitido.

—Acabaremos esta conversación en casa —dijo De Lafontaine, mirando con cautela a sus espaldas. Acababa de aparecer en el patio una pequeña tropa de chicas procedentes de la residencia más cercana, tapadas con mantas y armadas con linternas. Las luces empezaban a encenderse también en el edificio de apartamentos del profesorado—. Venid conmigo, rápido.

Si no era típico de mí llevarle la contraria a De Lafontaine en un día bueno, mucho menos se la llevaría en plena crisis.

Enlacé la mano con la de Laura y eché a andar hacia el apartamento de De Lafontaine. De Lafontaine volvió la cabeza una sola vez y, a continuación, cuando su mirada recayó sobre nuestras manos, sus cejas se unieron en una expresión de consternación.

Entramos por la escalera de incendios para que no pudieran vernos los miembros del profesorado, que empezaban a salir del edificio para entender qué había pasado. Por suerte, no nos vio nadie. Una vez en su apartamento, De Lafontaine trajinó unos momentos en la cocina para preparar una tetera. Y luego, nos señaló el sofá.

—Sentaos —nos ordenó.

Laura y yo obedecimos y nos sentamos codo contra codo. No le solté la mano. Laura estaba fría y le detecté un leve temblor en las manos. Su pelo seguía mojado de agua del lago y gotitas cristalinas le caían por la frente.

—Por lo que parece —dijo De Lafontaine, depositando dos tazas de reconfortante té azul delante de nosotras—, habéis estado conspirando a mis espaldas.

—Nadie ha estado conspirando... —empecé a decir.

De Lafontaine levantó la mano.

—Déjame terminar, Carmilla. Te dije expresamente que no salieras de casa a no ser que fueras acompañada por mí. Y en cuanto giro la espalda un momento, te encuentro pindongueando con Laura, completamente empapada y al lado de un cadáver.

Noté como si me estuviera encogiéndome en su presencia, como si me estuviera marchitando como una flor arrancada del tallo, pero

Laura tomó entonces la palabra, valiente y clara.

—Tenía hambre y le he dado de comer. No tenemos nada que ver con el cadáver.

—Señorita D. —dije, sin levantar la voz y con mucho respeto, intentando explicar la verdad—. Esa chica... la han masacrado. Le han rasgado el cuello entero. Y si no he sido yo, y tampoco ha sido usted...

—Lo sé, lo sé —gimió De Lafontaine, presionándose la frente con los dedos como si quisiera detener el avance de una migraña—. Sé lo que he hecho. Lo que he desencadenado. No es necesario que me lo recuerdes.

—Pues yo no lo sé, de hecho —dijo con delicadeza Laura—. Y agradecería mucho que se me permitiese conocer la historia. Con mi debido respeto, profesora De Lafontaine, se me ha dejado aparte de todo esto. Pero usted me arrastró hacia el subsuelo, me enseñó un monstruo y me hizo mirar... —Al ver que se le quebraba la voz, le presioné una mano helada—. Explíqueme todo esto, por favor. ¿Qué está pasando en esta universidad?

De Lafontaine cerró la boca, como si estuviese pensando qué decir, y al final sacó un cigarrillo y lo encendió con su mechero, plateado para complementar el mío, dorado. Dio una temblorosa calada y nos miró a las dos fijamente.

—¿En serio que queréis conocer toda esta maldita verdad?

—Sí —respondí—. Claro que queremos. No se lo contaremos a nadie, señorita D. Se lo juramos.

—Sé que tú no se lo contarás a nadie —murmuró nuestra profesora—. Eres leal hasta la muerte, Carmilla. Pero a ti, Laura, debo admitir que te conozco menos íntimamente. ¿Puedo confiar en ti?

Laura movió la cabeza en sentido afirmativo y los rizos mojados se le balancearon alrededor del rostro.

—No diré ni una palabra. Lo único que quiero es entender.

De Lafontaine se acercó a la ventana, se recostó en el alféizar y miró hacia el exterior. En el patio, la policía había empezado a

precintar la escena y estaba enviando a las chicas llorosas de vuelta a sus habitaciones. De Lafontaine comenzó a hablar sin volverse para mirarnos.

—Una vez me enamoré, de una mujer. Y acabó. Me quedé desconsolada. La busqué por países, me arrastré por todas partes para dar con ella durante siglos, en busca de su absolución. Pero nunca respondió ni mis cartas ni mis llamadas.

—Isis —murmuró Laura.

—Viajó a América, pero la rápida industrialización del país se le hizo difícil de soportar. Anhelaba una época más simple, y por eso decidió dormir el sueño de los muertos y despertarse en lo que esperaba que fuese un tiempo más amable. Inició su sueño hace cuarenta y tres años, cuando su esclavo, el arquitecto que construyó este complejo, le preparó en secreto un lugar de descanso en el subsuelo de la universidad. Le seguí la pista hasta aquí y luego recurrí a cualquier tipo de favor para conseguir una plaza. He dedicado los últimos cinco años a buscarla, he abierto todas las puertas, he recorrido todos los callejones sin salida. El arquitecto construyó los túneles para que fuesen difíciles de encontrar.

—¿Por qué llevarnos a nosotras? —pregunté, embelesada con la historia. Volver a disfrutar de la confianza de De Lafontaine resultaba embriagador—. Para despertarla no nos necesitaba.

—De hecho, sí —dijo De Lafontaine, mirándonos por fin. Casi parecía sentirse culpable—. Necesitaba sangre de un ser vivo para despertarla. Es lo único que sirve para recuperar a un vampiro del sueño de la muerte.

—¿Por qué me eligió a mí? Podría haber elegido a cualquiera que sangrara para usted.

—Confiabas en mí —respondió De Lafontaine, sacudiendo la ceniza del cigarrillo—. Eso fue suficiente.

Su pragmatismo me dolió. Esperaba que me dijera que yo era especial en algún sentido, que mi sangre, por alguna razón, era única. Pero al final resultaba que no había sido más que el recurso que tenía a mano.

Me quedé en silencio, reflexionando un instante sobre la dura verdad, y entonces, Laura tomó la palabra.

—¿Por qué devolverla a la vida? Si no estaba preparada para despertarse y no había respondido a sus cartas, ¿qué es lo que le llevó a pensar que se sentiría feliz de verla?

Las palabras sonaron cortantes, aun no siendo quizás su intención, pero De Lafontaine no se lo tomó mal. Simplemente sonrió con tristeza.

—¿Qué es lo que no haríamos, Sheridan, cuando el amor nos domina?

—Con mi debido respeto, profesora, pero me parece que el amor tiene muy poco que ver con lo que está haciendo Isis. Estuvo a punto de matar a Carmilla y, por lo que sabemos, esta noche ha matado a esa pobre estudiante de intercambio. Quiero que todo esto termine.

—Si sigues en compañía de Carmilla y de mí, acabarás viendo sangre a raudales —replicó De Lafontaine sin alterarse—. Y por lo que a la conducta de Isis se refiere, no voy a disculparla, pero lleva durmiendo desde 1925. Está asustada, está sola y está muerta de hambre. Es posible que tenga propensión a comer.

Laura parpadeó para evitar que le cayeran las lágrimas.

—Pero morirá gente —dijo.

—La muerte es nuestra compañera de cama. Si quieres ser compañera de un vampiro, tienes que aprender a dormir con ella.

—La gente empezará a formular preguntas. Habrá una investigación.

—En eso tienes razón —murmuró De Lafontaine, corrió las cortinas y miró de nuevo por la ventana—. He conseguido seguir adelante muchos años sin ser detectada y me gustaría mantener ese equilibrio. Para mí, el camino más seguro consiste en encontrar a Isis y plantarle cara. Está enfadada y está atacando, pero la he visto en momentos peores. No le tengo miedo.

—Yo sí —dijo Laura.

—Para controlarla, solo necesitaré un poco de ayuda por parte de Carmilla y tú. Porque queréis solucionar el tema, ¿verdad?

Hervía de rabia y fijé la vista en el estampado de la alfombra. Hacía apenas unos días, me había dejado cortar las venas por ella, había ofrecido mi vida en el altar de su amor perdido, y ahora aún quería más. Y no solo de mí, sino también de Laura.

—¿Qué piensa hacer? —pregunté con voz gélida—. ¿Utilizar a Laura a modo de cebo, inmovilizar a Isis y clavarle una estaca en el corazón?

De Lafontaine se acercó a mí y me cogió la cara entre las manos. Sabía que tenía expresión de enojo y me resultaba imposible borrarla de golpe.

—No me odies por el papel que has jugado en todo esto, querida mía. Hice lo que tenía que hacer.

No dije nada, pero parpadeé para no romper a llorar.

De Lafontaine me recogió un mechón de pelo mojado detrás de la oreja.

—Estáis heladas. Necesitáis las dos un baño caliente y os sentiréis mejor, seguro. Después seguiremos hablando. En el armario del cuarto de baño hay toallas limpias y debajo del lavabo encontraréis baños de burbujas y sales. Servíos vosotras mismas.

Dio media vuelta y se encerró en su habitación, poniendo con ello fin a la conversación.

—Esto es una locura —dijo Laura, resoplando.

—Es posible —dije yo, sintiéndome cansada como una vieja—. Pero no tiene sentido iniciar una pelea con esa peste a lago que desprendemos. Vamos a lavarnos.



Diez minutos más tarde, estaba sumergida en un baño caliente con sales de rosas blancas y burbujas. Laura estaba sentada en el borde de la bañera, quitándose con unas pinzas los fragmentos de gravilla que se le habían quedado clavados en las rodillas. Yo estaba

desnuda en el agua, pero ella había elegido envolverse más recatadamente en una toalla, aunque el tejido apenas servía para cubrirle su generoso pecho y sus fuertes muslos. Las rodillas le olían débilmente a sangre, un aroma que flotaba en el ambiente y me hacía la boca agua. Tuve que hacer un esfuerzo para no seguir mirándola y, para ello, fijé la vista en mis pies, arrugados debajo del agua.

—Hay maneras más fáciles de recuperar una amante —murmuró Laura, casi para sí misma— que con resurrecciones y asesinatos.

—A estas alturas, ya he aprendido a no cuestionarla —repuse yo, empapando una toalla pequeña en agua perfumada antes de ponérmela sobre la frente.

—Pero ¿por qué? —espetó Laura, mirándome fijamente. De pronto, pareció avergonzada por aquel estallido de genio y siguió con sus pinzas. Luego, habló suavizando algo el tono—. No está libre de culpa, Carmilla. Me gustaría que te dieras cuenta.

—Laura —dije, con un suspiro, dejando la toallita y sentándome en la bañera.

La enlacé por la cintura, sin importarme mojarle la toalla. No se volvió hacia mí, aunque tampoco se apartó; simplemente me dejó abrazarla.

—¿Otra comedia para hacerte con mi cariño? —preguntó Laura en voz baja.

—¿Cuándo entenderás que nada de todo esto es un juego para mí? —repliqué, con voz ronca por la emoción—. Ven aquí, Laura. Mírame.

Malhumorada, inclinó el cuello para mirarme, pero no era suficiente. Guie su cuerpo para girarlo, hasta que sus pies se sumergieron en el agua y quedó sentada de cara a mí. Me arrodillé delante de ella en el agua jabonosa, con los codos apoyados a sendos lados de sus caderas.

Le cogí las pinzas y, con suma delicadeza, empecé a retirar los fragmentos de gravilla adheridos a sus rodillas. La sensación debía

de ser atroz, a tenor de cómo se retorció y se quejaba. La hice callar.

—Tienes que ir con más cuidado —murmuré, tirando las piedrecitas en el pequeño cubo de basura del baño—. Solo eres humana, Laura. Eres delicada.

Contuvo una carcajada.

—Tú también eras humana y nunca te vi tratarte con guantes de seda.

—Sí, bueno, pero rectifiqué mi humanidad en cuanto pude.

Intenté mantener un tono frívolo, pero noté un ligero temor en mis manos cuando dejé las pinzas y empecé a frotar la piel de Laura con una toalla limpia.

—La sangre —dijo, entendiendo de repente—. Debe de estar volviéndote loca.

—Estoy bien —dije, aunque con la voz cargada de emoción. Escurrí la toalla en una palangana hasta que el agua quedó de color rosa—. Puedo controlarme.

—No quiero que tengas que controlarte. Al menos en mi presencia.

Levanté la vista para mirarla con salvaje desesperación y enlacé los dedos por detrás de sus rodillas. Mis pulgares se clavaron en su carne, en busca del pulso, y Laura emitió un pequeño grito cuando tiré de ella hacia delante, sin que abandonara el borde de la bañera. Desde donde estaba yo colocada, Laura era perfecta. Era exactamente como, embargada por la culpa, me la había imaginado mil veces antes, desde el modo en que subía y bajaba su pecho hasta el rubor de sus mejillas.

Me habría gustado poder capturar en ámbar aquel momento para que durara eternamente.

—Adelante —dijo Laura en voz muy baja.

Presioné la boca abierta sobre las heridas de su rodilla. Laura se tapó la boca con la mano para sofocar el grito, no sé si de dolor o de placer.

Recorrí las heridas con la lengua y el sabor me provocó un escalofrío. Mi cuerpo cobró vida y me bombeó sangre hacia los

dedos y hacia ese punto secreto que albergaba entre las piernas.

Laura echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La lamí hasta que sus rodillas quedaron limpias y resbaladizas por el contacto con mi boca. Me balanceé sobre los talones y me limpié los labios con el dorso de la mano.

—Es imposible que entiendas lo rica que estás —dije con voz ronca—. Sabes a cielo.

—El cielo queda muy lejos de donde estamos ahora —replicó Laura, jadeante aún.

No tuvimos oportunidad de continuar la conversación hasta el que habría sido su consumación natural, porque De Lafontaine llamó comedidamente a la puerta.

—Vestíos, chicas —dijo—. Está saliendo el sol y Carmilla y yo tenemos que dormir. Laura, te echarán de menos si no llegas a clase a tiempo.

—Deje que me enjuague rápidamente —dijo Laura.

Salí de la bañera, me envolví en una toalla y me hice a un lado. Laura soltó su toalla para introducirse en el agua todavía caliente, donde estaba yo hacía un momento. Cerró los ojos y se sumergió. Se quedó mucho rato allí, mientras las burbujas se le acumulaban en las pestañas, mientras el cabello se le extendía alrededor de la cara y, por un momento, la vi como si la muerte estuviese con ella. La muerte, esa acompañante lasciva que nos había separado de un modo tan profundo que creo que ninguna de las dos conseguía aún entender su alcance; la muerte, que flotaba entre nosotras como un perfume amargo.

—No me dejes, por favor —musité mientras Laura estaba debajo del agua. Lo dije tan bajito que apenas si me oí yo—. No me dejes sola con ella.

Otra llamada a la puerta, más estridente esta vez.

—El sol casi ha salido, chicas. No pienso volver a repetirlo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Laura



Carmilla y yo pasamos varios días sin hablar después de aquello, lo que me llevó casi al borde de la locura. Había tenido su vida en mis manos. Había sido su sustento cuando aquella sed espantosa se había apoderado de ella. Había abierto las cerraduras de aquella jaula de oro donde De Lafontaine había insistido en mantenerla y le había devuelto la libertad. Si antes estaba enamorada de ella, la intimidad que se había desarrollado entre nosotras no había hecho más que empeorar la situación. No podía dejar de pensar en ella, en ese mundo oscuro y brillante al que De Lafontaine la había empujado, en cómo yo formaba parte de todo aquello, pero era a la vez una extraña.

Una noche, pocos días después de que se descubriera el cuerpo de la chica, una llamada impaciente en mi puerta me despertó de repente. Empujé las mantas, tiré de mi liviano camisón para cubrirme los muslos y abrí la puerta. Carmilla estaba en el pasillo, resplandeciente, vestida con un mono de color oscuro y boina negra. Me sonrió, todo dientes y picardía.

—Vístete y nos vemos en el patio —Fue todo lo que dijo—. Toda de negro.

Y desapareció después de decir eso, corriendo por el pasillo hacia las escaleras. Confusa, como si estuviese soñando despierta, me puse unos vaqueros oscuros y un jersey negro que llevaba

bordado el anagrama de la parroquia de mi pueblo. Carmilla no había dicho nada en concreto sobre el calzado, de modo que me decanté por mis zapatillas deportivas más asquerosas, por si acaso teníamos que embarcarnos por terrenos peligrosos. Diez minutos más tarde, estaba en el patio, con el pelo enmarañado y ni una gota de maquillaje en la cara.

Carmilla no estaba sola, sino formando un círculo con otras tres chicas de último curso y pasándose un cigarrillo entre ellas. Cuando me aproximé, Carmilla me lo ofreció y di una calada para sosegar los nervios. Mi nariz se llenó con el aroma del tabaco, entremezclado con la suavidad terrosa de la marihuana. Sintiéndome atrevida, aspiré y retuve el humo en los pulmones, permitiendo que el preparado aplacara mi incipiente ansiedad.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté sin levantar la voz, por si acaso algún vigilante de seguridad me oía y nos mandaba a todas a la cama.

Eran casi las dos de la mañana y en Santa Perpetua, el toque de queda *de facto* era a las once de la noche, además de observarse silencio total a partir de las nueve. Pero aquello no había impedido nunca que las chicas volvieran de los bares del pueblo a las tantas y tampoco que Carmilla y yo estuviéramos de juerga en el apartamento de De Lafontaine hasta mucho después del anochecer. Pero desde la muerte de aquella pobre estudiante de intercambio, la seguridad del campus era estricta en cuanto caía la noche, básicamente para impedir que los padres se llevaran a sus hijas de aquella «institución poco segura».

—Cumplir con una tradición —respondió Carmilla.

—¿Estás segura de que no chillará? —preguntó una de las chicas.

Era una rubia con una nariz respingona que le daba aspecto de engreída y que reconocí del seminario de De Lafontaine. Sabía que pertenecía a una adinerada familia de ganaderos, pero no recordaba su nombre. De hecho, reconocí a todas las chicas del pequeño grupo simplemente porque eran parte de las estrellas menores que

orbitaban alrededor del cautivador centro de gravedad de Carmilla. Había memorizado sus caras durante los primeros días de mi obsesión con Carmilla, cuando me dedicaba a examinar todos y cada uno de los rostros que llenaban las aulas y los espacios.

—Se comportará —le aseguró Carmilla a su compañera de curso, dándole una última calada al porro antes de aplastarlo con el pie.

—Si tú lo dices —replicó la rubia.

Cambié el peso de mi cuerpo al otro pie. No tenía ni idea de qué hacía allí, de qué había llevado a Carmilla a convencerse de que debía acompañarla en aquella historia. ¿Sería algún tipo de novatada?

Otra de las chicas, Miranda, hija de un diplomático mexicano, miró el reloj. Íbamos juntas a Astronomía y nunca decía nada en clase, incluso a veces la había sorprendido durmiéndose en el aula, pero ahora, sus ojos brillaban de excitación.

—Deberíamos darnos prisa —dijo Miranda—. ¿Está todo el mundo listo?

Hubo murmullos de aprobación. Carmilla se puso en cabeza para guiarnos hacia la residencia de último curso, un edificio conocido cariñosamente como La Vieja Louise por las chicas que vivían allí. Había estado muchas veces en aquella residencia para visitar a Elenore, pero la sensación de entrar en plena noche comportaba la emoción de estar haciendo algo ilegal.

—Hay que mantener el silencio —dijo Carmilla por encima del hombro—. No podemos despertar a nadie.

Cruzamos de puntillas la puerta principal, la cerramos con mucho cuidado y subimos en fila india las escaleras hasta llegar a la última planta. Carmilla recorrió rápidamente el pasillo, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie despierto que pudiera vernos, y entró en los baños. Sorprendida, vi que todas las chicas la seguían. Dudé solo un momento antes de cruzar la puerta y preguntarme una vez más qué estaríamos haciendo. Algunas de las baldosas en blanco y negro del

suelo estaban resquebrajadas y los lavabos de porcelana estaban manchados como resultado de infinitos tintes de pelo, pero aquel espacio comunitario seguía conservando un aspecto acogedor y parecía lleno de vida. Era, además, bastante más grande y estaba mucho mejor conservado que los baños de la residencia de las chicas de primer año.

—Según la graduada con la que hablé, la entrada debería estar justo aquí —dijo Carmilla, retirando la cortina de la única bañera.

Nos apiñamos alrededor de la bañera, que estaba escondida detrás de una recatada pared de media altura, en una de las esquinas de los baños, y levanté la vista hacia los paneles del techo. Vi que uno de ellos estaba ligeramente suelto.

—Se ve muy alto —observó Miranda, dubitativa.

—No seas miedica —dijo otra chica, una frágil bailarina de formación clásica que cada mañana a primera hora, antes de entrar en clase, pasaba un buen rato haciendo piruetas en el gimnasio. A menudo llevaba el pelo recogido en un tenso moño durante todo el día, como si quisiera recordarnos con ello cuál era su verdadera vocación. La universidad era para ella una simple formalidad.

—Pues entonces, ve tú primera, Edith —dijo Miranda.

—Como queráis —replicó Edith, tirando de las mangas de su fino jersey negro para cubrirse bien la palidez de los brazos—. Iré yo.

—Te daré un empujón —dijo Carmilla y se agachó para enlazar los dedos e improvisar un estribo.

Edith parecía entonces un poco recelosa, pero colocó firmemente el pie sobre las manos de Carmilla y dejó que la impulsara hacia el techo. Con un minúsculo gruñido de esfuerzo, presionó el panel del techo y dejó al descubierto un oscuro agujero que debía de conectar con algún tipo de espacio en el altillo. La Vieja Louise era el primer edificio que se construyó en el campus y tenía un viejo campanario que en su día funcionaba para despertar a las alumnas y mandarlas corriendo a clase. Pero en todo el tiempo que llevaba en Santa Perpetua, nunca había oído el tañido de las

campanas y había dado por sentado que el sistema estaba estropeado o era inaccesible.

Pero, al parecer, me equivocaba.

—Arriba —dijo Carmilla.

Dio un último empujón para ayudar a Edith a cruzar la abertura. En cuestión de segundos, la flaca chica desapareció en la oscuridad. Durante un larguísimo momento, no se oyó nada y todas permanecemos con la vista clavada en el agujero, como si hubiera engullido a nuestra compañera de estudios. Pero de pronto, vimos un brazo flacucho y Edith asomó la cabeza por la abertura, dispuesta a ayudar a la siguiente chica.

—¡Aquí arriba está todo en un estado de lo más salvaje! —exclamó, con una sonrisa tonta dibujada en la cara—. Tenéis que verlo.

—Laura, ahora tú —dijo Carmilla, ofreciéndome su improvisado peldaño.

Me puse colorada como un tomate. Edith era un palillo en comparación conmigo y de repente me sentí cohibida al pensar en mis caderas anchas, mi barriga blanda. Pesaba bastante más que Carmilla, lo que significaba que pesaba muchísimo más que Edith.

—Subid vosotras —repose en voz baja—. Mejor que me quedé yo aquí montando guardia.

—No seas tonta —dijo Carmilla—. Sube.

Exhalé un suspiro y coloqué con delicadeza mi deportiva manchada de barro en el soporte que formaban sus manos. Esperaba que Carmilla se viniera abajo con el contacto, pero cuando dejé caer mi peso sobre ella, me vi catapultada hacia el techo. Sorprendida por tan repentino movimiento, solté un chillido y agarré la mano de Edith. Enlazó mi muñeca con los dedos, tiró con fuerza y, con un contoneo muy poco elegante, me vi impulsada hacia el espacio del altillo. Durante un buen rato no hubo más que oscuridad, olor a polvo y humedad, y el sonido de la respiración de Edith a mi lado. Pero al cabo de un instante, Miranda, que había tenido la

previsión de llevar consigo una linterna, cruzó también la abertura de acceso.

Con el haz de luz pude ver que estábamos en un espacio alargado y de techo bajo, con planchas de madera muy antiguas bajo nuestras rodillas y vigas por encima de nuestras cabezas. En el suelo había restos del paso de otras chicas: gomas de pelo abandonadas, envoltorios de caramelo, periódicos arrugados con fechas que se remontaban a los años veinte, botellas vacías de alcohol barato. Miranda enfocó la linterna hacia el fondo del espacio e iluminó una desvencijada escalera de madera que parecía conducir a la torre del campanario.

—Echadme una mano —dijo alguien desde abajo.

Me incliné hacia el agujero para ayudar a subir a la rubia de nariz respingona. Entre Miranda y yo conseguimos ayudar a Carmilla a cruzar el acceso. En cuanto estuvimos todas en el altillo, y después de volver a colocar en su lugar el panel del techo para no dejar rastro de nuestra fechoría, nos sonreímos en la oscuridad, excitadas por la adrenalina y el secreto que compartíamos. Por una vez me sentía parte de algo más grande que yo misma, como si acabara de ser introducida en una sociedad secreta de joviales chicas, impulsada nada más y nada menos que por la poesía y los porros.

Caminamos con cuidado por las crujientes planchas de madera y recé para que no cedieran bajo nuestro peso. Pero el suelo respondió con firmeza de camino hacia la escalera, lideradas por Miranda y su linterna.

Subimos en fila india por la vieja escalera, que efectivamente conducía a la torre del campanario. Arriba no había mucho espacio, excepto un estrecho pasadizo para circular alrededor de la vieja y majestuosa campana, descascarillada y cubierta de polvo. La observé maravillada, preguntándome cuándo habría sido la última vez que la habrían hecho sonar. Cuando me aproximé a ella, avanzando despacio y presionándome contra Edith para dejarle espacio a Carmilla, vi que en la campana estaban grabados los nombres de infinidad de alumnas de último curso, junto con su año

de graduación. Estaba totalmente cubierta por las firmas de todas las chicas que habían estado allí antes que nosotras.

Carmilla sacó una navaja del bolsillo y sonrió de oreja a oreja.

—¿Quién va primera?

Se turnaron para tatuar sus nombres en la campana. Era un trabajo arduo, sobre todo por el ángulo extraño que había que adoptar para inclinarse precariamente y alcanzar la superficie, pero todas lo consiguieron. Llegó por fin mi turno. Carmilla sopló para limpiar los fragmentos de metal que se habían quedado adheridos a la punta de la navaja y me la ofreció.

—Te toca a ti, Sheridan.

—Yo no soy de último año —dije, ruborizándome.

Sabía que estaba allí por la magnanimidad de Carmilla y no quería pasarme de la raya delante de las demás chicas.

—Tal vez ahora no, pero lo serás algún día. Alguien tiene que mantener esta tradición viva. Y a partir de ahora, ese será tu trabajo.

Sus ojos oscuros brillaron con un extraño fervor bajo el resplandor de la linterna, y acepté la navaja que me ofrecía. Me incliné todo lo que pude por encima de la baranda y grabé con cuidado mis iniciales en la campana. Dejé sin poner el año de graduación, prometiéndome que regresaría allí como estudiante de último curso con otro grupo de chicas, las amigas que estaba decidida a hacer, y remataría entonces mi firma.

Cuando hube terminado, Carmilla me pasó el brazo por los hombros y Edith lanzó un grito triunfante de animadora.

—¿Y ahora qué? —pregunté, pensando si deberíamos irnos de allí cuanto antes para que no nos descubrieran.

—Ahora... —dijo Miranda con una sonrisa de suficiencia y dejando en el suelo su pequeña mochila. Al abrir la cremallera, aparecieron caramelos de distintos sabores, petacas metálicas cuyo interior se agitaba de forma tentadora y un pequeño transistor—, ¡fiesta!

El resto de la noche fue como un sueño confuso. Solo recuerdo fragmentos: beberme media petaca de schnapps de fresa, bailar con Miranda al ritmo de The Yardbirds mientras Carmilla repartía una baraja de cartas para empezar una partida rápida de *blackjack*, reír hasta quedarme afónica con las imitaciones de Edith de algunos de nuestros profesores más excéntricos.

Permanecimos cobijadas en nuestro mundo privado durante horas y horas, hasta que el primer rubor del amanecer empezó a apoderarse del cielo. Carmilla abrió una de las ventanas del campanario y pasó la pierna por encima del alféizar, decidida a salir al tejado. Intenté tirar de ella para que entrara, pero aquello desembocó en un estallido de risas y en ella tirando de mí para dar un paseo por las tejas.

El estómago me dio un vuelco cuando miré a los árboles, cinco pisos más abajo, de modo que decidí fijar la vista en el cielo y ver cómo la luz del nuevo día florecía en el horizonte.

—Deberías entrar —dije en voz baja para que las demás chicas no me oyeran—. Está saliendo el sol.

—Siempre tendría que ser así —dijo Carmilla, algo ronca de tanto fumar y poco dormir.

—¿Así cómo? —pregunté.

Estábamos sentadas con las piernas cruzadas, la una al lado de la otra, y nuestros hombros y nuestras rodillas se rozaban.

—Siempre tendría que ser el último año —respondió, con una convicción que me dejó sorprendida—. Siempre debería tener veintiún años y toda la vida por delante. Siempre tendría que ser el amanecer, el inicio de un nuevo día.

—Y para ti, será así —repliqué—. Te has detenido en el tiempo, Carmilla, has dejado de envejecer y morir. Siempre será así, en tu caso.

—Pero no será igual, ¿no? Las demás chicas se graduarán y tú te marcharás allá donde tu corazón te lleve. Tendrás niños, o te casarás, o pilotarás un avión o escribirás la próxima gran novela norteamericana, pero yo seguiré igual que ahora, eternamente.

—Pensaba que eso era lo que querías.

—Yo también —murmuró Carmilla, mirándome fijamente. Parpadeó varias veces para eliminar el líquido que se le acumulaba en los lagrimales—. Obtuve lo que quería, pero ahora no sé lo que quiero. Siempre supe lo que quería, Laura, estoy hecha para querer. Pero resulta extraño estar segura de tan pocas cosas.

Me acerqué un poco más y ladeé el cuerpo hacia ella. Los sonidos de la fiesta resonaban a nuestras espaldas, pero era como si fuéramos las dos únicas personas del mundo.

—¿Hay alguna cosa que estés segura de querer? —pregunté en voz baja.

Carmilla levantó la vista hacia mí y una lágrima le resbaló por la mejilla. Cogió mi cara entre las manos y acercó sus labios a los míos.

El beso fue delicado en comparación con lo que habían sido nuestros besos hasta aquel momento. No hubo ni dientes, ni sangre ni palabras cortantes. Solo una ternura agónica, ofrecida tan libremente que me encogió el corazón.

Le deslicé un brazo por el hombro y le devolví el beso, la besé como si fuera a ser nuestra última vez. Nos fundimos la una en la otra mientras el sol asomaba por el horizonte.

—¿Significa esto que somos... algo? —me atreví a preguntar.

Carmilla rio y frotó la nariz contra la mía.

—Tú y yo somos las dos caras de la misma moneda, Sheridan. No sé cómo podíamos acabar en otro lugar que no fuera aquí. Y sí, somos algo.

Se apartó y se protegió los ojos del resplandor del día.

—Demasiada luz —gimió.

La ayudé a incorporarse.

—Vamos —dije, sacudiéndole la falda—. Vayamos a acostarte.

CAPÍTULO VEINTE

Carmilla

De Lafontaine nos convocó a Laura y a mí en su apartamento al día siguiente mediante dos cartas vagas que recibimos en nuestros respectivos casilleros, y cuando llegamos, nos la encontramos acurrucada en el sofá, fumando un cigarrillo con una boquilla larga mientras corregía poemas. Intenté espiarla por encima del hombro, pero De Lafontaine me apartó con un leve manotazo.

—Paciencia, querida. Recibirás tu calificación el lunes, como el resto de la clase.

Laura movió el peso de su cuerpo de un pie a otro, sintiéndose como una intrusa en la escena.

—Laura, corazón, ven aquí —dijo De Lafontaine en tono cautivador. Tomé asiento en mi lugar habitual a su lado, en el brazo del sofá. Laura se acercó y De Lafontaine le tomó la mano y depositó un beso jovial en su muñeca—. Buenas noticias, chicas. He decidido presentaros a la sociedad.

—¿La sociedad? —repitió Laura.

—La sociedad de vampiros, por supuesto.

Me recorrió un escalofrío eléctrico. De Lafontaine era tan misteriosa en todo lo referente a su condición, una condición que ahora compartíamos, que casi creía que era el único vampiro en un radio de cien kilómetros. ¿Pero descubrir que había más como

nosotros, una cantidad suficiente como para formar una sociedad? Era de lo más emocionante.

—Lo dirá en broma, señorita D.

—Te aseguro que no. Se trata de un encuentro, digamos, de gente con mentalidad similar repartida por toda Nueva Inglaterra, y está programado que un pequeño grupo se reúna para una salida de carácter informal el próximo sábado, en Boston. Soy amiga de la anfitriona y puedo garantizaros una invitación a las dos, si os apetece, claro está.

—¡Me apetece! —exclamé.

Laura se mostró más reticente.

—¿Y qué va a querer de mí una sala llena de vampiros? —preguntó.

De Lafontaine sacudió la ceniza del cigarrillo.

—No asistirán solo vampiros, habrá también compañeros y esclavos.

—¿Qué?

—Se trata, en ambos casos, de humanos que de forma voluntaria ofrecen su sangre para la alimentación de un vampiro. Un compañero tiene un vínculo sentimental informal con su vampiro, mientras que un esclavo indica una relación más establecida y un compromiso a largo plazo. Con los esclavos suele haber además cierto intercambio de poder, pero no voy a aburriros ahora con detalles concretos.

—¿Y con los compañeros... hay vínculos románticos? —preguntó Laura, palideciendo un poco.

—No tiene por qué. Hay vínculos que podrían calificarse como una coincidencia de mentalidades, otros que son puramente sexuales y otros auténticos romances. Carmilla era mi compañera, ¿no era así, querida? Un vínculo mentora-tutelada de primer orden. Aunque sospecho que entre vosotras dos hay algo más que un cariño entre amigas, ¿me equivoco?

Laura abrió la boca y volvió a cerrarla, más pálida que la luna en invierno. Yo me ruboricé, le arranqué a De Lafontaine el cigarrillo de

la mano y di una calada larga para disimular lo incómoda que me sentía. De Lafontaine arrugó la frente ante mi actitud maleducada, pero no me regañó, acostumbrada como estaba a mis rabietas infantiles.

—Aceptaré esto a modo de respuesta —sentenció De Lafontaine—. Debéis entender, chicas, que en esta vida podéis tener todo lo que queráis, a cualquiera que queráis, siempre y cuando respetéis la jerarquía de la naturaleza. Del depredador y la presa. Del mayor y del polluelo. ¿Entendéis qué quiero decir?

—Sí, profesora —dijimos al unísono Laura y yo, aunque no estaba del todo segura de haberla entendido.

De Lafontaine recuperó su cigarrillo y lo dejó en un cenicero de cristal antes de continuar.

—Magnífico. Entonces, anotad en la agenda el próximo fin de semana y vestíos con elegancia.



—Quiero que las dos hagáis gala de vuestra mejor conducta —dijo muy seria De Lafontaine cuando salió del coche por el lado del conductor.

Iba vestida con frac, blusa de seda y unos guantes de encaje blanco que destacaban las venas azules de sus muñecas. Yo había elegido un vestido de color rojo sangre con escote pronunciado —quizás demasiado obvio para un debut vampírico— y Laura se había decantado por la falda con los cuadros tartán de su familia, un suéter de cachemira y zapatos planos negros y brillantes.

—Laura, recuerda que estás aquí como invitada de Carmilla —continuó De Lafontaine, guiándonos por una calle escasamente iluminada flanqueada por dormidas casas de ladrillo marrón con unos jardines tan pulcros que parecían de postal. Habíamos realizado prácticamente en silencio el trayecto de dos horas hasta Boston y Laura, siendo ya tan tarde, había dormitado sobre mi hombro en el asiento de atrás—. No te apartes de su lado. En estas

fiestas, a los humanos que andan solos pueden pasarles cosas desagradables.

—Sí, señorita De Lafontaine —dijo Laura, estremeciéndose. Enlacé mi mano con la de ella y se la apreté para tranquilizarla.

Seguimos andando hasta llegar a una casa que, desde el exterior, parecía profundamente dormida. Pero cuando la observé con más detenimiento, vi que las ventanas no estaban oscuras, sino cubiertas con cortinas tupidas, y que al otro lado de la puerta se oía el débil sonido del tintineo de copas y risas.

—Levanta esa barbilla, Carmilla —dijo De Lafontaine, presionando con firmeza la mano entre mis omoplatos para enderezarme la espalda—. Aquí hay que comportarse con dignidad.

Y a continuación, llamó.

La puerta se abrió mínimamente y apareció un hombre de constitución atlética, con pelo negro engominado y un bigote impresionante. Vestía un traje de corte holgado de milrayas y fumaba un puro. Nos miró de arriba abajo.

—Evelyn —dijo, con acento italiano, después de aspirar el puro—. No te esperábamos por aquí.

De Lafontaine le sonrió enseñando la dentadura completa y descansó una mano protectora sobre mi hombro.

—Confío en que la invitación siga en pie.

—Eso siempre. ¿Y esta es...? —dijo el hombre, moviendo la cabeza hacia Laura y con una pequeña sonrisa que no le alcanzaba unos ojos negros como la noche y perfilados con kohl, como si fuese el maestro de ceremonias de un cabaret.

—Me llamo... —empezó a decir Laura, cuyos modales sureños no le fallaban absolutamente nunca.

—Laura Sheridan —dijo primorosamente De Lafontaine, acariciando los rizos de Laura como si fuese un cachorrito de Pomerania—. Es la compañera de mi protegida, Carmilla Karstein, de los Karstein de Austria. Este será su debut.

Hice una reverencia casi infantil, pero el encargado de la puerta no se quedó impresionado.

—Pues has elegido una buena multitud de tiburones para presentar a alguien recién engendrado —dijo el hombre con una carcajada—. Pero, por supuesto, no voy a rechazar a nadie que venga con Evelyn. Eres una de las invitadas favoritas de nuestra anfitriona, lo sabes. Y hace mucho tiempo que no se te ve.

—Las penurias y el esfuerzo del trabajo académico son absorbentes.

—Sois todas bienvenidas. Pasad, por favor.

—Gracias, Fabrizio —dijo De Lafontaine—. ¿Entramos?

Fabrizio se hizo a un lado y nos invitó a pasar a la casa, en la que reinaba una temperatura soporíficamente elevada. El ambiente olía a perfume de orquídeas, vino de cerezas, marihuana y a un curioso matiz metálico que parecía impregnarlo todo. Las paredes estaban decoradas con tapices de terciopelo y oleos que me parecieron muy antiguos, paisajes oníricos y retratos de personajes muy serios. Mis oídos se aguzaron para captar el sonido de las conversaciones y, si no me equivocaba, los gemidos de placer procedentes de las profundidades de la casa.

Seguimos obedientemente a De Lafontaine y, por una puerta protegida con cuentas que llegaban hasta el suelo, accedimos al salón, decorado de manera lujosa. Tapizados con estampados florales y mobiliario de caoba añadían un toque de elegancia del viejo mundo a un entorno que, por lo demás, era moderno. El *rock and roll* salía del tocadiscos, inundando la estancia con el sonido de guitarras eléctricas, panderetas y las escalofriantes letras de Jefferson Airplane.

Alrededor de una mesa redonda estaban sentadas media docena de personas con galas de noche, jugando una animada partida de cartas con un montón de joyas y billetes y monedas extranjeras apiladas en el centro de la mesa. Dos mujeres ocupaban una *chaise longue* situada delante de una cachimba de cristal azul; la rubia hincaba los dientes en el cuello de la morena, que tenía la cabeza inclinada hacia atrás, perdida en su éxtasis. En un diván colocado en un rincón oscuro, un chico y una chica estaban

arrodillados entre las piernas abiertas de un hombre mayor, besándose alternativamente y... ¡Oh!

Laura tragó saliva y miró hacia otro lado cuando se dio cuenta de lo que estaban haciendo.

«Virgen», pensé con cariño.

De Lafontaine se dirigió hacia la chimenea encendida que dominaba el salón, delante de la cual una mujer bellísima, de piel oscura, ojos negros y rizos del color del ala del cuervo, ocupaba un sillón orejero. A diferencia del resto de invitados, que vestían con prendas al último grito de la modernidad, lucía un vestido de noche de encaje color rosa de época eduardiana, perfectamente conservado. Fabrizio estaba a su lado y acababa de inclinarse para murmurarle alguna cosa al oído.

—¿Que Evelyn está aquí? —dijo, con voz de soprano, y se volvió rápidamente hacia nosotras.

—Qué placer volver a verte, Magdalena —dijo De Lafontaine, avanzando para aceptar la mano que le ofrecía nuestra anfitriona y estamparle un beso en los nudillos.

Magdalena respondió con una sonrisa pícaro y sacó de algún lado un abanico de papel que me mandó una oleada de perfume de cardamomo y mandarina.

—El placer es mío —replicó—. Pensábamos que habías decidido prescindir de la sociedad. ¿Quién nos has traído esta noche?

—Esta es Carmilla Karnstein, una de mis mejores alumnas, y su compañera, Laura Sheridan. Laura es una poetisa de enorme talento.

Los ojos de Magdalena brillaron con interés.

—Tienes el aroma de los recién renacidos —dijo, tendiéndome una mano—. Ven aquí para que pueda verte bien.

Obedecí y me acerqué al resplandor de la chimenea. Magdalena me cogió la cara y me hizo girar hacia un lado y hacia otro para estudiarme desde todos los ángulos. Su contacto era delicado y clínico a la vez, como el de una enfermera.

—Una belleza extraordinaria —declaró—. Y una mente asimismo extraordinaria, seguro, si nuestra Evelyn está tan interesada en tu educación.

—Gracias, señora.

—Llámame Magdalena, por favor. Y ahora, escúchame bien, mi querida Carmilla. Esta casa y todo lo que hay en ella es tu Elíseo. Las leyes de los hombres y de Dios no aplican aquí, siempre y cuando te atengas a nuestro sencillo mantra: respeta la privacidad y el placer de tus contemporáneos. ¿Podrás hacer esto por mí?

—Creo que podré, Magdalena.

—Bellísima. Y ahora, echemos un vistazo a tu compañera.

Laura avanzó obedientemente, e incluso hizo una pequeña reverencia delante de tan majestuosa dama. Magdalena era claramente de otra época y se sentía de lo más cómoda con sus sedas y sus rasos. Cogió la mano de Laura y le volvió la muñeca hacia arriba para admirar el encaje de venas que le corría bajo la piel.

—Un pulso fuerte —dijo, con tanta admiración que Laura se ruborizó—. Y una precisa figura digna de Rubens. Los hombres de mi época habrían hecho cola para pintarte, Laura. Eres bienvenida para probar todo lo que esta casa tiene que ofrecerte, siempre y cuando te atengas a las reglas para nuestros invitados. No debes decir palabra de lo que veas aquí absolutamente a nadie y debes pedirle permiso a Carmilla antes de dejar que cualquiera beba de ti.

—Oh, no permitiré que nadie más beba de mí —se apresuró a decir Laura.

Los labios pintados de Magdalena esbozaron una pequeña sonrisa.

—Ya veremos qué piensas cuando acabe la noche. Y ahora, tomad un refresco, por favor. A los más jóvenes les gustan aún los licores, pero no tenemos costumbre de tener comida, me temo; no va con nosotros, la verdad. Si tienes hambre, coméntaselo a Fabrizio y él te procurará algo. No queremos que te nos desmayes, ¿verdad?

Magdalena señaló el carrito de bebidas de la sala, donde había una reducida colección de bebidas alcohólicas.

—¡Disfrutad de la fiesta, polluelos! —dijo Magdalena, uniendo sus elegantes manos como si le hubiéramos alegrado la noche con nuestra llegada.

De Lafontaine se quedó con nosotras un poco más, inclinándose de vez en cuando para hablar con los que se le acercaban, y pronto nos dejó libres a Laura y a mí para que disfrutásemos a nuestro aire de la fiesta.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Laura

Carmilla y yo nos quedamos sin supervisión, lo cual era un regalo excepcional después de meses viviendo bajo el ojo vigilante de De Lafontaine.

Deambulamos de habitación en habitación, y las caras encantadoras y feroces de los invitados empezaron a confundirse a medida que el contenido de mi copa de *champagne* fue menguando.

Carmilla brillaba con la curiosidad y la atención de los invitados de Magdalena. Estaba radiante, con las mejillas encendidas como una rosa, y me presentó a todo el mundo que se nos cruzó en el camino.

—Os presento a la magnífica señorita Laura Sheridan — decía, enlazándome galantemente por el brazo mientras me exhibía ante los distintos vampiros y sus compañeros y esclavos humanos.

Los humanos se me acercaban y me tocaban el pelo, mientras que los vampiros se mostraban corteses conmigo, algunos besándome incluso la mano al estilo anticuado y otros ofreciéndome un firme estrechón. Su hambrienta curiosidad resultaba conmovedora. Jamás me había sentido tan segura de que una sala entera de gente quisiera devorarme, y quizás en más de un sentido.

En el salón principal, una chica humana de piel oscura que tendría más o menos mi edad se echó a reír cuando una vampira madura se arrodilló delante de ella y se puso a lamer la sangre que

goteaba de un par de mordiscos gemelos que adornaban su muñeca. En la sala de estar, una grácil joven, tocada con un turbante de terciopelo y vestida con kimono de seda, realizaba una danza sinuosa para el disfrute de un pequeño grupo de vampiros sentados en cojines en el suelo. Y en el comedor, un vampiro daba de comer con delicadeza fresas y chocolate a sus dos esclavas, dos mujeres sentadas delante de él, atadas y con los ojos vendados, y con una sonrisa en la cara. Mi piel se tensó al ver aquello.

Era, quizás, un cubil de inmoralidad, inadecuado para una buena chica de la iglesia episcopal como yo, pero era también un lugar donde podía ser yo misma, donde podía dejar que mis afectos y mis tendencias vagaran libremente, y eso me excitaba.

Los integrantes de aquella extraña sociedad se comportaban sin vergüenza alguna y coqueteaban bajo la cálida luz de lámparas con pantallas rojas. En la casa se desarrollaban todo tipo de tiernas indecencias y, una vez superada mi turbación inicial ante una exhibición tan flagrante de carnalidad, empecé a acostumbrarme a ello. El *champagne* me ayudó, calentándome el estómago y evaporándome la sorpresa en el cerebro hasta que llegó un punto en el que lo único que empecé a sentir fue franca curiosidad. Y la presencia de Carmilla me relajaba, además. El cálido peso de la palma de su mano en mi espalda me ayudaba a mantener el equilibrio mientras me guiaba de estancia en estancia y las observaciones que me murmuraba de vez en cuando al oído me hacían reír. Debo incluso admitir que todo aquel espectáculo despertó mi apetito, tanto, que empecé a preguntarme si Carmilla se avendría a que la arrastrara hasta un armario ropero y abusara de ella hasta ver las estrellas.

Carmilla debió de percatarse de mis caras y mis miradas, porque, de pronto, tiró de mí para alejarme de una conversación con alguien que acababa de presentarse como el conde de Saint Germaun y me guio hacia el salón donde había empezado todo.

—¿Buscamos un dormitorio tranquilo donde entretenernos? —dijo, pellizcándome la cadera.

Intenté enseñarle los dientes, pero no pude contenerme y me eché a reír.

—Oh, qué miedo me das, miedo de verdad —dijo, apartándome el pelo de la cara—. Te llamaré mi pequeña leona.

—Eres una adúladora —dije, enlazándole la mano.

—De las mejores, tenlo por seguro. En mis tiempos, me he abierto camino con halagos en bastantes corazones y en más de una cama desconocida.

—¿Y crees que esta noche acabarás también en una cama desconocida?

—Con un poco de suerte, seguro, o quizás incluso en una conocida.

Antes de tener oportunidad de responder con otra insinuación, entramos en el salón, chocando casi contra dos hombres que bailaban al son de la lúgubre guitarra eléctrica que sonaba en el tocadiscos.

De Lafontaine había acercado una silla a Magdalena y hablaba con ella en voz baja. La hermosa boca de Magdalena estaba tensa y mostraba claramente el entrecejo fruncido. No creo que se diera cuenta de que nos acercábamos, pues tenía la mirada fija en el fuego de la chimenea.

—Lo único que pido es la garantía de tu asistencia en caso de que surja la necesidad —estaba diciendo De Lafontaine.

—Sabes perfectamente bien que ya te he ayudado varias veces en esta... búsqueda —replicó Magdalena, escupiendo la última palabra como si fuese el hueso de una aceituna—. Siempre he estado dispuesta a intentar consolar un corazón roto, Evelyn, pero esto... esto ya pasa de castaño oscuro.

—¿Y qué no harías tú por amor? —preguntó De Lafontaine y sus dientes brillaron con el resplandor del fuego.

Magdalena se volvió entonces hacia ella. Esperaba verla enfadada, pero su rostro estaba extrañamente sereno, como si con los años hubiese aprendido a no dejar traslucir emociones fuertes.

—¿Tú qué sabes —dijo en voz baja— de las atrocidades que he cometido por amor? El amor es sacrificio, profesora. Independientemente de que seas tú o el otro el que esté en la tabla del carnicero, siempre hay alguien que acaba sangrando.

Nos miró por encima del hombro, dirigió entonces una mirada a De Lafontaine, silenciosa pero cargada de intención, y su sonrisa de anfitriona le regresó rápidamente a la cara.

—Míralas a las dos, sofocadas y sonrientes. ¿No te parece encantadora la juventud, Evelyn? Un bien que hay que cuidar. ¿Estáis disfrutando de la fiesta, chicas?

—Mucho, gracias —dijo Carmilla, jadeante.

Me tenía cogida de una mano mientras con la otra sujetaba una copa de cristal con jerez. La segunda o la tercera, no estaba del todo segura. Yo llevaba ya dos copas de *champagne* llenas hasta arriba y estaba disfrutando de ese halo brillante que la bebida le otorgaba a mi mundo. No estaba borracha, pero sí lo bastante suelta como para olvidar por completo mis inhibiciones.

—Sus amigos son tan... —Busqué la palabra adecuada mientras Magdalena me sonreía con indulgencia—. Libres.

—Alguien muy cercano a mí calificó en una ocasión este camino como una vida sin leyes a las que tener que enfrentarte. Y en esto, al menos, tenía razón. —Su mirada descansó en nuestras manos unidas, recorriendo el escote de Carmilla y la mancha de lápiz de labios que había dejado en mi mandíbula—. ¿Pasaréis el día con nosotros? Tenemos muchas habitaciones.

—Oh, no, no podríamos... —empecé a decir.

—Abusar de su hospitalidad —remató De Lafontaine.

Miró fijamente a Carmilla, que no se dio ni cuenta. Tenía las pupilas dilatadas, la boca teñida de rojo por el jerez y seguía absorbiendo los intercambios carnales con mirada hambrienta. Parecía querer engullir la noche entera, como una serpiente haría con un pajarillo, y escupir luego solamente los huesos.

En aquel momento deseé ser aquel pajarillo desvalido y dejarme acunar por la humedad caliente de sus mandíbulas.

—Oh, pero si apenas habéis saboreado mi jardín de delicias terrenales —dijo Magdalena con una sonrisa lasciva—. Quedaos un poco más.

De Lafontaine cerró la boca con fuerza, pero no dijo nada.

Y así fue como Carmilla y yo acabamos sentadas en cojines en el suelo, observando cómo extendían un mullido edredón en el centro de la estancia. Una atractiva pareja de amantes tomó asiento sobre la seda roja, una chica pelirroja y un chico moreno con el brillo lascivo de los no muertos en sus ojos. Con el corazón en la garganta, vi cómo el chico desabrochaba el vestido de la chica hasta la altura de la cintura, la despojaba del sujetador y exponía sus pechos al calor de la sala.

—Nuestros apetitos son una obra de arte —explicó Magdalena—. Su salvajismo, su ternura. Sujetamos la vida con una mano y la muerte con la otra. Mirad la forma en que acuna su cráneo. Podría partirlle el cuello con suma facilidad. Pero espera su consentimiento.

Y miré. Miré de verdad, negándome a renunciar a ese placer. Miré los pezones sonrosados de la chica y el movimiento oscilante de su garganta; miré cómo el chico rastreaba con los dedos los contornos de la mandíbula de ella, cómo impulsaba hacia atrás su mandíbula para dejarle al descubierto el cuello. Las manos de la chica recorrieron libremente el cuerpo del chico mientras él la preparaba para el mordisco del clímax, hasta abarcarle el pecho antes de seguir descendiendo.

Miré de reojo a Carmilla. Tenía las mejillas encendidas y observaba con asombro la escena. Algo había en el ambiente que parecía estar en concordancia con ella, algo que iluminaba una parte oscura de ella que yo, hasta el momento, solo había percibido a fogonazos.

En silencio, acerqué mi mano a la de ella y entrelacé los dedos. Su piel estaba caliente al contacto y el pulso le latía en la palma.

La pareja del suelo se despojó de su ropa, como una serpiente que muda la piel. Parpadeé y vi que el chico estaba desnudo de

cintura para arriba y que la chica tenía el vestido arrugado a la altura de las caderas y arremangado en los muslos.

La chica se estremeció cuando él le hincó los dientes en el cuello, casi con la precisión de un cirujano de no ser por las marcas que la presión de sus dedos dejaron en la blanca piel de ella. La chica emitió un gemido, se desató su abundante melena rubia y se la dejó caer por encima de la espalda pecosa.

Miré de reojo a Magdalena, que observaba la escena con los ojos de un entendido, como el experto en equitación que admira una exhibición de doma. De Lafontaine seguía con expresión tensa, aunque había aceptado una copa de *brandy* de parte de Fabrizio y parecía algo más cómoda.

Cuando volví a mirar a la pareja, estaban entrelazados. La chica había bajado los pantalones del chico hasta dejar al descubierto sus firmes nalgas y él, con la musculatura de su espalda moviéndose con fluidez, hacía rodar las caderas contra ella mientras seguía bebiendo. La aguja del tocadiscos empezó a saltar hasta quedarse en silencio y entonces, uno de los invitados se levantó un momento y puso la otra cara del disco.

Se asentó sobre nosotros una cálida capa de voces suaves mientras la chica separaba las piernas para su pareja y le permitía penetrarla.

Los amantes empezaron a moverse con pausada languidez, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y ningún tipo de público. Cambié de postura, intentando aliviar la presión del latido que sentía entre las piernas. Miré a Carmilla, que se movía con similar nerviosismo. El fino tejido de su vestido dejaba en evidencia la firmeza de sus pezones.

¿En qué tipo de lascivas criaturas nos estábamos convirtiendo?

El chico lamió la sangre del cuello de la chica y estampó un beso sobre su piel perforada, igual que una madre besaría la piel raspada del codo de un niño. La chica rio y mordisqueó el lóbulo de la oreja del chico cuando él la penetró más profundamente. Y entonces, los ojos del chico recorrieron la estancia, hasta que sonrió

perezosamente a Carmilla, que le respondió arqueando la ceja para indicar su interés.

—Me parece que le gustas —dijo Magdalena, como si estuviera observando un enamoramiento súbito en el patio del colegio—. Puedes ir con él, si te apetece.

Carmilla se puso de rodillas y lanzó una rápida mirada a De Lafontaine, que sacudió la cabeza de un modo casi imperceptible. Carmilla se agitó la melena y me pasó su copa antes de levantarse para encaminarse al centro de la sala y sentarse en una esquina del edredón de seda. Adoptó una postura recatada, con las rodillas juntas y los tobillos cruzados, como si estuviera viendo un documental instructivo, no una escena de sexo.

Una sensación tensa y caliente me inundó las entrañas. Deseo, a buen seguro, entremezclado con el embriagador licor de los celos.

El chico se separó de su pareja. Cogió la mano de Carmilla y la atrajo hacia él. Carmilla se arrodilló a su lado y el chico, con mucha suavidad, casi con timidez, le acercó los labios al hueco de la garganta. Carmilla gruñó de placer, un sonido que me cayó directo en la boca del estómago.

Carmilla, siempre atrevida, enlazó las manos por detrás de su espalda. El chico jadeó y rio mientras ella empezaba a acariciarlo. El corazón se me aceleró en el pecho, amenazando con estallar a través de mi suéter y llenarlo todo de sangre. Estaba excitada, confusa y delirando por mi avaricia posesiva.

Quería poner fin de inmediato a todo aquello. Pero tampoco quería que terminaran. Por mucho que hubiéramos acordado que entre nosotras había «algo», Carmilla y yo nunca habíamos iniciado una discusión sobre mantener una relación estable. Sería injusto por mi parte reprocharle sus exploraciones, por mucho que verla haciendo aquello me hiciera arder por dentro.

El chico cogió con delicadeza a Carmilla por la barbilla y guio su cara hacia la de la chica, facilitando un beso dulce y risueño.

Y aquello removi6 algo dentro de mí.

Me levanté de golpe y, sin querer, derramé la copa de jerez de Carmilla sobre la carísima alfombra. Fabrizio apareció con la eficiencia de un mayordomo, paño en mano, pero ni siquiera lo vi, porque estaba acercándome al edredón extendido en el suelo y viendo cómo Carmilla estaba besando a alguien. Besando a una chica.

A *otra* chica.

—Ya basta de esto —dije con voz tranquila, pero dejando claro que no quería que me llevara la contraria.

Intenté asumir aquella seguridad que se había apoderado de mí cuando había empujado a Carmilla contra la pared la noche de la fiesta de Halloween. Pero parecía estar fuera de mi alcance, burlándose de mí y de mi timidez.

El chico me miró con cierto fastidio, pero obedientemente retiró las manos de Carmilla de su cuerpo. La chica del suelo parpadeó, confusa, cuando Carmilla interrumpió de pronto el beso.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al chico.

Me temblaban las manos por los nervios y, para disimular, las cerré en puños en mis costados. Sabía que, si me paraba a pensar lo que estaba haciendo, recuperaría la cordura y me derrumbaría de pura vergüenza.

—Ezra —respondió, secándose la boca con el dorso de la mano.

—¿Y tú? —pregunté a la chica.

—Susan.

Me volví hacia Carmilla y retiré el pelo oscuro que le caía en la cara. Su mirada era salvaje, como si fuera a besarme o a mordirme en cualquier momento.

Y me encantó.

—Puedes tener todo lo que quieras —dije—, pero será en los términos que yo diga, ¿entendido?

—Sí, Laura.

—Bien. Y ahora —dije, inspirando hondo para serenarme—, besa a Ezra. Quiero verlo.

Como si quisiera demostrar con sus actos la devoción que sentía por mí, Carmilla obedeció sin dudarlo un instante. Rozó con la nariz la de Ezra, le incitó a abrir la boca con sus labios. Ezra gimió levemente, enredó los dedos en el cabello de Carmilla y la atrajo hacia él.

—Bien —dije.

Fabrizio estaba recorriendo la estancia con una cajetilla plateada de cigarrillos Embassy. Cogí el que me ofreció y lo encendí con el mechero que me acercó a continuación. Y mientras contemplaba el singular foco de mi obsesión besar a un chico justo delante de mí, el humo salió de mi boca formando una espiral. Presenciar aquella escena resultaba curiosamente estimulante, exasperante y liberador al mismo tiempo.

—Tómate tu tiempo con él —dije, improvisando totalmente. Me pareció que eso sería lo que alguna de mis heroínas diría de estar en mi lugar y me sentí bien dando órdenes, de modo que continué—: Y tócala a ella mientras sigues besándolo a él.

Obedientemente, y quizás con más entusiasmo del que cabía esperar, Carmilla extendió la mano y alcanzó el pequeño capullo rosado situado entre las piernas de Susan. Susan echó la cabeza hacia atrás con un suspiro. El tiempo se ralentizó. A nuestro alrededor, los asistentes a la fiesta reían nerviosamente, fumaban y seguían con sus conversaciones, pero lo único que veía yo era a Carmilla. A mi bella y brutal Carmilla, con su vestido abierto y sus labios húmedos e impacientes. Hasta el último átomo de mi cuerpo ansiaba poder tocarla, pero al final descubrí que no era más que una cobarde.

—Continúa —dije, con la boca seca y las manos cerradas aún en temblorosos puños, percibiendo el calor que emanaba de los tres cuerpos.

Las manos de Ezra trabajaron con rapidez para desabrochar los minúsculos botones de terciopelo que recorrían la parte frontal del vestido de Carmilla y la estancia entera no tardó en deleitarse con la imagen de su sujetador de seda de color rosa. Me pregunté si

llevaría de nuevo las braguitas a conjunto, si permitiría que Ezra la desnudara por completo allí en medio del salón. Me pregunté si soportaría verlo o si me volvería tan loca como Casandra. Carmilla besó otra vez a Ezra, besos leves y tentadores que dejaron al chico sin respiración. Y entonces, impulsó dos dedos hacia el interior de Susan, colocándolos en un ángulo tal, que la chica despegó la espalda del suelo.

Me ardía la piel, la cabeza me daba vueltas como si mi cerebro fuera un avispero que alguien había tirado al suelo.

Los ojos de Carmilla se posaron en mí, eléctricos en la oscuridad. Me resultaba complicado ubicar el extraño brillo que vi en ellos. ¿Era simplemente deseo, reticencia o algo más?

—Carmilla —dije con voz firme.

Y esperé a que surgiera espontáneamente de mí otra orden, pero noté que, si hablaba, mi voz sonaría ahora débil y ronca. Me sentía como si el agua se estuviese transformando en miel, como si me estuviese hundiendo muy despacio en su dulzura, como si las olas se estuvieran cerrando por encima de mi cabeza.

Estaba perdiendo el control y eso me aterraba.

Inspiré hondo para llenar de aire mis pulmones; volví a intentarlo. Pero de repente, no podía respirar. Y lo único que oía eran los maullidos de placer de Susan y el latido de mi corazón en los oídos, retumbando ensordecedoramente fuerte.

—Laura —dijo entonces Carmilla, abandonando su papel de musa silenciosa entregada a mi visión artística. Fue como ver una escultura cobrar vida—. No tienes por qué hacer esto.

—No sé a qué te refieres —jadeé mientras Ezra seguía besando con insistencia el cuello de Carmilla.

¿Hacía tanto calor en la sala momentos atrás? De pronto, sentí un deseo irresistible de quitarme el jersey y los calcetines, de abrir una ventana para engullir una bocanada de aire.

Carmilla estampó un besito, casi de disculpa, en los rizos dorados que se extendían entre los muslos de Susan. Y cuando volvió a mirarme, lo hizo con unos ojos abrasadoramente claros.

—Se acabaron los juegos. Esto es entre nosotras, entre tú y yo.

Ezra y Susan intercambiaron una mirada y se entendieron al instante. Recogieron su ropa y desaparecieron hacia algún rincón de la casa para seguir disfrutando el uno del otro. Me quedé con Carmilla, embelesada por la gloria de sus mejillas encendidas.

Carmilla gateó con cautela por encima del edredón de seda, aproximándose como si yo fuese una liebre miedosa. Y entonces se arrodilló delante de mí y sus rodillas asomaron por debajo del vestido.

—Hace mucho que deberíamos haber hecho esto —murmuró—. ¿Quieres que vayamos a ver si encontramos una habitación libre?

Enredé los dedos entre su pelo, como deseaba hacer desde hacía mucho tiempo, y tiré. Carmilla me miró, con sus labios brillantes aún por el beso de Ezra y el color ascendiéndole por el pecho.

—¿Por qué esperar? —repliqué, sorprendiéndome a mí misma, pero pensando que, si ya había llegado tan lejos, a buen seguro podía ir un paso más allá.

Carmilla arqueó las cejas, pero no se soltó.

—¿Pero tú nunca...? ¿Con nadie?

—Me da igual dónde estemos o quién nos esté mirando —dije, bajando la voz hasta convertirla en un susurro y acercando mi frente a la de ella—. Quiero que sea contigo.

La solté. El corazón me aporreaba el pecho. Carmilla podría haber hecho cualquier cosa en ese momento. Podría haberse ido corriendo, o echar la cabeza hacia atrás y reírse de mí, o explicarme educadamente que no le interesaba. Cualquiera de estas contingencias me habría dejado desolada. Pero lo que hizo, en cambio, fue inclinarse hacia delante y besarme.

Me deshice en ella. Mis manos empezaron a moverse como por voluntad propia, retirando lo que quedaba de su vestido, y Carmilla se ocupó enseguida de la cremallera de mi falda. Con su ayuda, me quité el jersey hasta que quedamos pegadas la una a la otra, mis formas redondas contra sus ángulos marcados. Apenas era

consciente del libertinaje que se estaba apoderando de la sala, de que la ropa volaba por todas partes y de que los cuerpos se fundían unos con otros; me daba igual.

Me sentía como el sol que arde en el centro del universo, como un centro de gravedad al rojo vivo, y Carmilla era todas las estrellas que orbitaban a mi alrededor. Era la aterciopelada extensión de espacio estelar que me envolvía, la caricia del polvo de estrellas sobre mi piel desnuda.

Tal vez Carmilla tuviera razón aquel día en la biblioteca. Tal vez fuera algo exhibicionista.

La ayudé a despojarse de sus bragas de seda (a conjunto, Dios mío) y me tumbé boca abajo delante de ella, acomodando sus muslos sobre mis hombros. Y entonces, sin pensar ni un instante en las consecuencias, me dispuse a lamer el dulce calor que habitaba entre sus piernas.

Carmilla dejó escapar un gemido agudo, como si acabara de perforarla. Me perdí en la sensación de ella, en su sabor. Era ácido y dulce a la vez, como una fruta poco madura espolvoreada con sal, y era perfecta. Recorrí con besos de adoración cada centímetro de ella, esforzándome por seguir el ritmo de ascenso y descenso que marcaba su respiración, los crecientes sonidos de su placer. Estaba segura de que podría morir así, asfixiada entre sus muslos, y morir, de este modo, perfectamente feliz.

Y entonces, antes de lo que me esperaba, Carmilla me clavó las uñas en los hombros y exhaló un sollozo de éxtasis. Sus muslos temblaron bajo mis manos, pero no dejé de lamerla y besarla hasta que quedó completamente agotada.

—Laura —dijo.

Me atrajo hacia ella y me envolvió entre sus brazos. En algún momento, las luces eléctricas de la sala se habían apagado y la única iluminación era ahora la de la chimenea. Un pequeño detalle de nuestra anfitriona, quizás, para brindarnos cierta ilusión de intimidad. La iluminación otorgaba a la piel de Carmilla un resplandor ambarino. Me parecía increíble tenerla debajo de mí,

ruborizada y sonriéndome, con rizos sudados de pelo adheridos a la frente.

—¿Me permites que te devuelva el favor? —preguntó con ironía.

Antes de que me diera tiempo a responder, Carmilla me empujó hacia atrás y empezó a tirar de mis bragas de cintura alta. Me retorcí con el contacto, sintiéndome de repente incómoda. No me gustaba enseñar la barriga y, sobre todo, a una chica con una belleza tan rotunda como la de ella.

—No pasa nada —dijo Carmilla en voz baja, besándome la nariz como si fuéramos amigas íntimas, como si me conociera de toda la vida—. Me encanta mirarte, Laura. No tienes por qué ser tímida.

Inspiré hondo y decidí, por extraño que pareciera, confiar totalmente en ella. Dejé que me desnudase, y también ella se quitó el sujetador, quedándonos piel contra piel.

—Dime lo que te gusta —dijo, deslizando los dedos entre mis resbaladizos pliegues.

Contuve un grito y me perdí por completo en un delirio de calidez. Carmilla me acarició primero lánguidamente y después con mayor insistencia, obligándome a separar las rodillas.

—Deja que te vea —me susurró al oído—. Estás preciosa.

Hice lo que me decía, temblando ante la idea de estar siendo observada por tanta gente. Pero comprendí entonces que me encantaba ser el centro de atención. Una manzana resplandeciente a la vista de una sala entera de depredadores.

Gemí y gimoteé mientras Carmilla me acariciaba, persiguiendo sin piedad mi placer. Y justo cuando pensaba que la experiencia no podía ser más dulce, deslizó un dedo dentro de mí y emití un sonido tan lascivo que la vergüenza pudo conmigo.

—Qué necesitada estabas —dijo Carmilla, entrando y saliendo de mí—. ¿Me dejarás que escuche cómo llegas?

No fue necesario que me lo dijera dos veces. Cuando llegué al final, me retorcí y dejé el edredón hecho un desastre, pero a Carmilla no pareció importarle. Me miraba sonriente, como si yo

fuera una aparición salida directamente de la boca de Dios, como si mi naturaleza más básica y animal fuera un auténtico milagro.

—Deberíamos repetir esto lo antes posible —me dijo al oído y me besó con pasión en la boca.

El resto de la velada pasó envuelto en una nube de confusión. De un modo u otro, recuperé mi ropa interior y alguien, Fabrizio, creo, me pasó mi jersey mientras Carmilla me abrochaba de nuevo la falda. Había conservado los calcetines, pero en algún momento de la noche había perdido los zapatos y Magdalena los recuperó de debajo del sofá e incluso me ayudó a ponérmelos de nuevo y a abrocharme las hebillas.

Me fijé entonces en que el asiento que había ocupado De Lafontaine estaba vacío y me pregunté cuándo habría abandonado la estancia.

Ayudé a Carmilla a vestirse, que bostezó entre tanto con exageración.

—Tenemos que encontrar a vuestra acompañante —dijo con dulzura Magdalena. Acarició el pelo de Carmilla y me estrechó la mano para animarme. A la luz de las velas, parecía la escultura de un ángel sobre una tumba, pensé, embriagada aún por el sabor de Carmilla—. Seguro que está en las mesas de juego.

Y efectivamente, tal y como había vaticinado Magdalena, De Lafontaine estaba en la cocina, jugando una partida de *blackjack* con tres vampiros. Uno de ellos era un joven muy atractivo que iba dando besos a sus cartas, como si aquello fuera a traerle suerte.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó con voz gélida De Lafontaine, recogiendo sus ganancias y dejando sobre la mesa sus cartas—. Está a punto de salir el sol.

—Sí, señorita De Lafontaine —dijimos a coro Carmilla y yo, mirándola avergonzadas.

Magdalena, sin separar la mano de mi espalda, tuvo la amabilidad de acompañarnos hasta la puerta.

—La verdad es que has tenido tu noche, pequeña. —Se inclinó más hacia mí y bajó la voz para añadir—: Creo que tú y yo tenemos

cierta afinidad. A mí también me gusta repartir dolor y castigo, la emoción del control.

Abrí los ojos como platos cuando Magdalena se apartó, pero vi que simplemente me sonreía como si acabáramos de llegar a algún tipo de entendimiento.

—Evelyn —dijo entonces Magdalena, volviéndose hacia De Lafontaine—. Te deseo lo mejor con tus maravillosas alumnas. Y por lo que a tu problema personal se refiere, solo decirte que me gustaría poder ser de más ayuda.

—Entiendo tu postura —dijo con educación la profesora. Descansó las manos en nuestros hombros—. Muchas gracias por tu hospitalidad.

—Un placer, como siempre. Descansad bien y prudencia en la carretera.

Tuve la innegable sensación de que estaban hablando de algo importante, pero estaba demasiado adormilada como para ponerme a preguntar sobre el tema. De modo que le dije buenas noches a Magdalena y seguí a De Lafontaine hasta el coche, donde me instalé en el asiento de atrás y me recosté sobre Carmilla.

Un tenso silencio se cernió sobre el automóvil durante el trayecto de regreso a Santa Perpetua. De Lafontaine tomaba las curvas deprisa y jugaba a apretar y soltar el acelerador, sin despegar las manos tensas del volante. Seguía con la expresión de desaprobación que le había visto al marcharnos de la fiesta y su mirada se agrió todavía más cuando ojeó por el retrovisor y descubrió que Carmilla se había dormido apoyada en mi hombro.

Enlacé las manos sobre el regazo y me clavé las uñas en las palmas. La vergüenza ascendía dentro de mí como un tsunami y amenazaba con devorarme entera.

¿En qué estaría yo pensando?

Había gente *mirando*.

De Lafontaine lo había visto *todo*.

De Lafontaine puso el freno de mano después de parar en el aparcamiento de gravilla de detrás de su edificio. Nos miró por

encima del hombro.

—Carmilla, tú ven conmigo. Laura, creo que es hora de que vuelvas a tu habitación. Si te das prisa, aún podrás dormir unas pocas horas antes de que empiecen las clases.

Miré a Carmilla, que parecía impotente y agotada.

—La verdad es que no estoy muy cansada, profesora —dije con timidez—. Quizás podría ayudarla a subir a Carmilla a su apartamento y...

—Vete a casa, Laura —dijo De Lafontaine, con un tono de voz mortalmente grave.

Me mordí el labio para que no se notara cómo me temblaba, me desabroché el cinturón de seguridad, salí con cuidado de debajo de Carmilla y abrí la puerta del coche.

—¿Laura? —dijo Carmilla, arrastrando las sílabas como consecuencia de su sopor.

De Lafontaine se limitó a indicarme que me largara con un gesto.

Inicié la larga y fría caminata hasta mi residencia, con los ojos húmedos por la combinación del viento y la vergüenza que me embargaba por lo que había hecho.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Laura



Durante los dos días posteriores, Carmilla no se puso en contacto conmigo, y yo estaba tan atormentada por la vergüenza que no quería ser la que tomase la iniciativa. De Lafontaine canceló su seminario la semana previa a las vacaciones de otoño para «dar a la clase más tiempo para escribir», lo cual garantizaba que no vería a mi amada ni siquiera de pasada. Cuando me enteré de lo de la cancelación me puse furiosa y tuve que dar tres vueltas a paso ligero por la pista que circundaba el patio central para intentar calmarme. De Lafontaine me estaba haciendo el vacío, castigándome por mi indiscreción en la fiesta. Carmilla siempre sería su alumna favorita, su estrella, y yo había mancillado su brillo.

Estarían, de todos modos, perfectamente sin mí, pensé apesadumbrada mientras daba puntapiés a las piedrecitas del camino. Lo más probable era que estuvieran bromeando en francés sobre mis modales vulgares, compartiendo cigarrillos y planificando sus próximas expediciones a Boston para ir de caza sin mí. Al fin y al cabo, yo no hacía más que entorpecerlas, era un simple ser humano. Albergaba esperanzas de poder pasar aquellos días libres con Carmilla, hojeando en su compañía libros de poesía, ganduleando las dos en la cama o paseando por el campo de la mano, pero me daba cuenta de que aquellos sueños no eran más que falsas ilusiones, razón por la cual decidí recuperar mi antiguo plan.

Sudorosa y despeinada después de mi rabioso paseo, llamé a la puerta de la habitación de Elenore. Abrió la puerta enfundada en un pijama de seda de color morado que hacía juego con el turbante que le cubría el pelo. Por mucho que fuera más del mediodía, era la viva imagen del ideal de descanso de lujo.

—¡Laura! —exclamó—. Caramba, hacía siglos que no te veía. Las chicas empezaban a chismorrear diciendo que te habrían transferido a Smith. ¿Va todo bien?

Me había prometido mantenerme fría y despreocupada, pero mi carácter impaciente pudo una vez más con mis mejores esfuerzos.

—No especialmente. Siento haber sido tan mala amiga. Pero es que he estado muy liada con trabajos, con la vida, con...

—¿Con Carmilla? —sugirió, en tono compasivo.

—Sí —respondí, relajando los hombros con alivio. Ser comprendida estaba muy bien, aunque fueran mis faltas lo que hubiera de comprender.

—Anda, pasa. Justo estaba preparando una tisana de peonia. Te irá bien para sosegar estos nervios. Perdona que te lo diga, pero vaya pinta llevas. ¿Quieres un cepillo?

—Sí, por favor.

Me senté a los pies de la cama de Elenore y me cepillé los enredos con un peine de púas anchas mientras mi amiga me servía la tisana. El sonido del líquido vertiéndose en la taza y el tintineo de la cucharilla sirvieron para relajarme. Elenore esperó a que me hubiera peinado y hubiera bebido media taza de aquel té antes de plantearme su pregunta.

—¿Qué te pasa, corazón? La máquina de los chismes plantea todo tipo de posibilidades sobre lo que te está sucediendo, pero yo preferiría oírlo directamente de boca de la interesada.

Bajé la vista hacia la tisana que daba vueltas en la taza. Tenía que ir con cuidado, proteger los secretos de Carmilla y míos. La mano me tembló ligeramente cuando me llevé de nuevo la taza a los labios e intenté adoptar una expresión despreocupada.

—Carmilla y yo nos hemos liado.

—Pues entonces Maisy me debe dinero. ¿Cómo fue todo? No, no es necesario que me lo respondas, ha sido de mal gusto por mi parte preguntártelo. Deja que vuelva a intentarlo: ¿cómo te sientes?

—Me supera, la verdad.

—¿Vais en serio?

—Pensaba que sí, pero ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. Hay otros... otros factores en su vida que lo complican un poco todo. Me entregué a ella con todo y he salido... salpicada. Me siento estúpida por no haber ido con más cuidado.

—En las cosas del corazón, lo de ir con cuidado no tiene sentido —replicó Elenore, instalándose en su tocador. En su día, el mueble era un pequeño escritorio, pero Elenore lo había transformado hasta convertirlo en un auténtico aparador de belleza, con varias bandejas de cristal con polvos y cremas, y un espejo grande en forma de corazón—. Pero no la amas, ¿verdad?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Elenore, cogiendo un bote de crema hidratante, me miró con compasión a través del espejo.

—Oh, sí que la amas, ¿no es eso? Pobrecilla. A veces, el amor es lo peor que puede pasar.

—Estaba dispuesta a dárselo todo —dije, notando que el dique de mi emoción amenazaba con romperse—. Deseaba pasar todo mi tiempo con ella. Deseaba desaparecer con ella. Deseaba... deseaba demasiadas cosas.

—Las dos necesitáis daros un respiro, creo yo —repuso Elenore, extendiéndose la crema en la cara. Verla arreglarse resultaba tranquilizador. Me recordó cuando, de pequeña, antes de que mi madre falleciera, me sentaba a su lado y miraba cómo hacía eso mismo—. Intenta pensar en otras cosas, ve a sitios nuevos, besa a una desconocida. Y luego, después de las vacaciones, si sigues con ganas de arreglar las cosas con Carmilla, haz un esfuerzo por conseguirla.

—Muy buen consejo —murmuré, sabiendo perfectamente bien que no tenía ningún sitio nuevo adonde ir.

Elenore se puso a depilarse las cejas, manejando las pinzas con la precisión de un mercenario.

—Mi oferta sigue en pie, ya lo sabes. En San Francisco me aburriré como una ostra durante el día en mi apartamento y salir por las noches siempre es más divertido si lo haces con una amiga. — Levantó un hombro, un gesto frívolo que salía de ella sin el más mínimo esfuerzo—. En realidad, me estarías haciendo un favor.

Una sensación de calor me inundó el pecho y se me extendió hasta la punta de los dedos.

—Creo que eres una de las personas más buenas que he conocido en mi vida, Elenore Robinson.

—Mejor será que no permitas que nadie te oiga decir lo que acabas de decir. Tengo una reputación que proteger.

Reímos las dos, retomando esa agradable confianza que conlleva la amistad.



El vuelo a San Francisco iba a tope y el ambiente era asfixiante, pero estaba tan nerviosa que apenas si me di cuenta. Bebí gaseosa, aunque estuviera pasado de moda, e hice crucigramas hasta que aterrizamos. Emergimos entonces al templado clima de California. Veintiún grados en pleno noviembre, qué revelación.

Mi padre se había mostrado muy comprensivo cuando le había anunciado que no viajaría a Mississippi para Acción de Gracias, sobre todo después de que le jurase y perjurase que sí iría a casa por Navidad. Creo que en el fondo se sintió aliviado de que por fin empezara a tener amistades y de que hubiera causado tan buena impresión a Elenore, que hubiera decidido incluso invitarme a pasar unos días con su familia. Me pagó el billete de avión e incluso me hizo un giro postal con algo de dinero para mis gastos.

Elenore, que había viajado unos días antes que yo, vino a recogerme al aeropuerto con un elegante Lincoln azul celeste del

tamaño de una lancha motora. El coche de su padre, sin duda, puesto que era propietario de un concesionario de automóviles.

Aunque apenas hacía unos días que no nos veíamos, Elenore hizo sonar el claxon y chilló en cuanto me vio aparecer en la salida. La saludé con un abrazo y me acomodé en el asiento del acompañante. A lo mejor, pensé para mis adentros, todo acababa saliendo bien al final.

Elenore se moría de ganas de ir a la ciudad y, en cuanto dejé las maletas en casa de sus padres y me empolvé un poco la nariz, pusimos rumbo a Haight-Ashbury. El barrio estaba lleno a rebosar de gente joven. Gente que salía de tiendas de discos, establecimientos especializados en la venta de cánnabis y locales musicales, gente que llenaba las aceras caminando en grupos de varias personas. Los chicos y las chicas de California eran mucho más desenfadados que mis compañeras de clase en Nueva Inglaterra. Todo el mundo llevaba el pelo largo, incluso los chicos, y las chicas calzaban sandalias de cuero, llevaban collares de cuentas de colores y vestían túnicas sueltas con estampados estrafalarios. Había músicos callejeros tocando la mandolina en las esquinas, transeúntes descansando a la sombra de los árboles en compañía de sus perros y manifestantes con pancartas reclamando osadamente el control de la natalidad, el derecho al voto y la psicodelia para todos. Un grupo de estudiantes pasó por nuestro lado, discutiendo a voz de grito sobre qué tipo de acto de desobediencia civil podría ser más efectivo para poner fin a la guerra de Vietnam.

—¿No te parece de lo más guay? —preguntó Elenore, enlazándome por el brazo para cruzar una calle. Llevaba los ojos pintados con su característico *eyeliner* negro y un minivestido de color amarillo chillón con mangas acampanadas. Mientras que yo estaba muerta de calor y me sentía totalmente puritana y ridícula con una chaquetita de lana y una falda rosa—. Aquí puedes ser quien te apetezca y nadie se inmuta. Ven, vayamos a comprar unos discos.

Después del Verano del Amor del año pasado, el ambiente reinante era de optimismo y anticipación por algo que estaba fuera del alcance de todos, un momento utópico que transformaría de forma radical la cultura. Me recordaba un poco la fiesta de Magdalena; un mundo alejado de nuestro tiempo, donde todo estaba permitido y nada era tabú.

El tiempo pasó volando mientras Elenore y yo estuvimos de tiendas. Me hizo escuchar The Velvet Underground y yo le insistí en que escuchara un disco de Simon & Garfunkel, después buscó en una estantería un disco de Temptations para sus padres y un single de The Monkees para su hermana pequeña, que estaba enamorada de Davy Jones. El chico latino del mostrador llevaba unos pendientes con plumas y flirteó descaradamente con Elenore mientras iba metiendo sus compras en una bolsa. Elenore se mostró entusiasmada con sus atenciones.

De pronto, me sorprendió la normalidad de todo aquello. De dos amigas paseando del brazo por la calle, entrando y saliendo de tiendas, chismorreando. Era casi suficiente para hacerme olvidar el mundo oscuro de sangre y vasallaje en el que me habían introducido De Lafontaine y Carmilla.

Después fuimos a comprar ropa y Elenore me convenció para que me quedara una falda diminuta de terciopelo azul. Insistí diciéndole que no tenía ni idea ni de dónde ni cuándo me pondría aquello, pero Elenore me obligó a llevármela puesta. Me sentía agradecida por su atrevimiento, por su negativa a encogerse ante la controversia o la atención. Era el contrario de mí en muchos sentidos y la adoraba por ello.

Después de dilapidar todo nuestro dinero en helados, incienso y ropa que jamás se me ocurriría ponerme en presencia de mi padre, volvimos a casa de Elenore. Will Robinson y su esposa Amari me recibieron con entusiasmo, igual que Eden, la hermana pequeña de Elenore, que me interrogó sobre los programas de televisión que me gustaban antes de declarar que yo era una chica «genial». Will era hombre de pocas palabras, pero siempre estaba sonriente y

abrazaba a sus hijas sin reservas, lo que le granjeó mi simpatía de inmediato. Amari era más locuaz. Me habló sobre su trabajo como secretaria de la cámara de comercio y como voluntaria en el Black Panther Parthy de la ciudad, donde se dedicaba a pelar patatas y cortar zanahorias para las cenas benéficas que organizaban. Acabamos charlando sobre la liberación de la mujer, un tema sobre el que me mostraba reacia a hablar a menos que estuviera totalmente segura de que no se reirían de mí, y me proporcionó algunas ideas sobre las que reflexionar relacionadas con estrategias para incluir en la causa las necesidades de las mujeres con escasos ingresos.

Cenamos al más puro estilo norteamericano: con bandejas delante de la tele y viendo una reposición de *Mi bella genio*, una escena que me recordó tanto las noches de domingo en mi casa que acabé incluso llorando un poco. Eden, una niña muy perspicaz para su edad, me pasó un pañuelo de papel y un vaso de zumo para animarme. Era increíble haber tenido la suerte de ser recibida por una familia rebotante de amor y cuyos integrantes se apoyaban los unos a los otros. Todo lo cual hacía que echara increíblemente de menos a mi padre y más si cabe a mi madre ausente. Pero la añoranza quedó superada con creces por aquella alegría tan sincera y tan desprovista de preocupaciones.

Después de recogerlo todo y cambiar el canal para ver *The Andy Griffith Show*, Elenore asomó la cabeza en el salón con el auricular del teléfono en la mano y una mirada casi de disculpa reflejada en la cara.

—Es para ti, Laura.

—¿Para mí? —pregunté, perpleja, pues nadie sabía que estaba en California excepto mi padre, y ni siquiera recordaba haberle dado la dirección de Elenore.

Elenore se limitó a asentir y me pasó el teléfono. Entré en la cocina, que estaba iluminada únicamente por la luz de la campana, y Elenore me dejó a solas para que tuviese privacidad.

—¿Diga? —pregunté, presionándome el teléfono contra el oído.

—Te has ido —dijo Carmilla, y toda mi devoción por ella regresó a mí como un aluvión. Me flaquearon las rodillas y casi tuve que sentarme.

—¿Carmilla?

—Te has ido y ni siquiera me has dicho dónde ibas. —Su voz sonaba aguda y extrañamente tensa. Me di cuenta, con un nudo en el estómago, que estaba esforzándose por no llorar—. He tenido que preguntar a media docena de chicas dónde estabas y luego a media docena más para conseguir el teléfono de casa de Elenore. Imaginaba... imaginaba que me lo habrías dicho.

—Lo siento —dije, bajando la voz—. Es solo que pensaba que no querías saber más de mí después de lo de la fiesta.

—¿Y qué detalle hay de mi comportamiento en la fiesta de la otra noche que te invite a pensar que no te adoro?

Al oír aquello, sí que tuve que sentarme. Me deslicé por la pared de la cocina y me quedé sentada en las baldosas del suelo, con las rodillas recogidas bajo la barbilla. El cable de plástico del teléfono se quedó tenso.

—No lo entiendo —dije, porque de verdad que no lo entendía, porque aquello era demasiado, porque aquellas vacaciones tenían que servir para alejar a Carmilla de mi cabeza y ahora, de repente, volvía a ocuparla por completo.

—Laura —repitió. Hablaba rápido y en voz baja, como si le diera miedo que pudieran oírla—. Lo que dije la otra noche en el tejado, lo dije en serio. Quiero que esto sea algo solo entre tú y yo. Quiero que lo intentemos. De modo que, si he hecho algo mal, te pido disculpas y...

—No has hecho nada mal —dije con una ferocidad que me dejó sorprendida—. Eres maravillosa, Carmilla, y yo también quiero que lo intentemos.

—Entonces, no me dejes. Necesito que me abrases muy fuerte, ¿no me entiendes? Tengo miedo a dejarme perder.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha pasado algo?

—No puedo, por teléfono no puedo.

—Carmilla, tienes que decirme si te has metido en algún problema.

—No es esto, es solo que ella...

—¿Con quién hablas? —oí que decía al fondo la voz de De Lafontaine y se me heló la sangre.

—Con la oficina de atención al estudiante —respondió Carmilla. Y la conversación se cortó.

Conseguí incorporarme y colgar el teléfono. Cuando me volví, vi que Elenore estaba apoyada en el umbral de la puerta de la cocina, observándome con interés.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó.

Como respuesta, me acerqué a ella y la envolví en un abrazo.

—Algún día —dije, pegada a su cuello— te lo contaré todo. Pero por el momento, tengo que proteger la intimidad de Carmilla.

—Solo te pido que vayas con cuidado y no te hagas daño —repuso Elenore, masajeándome la espalda—. Es una chica complicada, esa Karnstein. Llena de trucos y de espejismos.

—Te prometo que iré con cuidado.

—Ahora deberíamos volver al salón. Diles a mis padres que era tu padre que llamaba para ver cómo estabas, ¿de acuerdo? No es necesario preocuparlos.

En aquel momento me juré no olvidar nunca la bondad de Elenore ni su voluntad de custodiar mis secretos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Carmilla

Diciembre llegó sombrío y oscuro. Las noches aterciopeladas de otoño cobraron un tono más áspero a medida que se acercaba el invierno y me encontré pasando más tiempo despierta que dormida. Las residencias estudiantiles se vaciaron con motivo de las vacaciones de otoño y empecé a pasar la mayor parte del tiempo en el apartamento de De Lafontaine, acurrucada debajo de una montaña de mantas en su sofá, poniéndome al día en mis lecturas y bebiendo tazones de té negro flojo. La bebida no es que me sentara estupendamente y tampoco saciaba el hambre que me rugía en el estómago, pero al menos me daba calor y me recordaba mi infancia en Austria, sobre todo si me lo servía con unas gotitas del coñac de De Lafontaine.

De Lafontaine se tomaba mi educación vampírica con la misma seriedad con la que se tomaba mi enriquecimiento académico. Corría las cortinas, se instalaba en su sillón y me daba clases, a veces incluso durante dos horas seguidas. Y yo, siempre una alumna aplicada, tomaba notas.

Aprendí que los registros orales sobre el vampirismo se remontaban a tiempos de Jesucristo y que, a pesar de los numerosos cuentos de viejas sobre los orígenes del primer vampiro, nadie sabía exactamente cómo habían surgido. Aprendí que con el tiempo nos hacíamos más poderosos, aunque también más

vulnerables al sol y más intolerantes a la comida y la bebida, y aprendí que los vampiros no podíamos alimentarnos bebiendo de otras criaturas de la noche o de animales, de ahí nuestra dependencia de las presas humanas.

De Lafontaine parecía pensar que el vampirismo era una aberración natural, una condición transmisible que guardaba bastantes similitudes con las enfermedades hereditarias. A mi entender, esta perspectiva le restaba bastante romanticismo a la forma de vida por la que tanto había suspirado, pero no quería llevarle la contraria.

—¿Cuántos somos en el mundo? —le pregunté una noche, mientras encendía varias velas soportadas en botellas de vino vacías.

—No podría decírtelo —respondió, pensativa y recogiendo el pelo en uno de aquellos moños tan simples y sofisticados a la vez—. Hay vampiros que prefieren formar pequeños sistemas familiares y cazar en grupo, pero la mayoría vivimos solos. En el transcurso de mi larga vida habré conocido una cincuentena de paseantes de la noche, básicamente en reuniones exclusivas.

—Como la fiesta de Magdalena —sugerí con cautela.

Habíamos evitado comentar aquella fatídica noche, más que nada porque cada vez que nos acercábamos a esa posibilidad, los ojos de De Lafontaine brillaban de rabia.

—Sí, Magdalena es curiosamente sociable para ser vampira y es de las que mantiene una pequeña familia de esclavos para tener compañía. Disfruta celebrando esas reuniones efímeras de salón, aunque creo que básicamente lo hace por recopilar chismorreos y controlar a los personajes importantes con los que quiere congraciarse. Es, en el fondo, una política. ¿Sabías que ayudó a colocar a Pablo VI en el trono papal? Aunque, según ella lo cuenta, en privado apoyaba a un candidato mucho más progresista.

—¿Alguna vez tuvo usted una casa como la de ella?

—No —respondió De Lafontaine, sonriéndome. La luz de la chimenea le bailaba en la cara, destacando más si cabe sus prominentes pómulos—. Cuando estábamos solamente Isis y yo,

tenía la sensación de que ella era todo lo que necesitaba... Pero entonces te conocí y empecé a concebir la idea de crear una familia, contigo como piedra angular. He pasado toda la vida buscando una protegida que merezca la pena y, ¿no te parece raro?, al final fuiste tú la que llamó a mi puerta. Como el destino hecho carne y hueso.

Le devolví la sonrisa, pero de pronto empecé a sentir un calor asfixiante. Bajé la vista hacia mis notas para que De Lafontaine no percibiera el titubeo de mi sonrisa y subrayé mi última frase con tanta fuerza que partí la punta del lápiz.

—Ya basta de mi historia por hoy —anunció De Lafontaine, bostezó lánguidamente. Desplegó las piernas, que tenía recogidas bajo el cuerpo, y se acercó a la estantería para elegir un libro de Rimbaud—. ¿Recitarás para mí, querida?

Tragué saliva, abrí el libro y empecé a leer, con la voz más firme de la que fui capaz, *Ce qu'on dit au poète à propos de fleurs*.

De Lafontaine cerró los ojos y se dejó acariciar por mis palabras.

Articulé las vocales francesas de manera mecánica, pero, por dentro, mi cabeza no paraba de dar vueltas.

Me había convertido en el exclusivo foco de atención de De Lafontaine, su obsesión, su clara favorita. Pasaba todas mis horas respirando su mismo aire, siguiendo sus estrafalarios pasos. Dormía en su cama, me abastecía de su biblioteca, bebía en sus tacitas de porcelana, me ponía su perfume. Antes de Laura, aquello habría sido la culminación de todos mis deseos. Pero ahora mi vida se había visto atacada por la flecha dorada de la presencia de Laura, su encanto y su luz me tenían tan extasiada como lo estuvo en su momento santa Teresa. Pasaba los días inquieta, acosada por visiones de sus ojos de color aciano y sus rizos dorados, imaginándomela riendo, tirando de mi cola de caballo o abriendo para mí sus blancos muslos. Durante las noches, el estómago se me revolvía, recordándome cómo había podido llegar a ser tan negligente con su corazón en aquella fiesta, cómo la había empujado más allá de los límites de lo convencional y la decencia.

En su presencia me sentía miserablemente turbada, pero sin ella me sentía simplemente miserable.

Y no ayudaba en nada que estuviera hambrienta.

De Lafontaine me había llevado de caza una sola vez y me había asesorado sobre cómo atiborrar de cerveza a un chico en el pub del pueblo para llevarlo luego a un callejón oscuro e hincarle allí el diente. Rígida y con torpeza, lo había besuqueado y había hecho lo posible para esquivar sus babas y sus manoseos. El mordisco había sido la antítesis del clímax y después me había apresurado en disimular el pinchazo de la mordedura con el morado de un veloz chupetón. Y desde que De Lafontaine me había felicitado por mi primera caza, no había podido parar de pensar en lo sucedido. Aquel tipo tenía un sabor asqueroso, como una mezcla de colilla de cigarrillo con grasa de cocina, y anhelaba la sustancia que fluía por las venas de Laura.

—¿Qué pasa cuando nos descubren? —le había preguntado en el coche, ya de vuelta a casa—. Usted se alimentaba de mí y yo me alimentaba de Laura, era un círculo cerrado. ¿Qué pasa cuando la gente del lugar empieza a percatarse de que le están chupando la sangre?

—Pasa que nos vamos, claro está —me había respondido, como si fuese lo más sencillo del mundo—. Tú y yo, ocultas por la noche. ¿No te parece divertido? Podemos pensar que somos como espías.

Pero no me había sonado nada divertido. Sobre todo porque implicaría dejar atrás mis libros, mi guardarropa y mi Laura.

—Oh —había dicho.

Y durante el resto del trayecto, no había vuelto a cruzar palabra con De Lafontaine.



No esperaba ver a Laura hasta que se reiniciara el seminario de poesía, pero la última noche de las vacaciones de otoño, mientras

estaba adormilada en la cama de De Lafontaine, oí que llamaban a la puerta.

La olí incluso antes de verla. Polvos compactos, lana de buena calidad y sangre como vino de fresas. Abrí rápidamente la puerta y Laura se arrojó a mis brazos y me estrechó con todas sus fuerzas.

—Carmilla —suspiró, y su aliento dulce me alborotó el pelo—. Dios mío, cuánto te he echado de menos.

—Siento haberte llamado —balbuceé—. Me sentía muy sola y pensaba que ya no querías nada conmigo, y caí presa del pánico y...

Laura me silenció con un beso. Uno de nuestros besos, firme y exigente. Separé los labios y dejé que me devorara allí mismo, en la puerta.

—¿Dónde está De Lafontaine? —preguntó, apenas rompiendo el beso para hablar.

—Ha ido al pueblo a por tabaco. No volverá hasta pasada una hora, imagino.

Laura volvió a besarme y me derretí con la perfección del momento.

No sé cómo, pero acabamos en la habitación de De Lafontaine. Laura me empujó hacia la cama arrugada. Levanté la vista hacia ella y la miré con adoración, maravillada, y ella bajó la vista hacia mí con expresión imperiosa. Era bellísima cuando se ponía así, parecía una reina sacada de un cuento de hadas.

—Desnúdate para mí —dijo, con ese tono de voz al que nunca me podría resistir.

Imaginé que no era muy buena idea. De Lafontaine podía entrar por la puerta en cualquier momento. Pero eso solo servía para que la situación fuese aún más excitante.

Empecé con mis calcetines hasta la rodilla. Los hice descender por las pantorrillas hasta quedarme descalza. A continuación, deshice la cinta azul celeste que me sujetaba el pelo y la até al cabezal de la cama. Los ojos de Laura, repentinamente hambrientos, siguieron mis gestos.

—¿Qué estás pensando? —pregunté, tomándome mi tiempo para desabotonarme la blusa. Era de raso, fluida, confeccionada para una mujer más alta que yo, y la había afanado del armario de De Lafontaine.

—Simplemente algo que siempre he querido probar —respondió Laura, pasándose la lengua por el labio inferior, como si quisiera saborear la mancha de carmín que acababa de dejarle impresa—. ¿Te apetece jugar un juego conmigo?

—Me apetece jugar a cualquier cosa siempre que sea contigo —repuse, dejándome resbalar la blusa por los hombros.

Laura se descalzó y aquel simple gesto me provocó un escalofrío.

—Tumbate bocarriba —dijo, y obedecí.

Me envolvió su ya familiar aroma a jabón de lavanda y algodón. Laura se arrodilló encima de mí, clavándome las rodillas en las caderas, y me sujetó las muñecas con la cinta.

—¿Demasiado apretado? —preguntó, tensando la cinta.

La presión era deliciosa, suficiente para cobrar conciencia de mi latido y mi respiración sin forzar en exceso.

—En absoluto —respondí.

—Ahora, mantén las manos quietas, cariño —murmuró Laura y, acto seguido, me acercó la cara y me besó. Me sentía tan perdida en aquella sensación vertiginosa, que mis manos ascendieron sin que se lo ordenara para acariciarle las mejillas.

Laura interrumpió el beso y me presionó las muñecas por encima de la cabeza con una fuerza sorprendente. Apenas recordaba que el poder de verdad lo tenía yo, que si me apetecía, podía inmovilizarla sin derramar ni una simple gota de sudor, pero la sensación de someterme a ella resultaba tremendamente dulce.

—O mantienes las manos ahí o paro —dijo Laura, esbozando una sonrisa malévola. Era una efigie de fuego, encarnaba todo aquello en lo que solo me había atrevido a soñar.

—Creo que te amo —le espeté.

La expresión de Laura se suavizó y se inclinó para besarme en la frente. El contacto fue leve, casi tímido, en marcado contraste con la cruel presión que me ejercía sobre las muñecas.

—Creo que yo también te amo —susurró, y su expresión malévola reapareció instantes después—. Aunque ya veremos lo que piensas cuando veas lo que te hago.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada y cerré los ojos. El alivio de sentirme amada y la anticipación de ser manejada como si fuera cualquier cosa se acumularon con calidez en mi vientre.

—Hazme lo peor que se te ocurra —dije.



Cuarenta y cinco minutos después, me había convertido en una figura temblorosa y empapada de sudor. Laura se había negado en redondo a dejar que la tocara o me tocara y yo había mantenido mi valiente esfuerzo de conservar las manos unidas por encima de la cabeza. Laura me había besado, mordido y lamido hasta casi alcanzar el delirio, y me había negado el clímax cada vez que se había puesto a mi alcance.

—Por favor —gruñí, mientras arrastraba los dedos por la humedad reinante entre mis muslos—. Eres una sádica.

—Me considero más bien una disciplinaria —replicó, trazando círculos sobre mi clítoris con el pulgar.

—¿Has sacado la palabreja de alguno de tus libros?

Laura se ruborizó al verse sorprendida y me hizo callar pellizcándome el muslo.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —dije, esforzándome para enlazar la frase, porque la habitación me daba vueltas y estaba segura de que incluso sería capaz de saborear sus colores.

—¿Quizás te lo mereces como recompensa por todos los cumplidos ambiguos y comentarios sarcásticos que me dirigiste durante nuestros primeros meses de amistad? No te creas que los he olvidado.

—No los dije nunca en serio, de verdad.

—Sí, por supuesto que los decías en serio —replicó Laura, riendo entre dientes.

—De acuerdo —reconocí—. Lo decía en serio.

Laura me introdujo un dedo explorador y acarició con delicadeza mis paredes internas. Eché la cabeza hacia atrás, mordiéndome los labios. Necesitaba más presión, más fuerza, *más*.

—Laura —supliqué—, ten piedad.

—La gran Carmilla Karnstein humillada hasta acabar suplicando.

—Sí, maldita sea, te lo ruego. Haré cualquier cosa, Laura, pero deja que me...

No pude acabar la fase, porque Laura empezó a entrar y salir de mí. Grité, sujetándome al cabezal de la cama, sin bajar las manos en ningún momento.

Me corrí con tanta fuerza que vi las estrellas. Una lágrima solitaria me descendió por la mejilla y Laura me la borró a besos.

—Eres magnífica —dijo—. Tanta rabia y tanta belleza... Eres material para poesía.

—¿Puedo bajar los brazos ya?

—Sí.

Exhalando un suspiro enorme, pasé mis manos unidas por detrás de la cabeza de Laura y la atraje hacia mí para abrazarla. Enlazamos las piernas y aspiré su olor. Y cuando mis labios percibieron el pulso de su cuello, se me hizo la boca agua.

—¿Puedo? —pregunté.

Estaba tan sobreexcitada que ni siquiera podía pensar correctamente. Pero el dolor de la necesidad seguía presionándome, esa necesidad de saborearla, de devorarla.

A modo de respuesta, Laura se despojó de su camisa de cuadros que, por alguna razón desconocida, había conseguido permanecer en su lugar durante toda la duración del juego. Dedicué un momento a admirarla, su piel cremosa, la generosidad de sus curvas, el mullido pecho que asomaba por encima de un sujetador *balconette* y, acto seguido, clavé los dientes en su yugular.

Un alivio inmenso se apoderó de mí cuando la sangre me empezó a inundar la boca. Temblé entre sus brazos cuando Laura se tensó y luego se relajó ya sin dolor, ofreciéndome su vida para que yo pudiese subsistir en la mía.

¿Cómo podía haber sobrevivido hasta entonces sin ella?

Bebí de ella con avaricia pero con cuidado de no pasarme. Me alimenté hasta que mi estómago dejó de quejarse y, entonces, la solté. Laura se quedó mirándome con ojos vidriosos por las lágrimas o por el amor.

—¿Has bebido de alguien más? —me preguntó en voz baja—. Durante mi ausencia.

La estreché con más fuerza.

—Tuve que hacerlo —respondí, en apenas un susurro—. Tenía mucha hambre. No sabía si ibas a volver algún día. ¿Estás enfadada?

—No —dijo pensativa—. No creo que me importe que te alimentes de otros, siempre y cuando acabes volviendo a mí.

—Te querría, aunque no fueses mi donante de sangre, quiero que eso lo tengas muy claro. No quiero que pienses...

—No lo pienso. Y me gusta ser tu compañera, señora vampira.

Rei y froté la nariz contra la de Laura. De repente, me puse rígida al oír el sonido que acababa de filtrarse a través de la ventana del dormitorio.

Sonido de tacones en la gravilla, la señal reveladora del regreso de De Lafontaine. Laura se quedó blanca cuando las dos oímos el tintineo de las llaves en la cerradura de la entrada.

—Vístete —dijo en voz baja Laura, como si De Lafontaine estuviese ya aquí mismo.

Salté de la cama y empecé a ponerme la ropa mientras Laura se enfundaba la camisa y se metía corriendo en el cuarto de baño para lavarse las manos y adecentarse el pelo. Dejamos la puerta del dormitorio entreabierta, tal y como la habíamos encontrado, y luego nos tumbamos en el sofá del salón con toda la cara de aburrimiento que fuimos capaces de poner.

De Lafontaine entró instantes después, con su pelo oscuro alborotado por el viento. Se quitó el abrigo y arqueó una ceja al ver a Laura, mirándola como si fuese un gato travieso que había tumbado un jarrón durante su ausencia.

—Laura, estás de vuelta. Imagino que Carmilla te habrá invitado a pasar.

—No iba a permitir que se quedara ahí fuera congelándose —dije, con estudiada indiferencia.

De Lafontaine asintió. Colgó el abrigo y se despojó de sus guantes de cuero.

—Un gesto hospitalario por tu parte. Me temo que tengo migraña, chicas, de modo que si os entretenéis sin hacer mucho ruido mientras yo me acuesto un rato, os lo agradeceré.

Entró en su habitación y Laura, que había estado fingiendo que anotaba alguna cosa en su agenda, levantó la vista y me miró ojiplática. Tal vez, al final, conseguiríamos salirnos con la nuestra.

Miré de reojo hacia la habitación de De Lafontaine y vi que se estaba descalzando, quitándose los pendientes y bajando la colcha.

Pero entonces, se detuvo en seco.

Sus manos rozaron el borde de la sábana para cogerla y acercársela a la cara. En la penumbra de la habitación, vi dos gotitas de sangre sobre la tela blanca, tan llamativas como un par de rosas en pleno invierno.

De Lafontaine me miró a los ojos y me fulminó con la mirada.

Y cerró de golpe la puerta, cortando en seco la conexión.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Laura



Se reanudaron las clases. Me resultaba extraño consagrar mi tiempo a tareas tan mundanas como los deberes y las lecturas asignadas cuando mi mundo había dado un vuelco tan impresionante en solo unas semanas, pero hice lo posible por aplicarme. En el campus reinaba un sentimiento de recelo, lindando casi con la paranoia, puesto que la muerte de la estudiante de intercambio no había quedado resuelta por la silenciosa investigación de la administración que sin duda confiaba en que el caso estuviera cerrado cuando hubiera acabado el periodo de vacaciones. Los equipos de seguridad hacían rondas por los terrenos a todas horas del día y el toque de queda estricto a las nueve de la noche había quedado instaurado en la totalidad del campus, incluso para el profesorado residente. Las chicas sorprendidas fuera de su residencia después del anochecer eran guiadas a sus dormitorios por profesores y personal cargado de buenas intenciones, y las estudiantes habían adquirido la costumbre de ir a las aulas en grupos de tres o cuatro, como si ser varias pudiese servirles de defensa contra un asesino sobrenatural.

Era imposible no darse cuenta de que Carmilla había dejado de presentarse en las clases que tenía en horario diurno, pero De Lafontaine había hecho correr en la sala de profesores el rumor de que la señorita Karnstein había caído en un estilo de vida disoluto y se pasaba las noches de juerga. Como resultado de ello, había

decidido acoger a la chica bajo su protección y pensaba hacerse personalmente responsable de su rehabilitación. Después de aquella declaración de intenciones, se habían vuelto prácticamente inseparables y a menudo se las veía cruzar juntas el patio al anochecer. En privado, envidiaba su sincronía, su mutuo entendimiento, pero mis celos se aplacaban cada vez que Carmilla me tomaba la mano o me daba un beso en la comisura de la boca. Teníamos que ir con cuidado con nuestras muestras de efusividad en público, pero Carmilla era atrevida y con frecuencia me enlazaba por el brazo de camino a clase o se sentaba tan cerca de mí en el seminario de De Lafontaine que nuestras rodillas se rozaban.

Y entre tanto, nuestras reuniones secretas en el apartamento de De Lafontaine continuaron.

—La poesía es un desahogo de las pasiones —dijo De Lafontaine durante una de aquellas reuniones privadas. Nos había estado leyendo fragmentos de *Los cantos del sueño*, de John Berryman, y la melancolía de aquellas palabras me había llenado los ojos de lágrimas—. Nos recuerda nuestra humanidad al permitirnos expresar todos los sentimientos que la sociedad educada consideraría inapropiados, monstruosos incluso.

Carmilla sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta, me secó los ojos y me dio un beso muy dulce en la mejilla. De Lafontaine se nos quedó mirando como si acabáramos de cometer una atrocidad, como si la ternura fuese un anatema para ella.

Y entonces, cerró el libro de golpe.

—Se acabaron las lecturas por hoy, creo —dijo, dando media vuelta para ir a coger el abrigo—. Necesito comer. Me voy de caza a los bares y no sé cuándo estaré de vuelta, así que cerrad la puerta con llave en cuanto me haya marchado.

—Pero si todavía queda una hora —dijo Carmilla.

Parecía ofendida porque De Lafontaine le robara una hora de enseñanza. Yo, en cambio, me sentí aliviada. Me costaba subsistir bajo la severa mirada de De Lafontaine, que últimamente

cuestionaba todo lo que yo decía y hacía. Cuando ella no estaba presente, me costaba mucho menos respirar.

—Pues resulta que tengo hambre, Carmilla —replicó De Lafontaine con voz repentinamente cansada—. Sabes muy bien que ya no puedo seguir alimentándome de ti, de modo que te pido que no te muestres reacia. Estoy segura, además, de que encontraréis la manera de entreteneros sin mí.

Y con eso, cerró la puerta con fuerza.

—La verdad es que a veces es como una fruta amarga —refunfuñó Carmilla.

Extendió sus largas piernas sobre mi falda y acaricié con despreocupación su pantorrilla mientras, a través del ventanal del salón, vi a De Lafontaine cruzar la hierba en dirección al campus.

—Pues no pienso quedarme aquí sentada esperándola —dijo Carmilla, levantándose de pronto—. ¿Vienes o no?

—¿Dónde vamos? —dije, levantándome también para ir a buscar el abrigo. ¿Dónde no iba a ir yo si Carmilla me lo pedía?

—¿No sientes cierta curiosidad por saber adónde va? —preguntó Carmilla, moviendo la cabeza en dirección a Seward Hall—. No he podido dejar de pensar en ello desde... desde aquella noche.

—¿Cuánto recuerdas de aquella noche? —pregunté con prudencia, porque había evitado comentar con Carmilla su muerte; me parecía poco educado.

—Es todo muy confuso, pero recuerdo un ataúd y a De Lafontaine delante de mí, y mucha sangre.

—Sí, a rasgos generales fue eso.

—Ya he esperado demasiado a que De Lafontaine me ponga al corriente y, como no dice nada, quiero averiguarlo por mi cuenta. ¿Te apuntas?

Cogí la cara de Carmilla entre mis manos y la besé.

—Mientras seamos prudentes y rápidas, sí. Pero tienes que prometerme que irás con mucho cuidado. Ya estuve a punto de perderte una vez y no quiero volver a pasar por eso.

—Te juro que iré con cuidado. Pero tú tienes que jurarme lo mismo.

—Por supuesto.

Decidimos salir por la escalera de incendios y, una vez en el suelo y con las mejillas coloradas por el frío, echamos a correr de la mano por la hierba mojada.

A aquellas horas de la noche, Seward Hall estaba cerrado, pero Carmilla consiguió abrir la cerradura con uno de mis pasadores. Entramos y cerramos la puerta sin hacer ruido a nuestras espaldas. Recordando el trayecto que hicimos la noche de Halloween, bajamos por la escalera hasta el nivel del sótano y conseguimos localizar la trampilla después de avanzar un rato a tientas.

Las catacumbas del subsuelo de la universidad estaban tan frías y húmedas como recordaba, pero la presencia de Carmilla me envalentonó. Nos guiamos con la ayuda de una pequeña linterna que Carmilla había birlado del armario de De Lafontaine. La luz amarilla hacía el ambiente más tenebroso si cabe, pues todo lo que quedaba fuera del haz era negro como la boca del lobo.

—¿Hacia dónde era? —pregunté en voz baja, mirando a mis espaldas.

Empezaba a sentirme insegura sobre mi capacidad para encontrar el camino de vuelta y eso me daba miedo de verdad.

—Todo recto, creo.

—¿Estás segura de que no era hacia la izquierda?

—Aquella noche me morí, Laura. Mi memoria no estaba en su mejor momento.

Seguimos adelante, en busca de aquel ataúd tan extraño, y no dije nada más. No habíamos comentado cuál era nuestro objetivo, pero estaba segura de que, si conseguíamos llegar hasta allí, encontraríamos las respuestas a todas las preguntas que nos torturaban. ¿Qué tipo de criatura había sido sepultada en las entrañas de Santa Perpetua? ¿Qué quería De Lafontaine de ella? ¿Era realmente la horripilante asesina de aquella pobre chica?

Los pasadizos eran infinitos y se oían constantemente chirridos y movimientos, una señal clara de que por allí corrían ratas. Y entonces, justo cuando me disponía a sugerir con firmeza que diéramos media vuelta, Carmilla se quedó inmóvil y me agarró por la muñeca.

—Escucha —musitó.

Escuché. Y allí, más allá del goteo persistente del agua y del tamborileo de mi corazón, capté el inconfundible sonido de unas voces.

Miré de reojo a Carmilla, que enseguida apagó la linterna. De la mano, avanzamos de puntillas y palpando la pared. Seguimos la dirección de las voces y doblamos una esquina, luego otra, hasta vernos recompensadas por el parpadeo de una luz a lo lejos.

Nos paramos al final de un pasadizo y asomamos levemente la cabeza hacia la sala que se abría después. Y allí, tesa como un palo y con los brazos cruzados refinadamente delante de ella, estaba el monstruo que había atacado a Carmilla noches atrás. Solo que ahora su aspecto era mucho menos monstruoso. Seguía teniendo la cara demacrada, la piel fina y cetrina, pero el pelo había cobrado consistencia y sus ojos oscuros brillaban más. Llevaba todavía el andrajoso vestido negro con el que había sido enterrada, pero ahora parecía una joven gravemente enferma, no una muerta.

—No has hecho lo que te pedí —dijo, con una voz grave y retumbante como el tañido de una campana.

—¿Cómo quieres que haga eso? —dijo una segunda voz—. Después de todo este tiempo, sigues pidiéndome demasiado.

La sangre se me heló en las venas.

Aquella voz, conocía aquella voz.

De Lafontaine, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo, entró en el círculo de luz de una vela que se derretía en el suelo. Desde donde estábamos situadas se la veía más pequeña, menos majestuosa.

—¿Cuántas chicas me habías entregado antes? —dijo Isis—. No entiendo por qué esta tiene que ser diferente.

—Sabes muy bien por qué es diferente —replicó De Lafontaine, con una expresión que era de humillante tristeza.

—Haz lo que te pido y te perdonaré. Haz solo esto y podremos volver a estar juntas.

De pronto me superó la sensación de que no debería estar allí, de que no debería ser testigo de aquel intercambio, pero la escena me había dejado paralizada. Carmilla me cogió la mano y, por el movimiento de su pecho, noté que respiraba con dificultad.

De Lafontaine avanzó un paso hacia Isis y titubeó, quedándose clavada donde estaba. Abrió y cerró las manos en puños a ambos lados de sus costados.

—La que se marchó fuiste tú —dijo en un tono de voz letalmente grave—. No yo. ¿Por qué tengo que ser castigada por tu decisión?

—Oh, amor mío —dijo Isis, con un suspiro y cerrando el espacio que las separaba. Extendió una mano esquelética para abarcar la cara de De Lafontaine. De Lafontaine no se apartó—. No es un castigo. Es una prueba.

Acercó los labios a los de De Lafontaine, pero De Lafontaine se retiró en el último momento.

—No podemos seguir viéndonos así —dijo con brusquedad—. Y tú no puedes seguir dejando cadáveres abandonados por todos lados.

—¿Acaso resulta que ahora encuentras desagradable la idea de un asesinato? No sabía que la torre de marfil te hubiera ablandado tanto.

—No se trata de mí, sino de ti, y siempre ha sido así. Esto es una institución pequeña, Isis. La gente acabará atando cabos.

—¿Y entonces qué, Evelyn? ¿Permitirás que vengan a por mí?

No llegué a oír la respuesta, porque Carmilla se estiró demasiado y resbaló en el suelo cubierto de musgo húmedo. Isis se volvió de repente hacia nuestro escondite y, con todas mis fuerzas, tiré de Carmilla para protegerla de nuevo con la oscuridad.

—Se acabó el tiempo —le dije al oído y, entrelazándole la mano, empecé a avanzar a la máxima velocidad posible por donde habíamos venido.

Nos arrastramos por el suelo irregular como dos ratoncillos, esquivando charcos y suciedad. Apenas era consciente de los sonidos que nos seguían, del inequívoco ruido de los zapatos estampándose en el suelo de piedra.

—Acelera —jadeó Carmilla.

Doblamos una esquina y echamos definitivamente a correr, sin que nos importara ya hacer ruido. Me dolían los pulmones y el corazón me iba a mil. Mi cabeza giraba sin cesar, presa de un miedo delirante. No tenía ni idea de qué pasaría si nos atrapaban, pero estaba segura de que no sería agradable.

—Allí —anunció Carmilla, señalando hacia delante.

Si entrecerraba los ojos y forzaba la vista conseguía vislumbrar el perfil de la trampilla abierta y la estrecha escalera que ascendía hasta Seward Hall. Los pasos a nuestras espaldas se oían con menos potencia y recé para que la oscuridad de las catacumbas hubiera ocultado nuestra identidad y desconcertado a nuestras perseguidoras.

Empujé a Carmilla para que subiera delante de mí y luego me encaramé yo para abandonar el subsuelo y acceder al sótano de Seward Hall. Trabajando en colaboración, cerramos la trampilla y continuamos nuestra loca carrera hasta cruzar la puerta en la que habíamos forzado la cerradura y el patio.

Resbalé en la hierba húmeda y Carmilla, con una fuerza sobrenatural, tiró de mí para levantarme y acabó llevándome en brazos hasta la puerta del edificio de De Lafontaine. Si De Lafontaine volvía y no nos encontraba allí, levantaríamos sus sospechas. Y en el instante en que llegamos al descansillo y cruzamos la puerta del apartamento, hablé casi sin recuperar la respiración.

—¿De qué demonios iba todo eso?

—No lo sé —respondió Carmilla, con el cuerpo doblado y descansando las manos en las rodillas. Trataba de engullir grandes

bocanadas de aire—. Pero lo que sí sé es que De Lafontaine no ha sido sincera conmigo. Con nosotras.

—Me parece que ese es el menor de nuestros problemas —dije. Fui directa a la cocina y me serví un dedo de *bourbon*, sin nada. Normalmente apenas bebía alcohol, pero mis nervios estaban a punto de saltar por los aires. Con una mueca, lo engullí de un trago, aclaré el vaso y lo dejé donde lo había encontrado—. ¿Crees que De Lafontaine ha estado ayudándola todo este tiempo? ¿Dándonos largas al decirnos que no era asunto nuestro y que ya se ocuparía ella de solucionarlo?

—No lo sé. Ya no sé nada.

—Tenemos que hacer algo, Carmilla.

Carmilla abrió la boca para replicar, pero el sonido de pasos en la escalera nos calló de repente. Intercambiamos miradas de pánico y corrimos a sentarnos delante de la mesita de centro, donde diligentemente fingimos que estábamos enfrascadas en una partida de Scrabble que habíamos dejado abandonada.

De Lafontaine entró por la puerta instantes después. Había recuperado su aspecto majestuoso, pero se la veía demacrada. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que había comido.

—Hola, chicas —dijo, despojándose de los guantes con calma, de dedo en dedo.

—¿Qué tal ha ido por los bares? —preguntó Carmilla con su voz alegre de siempre. Mi querida mentirosa.

—Sin incidentes —respondió De Lafontaine, algo tensa—. Pero no he obtenido lo que quería de mi excursión. Imagino que tendré que volver mañana por la noche.

Carmilla y yo intercambiamos miradas de recelo después de que De Lafontaine pasara por nuestro lado para ir a su habitación. Permanecí sentada prácticamente inmóvil, oyendo cómo se desvestía al otro lado de la puerta, desde el clic de sus zapatos al caer sobre el suelo de madera hasta el cling de sus joyas al ser depositadas en el platito que tenía en la mesita de noche.

—Feliz cacería —dije con voz débil.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Carmilla

No le dijimos nada a De Lafontaine acerca de aquella aterradora noche en el subsuelo de la universidad, aunque no creo que tuviera importancia. De Lafontaine parecía comprender que habíamos estado haciendo algo ilícito, igual que parecía comprender que entre nosotras había algo más que malicia en aquellos primeros meses de amistad. Era una fuerza de la que no podía escapar, como la de la gravedad o el frío que había llegado acompañando diciembre.

Había pasado el trimestre de verano fantaseando con un invierno al lado de De Lafontaine, tan pegada a ella como el forro de seda de su abrigo. Pero ahora que había conseguido lo que quería, no tenía nada que ver con lo que me había imaginado. De Lafontaine era malhumorada y exigente, celosa hasta un extremo que jamás se dignaría a reconocer y, o totalmente ignorante de mi presencia, o tan empalagosamente atenta que me dejaba un sabor desagradable en la boca. Y después, estaban las mentiras.

El rencor empezó a arraigar en la parte más oscura y silenciosa de mi corazón. ¿Cómo se atrevía De Lafontaine a mentirme después de aquel sermón en su despacho donde declaró que no debía haber secretos entre nosotras? ¿Cómo podía excusar a aquel monstruo que acechaba en el subsuelo de la universidad si sabía perfectamente bien que era la responsable de una muerte tan espeluznante que ponía en peligro la seguridad de todas las chicas? Por mucho que

odiara el control que De Lafontaine ejercía sobre mi vida, odiaba todavía más el poder que Isis parecía ejercer sobre ella. ¿Por qué no la echábamos de allá abajo o dejábamos miguitas de pan para que la policía llegara hasta su guarida? ¿Por qué De Lafontaine insistía en fingir que el mundo podía seguir girando como si tal cosa?

Cada vez que cruzaba el campus para ir a clase, no podía evitar preguntarme si Isis estaría correteando bajo mis pies como una rata, disfrutando a sus anchas de las catacumbas. Seguía ejerciendo un poder letal sobre De Lafontaine, eso era evidente, aunque no tenía ni idea de por qué. La nostalgia de un amor muerto hacía mucho tiempo, imaginaba, era más potente que cualquier estupefaciente y presentaba las mismas probabilidades de conducir a una toma de decisiones errónea.

Intenté hablarlo con ella una sola vez, con consecuencias relativamente desastrosas. Estábamos en uno de los bares menos populares de las afueras de un pueblo cercano, uno de esos locales que jamás frecuentarían las chicas de Santa Perpetua. Estaba demasiado pasado de moda, era demasiado popular entre los viejos del pueblo y solo sonaba música antigua y clásicos de *jazz*. Naturalmente, era el lugar perfecto para que De Lafontaine pudiera mantenerse alejada de los ojos curiosos de sus alumnas. Podíamos sentarnos la una pegada a la otra en la penumbra y mantener discusiones de carácter íntimo sin miedo a difundir rumores sobre una posible conducta inapropiada entre maestra y alumna. La administración estaba dispuesta a tolerar cierta confraternización dentro de la seguridad de los límites del campus, pero que alumnas y profesores se reunieran para beber en bares oscuros ya era más irregular.

Aquella noche estábamos compartiendo nuestra segunda botella de merlot mientras una banda tocaba en directo una triste versión de *Smoke Gets in Your Eyes*. Llevábamos un rato bebiendo en silencio, concentradas en emborracharnos con la misma meticulosidad con la que los estudiantes de doctorado trabajaban en sus tesis. Siempre que intentaba capturar la mirada de De

Lafontaine, ella volvía la cabeza hacia la banda o bajaba la vista hacia el encendedor de plata cuya tapa abría y cerraba continuamente sobre el regazo.

—¿Me ha traído hasta aquí solo para darme un trato de silencio? —pregunté cuando ese mutismo se me hizo insoportable. Crucé los brazos sobre el pecho, tanto para expresar mi insatisfacción como para mantener el equilibrio mientras la sala, que ya se difuminaba por los bordes de mi visión, amenazaba con empezar a girar.

De Lafontaine se pasó la mano por la boca, sorprendentemente incolora ahora que había borrado cualquier rastro de lápiz de labios, y me miró por fin.

—¿De qué quieres hablar, exactamente?

—La profesora es usted, ¿no ha traído consigo sus notas para darme una conferencia? —murmuré, apurando lo que quedaba de mi cuarta copa, o quizás fuera la quinta—. Yo no soy más que una estudiante, ¿lo recuerda? No tengo opinión.

—Creía que te gustaba pasar tu tiempo conmigo.

—Y me gusta. Pero no cuando tengo la impresión de que solo me pide que la acompañe para mantenerme alejada de Laura.

Los ojos de De Lafontaine brillaron de rabia y el corazón me dio un vuelco. Tal vez la tormenta llevaba ya tantas semanas gestándose que acabaría estallando de un momento a otro, nos pelearíamos y finalmente podría quedarme aliviada.

Pero entonces, De Lafontaine aspiró, soltó el aire por la nariz y vació lo que quedaba de la botella en su copa, cuyo tallo estaba grasiento de sus huellas y con el borde manchado de carmín. Me sentí, de forma intensa y miserable, como aquella copa de vino, colgando de sus manos y cubierta de marcas por ser de su propiedad.

—El tiempo desdibuja los contornos del amor igual que el mar erosiona las piedras —dijo, arrastrando ligeramente las vocales—. Con el tiempo, ni siquiera recordarás el color de su cabello.

Solté una carcajada muy poco elegante.

—No creo que sea la más adecuada para decir esto. Después de ir detrás de una mujer durante más de cuarenta años.

—Lo mío es totalmente distinto.

—No veo en qué.

De Lafontaine se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Ella era capaz de hacerlo eternamente, ¿lo entiendes? Podría haberme amado toda la eternidad, de haberse esforzado.

—Y entonces, ¿por qué tengo la impresión de que usted fue la única interesada en esforzarse?

De Lafontaine abrió la boca para iniciar una de sus famosas broncas, pero entonces, como si alguien hubiera cortado las cuerdas que mantienen sostenida en el aire una marioneta, se derrumbó prácticamente en su asiento.

—Eres una cosa malévola —dijo en voz baja—. Pero me conoces mejor que la mayoría.

—Eso me parecía.

—Ya es suficiente, Carmilla.

—No entiendo por qué no huyó con ella, como es evidente que habría querido hacer. Yo no era más que una sustituta, ¿verdad? Alguien con quien entretenerse hasta que ella regresara a su vida, dispuesta a perdonar y olvidar.

—Calla, querida —dijo, en tono frío y definitivo.

Permanecí sentada en silencio un buen rato, sin saber cómo abrirme paso para seguir la conversación. De Lafontaine apoyó la barbilla en la mano y se limitó a seguir mirando la banda. Por un momento, pensé que había dejado correr el tema.

—Nunca llegué ni siquiera a conocer su apellido, ¿te imaginas? —dijo de repente—. Intenté adivinarlo, convertirlo en un juego. Pero para mí, siempre fue Isis. Tal vez debería haberla considerado siempre como lo que era. Como lo que son todas las diosas.

—¿Y cómo son? —pregunté, porque seguía resultándome imposible resistirme a los relatos de De Lafontaine, por mucho que estuviese enfadada con ella.

De Lafontaine sacudió la cabeza. Sacó un cigarrillo de la cajetilla y se lo llevó a los labios.

—Caprichosas.

—¿Profesora De Lafontaine? —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví y descubrí una chica de Santa Perpetua junto a nuestra mesa, con una sonrisa insegura dibujada en el rostro.

—Elenore —dijo De Lafontaine, como si alguien le hubiese sacado de repente todo el aire de los pulmones.

Elenore Robinson se acercó un paso más y alisó una arruga inexistente de la falda de su vestido estilo *mod*.

—Las he visto desde el otro extremo del bar. Y puedo decir que me ha sorprendido. Hola, Carmilla.

—Hola —respondí un poco mareada.

Elenore no era chismosa, pero eso no garantizaba que la universidad entera no supiera, a la mañana siguiente, que De Lafontaine había estado emborrachándose con una de sus alumnas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó De Lafontaine, a quien el vino había borrado parte de sus modales elegantes.

—Bobby toca en la banda de esta noche —respondió Elenore.

Señaló el atractivo chico, de espaldas anchas y pelo peinado hacia atrás, que tocaba la trompeta en el escenario. Su piel oscura brillaba bajo los focos. Recordaba mínimamente haber visto su cara en un marco en forma de corazón que Elenore tenía en el tocador de su cuarto, el día que, en la primera semana de clases, invitó al grupo de poesía a tomar el té. Estaba tan obnubilada por mi obsesión con De Lafontaine que apenas había apreciado lo amable que había sido conmigo, cómo me había servido un *earl grey* y me había formulado preguntas sobre Austria. Me había escaqueado a la primera oportunidad que se me había presentado para ir a escribir al apartamento de De Lafontaine y abandonar aquella habitación llena de chicas.

Tal vez, en otra vida, Elenore y yo habríamos sido mejores amigas. Tal vez, en un mundo donde De Lafontaine no hubiera existido, habríamos sido amigas de verdad.

—Qué detalle por tu parte venir hasta aquí para apoyarlo —dijo De Lafontaine—. Encantada de verte por aquí. Disfruta de la velada.

Nuestra profesora volvió a concentrarse en la copa, pero Elenore se cuadró de hombros y avanzó un pasito más.

—De hecho, profesora, me alegro de haberla encontrado casualmente. Quería comentarle una cosa, pero se trata de... un asunto delicado y no sabía cómo sacarlo a relucir.

—Muy bien, pues aquí me tienes —dijo cansada De Lafontaine—. ¿Qué sucede, Elenore?

—Es Edith —dijo Elenore, bajando la voz y descansando la cadera en el borde de la mesa para poder acercarse un poco más a De Lafontaine.

Arrugué la nariz ante aquel gesto de familiaridad, ofendida como siempre que alguien intentaba acercarse a mi profesora. Por mucho que no estuviera muy satisfecha con De Lafontaine en aquel momento, eso no quería decir que estuviese dispuesta a compartirla con otros. Pero, aun así, la tenacidad de Elenore me pareció admirable. La mayoría de las chicas no tenían agallas para colocarse a la distancia potencial de un escupitajo de nuestra profesora.

—¿Qué pasa con Edith? —preguntó De Lafontaine.

—Nadie la ha visto desde hace tres días. No responde las cartas que se le dejan en el casillero y tampoco viene a comer... El otro día me acerqué a su habitación y llamé a la puerta, pero no obtuve respuesta, y estaba cerrado con llave. Eso es lo más curioso. Porque ella nunca cierra así, ya que siempre pierde la llave. No puedo evitar estar muy preocupada.

—¿Y qué, exactamente, insinúas que puede haberle pasado? —dijo De Lafontaine. Su voz sonaba estable, pero la conocía lo bastante bien como para reconocer algo de pánico en la tensión que esbozaba su boca.

—No estoy segura, pero confiaba en que usted tuviera alguna idea. Edith la admira mucho, ya sabe. Pensé que quizás le habría dejado una nota o le habría dicho dónde había ido...

—Pues me temo que no. Pero ya sabes que siempre se desliza para ir a bailar y competir. Que falte en clase tampoco es algo tan fuera de lo normal. Seguro que reaparecerá sana y salva.

—Oh. Vale —dijo Elenore, con una expresión que transmitía con claridad que no compraba en absoluto la explicación de De Lafontaine.

Se volvió para irse, pero De Lafontaine la enlazó por la muñeca. Elenore se quedó mirando aquel punto de contacto como si fuera a marcarla de por vida.

—Y no es necesario que le cuentes a nadie que me has visto esta noche —dijo con dulzura De Lafontaine—. Incluso los profesores tenemos derecho a disfrutar de un mínimo de intimidad, ¿no te parece?

—Por supuesto —dijo Elenore, soltándose y metiendo la mano en el bolsillo de su vestido—. Feliz vuelta a casa y todo eso que se dice.

Y desapareció entre el gentío del local.

—Otra vez —dijo entre dientes en el momento en que Elenore ya no pudo oírme—. Edith, esa pobre chica, desaparecida, igual que la otra, y ya sabe de quién es la culpa, no me diga que no sabe que...

—Necesito aire —dijo De Lafontaine.

Empujó la silla hacia atrás con tanta violencia que chirrió contra el suelo. Sin soltar la copa de vino, se echó el abrigo a los hombros y fue directa hacia la salida de atrás.

Me quedé sola y furiosa, con el corazón tristemente vacío, hasta que no aguanté más. Cogí los guantes y la chaqueta y salí corriendo al callejón de detrás del bar en busca de De Lafontaine.

La encontré contemplando la luna, aspirando grandes bocanadas de aire. La primera nieve de la temporada había empezado a caer mientras estábamos dentro y los copos se acumulaban en sus pestañas.

—Es la única que puede detener esto —dijo, con voz ronca por la desesperación y por estar conteniéndome las lágrimas. Había

perdido la compostura en algún momento de la noche y no tenía ni idea de cómo recuperarla—. Pero no lo hará, porque es un cobarde.

—No tienes ni idea de cómo es Isis, Carmilla. De lo imposible que es decirle no a...

—¡No puedo creer que me haya pasado tanto tiempo adulándola! —dije, y mi voz retumbó en las paredes de ladrillo del pasadizo—. Dios mío, qué estúpida he sido. Nunca me ha querido. No he sido más que una bolsa de sangre para usted.

—Si supieras lo que me ha estado pidiendo, no te atreverías a decir...

—No le importo en absoluto, ¿verdad?

De Lafontaine arrojó la copa de vino contra la pared. Se rompió en mil brillantes pedazos que cubrieron el suelo como estrellas caídas del cielo.

Me llevé un susto de muerte. Parte de los fragmentos de cristal rebotaron en el pavimento y saltaron sobre mis zapatos de tacón; me quedé mirándolos, perpleja. De Lafontaine siempre había sido muy temperamental y sus cambios de humor podían parecer violentos a veces, pero jamás había tenido un acto de verdadera violencia material delante de mí.

—Us-usted —tartamudeé, con todos los músculos tensos y preparados para salir zumbando de allí—. Acaba de...

—Dios, querida mía, lo siento mucho —dijo De Lafontaine, corriendo hacia mí como el oleaje desesperado por besar la orilla. De pronto, aquella expresión tempestuosa se le borró de la cara. Y la desnuda vulnerabilidad que apareció en su lugar resultaba sobrecogedora por su ternura—. He perdido los nervios. No debería haber hecho eso.

—No —dije con un hilo de voz—. No debería haberlo hecho.

—¿Estás bien? Cuidado con dónde pisas, querida mía. Ven aquí, por favor.

Me cogió por los hombros y me guio con cautela entre los cristales hasta una zona limpia de asfalto. De Lafontaine me abrazó. Se cernió sobre mí y enterré la cara en su abrigo para aspirar su

perfume mientras la enlazaba por la espalda. Siempre había tenido el extraño instinto de correr hacia lo que más daño me hacía, de mostrar mi cuello a cualquier depredador que captara mi olor, un instinto que se volvía más potente si cabe en momentos de crisis.

Cerré los ojos con fuerza y aspiré hondo repetidas veces mientras le ordenaba tranquilidad a mi corazón. De Lafontaine presionó la mejilla contra la mía y me acarició la espalda para sosegar me.

—Debes entenderlo —dijo—. No puedo perderte, Carmilla. La idea de una existencia sin ti a mi lado... me resulta aborrecible. Te he corrompido, y el dios que haya allí en algún sitio sabe perfectamente que llegará el día en que tendré que responder por ello, pero no puedo estar sin ti. No soy lo bastante fuerte.

—No me voy a ir a ninguna parte —murmuré, pegada al abrigo de lana.

De Lafontaine me abrazó con más fuerza, como si no me creyera.

—Estás en la plena floración del amor —dijo, con una voz más ronca que antes—. Sería malvado por mi parte negarte esa alegría. Lo que sucede es que... a veces, me da mucho miedo que ya no me necesites, ahora que tienes a Laura.

—Nadie podría sustituirla nunca, señorita D. —dije, dejándome acunar por De Lafontaine. A pesar del desgarró que había sufrido el tejido de nuestra relación, seguía agradándome su proximidad, el cariño que me ofrecía. Su dulzura podía ser pasajera, pero a pesar de haberme destetado de ella, como el bebé que se independiza de la leche de su madre, seguía deseándola a diario—. Es usted extraordinaria.

De Lafontaine se apartó y me miró fijamente, regalándome una aguada sonrisa. La nieve se había acumulado como una coronita sobre su pelo oscuro. Y de repente, me quedé conmovida ante su extraordinaria belleza, ante lo singularmente preciosa que era. Por milésima vez, anhelé ser como ella, ser capaz de moverme por el mundo con similar grandeza.

—Quiero intentarlo —dijo De Lafontaine, haciendo un gesto de asentimiento como si quisiese convencerse de sus palabras—. Quiero ser más amable contigo. Y también con Laura. Es vergonzoso por mi parte andar por ahí enfurruñada todo el tiempo, como si me hubieran dado calabazas, cuando el amor joven es algo que celebrar. Es sobre lo que escribieron los grandes poetas, ¿verdad?

—Supongo —dije, sorbiendo por la nariz, porque el frío y las lágrimas contenidas me presionaban con fuerza los senos nasales.

—Permíteme demostrarte lo amable que puedo ser. Te mereces eso, como mínimo. Y se acabó hablar de Isis por esta noche. Ella no importa en estos momentos. Solo importamos tú y yo. ¿Entendido?

—Sí, señorita D.

Me estampó un beso en la frente y me frotó los brazos con fuerza para devolver algo de calor a mis extremidades.

—Volvamos dentro y tomemos un poco de agua. Luego volveremos en coche a mi apartamento y te leeré un rato. Puedes dormir conmigo en la cama grande y mañana le diré a tu profesora de coral que te duele la garganta para que te puedas saltar la clase. ¿No te parece un buen plan?

—Me lo parece, sí —reconocí, dejando que me enlazara por el brazo y me condujera de nuevo hacia el bar.

Aunque, claro está, mi respuesta solo era una verdad a medias.

Lo mejor para mí, con diferencia, habría sido pasar el resto de la noche con Laura.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Laura



El ambiente en el campus se deterioró todavía más cuando se le sumó la tensión de los finales. En temporada de exámenes, Santa Perpetua podía ser un lugar terrorífico incluso en las mejores circunstancias, pero ahora que de verdad se había producido una escena de terror, con el descubrimiento de una chica degollada en medio del patio, la atmósfera resultaba invivible. Las chicas afrontaban el trauma desautorizándose mutuamente a la menor oportunidad, difundiendo rumores en la cafetería sobre quién tomaba anfetaminas para sacar ventaja respecto a las demás o sobre quién se dedicaba a sobornar a las empollonas para que les escribiesen los trabajos. Algunas llegaban incluso al extremo de arrancar páginas de los libros de la biblioteca que contenían ecuaciones y diagramas esenciales para que sus rivales académicas no pudieran consultarlas.

Había estudiantes dormitando en los sofás de la biblioteca porque se habían pasado la noche en vela revisando apuntes o fumando un pitillo detrás de otro en el exterior de Seward Hall para armarse del valor necesario con el que enfrentarse a los profesores en su versión más exigente. De Lafontaine estaba en formato draconiano; deambulaba de un lado al otro del aula mientras sus alumnas recitaban línea tras línea de versos y les ordenaba empezar de nuevo el poema entero si se saltaban ni que fuera una sola

palabra. De forma rutinaria, humillaba a las chicas hasta hacerlas llorar, haciendo trizas, con una ferocidad reservada para los leones del coliseo, los papeles que le entregaban con sus composiciones.

El grupo de alumnas chismorreaba diciendo que si estaba tan gruñona debía de ser por la montaña de trabajos y exámenes que tenía que calificar, pero Carmilla y yo conocíamos sus verdaderos motivos. Era una mujer enferma de amor y atacada por la ansiedad, y no habría paz para nadie hasta que alguien liberara a De Lafontaine de aquel crisol emocional que ella misma había creado.

Y la muerte de Edith no facilitaba las cosas.

Miranda fue la que la encontró, una semana después de su desaparición. Se presentó en el despacho del decano y exigió que los miembros del equipo de seguridad del campus hicieran un registro. Y cuando el responsable forzó la cerradura de la puerta de la habitación de Edith, Miranda fue la primera en entrar.

Encontró a su amiga tendida en una posición extraña en el interior de la bañera, la que Edith había insistido a su padre que le pagara porque necesitaba un espacio privado donde tomar sus baños helados. Estaba desangrada y el cuerpo lucía moratones en lugares extraños, especialmente en el cuello, que estaba engarzado con dos señales en negro y azul. Llevaba únicamente una combinación de encaje, aunque parecía que su asesino se había tomado su tiempo para, perversamente, pintarle las uñas de los pies en un tono rosa chicle. Edith, siempre muy práctica, jamás habría perdido el tiempo en pintarse las uñas de los pies, de los que abusaba de forma rutinaria en la sala de danza clásica.

Miranda no comentó nada a nadie durante dos días, y entonces, cuando llegó el fin de semana, se marchó. Maisy me explicó con tristeza que se había borrado de todas las clases y había vuelto a la mansión que su familia tenía en México. La responsable de su planta nos comentó que estaba recibiendo atención psiquiátrica, aunque, por el tono de las cartas que le enviaba a Elenore, pasaba los días llorando en la cama.

Lidié con aquel golpe bajo de la mejor manera que pude. No conocía muy bien a Edith, pero mi tendencia natural hacia el sentimiento de culpa me revolvió el estómago durante días cada vez que pensaba en cómo había llegado a envidiarla. ¿Qué tipo de persona era yo para andar amargada por una chica que apenas conocía y que, por todo lo que se contaba, era una persona excelente? Carmilla se consagró a los estudios e insistió en que no tenía tiempo para pararse a llorar su muerte, aunque yo sabía que, a su manera, aquella era su especial forma de duelo.

Carmilla y yo estábamos cada vez más involucradas la una con la otra, como flores que, a falta de luz de sol suficiente, entrelazan sus hojas y cuyo amor acaba asfixiándolas. Rara vez estábamos separadas, excepto aquellas noches en las que De Lafontaine insistía en pasar un par de horas a solas con Carmilla y paseaba con ella por los terrenos del campus, compartían notas o simplemente leían en amigable silencio. Pero incluso aquellos arranques de posesividad fueron a la baja después de la muerte de Edith. A pesar de lo feroz que podía llegar a ser en el aula, en privado, De Lafontaine estaba más suave conmigo. Y con Carmilla era todo sentimiento. Era casi como si hubiera sido testigo de una visión espantosa de su vida en la que no estábamos presentes ninguna de las dos y, enfrentada a aquella realidad, estuviera dispuesta a acomodarse a nuestra relación con tal de mantenernos cerca.

Un día especialmente gélido, después de pasar todas las horas de luz y parte de la noche en la biblioteca, consultando libros de astronomía, levanté la vista un momento y me encontré a De Lafontaine plantada delante de mí.

—Profesora —dije, sorprendida.

No solíamos socializar fuera del aula o de las sesiones privadas en su apartamento; básicamente porque me imaginaba que De Lafontaine no quería avivar los celos que algunas de sus alumnas exhibían con respecto a la relación que mantenía con sus evidentes favoritas. Pero ahí estaba, sonriendo irónicamente como el flautista de Hamelin, pero con falda de seda y mocasines.

—Acompáñame. —Fue todo lo que dijo y echó a andar hacia la puerta.

Guardé apresuradamente mis cuadernos y mi termo de café en la mochila, eché a correr tras ella y emergí a la fría noche. Hacía días que no nevaba, pero las hojas caídas en el suelo estaban heladas y el cielo opaco y sin estrellas anunciaba la llegada de una tormenta.

De Lafontaine se colocó a mi lado en cuanto empezamos a cruzar el patio, tan cerca, que nuestros hombros casi se tocaban. No pude evitar mirarla de reojo de vez en cuando, por mucho que me esforzara en mantener la vista clavada delante de mí. Me fijé en su nariz majestuosa, en su boca perfecta. Me recordaba a las fotos en blanco y negro de estatuas griegas que había visto de pequeña en los libros de historia; era como si acabara de cobrar vida saliendo directamente de una de aquellas páginas.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó, como si fuéramos una profesora y una alumna normales y corrientes comentando los exámenes finales—. Confío en que estés durmiendo lo suficiente.

—Sí, duermo bien, gracias —respondí, mintiéndole.

—Me alegro.

Caminamos en silencio unos minutos más, paseando por el patio sin un destino claro. Y entonces, De Lafontaine volvió a tomar la palabra.

—¿Y la muerte de Edith? ¿Eso cómo lo llevas?

Resultaba extraño oírla hablar con tanta calma sobre un tema que prácticamente nadie sería capaz de abordar sin romper a llorar.

—Lo... lo llevo. ¿Y usted? Era su alumna. Debía de conocerla bien.

—La muerte forma parte de la vida. Pero nunca pierde su dolor, no del todo.

Asentí con solemnidad, sin saber muy bien qué más decir. Cualquier discusión relacionada con Isis solía tener una acogida gélida, pero su presencia se cernía constantemente sobre nosotras.

—¿Cree que fue...?

—Sé que lo fue.

—Entiendo.

—Quiero que sepas que voy a gestionar esto. Lo que pasa es que aún no he decidido cómo... poner fin al asunto. Pero no quiero que sufras por ello, Laura. Eres una chica encantadora e inteligente, y fui yo la que te metí en todo esto. Isis es un monstruo del que me tengo que encargar yo, no tú.

—Gracias —repuse en voz baja. Dudaba que sus palabras me ayudaran a sentirme menos cómplice, pero las aprecié de todos modos.

—Concédeme hasta después de Navidad —dijo De Lafontaine, reduciendo la marcha y volviéndose para mirarme—. ¿Pasarás parte de tus vacaciones con Carmilla y conmigo? Podemos refugiarnos las unas en las otras, intentar recuperar algo de alegría ante tan terribles circunstancias. Sé que no he sido muy justa contigo. Que he permitido que mis celos mezquinos ofusquen mi buen juicio. No he sido, en muchos sentidos, mejor que mi creadora. Pero sigo consagrada a tu educación y tu bienestar por encima de todo. Dime que vendrás, Laura.

Me quedé mirándola, encandilada por su elegancia a pesar de mis mejores esfuerzos. Me recordó los días del principio, cuando De Lafontaine me tenía cautivada, y sentirme de nuevo valorada por ella me produjo una satisfacción embriagadora. Después de haberme puesto en una situación tan bochornosa en la fiesta de Magdalena, lo último que deseaba era volver a indisponerme con De Lafontaine.

—¿No echa de menos el sol? —le espeté de repente. Había sentido curiosidad al respecto desde que había descubierto sus circunstancias.

—¿Me creerías si te dijera que no?

—La creería.

Me resultaba imposible imaginarme a De Lafontaine como una criatura diurna, como una chica sonriente de mi edad con cintas en el pelo y color en las mejillas. Parecía creada para las sombras, para vivir todos y cada uno de los misteriosos momentos de su segunda vida.

—Y bien —dijo, inspirando hondo, como si fuera ella la que estuviera nerviosa y no yo—, ¿vendrás?

—Sí, iré. Por supuesto que iré.

—Me alegro mucho.

De Lafontaine miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie nos veía y, entonces, se inclinó y me plantó un casto beso en la mejilla. Fue un beso tan rápido, apenas un roce de sus labios, que casi no lo habría notado de no ser por el escozor con el que respondió mi piel. Noté que me ascendía el color a las mejillas.

—Gracias —dije en voz baja, uniendo las manos con nerviosismo delante de mí—. Por ver que no soy una amenaza. Ambas queremos lo mejor para Carmilla.

—Lo sé —dijo De Lafontaine, con una tristeza extraña en la voz. Seguimos caminando, paseando debajo de los árboles desnudos que flanqueaban el patio—. Y confío en que, con el tiempo, te des cuenta de que también quiero lo mejor para ti.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Carmilla



Laura se marchó antes de Navidad durante cuatro días para ir a visitar a su padre y contarle, sin duda, historias suavizadas sobre sus hazañas en la universidad. Yo me quedé languideciendo en el apartamento de De Lafontaine, jugando al solitario y haciendo castillos de naipes a la espera de su regreso. Cuando Laura apareció por fin en la puerta, con las mejillas coloradas y el pelo alborotado por el viento, la besé con tanta intensidad que creo que incluso le dejé los labios inflamados. Pasaría el resto de las vacaciones con De Lafontaine y conmigo, y, a pesar de que estaba nerviosa por el hecho de que íbamos a vivir las tres juntas bajo el mismo techo, me sentía también feliz por poder tener más tiempo para disfrutar de mi amada.

La Navidad siempre me había parecido una de las épocas más solitarias del año. Las lucecitas y los regalos exquisitamente envueltos no compensaban su opresiva oscuridad, los dolorosos sermones, los recordatorios constantes de una madre huida y un padre borracho. La Navidad tenía una melancolía que estaba muy en sintonía conmigo, incluso de pequeña, y esperaba que se apoderara de mí a medida que el calendario se acercaba más y más al 24. Pero entonces, se produjo el milagro. La alegría estalló.

La presencia de Laura iluminó mi mundo como el solsticio solar en un día despejado. Volvió de Mississippi con los brazos cargados

de paquetes con cintas rojas brillantes, por no hablar también de una lata de galletas caseras con azúcar y especias tan deliciosas que no pude evitar mordisquearlas, por mucho que después me doliera el estómago. A De Lafontaine le regaló una pluma condenadamente afilada y una borla de color rosa con una cajita de polvos para fijar el maquillaje importados de Francia. Yo recibí una primera edición de un libro de Sylvia Plath con una cinta de seda y una cadenita de oro con un pequeño rubí, tan similar a una gota de sangre que me cortó la respiración.

—No pienso quitármela nunca —declaré cuando me la puse en la garganta.

El rubí me quedaba asentado en el hueco de la clavícula; un símbolo sutil para que el mundo supiera que Laura me amaba. Que me adoraba.

Que me poseía, confiaba una parte muy necesitada de mí.

La víspera de Navidad, De Lafontaine desapareció sin decir palabra y regresó una hora más tarde cargada con bolsas de papel marrón que contenían ponche de huevo, jamón ahumado con miel y puré de patatas que acababa de comprar en el establecimiento de comidas preparadas del pueblo, además de una ración de judías verdes con salsa de setas, todo ello para Laura. Para mí, una caja de *earl grey* y una botella de ginebra escocesa.

—¿Celebramos, pues, nuestra pequeña fiesta? —dijo con una sonrisa—. Laura, ¿serías tan amable de poner un disco?

Resultó que De Lafontaine tenía un disco con clásicos navideños interpretados al piano y, mientras sonaba, Laura y yo entramos en la cocina para preparar las bebidas y la comida mientras De Lafontaine encendía las velas que había colocado en botellas de vino vacías. Apagó las luces para que la sala quedara solamente alumbrada por la chimenea y el resplandor del pequeño árbol de Navidad artificial que había colocado en el alféizar de la ventana.

Nos sentamos en cojines en el suelo y disfrutamos de nuestras respectivas cenas; después, De Lafontaine despejó la mesita de las copas y el cenicero para que pudiéramos jugar una partida de

póquer para principiantes. Gané yo y lo consideré un gran triunfo, y De Lafontaine fue lo bastante honesta como para darme como premio los pendientes de fantasía que había apostado.

De Lafontaine rio desde el sofá cuando Laura y yo nos pusimos a bailar en plan lento, entrelazadas, una triste versión de *Carol of the Bells*. Sin dejar de sonreír, evolucionamos con pequeños pasitos sobre la alfombra, sin poder evitar que nuestros pies, enfundados en medias, chocaran constantemente.

Íntimamente suspiré deseando que pudiera ser siempre así. Que Laura y yo alimentáramos nuestra incipiente relación y De Lafontaine olvidara sus celos. Que pudiéramos construir un frágil símil de estabilidad y el espíritu navideño se prolongara todo el año.

Que, tal vez, pudiéramos llegar a ser como una familia.

El día de Navidad, Laura y yo dormimos hasta muy tarde y nos despertamos con el olor intenso del té negro y de los rollitos de canela que salían del horno. Nos pusimos el batín y abrimos con impaciencia los regalos que nos había hecho De Lafontaine mientras ella nos observaba con sus brillantes ojos verdes. Laura recibió una agenda nueva, con cubiertas de cuero auténtico, y yo una pequeña navaja con empuñadura de madreperla.

—Un pequeño detalle de afecto para mis dos alumnas favoritas —dijo con magnanimidad De Lafontaine.

Comprendí que se estaba esforzando mucho en poder compensar lo fría y exigente que había sido en el pasado. Y confíe fervientemente en que aquello supusiera un giro real en nuestras vidas.

Al mediodía sonó el timbre de abajo. Laura se ofreció a bajar a abrir y regresó momentos después con un sobre blanco sin nada escrito.

—Es para usted, señorita De Lafontaine.

—Qué raro —dijo De Lafontaine—. En Navidad no suele haber correo. Déjame ver.

Abrió el sobre y leyó la nota de su interior, volvió a leerla. Se pellizcó entonces el puente de la nariz, inspiró hondo y cogió la

botella de ginebra que se había quedado en la cocina.

—Estaré en mi habitación —anunció y cerró la puerta a sus espaldas sin decir nada más.

Laura y yo intercambiamos una mirada casi de pánico y nos acercamos con cautela a la mesa donde De Lafontaine había dejado la nota. La cogimos, una por cada extremo, y la leímos en silencio.

«Esto no parará hasta que vuelvas a casa conmigo.»

Se me cayó el alma a los pies.

La burbuja de felicidad en la que habíamos estado viviendo acababa de estallar de forma muy poco ceremoniosa y el humor sombrío de De Lafontaine acababa de reaparecer. Lo cual significaba que volvería a aplicar mano dura con nosotras y que mis sueños de poder pasear tranquilamente por el campus habían tocado a su fin.

Y más aún, significaba que ninguna de nosotras estaba segura.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Laura



Encontraron el tercer cuerpo el día de Año Nuevo, cuando la nieve empezó por fin a derretirse. Había sido abandonada en el lecho del pequeño arroyo que corría por detrás del edificio Curie, medio cubierta con ramas y hojas. La noticia corrió como la pólvora por la universidad y una de las profesoras de literatura llamó a De Lafontaine para preguntarle si se había enterado de lo de «la pobre chica Barlow» tan solo cuarenta y cinco minutos después de que se descubriera el cadáver.

De Lafontaine empezó a deambular como loca por el apartamento, abriendo armarios y cajones para coger su abrigo, su bufanda y sus guantes.

—Vamos de excursión —dijo muy seria, y Carmilla y yo entendimos al instante que teníamos que levantarnos del sofá, dejar de leer revistas y calzarnos enseguida.

El suelo estaba cenagoso debajo de la crujiente capa de hielo que se aferraba a la hierba como el glaseado a una tarta. Nos dirigimos hacia el perímetro que la policía había acordonado detrás del edificio de ciencias y miramos en dirección al arroyo, donde el cuerpo yacía envuelto en una manta gris, imaginé que por respeto a la fallecida. El pie descalzo que asomaba por una esquina estaba blanco y manchado de barro, pero unas uñas perfectamente pintadas de color coral despuntaban entre la suciedad. Media docena

de chicas y varios miembros del profesorado observaban la escena del crimen desde el borde del perímetro, embargados por una curiosidad pueril, e imaginé que nosotras tampoco es que nos diferenciáramos mucho del resto.

¿Qué era un vampiro sino un buitre y su compañero sino un cómplice?

De Lafontaine se alzaba imponente bajo el frío de enero y de su boca salía tanto vapor como del humo de un cigarrillo. Carmilla estaba envuelta por uno de los viejos chaquetones de piel de De Lafontaine, una cosa entallada que parecía sacada del departamento de disfraces de un teatro o directamente de los años veinte.

—Señoras, atrás, por favor —dijo un agente de policía con un impresionante bigote, guiándonos como a una bandada de patitos lejos de la escena del crimen.

Pero nos alejamos solo lo estrictamente necesario y nos quedamos allí plantadas, incluso cuando un grupo de mironas menos determinado decidió dar media vuelta y volver a casa.

—¿Cree que ha sido ella? —preguntó en voz baja Carmilla, rodeándome los hombros con el brazo.

Ahí fuera estábamos más seguras, con poca gente alrededor que pudiera ser testigo de nuestro cariño y, de todos modos, ¿quién le daría importancia a que dos amigas se acurrucaran para entrar un poco en calor?

—Sé que ha sido ella —respondió en un murmullo De Lafontaine.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté con voz todavía más baja.

De Lafontaine se limitó a fruncir el entrecejo y a aplastar la colilla con el pie.

—Vosotras dos no vais a hacer nada. Vais a dejarlo en mis manos, ¿entendido?

Carmilla y yo intercambiamos miradas de escepticismo, tan sutiles e íntimas que incluso pasaron desapercibidas para De Lafontaine. De Lafontaine aún no había hecho nada con respecto a

Isis y era difícil creer que de repente, aun ante aquella escalada de violencia, fuera a tomar medidas drásticas.

Estaba enamorada, lo cual era peligroso.

Al fin y al cabo, ¿qué horrores no toleraría yo si hubieran sido infligidos por la mano de mi amada?



Después de aquel suceso, el campus se volvió histérico. Una muerte podía considerarse una tragedia, dos un mal presagio, pero tres ya era algo deliberado incluso para el más incrédulo.

Naturalmente, por lo que yo sabía, solo tres personas del campus estaban al corriente de que la asesina era una criatura de la noche, y yo era una de ellas. Era un peso que podía cada vez más conmigo, que colgaba de mi cuello como un albatros de una cuerda. Si le contaba a alguien todo lo que sabía, a otro adulto quizás, ¿sería capaz de detener el siguiente acto de brutalidad antes de que se produjera?

Pero era tan cobarde que no me atrevía a confiar en nadie que no fueran Carmilla o De Lafontaine, sobre todo porque no me apetecía en absoluto que me enviaran a un manicomio a pasar allí el resto de mi primer año universitario. En el mundo había mucha más magia de lo que jamás podría haberme imaginado, pero era también un lugar terrible y extraño. No quería compartir con un desconocido aquella arcadia privada que De Lafontaine, Carmilla y yo habíamos creado. ¿Cómo podría alguien comprender lo raro y valioso que era aquello?

Al final, para apaciguar mi sentimiento de culpa, hice aquello que siempre me habían enseñado: confesarme.

La capilla de Santa Perpetua seguía el estilo de las catedrales clásicas, con una nave longitudinal y dos transeptos que sobresalían por los laterales, una estructura que, a vista de pájaro, tenía forma de cruz. Estaba construida con la misma piedra gris y erosionada

que el resto de los edificios del campus y ostentaba delicadas ventanas con vitrales donde se representaban escenas de la Biblia.

Cada jueves, al anochecer, un sacerdote administraba la confesión y el horario se había mantenido a pesar del estallido de violencia que se vivía en el campus. La primera tarde que no estuve ocupada con otra cosa, decidí que descargar con ese método el peso de mi corazón me iría bien.

Abrí una de las pesadas puertas de madera que daba acceso al nártex y de inmediato me sentí cómoda gracias al cálido aroma de la cera de las velas y del incienso. Motas de polvo se arremolinaban en el ambiente, capturadas por la luz del atardecer que se filtraba a través de los vitrales. Sobre mi cabeza, Isaac yacía atado en el altar, con el cuchillo de su padre cerniéndose sobre su pecho.

Recorrí el pasillo central, con mis tacones bajos resonando sobre las losas del suelo, y tomé asiento en el banco más próximo al confesionario. Tener todo un banco reservado a las personas que iban a confesarse me parecía un lujo, casi como el de los católicos, pero Santa Perpetua no había reparado en gastos en todo lo referente a la construcción de la capilla. Aquel día, solo había dos chicas con la cabeza inclinada a la espera de que les tocara el turno de confesión, lo cual era normal. Yo era una de las pocas estudiantes del campus con cierto interés en recibir el sacramento. La religión estaba pasada de moda, era algo para los carcas y los padres. Pero a mí no me importaba que me consideraran anticuada o incluso mojigata por mostrar interés por aquella institución. No era algo que siguiera ciegamente, no hacía daño a nadie con mis creencias y apreciaba la profunda bondad que la tradición espiritual y académica de la Iglesia me ofrecía. Si la comunión era el más carnal de todos los sacramentos, la confesión era el más catártico. Por ello, me permitía a menudo una buena limpieza a base de lágrimas en el confesionario y salía de allí sintiéndome mucho más ligera. Y ayudaba, además, que el sacerdote, el padre Frise, fuera un hombre paciente y con la cabeza firmemente asentada sobre los hombros.

Esperé a que las dos chicas que iban delante de mí se confesaran y, mientras, intenté rezar algunas oraciones. Pero cuando intentaba despejar la cabeza y rezar el padrenuestro, el fuego volvía a arder bajo mi piel. Me retorcí en mi asiento, intentando ponerme cómoda sobre el duro banco. Imposible.

Llegó por fin mi turno. Me adentré en el frío abrazo del confesionario, tomé asiento y enlacé las manos. En la cámara contigua, el sacerdote tosió para aclararse la garganta. Según los chismorreos del campus, el sacerdote del año pasado era un galés increíblemente atractivo que atraía multitudes de récord a sus sermones. La diócesis había decidido sustituirlo porque, al parecer, un cura guapo y soltero en una escuela llena de chicas era el caldo de cultivo ideal para el escándalo. Era una lástima que la diócesis hubiera tomado aquella decisión, pensaba a veces. Por mucho que fuera inmune a los encantos de cualquier hombre, fuera sacerdote o no, un líder espiritual más joven me habría ayudado mucho en mi formación. El padre Frise tenía buen corazón y conocía la historia de la Iglesia, pero, sin decir nada, me había dado a entender que no compartía el movimiento para ordenar mujeres que había sido aprobado por la Iglesia justo el año pasado.

Pero no me encontraba precisamente en posición de ser exigente. La estancia olía débilmente al perfume de lilas de la chica de antes y al aceite para el calzado de los zapatos del sacerdote, que asomaban por debajo de la pantalla de nido de abeja que separaba al penitente del confesor.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

En el otro lado de la pantalla, el padre Frise carraspeó de nuevo antes de hablar con su reconfortante voz de barítono.

—Que el Señor esté en tu corazón y en tus labios para que puedas, sincera y humildemente, confesar tus pecados. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —murmuré.

El mundo empezó a desaparecer poco a poco. En aquel pequeño rincón, no había exámenes ni vacaciones escolares, no

había chismorreos, no había ni siquiera Carmilla o De Lafontaine. Allí estaba solamente yo, mi corazón cargado de pesar, la voz incorpórea del sacerdote y la presencia de Dios, aferrándose a mi piel como el fangoso calor del Mississippi.

Empecé a recitar mi letanía de pecados comunes y corrientes: envidia de las notas, del cabello y de los grupos de amigas de otras chicas, mi poca paciencia con las que se colaban en la fila a la hora de comer, decir el nombre de Dios en vano cuando reía y soltaba tacos con Maisy y Elenore en nuestras sesiones nocturnas de estudio, y varios pecados veniales más que solían afligir a una joven de mi edad. Los repasé rápidamente, ansiosa por llegar al clímax. El sacerdote, que conocía ya mi estilo implacable de confesión, se limitó a emitir de vez en cuando un murmullo de compasión, pero no me interrumpió en ningún momento.

—Y —dije entonces, enlazando con fuerza las manos en mi regazo—, he sentido lujuria hacia otra persona. Bueno, de hecho, no estoy del todo segura.

—¿No estás segura? —me instó el sacerdote con amabilidad.

Inspiré hondo y presioné los dedos con tanta fuerza que los nudillos se me quedaron blancos. No tenía costumbre de confesar mis tendencias sáficas como si fueran pecado, puesto que no las consideraba como tal, pero la idolatría que me inspiraba Carmilla sí que era algo merecedor de ser confesado.

—¿Sigue siendo lujuria si la otra persona siente lo mismo?

—¿Estamos hablando de fornicación?

—Supongo que sí —dije, tirando de un hilo suelto de mi jersey—. En cierto sentido.

—Hija mía. Si tu intención es confesar, debes hablar con claridad.

Inspiré hondo por la nariz y solté el aire por la boca.

—Tal vez sea fornicación —reflexioné—. Pero hay también amor.

Seguí sentada, obedientemente callada, mientras el sacerdote me obsequiaba con un amable pero firme sermón sobre los pecados de la carne y me prescribía como penitencia una docena de rosarios.

Abandoné el confesionario empezando ya a pasar las cuentas de mi rosario de cristal rojo, ansiosa por recibir el perdón de Dios, pero entonces vislumbré un rostro familiar en la casi vacía capilla.

De Lafontaine estaba sentada en uno de los primeros bancos y su rostro quedaba oscurecido por un sombrero cloche pasado de moda. Tenía la mirada dirigida hacia arriba, como si estuviera meditando o admirando las vidrieras.

—No sabía que fuera religiosa —dije, sentándome en el banco a su lado y pensando que no recordaba haber visto a De Lafontaine franquear la puerta de la capilla en todo el semestre.

—Oh, y no lo soy. Soy simplemente una admiradora del arte, que la Iglesia posee en abundancia.

Uní las manos en el regazo y estudié las líneas austeras del rostro de De Lafontaine bajo la luz tenue de la capilla.

—No debería haberla despertado nunca —dijo en voz baja, casi para sí misma—. Había olvidado su egoísmo, su crueldad.

No me atreví a replicar nada. Era muy impropio de De Lafontaine hacer gala de sus debilidades delante de mí y, sobre todo, expresar arrepentimiento.

—Pensé que quizás —continuó—, como gratitud por haber sido devuelta a la vida, se habría... ablandado respecto a mí. Pero estaba equivocada. Hay cosas que es mejor dejar muertas. —Se volvió para mirarme y levantó una fina ceja—. Creo que me visteis las dos, aquella noche en las catacumbas.

La sangre me desapareció de la cara.

—Lo siento, señorita De Lafontaine. Solo estábamos...

—Curioseando, lo sé. Y teníais todo el derecho del mundo a hacerlo. Os he arrastrado a un brutal juego de pasión con un final incierto. Todo es culpa mía, Laura. Las muertes, la condición de Carmilla, todo se reduce a mí.

—Me gusta pensar que lo ha hecho lo mejor que ha podido —dije.

Sonrió con cansancio.

—Eres muy buena, Laura. Alguien se acabará aprovechando de ti algún día.

Deslicé las manos debajo de mí y me balanceé hacia delante y hacia atrás. Probablemente debería haber dejado la conversación en aquel punto, pero las preguntas burbujeaban en mi interior y me resultaba imposible evitarlo.

—¿Qué quería Isis de usted? Se negó a hacer lo que le pedía, eso lo oí.

—Quiere una prueba de que todavía la adoro por encima de cualquier cosa. Una ofrenda, si quieres llamarlo así. Quiere poner a prueba mi lealtad pidiéndome que le entregue lo que más quiero.

—Carmilla —murmuré. Fue como si una ola de agua fría me arrastrara de repente—. Quiere que le permita matar a Carmilla.

—Siempre dije que eras muy rápida para entender las cosas, Laura.

—Pero *no puede* hacerlo.

—Y no lo haré. Tal vez lo hubiera hecho cuando era más joven y ansiaba más su aprobación, pero ahora no. Carmilla es lo más cercano que he tenido a una hija y me siento responsable de su bienestar. Especialmente ahora, que se ha transformado.

—¿Lo sabe Carmilla? —pregunté, bajando aún más la voz.

De Lafontaine negó con la cabeza y sus cortos rizos se balancearon de un lado a otro.

—No, pero debe de sospecharlo. Puedes guardar un secreto, ¿verdad?

Cerré la boca con fuerza. Tenía la sensación de estar viviendo en una torre de secretos que podía derrumbarse sobre mí en cualquier momento y no me gustaba nada la idea de tener que mentirle a Carmilla.

—Sí, señorita De Lafontaine.

—Nos estamos quedando sin tiempo. Isis acabará bebiéndose la mitad del alumnado y poniendo en peligro la seguridad de todo el mundo con tal de salirse con la suya, y se está cansando de esperar que yo tome una decisión. Cada vez es más osada, más

indiscriminada en sus asesinatos. No abandonará esta universidad sin mí, pero tampoco me dejará en libertad. Por lo que parece, he diseñado mi propia tortura.

—Los túneles son un laberinto y ella los conoce mejor que usted. Si hubiese una manera de sacarla de aquí abajo y conducirla a territorio neutral, quizás podríamos razonar con ella.

De Lafontaine soltó una carcajada.

—Razonar con ella cuando se le ha metido en la cabeza seguir con esta matanza es imposible, lo sé muy bien. Pero podrías tener razón en cuanto a lo de persuadirla para que salga del subsuelo... aunque no sé cómo hacerlo, la verdad.

Tosí un poco, confiando en que De Lafontaine no se percatara de cómo estaba sudando a través de la blusa. Durante las horas de insomnio provocadas por mi sentimiento de culpa, había elucubrado sobre una docena de soluciones posibles, pero solo una me parecía ahora viable. Era atrevida, y era peligrosa, pero podría ser justo lo que necesitábamos.

—Si no le importa, señorita De Lafontaine, creo que yo sí que lo sé.

Me pasó un brazo por el hombro y me atrajo hacia ella. Y a continuación, se inclinó para que pudiese hablarle al oído.

—Cuéntame todos los detalles —me ordenó.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Carmilla

El plan era sencillo, en teoría. Lo único que tenía que hacer era plantarme delante del invernadero y fingir que estaba angustiada. Lo cual no tendría que resultarme muy difícil teniendo en cuenta la velocidad con la que me latía el corazón en el pecho.

De Lafontaine me presionó el hombro para que estuviera quieta. Estaba detrás de mí, acechando como un espectro.

—Ya es casi la hora, querida. Respira hondo.

Hice lo posible para introducir aire en mis pulmones, aunque era como si tuviera el pecho aplastado entre dos libros de texto. Creo que jamás me había sentido tan asustada y temblorosa, a pesar del grueso abrigo de piel que llevaba encima. De Lafontaine me lo había abrochado mientras me explicaba exactamente lo que iba a pasar y, mientras me cepillaba el pelo, me detallaba paso a paso mi papel una vez más.

Y ahora estábamos esperando en la hierba, con el invernadero resplandeciendo a nuestras espaldas bajo la luz de la luna. Pronto amanecería y la neblina de primera hora de la mañana parecía querer enroscarse alrededor de mis tobillos.

—¿Y si pasa algo? —balbuceé—. ¿Y si Isis le hace daño? ¿Y si...?

—Levanta la cabeza, bien erguida, Carmilla. No pierdas ahora los nervios. Es a ti a quien quiere Isis. Y nunca la he visto dejar pasar la oportunidad de aprovechar un daño colateral humano.

Y antes de que me diera tiempo a seguir pasando miedo, me sobresaltó el sonido de ramas partiéndose y un crujido de hojas secas. Por el sendero que llevaba desde el campus al jardín de De Lafontaine se acercaban dos figuras.

Cuando vi que la primera era Laura, me inundó una impresionante sensación de alivio. Tenía las mejillas encendidas por el frío de enero y sus ojos exhibían una redondez casi animal. Estaba, por lo tanto, tan asustada como yo.

Isis salió de entre los árboles detrás de ella. Dirigió la cara hacia la luz de la luna. De no ser por los círculos oscuros que le rodeaban los ojos, parecía casi como si volviera a estar viva. Tenía los labios sonrosados, los ojos brillantes y llevaba recogido el pelo, imposiblemente largo y oscuro, muy similar al mío, en lo alto de la cabeza. Seguía vistiendo sus ropajes funerarios, a pesar de que la tela estaba hecha jirones y dejaba al descubierto su clavícula y sus brazos.

Me pregunté si sentiría frío.

—Evelyn —dijo, deteniéndose a un tiro de piedra de nosotras.

Durante un momento interminable solo hubo silencio, interrumpido únicamente por el gorjeo de los pájaros tempraneros y el goteo del arroyo que corría por detrás del invernadero. Inspirando el aire gélido, las dos mujeres intercambiaron una mirada, la mirada absorbente de un enemigo o de un amante.

—Isis —dijo De Lafontaine.

Y la oí, esa ternura traicionera en su voz. Me quedé rígida, consciente de golpe de que el amor que De Lafontaine sentía hacia su creadora era algo que no podría morir nunca, algo que vivía fuera del alcance de la razón y la ética. Aquella misma noche, en su apartamento, De Lafontaine me había besado los párpados cerrados y me había dicho que no permitiría que Isis me tocara ni un pelo, pero de pronto noté que la mano protectora que descansaba sobre mi hombro perdía fuerza.

—He recibido tu nota —dijo la mujer que me había matado, agitando un papel entre sus dedos—. Que tan cortésmente me ha

entregado tu mensajera. La he encontrado correteando por las catacumbas como un ratón asustado. La próxima vez, mejor que le dibujes un mapa.

Laura dio un incierto paso al frente para intentar acercarse a mí, pero Isis cerró la mano sobre su muñeca y tiró de ella.

—No tan rápido, pequeña. Creo que, por el momento, me quedaré contigo.

Laura chilló cuando Isis la enlazó por la cintura y la atrajo hacia ella. Se me erizó el vello de la nuca al ver aquello y deseé con todas mis fuerzas poder ser una vampira más vieja y más fuerte, capaz de arrancarle a Laura de las manos.

—Suelta a la chica —dijo De Lafontaine—. No es a ella a quien quieres, las dos lo sabemos. No hay necesidad de montar ningún drama esta noche.

—Quizás no. Pero es la querida de tu protegida y empiezo a plantearme que tenerla a mano podría servirme para fomentar la buena conducta de todas las partes.

Miré detrás de mí y vi que De Lafontaine observaba furiosa a su gran amor, con la expresión contorsionada y las cejas unidas, como si estuviese sufriendo una auténtica agonía.

—¿Señorita D? —dije.

La mano que tenía en el hombro volvió a presionarme hasta casi provocarme dolor, y De Lafontaine me obligó a caminar unos pasos. Desde aquella distancia, captaba a la perfección el olor a tierra removida y agua de lluvia podrida que desprendían la ropa y el pelo de Isis, y podía incluso saborear el miedo que emanaba como un perfume del cuerpo de Laura.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó De Lafontaine, con un tono de voz grave y letal—. ¿Una orgía de sangre para saciar tus apetitos? Nunca fui suficiente para ti, ni siquiera cuando te entregaba una docena de chicas al mes para calmar tu hambre. Satisfacerte es imposible, Isis, es imposible saciar ese pozo sin fondo que tienes dentro de ti. Lo que dicen es verdad: algunos tenemos un

mal regreso, y es evidente que en ti hay algo profundamente malvado.

Imaginé que una declaración tan feroz como aquella afectaría a Isis, o la provocaría hasta la rabia, pero se limitó a echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Sus ojos se iluminaron con un brillo salvaje, un fulgor feral que me asustó de un modo visceral.

—Dios, cuánto he echado esto de menos. Cuánto te he echado de menos, Evelyn, a ti y tus comentarios afilados y mordaces. Podría pasarme la vida peleando contigo, Evelyn. Eres lo único que me hace sentir viva de verdad. Y no pienso repetir el error que cometí cuando te abandoné la primera vez.

De Lafontaine se balanceó ligeramente detrás de mí, como si estuviera pisando arenas movedizas.

—No finjas que te importo. Ahora no, años después, cuando ya todo da igual.

Mientras se quedaba pensando, Isis acarició distraídamente el pelo de Laura, como aquel que acaricia un gatito. Tenía las uñas largas y agrietadas. Laura cerró los ojos y tragó saliva.

—Tú y yo no hemos acabado. Nunca acabaremos. Mi sangre fluye por tus venas, Evelyn. Te enseñé a cazar, te enseñé a comportarte en sociedad, te enseñé el significado del placer y del dolor. Siempre habría acabado volviendo a ti. Debes creerlo.

—No te creo —replicó De Lafontaine con la voz tomada.

Nunca la había visto llorar y me preocupaba poder verla ahora. Intenté volverme hacia ella, pero De Lafontaine me mantuvo inmovilizada con mano firme.

Isis avanzó unos pasos, hasta quedarse tan cerca de mí que casi podía tocarme. Laura se retorció e intercambiamos miradas de pánico. Dirigí mis ojos hacia la línea de árboles que marcaba el comienzo del bosque, animándola con todas las fibras de mi cuerpo a que echase a correr hacia allí, a que se salvase en cuanto se presentara la oportunidad, pero Isis la sujetó con más fuerza.

—Quiero veranear en los Alpes contigo —dijo Isis, de repente pensativa. Su mirada se suavizó como el chocolate—. Quiero

despertarme a tu lado en París. Quiero salir de caza contigo en Argentina y ver asomar la luna sobre las pirámides estando a tu lado. Has pasado mucho tiempo buscándome, amor mío, y has sacrificado muchas cosas. No tienes por qué seguir viviendo esta pantomima como profesora. Conmigo, podrás ser quien siempre has querido ser.

—Señorita D. —musité, desesperada de repente.

Intenté separarme de su sujeción, pero apareció otra mano sobre mi otro hombro que me inmovilizó por completo. De pronto comprendí que era como una rata en una trampa.

—Cuarenta y tres años —dijo De Lafontaine con voz ronca—. He estado cuarenta y tres años buscándote mientras tú dormías. Cuarenta y tres años sola.

—Deja que repare lo que rompí. Podemos volver a ser lo que fuimos. Lo único que te pido es que hagas lo que te he pedido, igual que has hecho tantísimas veces antes. Y que me dejes hacer borrón y cuenta nueva de esta existencia penosa y lamentable que te has visto obligada a llevar aquí. Entrégame a la chica, Evelyn. Igual que hiciste con todas las demás chicas antes que ella. Incluso la mataré rápido. Permíteme poner fin a todo esto.

De Lafontaine permaneció un buen rato callada. Las lágrimas me escocían en los ojos y una me descendió traicionera por la mejilla. Nunca había sido muy religiosa, pero mis labios articularon igualmente una oración al Señor.

Había llegado mi fin. Estaba a punto de ser sacrificada en el altar del amor de otra persona justo en el momento en que mi propia historia de amor daba comienzo.

—Suelta a Sheridan —dijo por fin De Lafontaine. Habló con confianza, como si acabase de tomar algún tipo de decisión—. Esto no tiene nada que ver con ella. Yo no necesito más testigos y tú no necesitas otro cuerpo que enterrar.

—Me parece justo —dijo Isis.

Y entonces soltó a Laura, que echó a correr a toda la velocidad que la llevaron las piernas en dirección a los árboles.

—No puede hacer esto —dije, retorciéndome bajo la presión de De Lafontaine, que no hizo otra cosa que atraerme más hacia ella hasta pegarme contra su cuerpo—. Señorita D, no haga esto, por favor. La quiero, señorita D, haré cualquier cosa. Pero no permita que se me lleve, detenga esto, por favor...

Isis acercó a mis labios dos dedos fríos como una piedra y mis lágrimas resbalaron sobre su mano.

—Sé buena y manténmela quieta —dijo, ronroneando casi, como si estuviera desnudando a De Lafontaine, no guiándola hacia un asesinato.

Me agité con todas mis fuerzas, le mordí los dedos a Isis e intenté lanzarle patadas a De Lafontaine, pero era como si me estuviese sujetando con un torno.

—Permíteme hacerlo a mí —dijo De Lafontaine—. Permite que te demuestre lo mucho que te quiero. Para que nunca más vuelva a haber una sombra de duda entre nosotras.

Grité entonces al comprender que De Lafontaine me había traicionado, un chillido de terror capaz de helar la sangre a cualquiera. Después de haberle entregado hasta el último centímetro de mi ser a De Lafontaine, después de entregarle mi juventud, mi fe y mi alma, no era para ella más que un chivo expiatorio. El repugnante y pervertido amor que De Lafontaine sentía por Isis siempre sería más fuerte que cualquier vínculo que pudiéramos haber compartido y siempre elegiría a su creadora por encima de mí, por mucho que estuviese en juego mi vida.

—Calla, Carmilla —murmuró De Lafontaine. Me arrastró hacia el invernadero, ignorando el rastro de hierba aplastada y barro que mis pies estaban dejando en el suelo. Y entonces bajó la voz, acercó los labios al punto que se hundía detrás de mi oreja y dijo, tan bajito que pensé que me lo estaba imaginando—: Lo siento, querida.

De Lafontaine abrió la puerta del invernadero y me arrastró hacia el interior. Seguí pataleando con fuerza y tiré al suelo muchas de sus preciosas plantas. Las macetas se hicieron añicos y la tierra voló por los aires. Ver la escena me produjo una oleada de malvada

satisfacción. Si iba a morir, que al menos fuera destruyendo a mi paso su tan cuidado jardín.

Isis entró en el invernadero detrás de nosotras, con los ojos muy abiertos y observando el proceso con enorme interés. De modo que le gustaba el espectáculo. Pues muy bien, montaría un gran espectáculo y me aseguraría con ello de que no se olvidara jamás de lo que me había hecho.

—Espero que ardas en el infierno —dije, escupiéndole y lanzándole una patada—. Las dos.

—Siempre te gustaron peleonas —dijo Isis con cariño.

De Lafontaine cogió la hoz de plata que tenía en una de las mesas y acercó su helado filo a mi garganta.

—Un corte —dijo jadeando y obligándome a arrodillarme en el suelo—. Un corte y habrá terminado.

Intenté alejarme de ella a gatas, pero De Lafontaine me hundió la mano en el pelo, tiró de mi cabeza hacia atrás y me mantuvo paralizada donde estaba. Miré con toda mi rabia a Isis, intentando abrir un agujero en su cuerpo con el fuego de mi odio.

—Olvidarás por completo su existencia —dijo Isis, presionando su pie descalzo contra mi pecho y empujándome hasta tirarme al suelo—. Ábrela para mí, amada mía. Muéstrame la dulzura que hay bajo su piel.

Isis se inclinó hacia delante, ofreciéndole a De Lafontaine el beso que tanto tiempo llevaba esperando. De Lafontaine pegó su boca a la de Isis como si aquel fuera el beso que iba a salvarle la vida, como si fuera lo único por lo que merecía la pena vivir.

—Nunca he dejado de quererte —murmuró De Lafontaine sobre la piel de Isis.

Y entonces, con la precisión fluida de quien corta una gavilla de trigo, blandió la hoz y abrió de lado a lado la garganta de Isis.

La sangre caliente me salpicó la parte delantera de la camisa y la boca, que tenía abierta en un grito. Isis cayó de rodillas, se llevó la mano a la yugular destrozada y emitió un repugnante sonido de

burbujeo. Se derrumbó sobre mí, presionándome contra el suelo con su peso muerto.

Y justo en el momento en que empezaba a pensar que iba a morir ahogada por la carne muerta y la sangre de aquel monstruo, De Lafontaine retiró el cuerpo de Isis de encima de mí. Parpadeé para retirar la sangre que me caía en los ojos. Estaba tan perpleja que no podía hablar, ni siquiera moverme. De Lafontaine se arrodilló junto a Isis y la acunó entre sus brazos.

—Siempre iba a ser así —le murmuró a Isis—. Una de nosotras siempre iba a tener que sangrar por la otra.

Cogió de nuevo la hoz, acercó el filo cortante a la herida abierta en el cuello de Isis, y le cortó la cabeza en un solo y veloz movimiento.

La cabeza, con una expresión que reflejaría eternamente el sentimiento de haber sido traicionada, rodó por el suelo hasta detenerse a mis pies. Me aparté rápidamente, intentando poner la máxima distancia posible entre aquel cuerpo y yo, y corrí directa hacia los brazos de De Lafontaine.

—Shh —dijo, abrazándome. En vez de confinarme, el contacto se transformó ahora en un consuelo y un apoyo. Tal vez fuera por el *shock*, o por la fuerza de la costumbre, pero abracé a De Lafontaine a pesar de que hacía tan solo unos instantes había estado amenazando mi vida—. Shh, querida mía, ya se ha acabado.

De Lafontaine estaba temblando, unos temblores intensos que le sacudían el cuerpo entero, pero incluso así, seguía queriendo consolarme. Me recosté en su regazo, me agarré al tejido de su blusa y rompí a llorar.

De pronto, se abrió la puerta del invernadero, con tanta fuerza que uno de los paneles de cristal cayó al suelo hecho añicos. Laura irrumpió, armada con un cuchillo. Estaba jadeando, como si hubiera ido corriendo hasta el apartamento de De Lafontaine y hubiera vuelto solo para defenderme.

—Laura —dije, sollozando y tendiéndole los brazos.

A pesar de la sangre y la suciedad que me cubrían la piel, se dejó caer a mi lado y me abrazó. El cuchillo cayó al suelo, completamente olvidado.

Laura me acunó mientras De Lafontaine me acariciaba el pelo y murmuraba palabras de consuelo.

—Dios mío —tartamudeé—. Ese monstruo iba a... Ha intentado...

—Ya se ha acabado —repitió De Lafontaine, pensando tanto en ella como en mí. Su voz sonó ronca, como si hubiera sido ella la que hubiera estado gritando. Su rostro estaba cubierto de lágrimas—. Ya se ha acabado.

CAPÍTULO TREINTA

Laura



Enterrarla fue un trabajo agotador. Un metro ochenta no parecía una exageración hasta que empecé a poner todo mi peso sobre la pala para cavar lo bastante profundo como para impedir que el cuerpo fuera descubierto por animales o por cualquier curioso. Nos turnamos para cavar, luchando contra el amanecer, que nos desafiaba con estallar en el horizonte, y una vez tuvimos el hoyo listo, De Lafontaine cargó con el cuerpo de Isis y lo depositó en la tierra, colocando la cabeza cortada sobre el repugnante muñón del cuello. Acercó los labios a la boca fría y gris de Isis para una última despedida. Y cuando hubo terminado todo, las tres estábamos empapadas de fango, sangre y otras sustancias innombrables.

De Lafontaine, que no había dicho prácticamente nada durante todo el rato en el que habíamos estado cavando la tumba y rellenándola luego con tierra, hundió las manos en los bolsillos y fijó la vista en el suelo removido. Seguía temblando y, de vez en cuando, su labio inferior tiritaba peligrosamente.

Pensé que, quizás, diría algunas palabras o nos pediría un tiempo para quedarse a solas con el cuerpo. Pero al final, dio media vuelta abruptamente para dar la espalda a la escena y nos cogió las manos a Carmilla y a mí.

—Hora de ir a acostarse, chicas —dijo, con un tono positivamente habitual.

Caminamos de la mano hasta el apartamento de De Lafontaine, una triste procesión funeraria bajo la luz insinuada de la mañana. Una vez estuvimos sanas y salvas dentro, De Lafontaine se sirvió tres dedos de ginebra, sin preocuparse por añadirle hielo ni encender las luces, y Carmilla y yo fuimos directas al baño para ducharnos hasta que el agua salió completamente limpia. Después, fue el turno de De Lafontaine. Tenía la piel tan sonrosada cuando salió, que pensé que debía de haberse frotado hasta quedar casi en carne viva.

—¿Quiere alguna de vosotras recitarme? —dijo, acercándose la copa casi vacía al pecho y envolviéndose en su kimono de seda. Tenía el pelo mojado y sin recoger adherido al cuello como los tentáculos de un pulpo—. ¿Por favor?

Carmilla cogió un libro de la biblioteca y empezó a leer. De Lafontaine entró en su habitación, se acurrucó sobre la colcha con las rodillas dobladas y pegadas a la barbilla, y Carmilla y yo la seguimos. Nos turnamos para leerle, ignorando incondicionalmente las lágrimas que vertían sus ojos, y bajamos la voz hasta convertirla en un murmullo cuando por fin se quedó dormida.

—Debe de ser espantoso —murmuré después, cuando salimos de la habitación y nos acurrucamos juntas en el sofá, con Carmilla descansando la cabeza en mi regazo—. Tener que matar lo que más quieres.

Carmilla se apretujó aún más contra mí. No quería volver a perderla de vista jamás, ni dejar de tocarla. Aquel era todo mi mundo, empaquetado en forma de una chica terrible y maravillosa a la vez.

—Si eres tú la que matas, te garantizas que nadie volverá a quitarte nunca más lo que quieres —dijo, cerrando los ojos.

No quise contradecirla y tampoco quise insistir. Cerré las cortinas del salón para que no entrara el sol y, una vez quedamos envueltas por la oscuridad, me dejé vencer también por el sueño.



Carmilla se graduó en primavera por los pelos, después de pasar todo aquel tiempo sin aparecer por ninguna de sus clases con horario diurno. De Lafontaine defendió su caso ante el profesorado, que a regañadientes le permitió a Carmilla terminar los trabajos desde su habitación en la residencia y siguiendo sus propios horarios. Yo, por mi parte, seguí adelante con el curso como si viviera en un sueño. Durante las clases diurnas dormitaba a menudo y no cobraba vida de verdad hasta que el sol se hundía por el horizonte. Siempre había sido alumna de sobresalientes, pero aquel curso tuve que conformarme con un notable bajo tanto en Astronomía como en Historia de la Iglesia. La poesía era mi refugio, el único lugar seguro donde podía procesar todo lo que había presenciado, y mis metáforas empezaron a adquirir un matiz sangriento. La vida solo me parecía auténticamente real, auténticamente digna de ser vivida, dentro de los confines del seminario de poesía de De Lafontaine.

De Lafontaine canceló las reuniones de los viernes por la noche durante lo que quedaba de semestre, insistiendo en que necesitaba tiempo para sí misma. Carmilla y yo lo aprovechamos para pasar los viernes juntas, visitando bares a bastante distancia del campus o abrazadas bajo las sábanas. Me preguntaba si De Lafontaine habría tenido razón, si conseguiría recuperarse por completo de lo que había hecho, pero no me parecía correcto preguntar al respecto. Sabía que De Lafontaine llamaba de vez en cuando a Carmilla en plena noche para invitarla a acompañarla en sus largos paseos a la luz de la luna y me preguntaba de qué hablarían entre ellas, aunque sabía que no era algo de mi incumbencia. Tenía la impresión de que De Lafontaine estaba intentando recalibrar la naturaleza de su relación con Carmilla, tratando de implementar unos límites sanos entre ellas. Aunque ya habían transgredido los límites entre profesora y alumna; se habían lanzado de cabeza en la oscuridad y la oscuridad había estado a punto de engullirlas.

Y no estaba segura de si había alguna forma de recuperarse de eso.

Una tarde de primavera, cuando los pétalos de los árboles en flor empezaban a desplegarse, De Lafontaine nos pidió que fuéramos a visitarla y, al llegar a su bloque de apartamentos, nos la encontramos cargando un par de maletas en su coche. Vimos también aparcado un pequeño furgón de una organización benéfica, con dos fornidos chicos del pueblo metiendo en su interior el sillón de terciopelo de De Lafontaine y sus lámparas con pantalla de color rosa. Carmilla se quedó perpleja unos instantes, pero una expresión furiosa se apoderó velozmente de su rostro. Me agarró por la mano y echó a correr hacia allí, tirando de mí.

—¡Se marcha! —le dijo a De Lafontaine. Una acusación, no una pregunta.

—Nunca llegaron a concederme la plaza fija —repuso con despreocupación De Lafontaine, como si su decisión tuviera algo que ver con el mundo académico—. He decidido que lo mejor es aplicar mis conocimientos en otra parte. Hay una vacante en una escuela de élite en Niza y me han dicho que puedo empezar de inmediato.

Carmilla me soltó la mano e intentó abofetear a De Lafontaine, pero la profesora la agarró por la muñeca antes de que el golpe pudiera volverse efectivo.

—Ahórrate tu rabia, querida. En esta vida, la vas a necesitar.

Pensé que Carmilla se abalanzaría sobre De Lafontaine o que intentaría pegarle de nuevo, pero rompió a llorar. De Lafontaine la abrazó y Carmilla lloró y lloró, dejando llena de manchas de rímel la blusa color azul mar de De Lafontaine.

—Pero no irá a marcharse de verdad —dije, desconcertada.

A modo de respuesta, De Lafontaine se limitó a tenderme la mano. Acepté su abrazo y nos acunó entonces a Carmilla y a mí.

—Me marchó, sí. Mi trabajo aquí ha terminado y temo que permanecer más tiempo en esta universidad solo serviría para que lo poco que queda en mí de bueno acabara oxidándose y corrompiéndose. Necesito empezar de cero, en un lugar donde no me conozca nadie. En un lugar donde pueda dejar atrás toda esta tristeza.

—Llévenos con usted —le suplicó Carmilla, mirando a De Lafontaine con una veneración que nunca había observado antes. Me recordó a las madres con hijos enfermos que se arrojan a los pies de las estatuas de santos—. Podríamos marchar esta misma noche.

De Lafontaine le sonrió y, si no estaba equivocada, me pareció ver también lágrimas en sus ojos.

—Tienes mucha vida por delante como para pedirte que la tires a la basura. Cuando te conocí, vi en ti un alma gemela, una chica salvaje que jamás llegaría a ser domesticada. Pero me daba tanto miedo perderte, que intenté domarte. Aprendí a amar en manos de un monstruo y, al final, me preocupaba acabar haciéndote lo que Isis me hizo a mí.

—Pero, señorita D...

De Lafontaine acercó dos dedos a los labios de Carmilla, sin soltarme tampoco a mí.

—Si no me marchó ahora, Carmilla, nunca te dejaré ir. Y esta obsesión nos destruiría a las dos. ¿Lo entonces? He pensado largo y tendido en esto, y es una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida, pero es lo correcto. Quiero intentar hacer lo correcto, para variar.

Sin poder evitarlo, se me llenaron los ojos de lágrimas. Seguimos las tres abrazadas durante un larguísimo momento, con las lágrimas mezclándose en nuestras caras, hasta que De Lafontaine se apartó un poco para extraer un sobre de su bolsillo. Era de papel grueso color crema y olía débilmente a mandarina.

—Os he pedido que vinierais por una razón. La semana pasada llegó una carta a tu atención, Carmilla. Pensé en echarla al fuego en un arranque de posesividad, pero al final, la mejor parte de mí salió vencedora.

Carmilla se secó la cara con la manga, cogió la carta y la abrió con delicadeza. Me acerqué a ella para leerla por encima del hombro y mis ojos recorrieron la sofisticada caligrafía a toda la velocidad que me fue posible.

Carmilla,

Espero que estés bien cuando recibas esta carta. Desde nuestro encuentro, he estado inquieta pensando en ti. Es excepcional que alguien tan joven se incorpore a nuestras filas y, ahora que ya estás graduada, me preocupa que no tengas la orientación adecuada y necesaria para avanzar por ti sola. La vida de los no muertos puede ser muy solitaria.

He mantenido conversaciones con Evelyn sobre tu futuro y me gustaría ofrecerte un puesto a mi lado, si decides aceptarlo. Tengo intención de veranear en España y me encantaría poder dictarle a una joven mujer de letras y de este modo mantenerme al día en mi correspondencia. Laura es también muy bienvenida, por supuesto. Me quedé embelesada con su carácter dulce y su mente brillante, y ni en sueños me plantearía separarte de tu compañera.

Piénsalo y dame tu respuesta antes del 20 de mayo. Mi casa está ansiosa por recibirte y confío plenamente en poder volver a verte muy pronto.

Saludos cordiales,

Magdalena

—La princesa de las sombras está interesada en tu educación, parece —dijo De Lafontaine.

—Sé que lo ha organizado todo usted —dije, sobrecogida—. ¿Para nosotras dos?

—Considéralo como un periodo de prácticas poco ortodoxo. Laura, cuando acabe el periodo de vacaciones de verano, tendrás libertad para volver a la universidad o para forjarte tu propio camino donde desees. Y en cuanto a ti, Carmilla, el mundo está ahora a tus pies, querida. —Acunó el rostro de Carmilla entre las manos—. No dilapides tu preciosa segunda vida.

Carmilla sollozó y abrazó de nuevo a De Lafontaine.

—Nunca la olvidaré —juró—. Viviré la vida a tope. Y entonces, cuando usted esté preparada, vendré a buscarla.

—Me encantaría —murmuró De Lafontaine.

Y entonces, sorprendiéndome, me estrechó también a mí en un fuerte abrazo.

—Cuida de mi Carmilla —musitó.

De Lafontaine me besó en la frente, a modo de ofrenda de paz, sacó las llaves del coche del bolsillo y se encaminó hacia su

automóvil.

—*Excelsior*, chicas —dijo, a sus espaldas—. ¡Siempre arriba y más alto aún!

Carmilla y yo nos abrazamos y la despedimos con la mano cuando el coche arrancó para enfilarse en la pista de tierra. El coche trazó una curva y De Lafontaine desapareció por completo de nuestras vidas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó entonces Carmilla.

La gravilla se filtraba en nuestros zapatos y los chicos de la mudanza nos miraron con empatía. El cielo empezaba a oscurecerse y el atardecer cedía paso a la noche eterna.

—Bueno —dije, inspirando hondo para serenarme—, nunca he estado en España.



Tres semanas más tarde, me acurruqué en el diván de la casa que Magdalena tenía alquilada en Boston para la totalidad de la temporada y me dispuse a escribir una carta a mi padre utilizando el papel de escritorio de Magdalena. Fabrizio, que no quería que la chica humana se muriera de hambre, me había preparado un tentempié frío a base de embutidos y queso, y piqué un poco de salami y bebí *earl grey* mientras escribía. Había un poco de invención en la carta, puesto que le hablaba a mi padre sobre un programa de intercambio de verano con una profesora residente que serviría para introducirme en el idioma y la cultura española, aunque tampoco es que fuese una gran mentira. Era primera hora de la mañana y todas las cortinas estaban corridas para proteger el interior del sol. La casa entera dormía, excepto yo.

Bueno, casi toda la casa.

Levanté la vista cuando oí un crujido en el entarimado y encontré a Magdalena plantada delante de mí, resplandeciente, con el pelo alborotado y un batín masculino que seguramente le habría robado a Fabrizio.

—Está levantada —dije, apurando el té—. Pero sí es de día.

—Ocasionalmente sufro algún brote de insomnio —me explicó Magdalena, sentándose en el diván a mi lado—. Siempre me ocurre antes de viajar.

Los que vivíamos en la casa —Magdalena, Fabrizio, Carmilla y yo— teníamos programado nuestro viaje a Europa en un vuelo nocturno que despegaba la noche siguiente.

—Lo siento —dije, porque me parecía el comentario más correcto para una vampira achacada de insomnio.

—Me alegro de encontrarte aquí. Porque quería hablar contigo. A solas.

Solté el bolígrafo y descansé la barbilla sobre las manos. Sentía una admiración profunda por Magdalena, pero no estaba tan intimidada con ella como lo había estado en presencia de De Lafontaine. Tenía la sensación de que podía ser franca con ella.

—¿Sobre qué?

—Es difícil —dijo, con voz adormilada—. Amar a un inmortal. Lo pide todo de ti y, a veces, no da mucho a cambio. Lo sé mejor que nadie.

—¿Quiere hablar sobre Carmilla?

—En cierto sentido, sí. Pero, sobre todo, quiero hablar de ti y de tu futuro. Hace mucho tiempo, Fabrizio tomó la decisión de seguir siendo humano. De permanecer abierto a los altibajos de la vida mortal y aceptar la muerte cuando llegue el momento. Pero otros han elegido otra cosa.

Magdalena cogió una taza vacía y la colocó en la mesa delante de ella. Y entonces, con toda la languidez de quien enciende un cigarrillo, cogió un abrecartas afilado de la otra mesita y se hizo un corte poco profundo en la mano. La sangre brotó de la herida y le resbaló por la muñeca. Acercó la mano a la taza y la llenó con un par de centímetros de sangre. A continuación, se envolvió la mano con un pañuelo para detener la hemorragia.

—Quiero ofrecerte la posibilidad que en su día me fue ofrecida a mí. Una vida en la oscuridad o una vida en la luz.

Independientemente de lo que elijas, siempre te apoyaré y te protegeré. Ahora eres responsabilidad mía.

Con mano temblorosa, cogí la tacita de porcelana por el asa.

—¿Y Carmilla?

—Te habría acabado ofreciendo el cambio, pero es demasiado joven. —Magdalena me presionó el codo con delicadeza—. Un mordisco y un trago, y quedarás cambiada para siempre. O también puedes rechazar la oferta y conservar tu humanidad. No puedo decirte qué tienes que elegir, Laura. Es una decisión que mereces tomar tú sola.

Olí la sangre tentativamente. Olía abrumadoramente a metal e incorrección, con un toque subyacente a perfume de violetas. Mis labios vacilaron sobre el borde.

El tiempo se desplegó como un hilo de plata a mi alrededor. En aquel momento, no había nada real en el mundo excepto la sangre que contenía aquella taza y el brillo de los ojos oscuros de Magdalena. Cuando me sonrió, sus colmillos afilados capturaron la luz.

Quizás por primera vez en mi vida, no tenía miedo a la muerte, y tampoco tenía miedo a lo que me esperaba en la vida. Era plenamente consciente de mi poder, que por fin había emergido a la superficie después de muchos años de intentar aplastarlo y silenciarlo.

Se acabó Laura la santa, pensé. Se acabó Laura la niñita asustada. Ahora sería Laura la criatura de la noche, fuera cual fuese el camino que decidiera tomar.

Bajé una vez más la vista hacia la sangre y me pasé la lengua por los labios.

En el exterior, asomaban las tonalidades carmesíes del amanecer de un nuevo día.

AGRADECIMIENTOS



Este libro me supuso una lucha tremenda a la hora de plasmar las palabras sobre el papel y debo su culminación a las personas que tengo la suerte de tener en mi vida.

Estoy en deuda, como siempre, con Kit, que me sostuvo en todos los sentidos posibles a lo largo de todo el proceso y me prestó sus poderes creativos siempre que los necesité. Gracias también a Devin, por su apoyo incondicional, y a Chris, por tener el honor de poder disfrutar de su amistad y sus palabras de ánimo. Gracias a mi pequeño aquelarre de escritoras: Hannah, Lyndall, Eliza y Ellie, por todas las sesiones de explosión de ideas y conmiseración a altas horas de la noche. Gracias Elias por estar siempre ahí, con un cóctel temático y unas palabras de sabiduría.

Gracias a mis amigas del seminario de Princeton, por compartir conmigo aventuras que han quedado plasmadas en este libro, y a mis profesores universitarios, que me alimentaron con una dieta estricta de poesía y siempre me presionaron para sacar lo mejor de mí misma.

Gracias a Nadia, por su brillantez editorial y por su bondad, que me ha ayudado a no volverme loca, y a Tara, por representarme de forma increíble y regalarme también todos los discursos motivacionales que necesitaba. Gracias a todos los integrantes del equipo de Orbit, que han ayudado a que este libro se transformase de un sueño febril a una novela, y a todo el personal de Hachette,

que creyó en mi trabajo lo suficiente como para decidir invertir en mí.

Y gracias, finalmente, a mis lectores. El amor profundo que mostráis hacia mí, hacia mis mundos y mis personajes es realmente sobrecogedor. Agradezco todas las interacciones que tengo con absolutamente todos vosotros y espero con ganas que lleguen muchas más.

Excelsior.

Una lección perversa

Título original: *An education in malice* de S.T. Gibson

Copyright © 2024, S.T. Gibson

Derechos negociados a través de Books Crossing Borders Inc, Nueva York y Ute
Körner Literary Agent.

Traducción: © Isabel Murillo, 2024

Ilustración de cubierta: ©Tim Byrne

Adaptación de cubierta: Book&Look

Revisión: Agencia Yerro

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

ISBN: 978-84-450-2021-0 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En *Grupo Planeta* agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

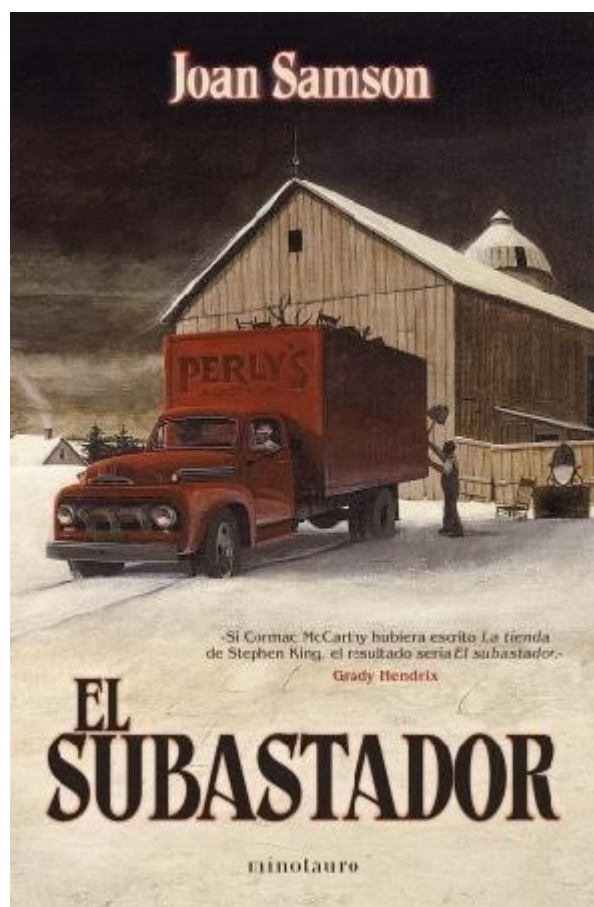
Twitter: @minotaurolibros

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!





El subastador

Samson, Joan

9788445020258

320

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una obra maestra del terror de los años setenta. En el aislado pueblo de granjeros de Harlowe (Nuevo Hampshire), donde la vida apenas si ha cambiado desde hace varias décadas, John Moore y su

esposa Mim trabajan la tierra que ha pertenecido a su familia durante generaciones. Pero tan pronto como el carismático Perly Dunsmore llega a Harlowe y empieza a solicitar donaciones para sus subastas, el pueblo empieza a sufrir una lenta y siniestra transformación. A medida que el subastador ejecuta su horrendo y misterioso plan, los Moore y sus vecinos van perdiendo su libertad, sus propiedades y, quizá, también la vida... El subastador es una obra maestra del terror de los años setenta, un clásico redescubierto con ecos de La lotería de Shirley Jackson y La tienda, de Stephen King. Esta nueva edición, además, incluye un prólogo de Grady Hendrix (Cómo vender una casa encantada, Guía del club de lectura para matar vampiros).

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La oscuridad sobre Arkham

Green, Jonathan

9788445018507

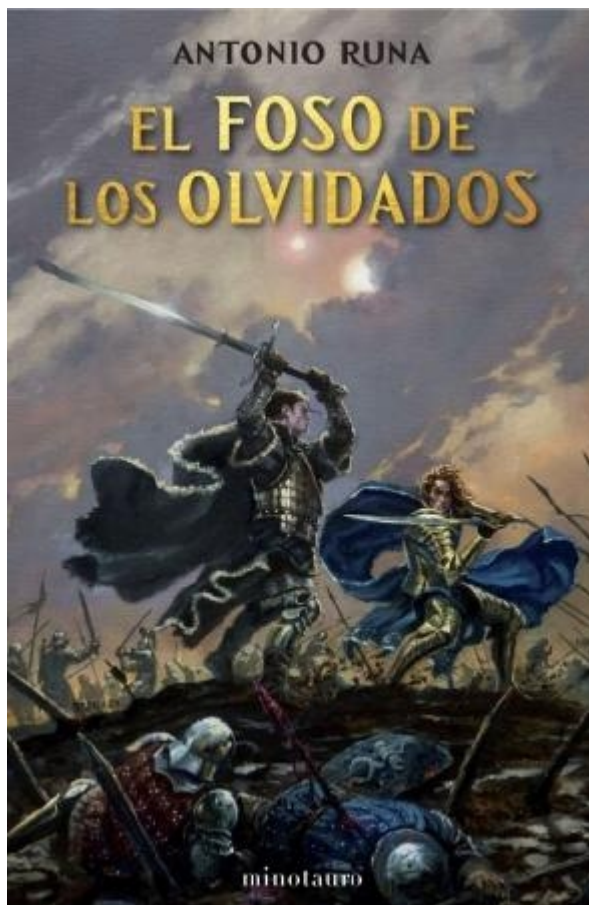
308

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Asume el papel de un Investigador para mantener a los Antiguos a raya en el extraordinario mundo de Arkham Horror Contempla Arkham desde otra perspectiva a medida que tus decisiones cambien el curso de la historia en los nuevos Libro juegos de Investigadores

Cuando un famoso profesor aparece muerto y su cadáver, derretido, les toca a los Investigadores de Arkham descubrir qué horrores ocultos han sido los responsables de su destino. Elige tu camino, tu Investigador, y reúne aliados sobre la marcha para dar caza a su asesino antes de que vuelva a actuar. Sin embargo, Arkham está llena de misterios y muchos desean que la verdad siga sepultada, ansiosos por dar comienzo a una nueva era llena de muerte y oscuridad que devorará el mundo tal y como lo conoces. ¿Podrás detenerla antes de que sea demasiado tarde?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



El Foso de los Olvidados

Runa, Antonio

9788445020449

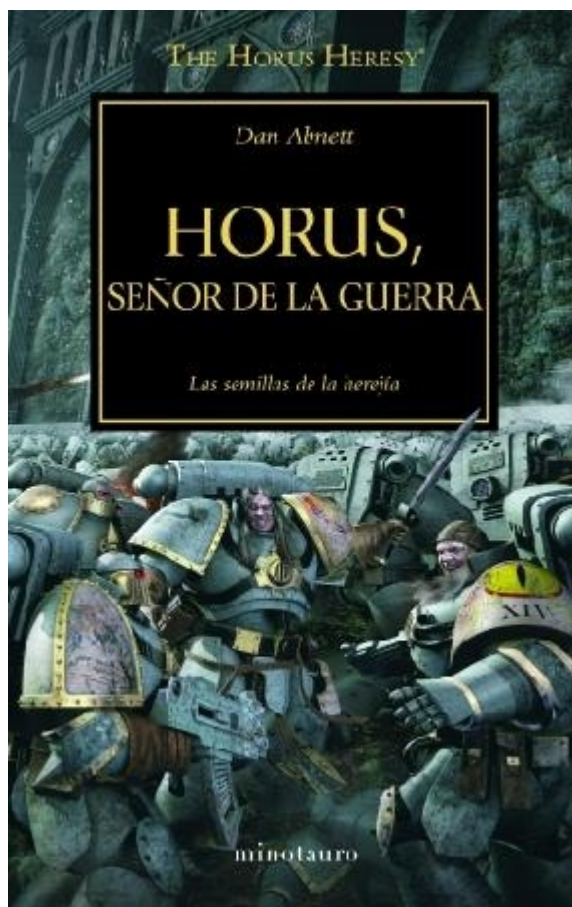
480

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Antonio Runa (La órbita de Endor) nos presenta su primera incursión en el mundo de la fantasía. El Foso de los Olvidados es una obra épica que combina intriga política, conflictos personales y magia en un universo fascinante. Con personajes memorables, un mundo bien construido y temas universales, se posiciona como una aportación destacada al género de la fantasía épica. El continente de Agweron lleva en guerra desde que se tiene memoria. Los imperios de Asgahlen y Pelethlion han convertido el mundo conocido en un campo de batalla donde la guerra, aunque brutal, se rige por un estricto código de honor. Toda su cultura está basada en la perpetuidad de este conflicto. Sin embargo, los actuales gobernantes están enfermos de gravedad y su lucidez ha quedado en entredicho, sus primogénitos han caído en combate y, entre sus hermanos, los herederos consiguientes resultan tener ideas demasiado vanguardistas para los tiempos que corren. Amigos improbables en medio del caos, Deiavon Duildorian, por parte de Asgahlen, y Findros hijo de Melezh por parte de Pelethlion, sueñan con unificar sus reinos y construir un nuevo imperio que transforme el destino de Agweron. Un nuevo reino utópico que conquistará el resto del mundo. Esta idea generará un sinfín de inesperados trances y desacuerdos que podrían poner en su contra a los grandes señores,

duques y reyes vasallos de sus respectivos imperios, e incluso a quienes más aman. Mientras tanto, Benterios, el arcanópata más poderoso del mundo, lleva a cabo una misión de enorme trascendencia que traerá una nueva era de prodigio y maravilla, con la ayuda de una niña inocente pero extraordinaria, cuya importancia es vital.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)



Horus Señor de la Guerra nº 1/54

Abnett, Dan

9788445003459

352

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Los orígenes de Warhammer 40000 En esta serie se relatan hechos que suceden 10000 años antes que los referidos en las novelas de Warhammer 40000. Por este motivo se trata de una serie imprescindible para los aficionados que quieran conocer el origen de episodios y personajes de otras novelas.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Vienen cuando hace frío (NE)

Sisí, Carlos

9788445020418

356

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una historia de supervivencia, misterio y coraje en los confines de lo desconocido de Carlos Sisí. Estados Unidos atraviesa una crisis económica, y Joe Harper, un hombre común de Baltimore, acaba de perderlo todo. Desesperado pero lleno de determinación, recuerda la herencia de su abuelo, el legendario Cerón Harper, un buscador de oro conocido por hazañas increíbles, como enfrentarse a osos con un simple cuchillo. En busca de una salida, Joe toma lo poco que le queda y se dirige a Sulphur Creek, un remoto y enigmático pueblo canadiense rodeado de naturaleza salvaje. Lo que encuentra es una cabaña en ruinas, pero Joe no se rinde. Con espíritu de pionero, trabaja incansablemente para convertir aquel lugar en un refugio. Cada tablón reparado, cada piedra movida y cada dólar invertido lo transforman en un hombre nuevo, un héroe que parece haber dejado atrás el peso de la ciudad. Sin embargo, Sulphur Creek esconde secretos oscuros: durante el invierno, el pueblo queda desierto, y los pocos lugareños que permanecen le advierten con inquietantes palabras: "No pase aquí el invierno. Ellos vienen. Vienen cuando hace frío". ¿Quiénes son ellos? Joe, escéptico y valiente, no cree en supersticiones. Pero cuando las noches se llenan de aullidos extraños y sombras que parecen moverse por voluntad propia, se verá obligado a enfrentarse a la aterradora verdad. Una historia de

supervivencia, misterio y coraje en los confines de lo desconocido. ¿Podrá Joe Harper enfrentarse a los fantasmas del pasado y a los horrores del presente?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

